



libros  **Tauro**
www.LibrosTauro.com.ar

El Veterano

Primer día – Martes

El dueño de una pequeña tienda de material sanitario fue quien lo vio todo. O por lo menos eso dijo.

Estaba dentro de la tienda pero junto al escaparate, disponiendo los artículos para exhibirlos mejor cuando alzó la vista y vio a un hombre al otro lado de la calle. Era un hombre de aspecto corriente. El dueño de la tienda no le hubiese prestado mucha atención de no cojear. Luego testificaría que, en aquel momento, no había visto a nadie más en la calle.

El cielo estaba encapotado con una capa de nubes grises y hacía calor, verdadero bochorno. Lo que la retranca popular había bautizado como «el Paraíso» estaba tan desolado y sórdido como siempre; un centro comercial en el corazón de uno de esos bloques de viviendas degradados, azotados por la delincuencia y plagados de graffiti que deforman el paisaje urbano entre Leyton, Edmonton, Dalston y Tottenham.

Treinta años atrás, cuando entregaron las llaves de aquellos apartamentos, se organizó un acto a bombo y platillo durante el que cantaron las excelencias de aquel nuevo estilo de viviendas de protección oficial para los obreros. El solo nombre oficial, «Colonia jardín», ya tenía que haber ahuyentado a los futuros vecinos. Porque aquello no olía precisamente a colonia ni había sido jardín desde la Edad Media. En realidad, era un gueto de cemento gris, administrado por un distrito municipal que enarbolaba la bandera roja del comunismo internacional en lo alto del edificio del ayuntamiento, y diseñado por arquitectos que preferían vivir en chalets acariciados por madre selvas. De modo que Colonia Jardín tardó en marchitarse menos que un rosal en una solana.

En 1996 la retícula de pasadizos, pasos subterráneos y calles que comunicaban los fríos bloques de aquella ciudad dormitorio, tenía dos dedos de mugre, amarilleaba de orines y sólo tenía vida por la noche, cuando las pandillas de jóvenes del barrio, parados e implacables, vagaban por el barrio para comprarles a los «camellos».

Los obreros jubilados, de respetabilidad intachable, que trataban de seguir aferrados a la antigua moralidad, de afirmarse en los confortadores principios de los días de su juventud, vivían en apartamentos con puertas de seguridad, por miedo a las manadas de lobos que merodeaban por el barrio.

Las fachadas de los bloques, de siete pisos cada uno, daban a pasadizos con mugrientas escaleras en cada extremo en los que aún quedaban nidales de lo que fuera hierba verde y lozana. Unos pocos coches oxidados, abandonados y dejados sin apenas más que el chasis, se hallaban junto a las calles interiores que limitaban espacios cuadrados diseñados para ocio público y de las que partían estrechos pasadizos que cruzaban el Paraíso.

En la calle comercial más importante hubo en otro tiempo muchas tiendas, que habían terminado por cerrar, hartos sus dueños de luchar contra los robos, los hurtos, los destrozos de los gamberros que no dejaban un escaparate sano y las agresiones racistas. Más de la mitad de las tiendas estaban ahora tapiadas con planchas de madera descoloridas y cerrojos de hierro y las pocas que seguían abiertas intentaban protegerse con alambradas.

En una esquina montaba guardia el señor Veejay Patel, llegado de Uganda con sus padres cuando tenía diez años, huyendo de las brutalidades de Idi Amín. El Reino Unido los había acogido. Estaba agradecido. Incluso amaba a su patria adoptiva, se mostraba

respetuoso con la ley, trataba de ser un buen ciudadano, perplejo por la progresiva degeneración de las costumbres que caracterizaba los años noventa.

Hay zonas, que la policía metropolitana de Londres llama el «cuadrante noroeste», por las que todo forastero haría mejor en no pisar. Y el cojo era un forastero. Estaba a poco menos de quince metros de la esquina cuando, dos hombres que asomaron de uno de los pasadizos entre dos de las tiendas tapiadas, le cerraron el paso.

El señor Patel se alarmó y observó. No eran exactamente del barrio, pero tan peligrosos como los de por allí. Los conocía bien a los dos. Uno de ellos era fornido, con la cabeza rapada y cara de cerdo. Incluso a treinta metros de distancia, Patel pudo ver relucir un anillo en el lóbulo de la oreja izquierda. Llevaba unos vaqueros holgados y una camiseta muy sucia. Una panza prominente asomaba por encima del cinturón de piel. Se plantó en jarras frente al cojo, que no tuvo más remedio que detenerse.

El otro tipo era más delgado. Llevaba pantalones militares y un anorak gris de cremallera. El pelo, lacio y grasiento, le llegaba un poco más abajo de las orejas. Se situó detrás de la víctima y aguardó. Su fornido compañero alzó el puño derecho delante de la cara del hombre que iban a atracar. Patel vio el brillo del metal en el puño. No pudo oír lo que decían pero vio la boca del fornido moverse diciéndole algo al cojo. Todo lo que tenía que hacer la víctima era entregar su cartera, el reloj y cualquier otra cosa de valor que llevase. Con suerte los navajeros cogerían el botín y echarían a correr; y la víctima podía salir ilesa.

Probablemente fue una estupidez por parte del cojo hacer lo que hizo. Eran dos contra uno y más fuertes. A juzgar por su pelo gris, era un hombre de mediana edad y su cojera indicaba que no podía ser muy ágil. Pero se resolvió contra ellos.

El señor Patel vio que alzaba la mano derecha con suma rapidez. Dio la impresión de ladear un poco el cuerpo para darse impulso y aumentar la fuerza del golpe. El fornido recibió el golpe en la nariz. Y, lo que hasta ese momento fue sólo gesticulación tuvo el súbito acompañamiento de un grito de dolor que el señor Patel pudo oír pese a estar dentro de su tienda.

El fornido trastabilló hacia atrás, se llevó las manos a la cara y Patel vio brillar sangre entre sus dedos.

Cuando prestó testimonio, el tendero tuvo que hacer una pausa para recordar con claridad y por orden lo que sucedió a continuación.

El del pelo lacio le lanzó al cojo un puñetazo a los riñones, y luego le dio una patada en la corva de la pierna buena. Con eso bastó. El cojo se desplomó en la acera. En la Colonia Jardín sólo se llevaban dos clases de calzado: zapatillas de deporte (para correr) y botas (para dar patadas). Los dos navajeros llevaban botas. El hombre caído en la acera se había hecho un ovillo, en posición fetal para proteger sus partes. Pero eran cuatro botas las que lo atacaban; y el fornido, que todavía se cubría la nariz con una mano, la emprendió a patadas con la cabeza del cojo.

Según el tendero, le dio por lo menos veinte patadas, hasta que la víctima dejó de retorcerse y girar. El melenudo del pelo lacio se inclinó hacia él, le desabrochó la chaqueta y le registró los bolsillos.

Patel vio que sacaba la cartera con el índice y el pulgar. Luego los navajeros se irguieron y echaron a correr cuesta arriba por el pasadizo, hasta escabullirse por la retícula de callejones de los bloques. Antes de desaparecer, el fornido tiró de su camiseta y la utilizó para intentar detener la sangre que manaba de su nariz.

Cuando los hubo perdido de vista, el tendero llamó a emergencias. La operadora tuvo que repetirle varias veces que, si no daba su nombre y su dirección, no podrían enviar a nadie. Una vez cumplido el requisito, Patel pidió que enviasen una ambulancia y un coche patrulla. Luego volvió a situarse tras la luna del escaparate. El cojo seguía tendido en el suelo, inerte. Nadie acudió en su auxilio. Era una calle donde nadie quería buscarse complicaciones. A Patel no le hubiese importado cruzar la calle y hacer lo que pudiese, pero no tenía la menor idea de primeros auxilios. Temió que mover al herido fuese contraproducente, aparte de que no se atrevió a dejar la tienda sola. De modo que aguardó.

El coche patrulla fue el primero en llegar, en menos de cuatro minutos. Por pura casualidad, los dos agentes de la dotación estaban a menos de un kilómetro, en Upper High Road, cuando recibieron la llamada. Ambos conocían el barrio y el Paraíso. Habían estado allí de servicio durante los disturbios raciales de la primavera.

Cuando el coche se detuvo y el aullido de la sirena se extinguió, uno de los agentes bajó y corrió hacia el cuerpo que yacía en el suelo. El otro se quedó sentado al volante y llamó por radio para que le confirmasen que acudía la ambulancia. Patel vio a los agentes mirar hacia su tienda desde la acera de enfrente, sin duda para confirmar la dirección que les dieron los de emergencias. Pero no fueron a hablar con él. Eso podía esperar. Los agentes desviaron la mirada al oír la sirena de la ambulancia que se acercaba con las luces destellantes encendidas.

Unos cuantos curiosos se habían congregado a lo largo de la calle, pero sin acercarse demasiado. La policía intentaría después interrogar a los potenciales testigos, pero sería una pérdida de tiempo. En aquel barrio se curioseaba mucho, pero de ayudar a los polis ni hablar.

Con la ambulancia llegaron dos enfermeros, competentes y con experiencia. Para ellos, al igual que para la policía, las normas eran las normas y debían cumplirlas al pie de la letra.

—Parece un atraco y una paliza —comentó el agente que se había arrodillado junto al cuerpo—. Y tiene mala pinta.

Los enfermeros asintieron con la cabeza y empezaron a asistir al herido. Como no había hemorragia, lo prioritario era inmovilizar el cuello. Las víctimas de accidentes de automóvil o de palizas pueden morir mientras las asisten, si las vértebras cervicales han resultado dañadas y se les mueve con torpeza. De modo que los enfermeros prepararon un collarín semirrígido para evitar que el cuello se moviese.

La siguiente medida era colocarlo en una tabla especial para inmovilizarle la columna vertebral. Sólo entonces podrían aupar al herido y meterlo en la ambulancia. Los enfermeros actuaron con rapidez y eficiencia. Cinco minutos después de haber empezado a asistir al herido en la acera estuvieron preparados para conducirlo al hospital.

—Tendré que ir con ustedes —dijo un agente—, quizá pueda declarar.

Los profesionales de los servicios de emergencia saben quiénes hacen lo que hacen y por qué lo hacen. Eso ahorra tiempo. El enfermero asintió con la cabeza. La ambulancia era su territorio y él estaba al mando, pero también la policía debía hacer su trabajo. Pero sabía que las probabilidades de que el herido pudiese decir una sola palabra eran prácticamente nulas.

—Pero no lo moleste, que está muy grave.

El agente subió a la ambulancia y se sentó junto a la mampara que separaba la cabina de la parte trasera. El conductor cerró las puertas y corrió a ponerse al volante. Su compañero se inclinó hacia el hombre que yacía en la camilla. Segundos después la ambulancia avanzaba a toda velocidad por la calle principal del barrio, ante la mirada de los curiosos que se agolpaban en las aceras, con su estridente sirena abriéndose paso entre el denso tráfico de High Road.

El agente observaba cómo el enfermero atendía al herido. Ante todo garantizar la respiración. Un bloqueo de la tráquea, producido por la sangre y la mucosidad, puede matar por asfixia a una persona casi tan rápido como una bala. El enfermero utilizó una bomba de succión, que extrajo una pequeña cantidad de mucosidad, como la típica de los fumadores, pero poca sangre. Una vez libre el paso del aire, el herido podría respirar lo justo para seguir vivo. Para mayor seguridad, el enfermero puso una mascarilla de oxígeno con una bolsa de reserva junto a la hinchada cara del herido. La rápida inflamación era lo que más preocupaba al enfermero. Era un síntoma que conocía muy bien.

Al tomarle el pulso notó que era regular pero demasiado rápido (otro síntoma de posible traumatismo cerebral). La escala de coma Glasgow mide la actividad del cerebro humano en una escala de 1 5. Cuando una persona está plenamente consciente \despierta

la escala da 15 sobre 15. Un test mostró que el herido daba 11 sobre 15 con tendencia a disminuir. Si se llega a 3 significa coma profundo, y por debajo de 3 significa la muerte.

—¡Al Royal London! —gritó el enfermero por encima del aullido de la sirena—. A urgencias y neurocirugía.

El conductor asintió y se saltó varios semáforos en rojo mientras los coches y los camiones se apartaban. Luego enfiló Whitechapel. El hospital Royal London de Whitechapel Road dispone de una unidad de neurocirugía muy avanzada. Otro hospital, que está más cerca, no disponía de esa unidad. Pero si lo que necesitaba el paciente era un neurocirujano merecía la pena tardar unos minutos más.

El conductor iba hablando con la central para comunicar su posición exacta en la zona sur de Tottenham, el tiempo que calculaba tardaría en llegar al Royal London y pedir que un equipo de traumatología estuviese preparado en urgencias. El enfermero que iba detrás estaba en lo cierto. Uno de los posibles síntomas de heridas graves en la cabeza, especialmente después de una agresión, es que el tejido blando de toda la cara y la cabeza se inflame rápidamente hasta darle a la víctima el aspecto de una gárgola irreconocible. La cara del herido había empezado a inflamarse ya en la acera, y cuando la ambulancia llegó al Royal London su cara parecía una pelota de rugby.

Se abrieron las puertas y bajaron la camilla para entregarlo a los de traumatología, tres enfermeras, un anestésista y dos médicos dirigidos por el doctor Carl Bateman. Rodearon la camilla, levantaron al herido, que seguía llevando la tabla vertebral, lo colocaron en otra camilla y lo entraron al hospital.

—¡Necesito que me devuelvan la tabla vertebral!—gritó el enfermero de la ambulancia.

Pero no lo oyeron. Tendrían que pasar a recogerla al día siguiente. El policía bajó del coche.

—¿Adónde voy? —preguntó.

—Ahí —repuso el enfermero, pero no moleste.

El agente asintió se dirigió hacia las puertas giratorias confiando en conseguir una declaración. Pero lo único que obtuvo fueron unas palabras de la jefa de enfermeras.

Siéntese ahí y no moleste —le dijo.

Al cabo de media hora el Paraíso era un hervidero de actividad. Un inspector de uniforme de la comisaría de Dover Street se había hecho cargo del caso. Habían acordonado dos largos tramos de la calle, a partir del lugar donde ocurrió la agresión, y lo señalizaron con cinta amarilla. Una docena de agentes recorrió los bloques para preguntar en las tiendas y los pisos. Los apartamentos del edificio de seis plantas que había frente al lugar de la agresión eran de especial interés, porque cualquiera que hubiese estado asomado a la ventana pudo haber visto lo ocurrido. Pero era casi una misión imposible. Unos se excusaban porque no habían visto nada; otros se cerraban en banda; y otros los obsequiaban con exabruptos variopintos. Pese a ello, los agentes agotaron todas las posibilidades de puerta a puerta. El inspector había llamado para que le enviaran a un agente de la Brigada de Investigación criminal, porque estaba claro que se trataba de un crimen.

En la comisaría de Dover Street, Jack Burns estaba tomando el te en la cantina cuando recibió la llamada para que se presentase ante el jefe de la brigada, el comisario Alan Parfitt, que le ordenó que se hiciese cargo del caso de la agresión ocurrida en el Paraíso. Burns dijo que estaba ocupado con una serie de desvalijamientos de coches en cadena, un robo por el procedimiento del tirón y que, además, tenía que acudir al juzgado a la mañana siguiente. Pero no le sirvió de nada. Estaban cortos de personal, le dijo Parfitt.

Agosto, maldito agosto, refunfuñó Jack Burns al salir del despacho del comisario. Llegó al lugar de los hechos con su compañero el sargento Luke Skinner, casi al mismo tiempo que varios miembros del grupo pericial del cuerpo, que siempre ha de realizar un trabajo muy desagradable. Vestidos con monos de trabajo y guantes protectores, su misión consiste en rastrear el lugar de los hechos en busca de pistas. Como las pistas no siempre se descubren a primera vista, el procedimiento habitual consiste en hacer un buen barrido, meter en una bolsa lo que recojan y averiguar después de qué se trata. Pero, a menudo, la

cosa no queda en un barrido, sino que se ven obligados a gatear por lugares bastante desagradables; los bloques de Colonia Jardín eran de los más repugnantes.

—Hay que buscar una cartera, Jack dijo el inspector de uniforme que había hablado con el señor Patel—. Y uno de los agresores sangraba por la nariz. Se la apretaba con el bajo de la camiseta al huir. Ha podido dejar sangre en el suelo.

Burns asintió. Mientras los del grupo pericial rastreaban los callejones malolientes de los bloques, y los agentes uniformados trataban de localizar a otro testigo presencial, Jack Burns entró en la tienda del señor Veejav Patel.

—Soy el inspector Burns, de la Brigada de Investigación Criminal —dijo mostrándole su placa—. Mi compañero es el sargento Skinner. Tengo entendido que fue usted quien llamó.

Patel sorprendió a Jack Burns, que era del condado de Devora y llevaba tres años en la brigada, siempre en la comisaría de Devon Street (una predestinación). En su condado natal estaba acostumbrado a que los ciudadanos colaborasen con la policía en todo momento y lugar. De modo que al destinarlo al noroeste de Londres el cambio fue muy brusco. Patel le recordaba a Devon. Se mostraba dispuesto a ayudar y se expresaba con claridad, concisión y exactitud. En una larga declaración que le tomó el sargento Skinner, explicó con detalle lo ocurrido y dio claras descripciones de los agresores. A Jack Burns le cayó muy bien. Ojalá que en todos los casos pudiesen contar con un testigo presencial como Veejav Patel, que procedía de Entebbe pero ya era de Edmonton.

Ya oscurecía en el Paraíso cuando Patel firmó la declaración que el sargento Skinner transcribió a mano.

—Me gustaría que viniese usted a la comisaría y examinase unas fotografías, si le es posible, señor Patel —dijo Burns—. Quizá pueda reconocer a los agresores. Nos ahorraría mucho tiempo saber a quiénes hemos de buscar.

Patel no tuvo mas remedio que excusarse.

Esta tarde no, si no les importa. Estoy solo en la tienda. Cierro a las nueve. Pero mañana regresa mi hermano, que está de vacaciones. Ya saben, en agosto... Pero podría ir a la comisaría por la mañana.

Burns reflexionó. Tenía que comparecer en el juzgado a las diez y media, para pedir una prolongación de prisión provisional. Tendría que dejarlo en manos de Skinner.

—¿Qué tal a las once? ¿Sabe dónde está la comisaría de Dover Street? Pregunte por mí en recepción.

—Éstos no abundan dijo Skinner al cruzar la calle para volver al coche.

Me cae bien—dijo Burns — Cuando detengamos a esos cabrones creo que podremos procesarlos.

Durante el regreso a comisaría, el inspector Burras se enteró por la radio de dónde estaba ingresado el herido y qué agente estaba con él. Era un agente muy joven. Lo localizó por teléfono al cabo de cinco minutos.

—Quiero que me traiga a comisaría todos sus efectos personales; la ropa, todo —le ordenó al joven agente—. Y una identificación. Aún no sabemos quién es. Cuando lo tengan todo, llámeme y le enviaremos un relevo.

Al doctor Carl Bateman no le preocupaba el nombre ni las señas del paciente que estaba en la camilla, ni tampoco quién lo hubiese agredido. Su única preocupación era salvarle la vida. Desde urgencias había llevado la camilla directamente a la sala de reanimación, donde un equipo médico puso manos a la obra. Bateman estaba seguro de que el paciente tenía múltiples heridas internas, pero las normas eran claras: primero asegurarse de que sobreviviese, y luego del resto. De modo que de inmediato abordó el procedimiento y RCC (ventilación, respiración, circulación y conciencia).

Por lo que a la ventilación se refería los enfermeros lo habían hecho muy bien. La ventilación era buena y, aunque con un ligero pitido, el paciente respiraba bien. El cuello estaba inmovilizado.

El jefe del equipo de neurocirugía le auscultó pecho y espalda. Detectó un par de costillas fracturadas. Pero esas lesiones, al igual que los aplastados nudillos de la mano izquierda y varios dientes rotos, no eran problemas que amenazasen la vida del paciente y pedían esperar. Pese a las costillas rotas respiraba con regularidad. De poco sirve llevar a cabo una espectacular operación si el paciente decide dejar de respirar. El pulso le preocupaba. En lugar de las normales ochenta pulsaciones estaba por encima de las cien. Demasiado rápido; un probable signo de traumatismo interno. En cuanto a la circulación, en menos de un minuto el doctor Bateman hizo que le colocasen dos catéteres intravenosos; a través de uno le extrajeron veinte milímetros cúbicos de sangre para analizarla de inmediato; luego, mientras procedían al resto del reconocimiento, le inyectaron suero. Finalmente, el doctor tuvo que valorar el nivel de conciencia del paciente. Y no tenía buena pinta. La cara y la cabeza no parecían de un ser humano, y la escala Glasgow mostraba que estaba ahora en 6 de 15, y disminuyendo peligrosamente. Había lesión cerebral grave. Para sus adentros, Carl Bateman volvió a agradecer la decisión del enfermero de tardar unos minutos más en llegar al hospital Royal London, y a su unidad de neurocirugía, a cambio de inmovilizarle las vértebras.

Llamó a la sección de escáner y les dijo que iba a llevar allí a su paciente dentro de cinco minutos. Luego llamó a su colega el doctor Paul Willis, que era el neurocirujano jefe.

Me parece que tiene un grave hematoma intracraneal, Paul, esta a cinco en la escala Glasgow y descendiendo.

—Tráemelo en cuanto tengas el escáner dijo el neurocirujano.

Cuando lo agredieron, el herido llevaba calcetines, zapatos, ropa interior, camisa con el cuello desabrochado, pantalones con cinturón, chaqueta y un ligero impermeable. Todo lo que llevaba por debajo de la cintura no tenía mayor problema; no había mas que bajárselo. Pero, para evitar moverle el cuello y la cabeza, el impermeable, la chaqueta y la camisa se los cortaron. Luego lo metieron todo en una bolsa. Lo que llevaba en los bolsillos se lo entregaron al agente que aguardaba en el pasillo, que se alegró porque eso significaba que

se redujo la presión y el cerebro pudo volver a ocupar el espacio intracraneal normal. Volvió a colocar el triángulo de hueso y cosió el cuero cabelludo. Un firme vendaje lo inmovilizaría hasta que cicatrizase. A pesar de la gravedad de las lesiones, el doctor Willis tenía la esperanza de haber intervenido a tiempo. El cuerpo es una extraña máquina. Puede morir por una picadura de abeja o recuperarse de espantosas heridas. Cuando se retira un hematoma y el cerebro vuelve a ocupar su espacio natural en la cavidad craneal, los pacientes pueden sencillamente recobrar la conciencia y mostrarse perfectamente lúcidos en pocos días. Pero nadie podía saber cómo reaccionaría aquel paciente hasta que, al cabo de veinticuatro horas, hubiese pasado el efecto de la anestesia. Si al cabo de esas veinticuatro horas no se producía la recuperación habría motivo para preocuparse.

El doctor Willis se quitó el «pijama», como llamaban a la verde indumentaria de los cirujanos, se puso la ropa de calle y volvió a su casa de St. John's Wood.

—Pobre hombre —dijo Jack Burns.

El inspector miró las ropas y los efectos personales del herido: medio paquete de cigarrillos y una caja de cerillas por la mitad; calderilla; un pañuelo sucio, y una llave con una cinta, probablemente de la puerta de un apartamento. Eso lo habían encontrado en los pantalones. En la chaqueta no había nada. Todo lo demás que pudiera llevar debía de estar en la cartera.

—Es un hombre pulcro —dijo Skinner tras examinar su ropa—. Los zapatos son baratos y están remendados, pero se nota que los lustra a menudo. Los pantalones también son baratos y están raídos, pero bien planchados con la raya marcada en cada pernera. La camisa tiene roce en los puños y el cuello, pero también está planchada. O sea, un hombre pobre pero cuidadoso con su aspecto.

—Ojalá hubiese encontrado una tarjeta de crédito o una carta dirigida a él en el bolsillo de atrás del pantalón —dijo Burns que aún no había acabado de rellenar el interminable formulario que les exigían a los policías—. De momento tendré que consignarlo como sin identificar.

Hacía calor y la noche era oscura como boca de lobo. Guardaron bajo llave toda la documentación y vieron que aún tenían tiempo de tomarse una cerveza antes de volver a casa.

A unos dos kilómetros de allí el hombre pulcro yacía boca arriba en la UCI del hospital Royal London. Tal como la enfermera del turno de noche fue comprobando, el herido volvía a respirar con regularidad, pero tenía las pulsaciones demasiado altas.

Jack Burns bebió un trago de cerveza y miró a su compañero.

—¿Quién puñetas será? —dijo.

—No te preocupes, Jack, que no tardaremos en averiguarlo —respondió Luke Skinner—. Pero cometió un error al defenderse.

Segundo día – Miércoles

El inspector Jack Burns tuvo un día ocupadísimo que le aportó dos satisfacciones, dos decepciones y un montón de incógnitas. Pero eso era normal. Rara vez le cae en suerte a un detective un caso envuelto como un regalo de Navidad.

Una de las satisfacciones se la proporcionó el señor Patel. El tendero llegó a la comisaría a las once en punto, tan bien dispuesto a ayudar como el día anterior.

—Me gustaría que examinase unas fotografías —dijo Burns en cuanto se hubieron sentado frente a lo que parecía un televisor.

Durante sus primeros tiempos en la policía, el archivo fotográfico de la brigada criminal consistía en una serie de álbumes. Y a Burns seguía gustándole aquel sistema, porque el presunto testigo podía hojearlos adelante y atrás cómodamente hasta que daba su opinión. Pero ahora disponían de un archivo electrónico y las caras iban apareciendo en la pantalla.

Empezaron con una serie de un centenar de fotografías, entre las que se encontraban algunas de tipos peligrosos conocidos por la policía del sector nordeste de Londres. Burns no se las mostró todas de una vez, sino sólo una selección de los tipos más conocidos. El señor Veejay Patel resultó toda una joya para un detective.

—Ése —dijo en cuanto apareció en la pantalla el número 28.

El tipo de la foto tenía una cara que reflejaba tanta estupidez como maldad. Era fornido, con la cabeza rapada y un pendiente en una oreja.

—¿Está seguro? ¿Lo había visto antes? ¿Ha estado alguna vez en su tienda?

—No. Pero es el que recibió el golpe en la nariz.

«Mark Price», rezaba el epígrafe de la foto junto a un número de identificación. Al llegar a la foto número 77 Patel identificó al segundo agresor, que tenía una cara alargada y plana y una melena lacia que le llegaba hasta los lóbulos de las orejas. Se llamaba Harry Cornish.

Patel no tuvo la menor duda respecto de los dos que había identificado al instante, como también al instante había descartado a los demás.

El ordenador proporcionaría enseguida los historiales de ambos hombres.

—Cuando haya localizado a esos dos tipos le pediré que asista a una rueda de identificación —dijo Burns.

El tendero asintió con la cabeza. No tenía inconveniente.

—Ojalá pudiésemos contar con unos cuantos más como él, Jack —comentó Luke Skinner cuando el tendero se hubo marchado.

Mientras aguardaban a que el ordenador les proporcionase los historiales completos de Price y Cornish, Jack Burns miró en derredor de la oficina. Quería hablar con uno de sus hombres que, en ese momento, estaba rellenando formularios.

—¿Tienes un minuto, Charlie?

Charlie Coulter no había pasado de sargento pero era mayor que Burns, y llevaba quince años en la comisaría de Dover Street. Conocía a todos los delincuentes del barrio.

—¿Esos dos? —exclamó el sargento Coulter—. Son dos bestias, Jack. Tienen más fichas que un casino. No son de por aquí. Llegaron al barrio hace tres años. Son bastante cortos; tirones, atracos a punta de navaja, hurtos, peleas, y se mezclan con los hooligans. Están fichados también por lesiones. Los dos han estado en la cárcel. ¿De qué se trata esta vez?

—Agresión con lesiones graves —dijo Burns—. Ayer patearon a un hombre hasta dejarlo en coma. ¿Sabes dónde viven?

—Así de memoria, no —repuso Coulter—. Lo último que supe es que compartían un apartamento por High Road.

—¿No en los bloques del Paraíso?

—Creo que no. No es su territorio normal. Debían de pasar por allí a ver lo que pescaban.

—¿Forman parte de alguna pandilla?

—No. Van por libre. Aunque siempre van juntos.

—¿Maricas?

—No consta. Probablemente no. Cornish fue detenido una vez por agresión sexual a una mujer. Pero salió bien librado porque la mujer retiró la denuncia. Probablemente Price la asustó.

—¿Drogatas?

—Tampoco consta. Pero beben mucho y provocan peleas a menudo en los pubs.

En ese momento sonó el teléfono de Coulter. Burns dejó que atendiese la llamada. Luego llegó la información del ordenador, que les proporcionó una dirección. Burns fue entonces a ver su superior, Atan Parfitt, y obtuvo la autorización que quería. A las dos de la tarde un juez había firmado una orden de registro; dos agentes se enfundaron sendas pistolas y junto a Burns, Skinner y otros seis agentes, uno de ellos con una palanqueta, formaron un grupo de diez.

Llevaron a cabo el allanamiento a las tres. La casa era vieja y estaba casi en ruinas, destinada a la demolición una vez el constructor consiguiese comprar todo el bloque. Entretanto la habían tapiado y cortado la luz, el agua y el gas.

La puerta estaba astillada y tenía una aldabilla. La palanqueta hizo saltar la cerradura y los agentes corrieron escaleras arriba. Los dos delincuentes vivían en el primer piso, que tenía dos habitaciones que nunca debieron estar muy decentes pero que ahora estaban hechas un desastre. Ninguno de los dos estaba en casa. De modo que los agentes enfundaron sus pistolas y empezó el registro.

Buscaron cualquier cosa incriminatoria y revolvieron todo sin contemplaciones. Si el apartamento estaba hecho un asco cuando llegaron, cuando se marcharon no quedó precisamente muy acogedor. Sólo encontraron una cosa. Hecha un churro y detrás de un sofá destartado, había una camiseta con sangre coagulada. La guardaron en una bolsa y la etiquetaron. También guardaron el resto de las prendas que había en el apartamento. Si los peritos encontraban fibras o cualquier otra cosa procedente de las ropas de la víctima, sería una prueba de que los dos tipos habían estado en el lugar de los hechos en el momento en que ocurrieron, y de que habían tenido contacto físico con el cojo.

Mientras los agentes hacían su trabajo, Burns y Skinner dieron una vuelta por la calle. La mayoría de los vecinos conocía a los dos tipos de vista y ninguno habló bien de ellos. Básicamente, porque solían llegar a casa borrachos y hacían mucho ruido de madrugada. Pero nadie sabía dónde estaban o pudieran estar a media tarde de un día de agosto.

De regreso en comisaría, Jack Burns hizo una serie de llamadas telefónicas. Pidió un informe completo sobre los dos individuos, hizo unas sencillas preguntas al doctor Carl Bateman, sobre el puño derecho del agredido, así como al cirujano de urgencias del Royal London, y a urgencias de otros tres hospitales. Un médico residente del hospital Saint Anne le dijo algo que casi lo hizo saltar de la silla.

—¡Ya os tengo! —gritó Burns al colgar el teléfono.

Todo buen detective tiene instinto de cazador y nota una vivificante descarga de adrenalina cuando las piezas encajan.

—Vaya enseguida al hospital Saint Anne —le dijo al sargento Skinner—. Pregunte por el doctor Melrose de urgencias y consiga una declaración completa por escrito. Lleve una foto de Mark Price para que lo identifique y una fotocopia de los atentados de accidentes ocurridos ayer por la tarde. Y luego vuelva con todo aquí.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Skinner al notar la excitación de su jefe.

—Un individuo que responde a la descripción de Price fue ayer al hospital con la nariz rota. El doctor Melrose comprobó que tenía dos fracturas. Va con la nariz envesada. Y el doctor Melrose podrá darnos una identificación completa.

—¿Y cuándo fue?

—Adivínelo. A las cinco de la tarde.

—Tres horas después de que le atizasen en el Paraíso. Tendremos con que meter a ese individuo entre rejas.

—Sí, muchacho, creo que sí. Pero muévase.

Mientras Skinner estuvo fuera Burns recibió una llamada del sargento de la brigada pericial. Fue decepcionante. Antes de la puesta del sol del día anterior, habían registrado los bloques de Colonia Jardín palmo a palmo; todos los callejones, portales y rincones, hasta los rodales de hierba y los desagües de las cañerías. Y habían vaciado los cinco únicos contenedores de basura que había para los bloques, rebuscando como gatos hambrientos.

Encontraron un montón de condones usados, jeringuillas sucias y los grasientos envoltorios de comida propios de aquel barrio. Pero no hallaron ni sangre ni cartera.

Decepcionante. Cornish debía de haberse guardado la cartera robada en uno de sus bolsillos para examinar el botín tranquilamente. El dinero se lo habría quedado y gastado, y el resto de lo que contuviese la cartera lo habría tirado en cualquier parte. Pero, desde luego, no en los bloques del Paraíso. Y vivían a cosa de un kilómetro de allí. Era una zona muy extensa; había demasiados cubos de la basura; demasiados callejones y demasiados tramos en obras. Podían haberla tirado en cualquier parte. Aunque (milagro sería) quizá siguiese en uno de los bolsillos de Cornish. La verdad, aquellos rufianes no eran precisamente unas lumbreras.

En cuanto a Price, la camiseta con la que cortó la hemorragia de su nariz debía de haber evitado que cayese sangre al suelo, hasta que estuvo convenientemente lejos de los bloques. Con todo, un excepcional testigo ocular y la prueba de la nariz rota enyesada en el hospital Saint Anne, tres horas después de que se la rompiesen, no era mala cosecha para un día de trabajo.

Luego recibió una llamada del doctor Bateman también decepcionante aunque no desastrosa. La última llamada, en cambio, fue una maravilla. Fue del sargento Coulter, que tenía en el barrio más confidentes que nadie. Le habían soplado que Cornish y Price estaban jugando al billar en un salón de Dalston.

Luke Skinner entró en la comisaría justo cuando Burns bajaba por las escaleras. Traía una declaración completa del doctor Melrose, una clara identificación y una copia del parte médico, para el que Price dio su verdadero nombre. Burns le dijo que guardase toda la documentación y que lo esperaba fuera en el coche.

Los dos agresores seguían jugando a billar cuando llegaron los policías. Burns estuvo muy lacónico y profesional. Había traído apoyo en un furgón con seis agentes de uniforme que vigilaban las puertas del local. Los otros tipos que jugaban al billar se limitaron a observar con la curiosidad de quienes no tienen problemas a los que sí los tienen.

Price fulminó a Burns con la mirada. Sus diminutos ojos porcinos flanqueaban una amplia banda de yeso que cubría el puente de su nariz.

—Mark Price, queda detenido como sospechoso de causar lesiones graves a un hombre hacia las dos y veinte de la tarde de ayer en los bloques de Edmonton conocidos como el Paraíso. No está obligado a declarar, pero puede perjudicar a su defensa si no

responde a algo que luego diga ante el tribunal. Y todo lo que diga podrá ser considerado como prueba.

Price miró con cara de pánico a Cornish, que evidentemente era el cerebro de la pareja de descerebrados. Cornish meneó la cabeza.

—¡A la mierda, cabrones! —les espetó Price.

Los agentes lo esposaron y sin contemplaciones lo sacaron del local.

Dos minutos después sacaron a Cornish. Metieron a ambos en el furgón policial y la pequeña caravana volvió a la comisaría de Dover Street.

Las normas, siempre las normas. De regreso en el coche, Burns pidió la presencia de un oficial médico. No quería ni en broma que luego achacasen aquella nariz rota a la brutalidad de la policía. Además, necesitaba que le extrajesen sangre al detenido para compararla con la de la camiseta. Si en la camiseta había una sola gota de la víctima tendrían una prueba concluyente.

Mientras aguardaba la llegada de la muestra de sangre del hombre que estaba en coma, se vio decepcionado por el resultado de su pregunta acerca del puño derecho.

Iba a ser una noche larga. Habían practicado la detención a las 19.15. Eso le daba veinticuatro horas, antes de que su jefe le concediese otras doce horas, o de que el juez del distrito le diese otras veinticuatro.

Como era quien había practicado la detención, tendría que redactar otro informe, firmarlo y hacerlo firmar por los testigos. Necesitaría una certificación del oficial médico de que ambos detenidos estaban en condiciones de ser interrogados. Y necesitaría hasta la última hebra de sus ropas y los contenidos de sus bolsillos, además de las muestras de sangre.

Luke Skinner, siempre vigilante como un halcón, se había asegurado de que ninguno de los detenidos tirase nada de sus bolsillos durante la detención ni mientras los conducían al furgón policial. Pero nadie pudo impedir a Cornish decir que quería un abogado, y enseguida. Hasta entonces no había dicho una palabra. Aparte de querer de verdad un abogado, Cornish lo dijo para tranquilizar a su fornido cómplice, y Price así lo entendió.

Los trámites duraron una hora. Ya oscurecía. El oficial médico se había marchado después de dejar su certificación sobre la capacidad de los detenidos para ser interrogados, así como del estado de la nariz de Price en el momento de ser detenido.

Los dos individuos fueron encerrados en celdas separadas y vestidos con monos de papel. A ambos se les sirvió una taza de té. Más tarde les servirían una cena. Había que atenerse a las normas, siempre las normas.

Burns fue a echarle un vistazo a Price.

—Quiero un abogado —dijo Price—. No voy a decir nada. Cornish tuvo la misma actitud. Se limitó a sonreír y repetir que quería un abogado.

El abogado de oficio que estaba de guardia era Lou Slade. Lo interrumpieron mientras cenaba, pero aseguró que vería a los detenidos antes de terminar su guardia aquella noche. Llegó a la comisaría poco antes de las nueve. Habló con los detenidos durante media hora en privado, en un despacho destinado al efecto.

—Ahora puede interrogarlos en mi presencia si lo desea, inspector —dijo el abogado al salir del despacho—. Pero debo decirle que mis clientes no piensan declarar. Niegan los cargos. Aseguran que no estuvieron cerca del lugar de los hechos a la hora en cuestión.

Era un abogado con experiencia que había llevado casos similares. Caló enseguida a sus clientes y no creyó una palabra de lo que le dijeron. Pero debía hacer su trabajo.

—Como quiera —dijo Burns—. Pero tenemos pruebas muy concluyentes y tendremos más. Si confesasen, incluso yo podría creer que la víctima se golpeó la cabeza contra el suelo al caer. Con su historial... pongamos que les caerían un par de años en el hotel.

Burns sabía perfectamente que la víctima presentaba numerosas señales de haber recibido patadas, y Slade sabía que lo sabía.

—Esto huele mal, inspector Burns. Y no cuela. Quieren negar los cargos. Me gustaría que todas las pruebas que tengan no queden al amparo del secreto del sumario.

—Las tendrá en su momento, señor Slade. Y espero que usted, por su parte, me informe de cualquier supuesta coartada que aduzcan los detenidos. Usted conoce las normas tan bien como yo.

—¿Hasta cuándo puede retenerlos? —preguntó Slade.

—Hasta las siete y cuarto de la tarde de mañana. Las doce horas adicionales que puede concederme mi jefe no serán suficientes. Casi con toda seguridad necesitaré que el juez me conceda una ampliación mañana, sobre las cinco de la tarde, que es su última audiencia del día.

—No me opondré —dijo Slade, que sabía que sería perder el tiempo.

Se trataba de dos delincuentes habituales que casi habían matado a un hombre. Y el juez accedería a la ampliación de la detención sin vacilar.

—En cuanto al interrogatorio, supongo que usted persistirá en hacerlo, aunque le advierto que por consejo mío no dirán nada.

—Lo suponía.

—Pues entonces, como estoy seguro que los dos tenemos ganas de volver a casa, ¿qué le parece si quedamos para mañana a las nueve de la mañana?

Convinieron en ello y Slade se marchó. Price y Cornish quedaron en sus calabozos. Burns tenía una última llamada que hacer. Cuando le pasaron la comunicación con el hospital Royal London preguntó por la enfermera de servicio de la UCI. Cabía la posibilidad de que el herido volviese en sí. Pero sólo eso, una posibilidad.

Paul Willis también trabajaba hasta tarde aquella noche. Había operado a un joven motorista que parecía querer batir el récord mundial de velocidad bajando la cuesta de Archway. El neurocirujano había hecho todo lo posible, pero en su fuero interno sólo le daba al motorista un cincuenta por ciento de probabilidades de llegar vivo al fin de semana. Se enteró de la llamada de Burns cuando la enfermera ya había colgado.

Habían transcurrido veinticuatro horas desde que le administraran la anestesia al cojo. Una vez pasado el efecto, confiaba en que el paciente diese las primeras señales de movimiento. Antes de marcharse a casa fue a echarle un vistazo.

Seguía igual. Los monitores indicaban un ritmo cardíaco regular pero la presión sanguínea era demasiado alta, y ése era uno de los síntomas de lesión cerebral. El paciente seguía alrededor de los 3 grados en la escala Glasgow, o sea, coma profundo.

—Le daré otras treinta y seis horas —le dijo a la enfermera—. Confiaba en poder salir este fin de semana, pero vendré el sábado por la mañana. A menos que haya síntomas de una recuperación satisfactoria, en cuyo caso no vendría. ¿Sería tan amable de dejar una nota para que me tengan informado, aquí o en casa, si se produce un cambio favorable? Si a las nueve de la mañana del sábado no se ha producido ningún cambio, pediré que le hagan otro escáner. Resérvelo para mí, por si acaso.

A última hora del segundo día, Price y Cornish, atiborrados de los fritos que les sirvieron para la cena, roncaban como bueyes en sus celdas de la comisaría de Dover Street. Su víctima yacía boca arriba enchufada a tres monitores bajo una tenue luz azulada, sumida en vaya uno a saber qué lejano mundo interior.

El doctor Willis se impuso dejar de pensar en sus pacientes durante un rato y vio un viejo spaghetti western de Clint Eastwood en su elegante casa de St. John's Wood. El sargento Skinner llegó justo a tiempo a su cita con una estudiante de arte dramático de la Academia de Hampstead, una chica muy bonita a la que había conocido en el bar del vestíbulo durante un concierto de Beethoven el mes anterior. Era la clase de aficiones (Beethoven, no las chicas) de la que se guardaba bien de mencionar en la cantina de la comisaría.

El inspector Jack Burns volvió a comer alubias con tomate y tostadas en su casa de Camdem Town, solo, pero deseando que Jenny y los chicos regresasen pronto de sus

vacaciones en Salcombe, en su Devon natal, adonde le hubiese encantado poder acompañarlos. Agosto, pensó, maldito agosto.

Tercer día – Jueves

El interrogatorio de Price y Cornish resultó inútil. No fue por culpa de Jack Burns, un policía con talento y experiencia. Habló primero con Price, consciente de que era el más obtuso de los dos. Con Lou Slade sentado a su lado, Burns adoptó la táctica del razonamiento sosegado.

—Mire usted, Mark, las pruebas son abrumadoras. Hay un testigo que lo vio todo. Absolutamente todo. Desde el principio al final. Y está dispuesto a testificar.

Aguardó a ver cómo reaccionaba el detenido. Pero nada.

—Luego le pegó a usted un puñetazo en la nariz, Mark; se la rompió. Es lógico que usted se enfureciese. ¿Por qué puñetas iba a hacer semejante cosa ese viejo?

Price pudo haber musitado: «No lo sé» o «Bah, ese viejo gilipollas.» No habría sido mala reacción ante un jurado. Equivaldría a reconocer haber estado en el lugar de los hechos. Haría polvo cualquier coartada. Price lo fulminó con la mirada pero guardó silencio.

—Además hemos sacado muestras de su sangre, Mark; de la que salió de la nariz rota. Tenemos muestras, jovencito.

Burns tuvo buen cuidado en no decir que sólo tenía sangre de la camiseta, no de la que hubiese podido gotear y quedar en el suelo. Pero no dijo nada que no fuese cierto. Price miró asustado a Slade, que también pareció preocupado. El abogado sabía que si las muestras de sangre de su cliente, tras realizarse los análisis de ADN, resultaban corresponder a la sangre encontrada en el suelo junto al hombre agredido, no habría defensa. Pero aún tenía tiempo para variar la declaración, en caso necesario. De acuerdo a las normas del levantamiento del secreto de los sumarios, insistiría en que se le facilitasen todos los datos de que dispusiera Burns bastante antes del juicio. De modo que se limitó a menear la cabeza mientras Price persistía en su aliento.

Burns interrogó exhaustivamente durante una hora a cada uno de los detenidos.

—Tendré que pedir que me autoricen la prolongación de la detención —le dijo a Slade cuando Price y Cornish volvieron a sus celdas—. ¿Esta tarde a las cuatro?

—De acuerdo —asintió Slade, que haría acto de presencia pero no diría prácticamente nada. No tendría sentido.

—Y lo dispondré todo para dos ruedas de reconocimiento para mañana por la mañana en St. Anne. Si ambas resultan positivas, presentaré cargos formales y pediré la prisión preventiva —advirtió el inspector.

—De acuerdo —dijo Slade, que se despidió y se marchó.

Al volver en el coche a su despacho, el abogado albergó pocas dudas de que las cosas no resultarían como pretendían sus clientes. Burns era un buen profesional, meticuloso, detallista y poco dado a cometer errores estúpidos que la defensa pudiese explotar. También estaba convencido de la culpabilidad de sus clientes. Había visto sus historiales, y también los vería el juez aquella tarde. Quienquiera que fuese el misterioso testigo, si era una persona respetable y mantenía su declaración, Price y Cornish no volverían a las calles durante mucho tiempo.

Años antes, la policía acostumbraba llevar a cabo las ruedas de identificación en comisaría. Pero el nuevo método consistía en hacerlas en locales situados en diversos puntos de la ciudad. El más cercano a la comisaría de Dover Street era el de la calle St. Anne, justo enfrente del hospital donde trabajaba el doctor Melrose y donde le habían enyesado la nariz a Price. Era un sistema más eficiente, porque cada local estaba dotado de las instalaciones más modernas, perfecta iluminación y falsos espejos a través de los que podía realizarse la identificación sin correr el riesgo de que, cuando se trataba de casos

especialmente graves, el culpable pudiese descubrir al testigo y luego aterrorizarlo para que no hablase. La policía disponía también de una lista de voluntarios, hombres y mujeres de diferentes complejiones y aspecto, para realizar la rueda sin pérdida de tiempo. A estos voluntarios se les pagaba ocho libras por comparecer, permanecer en la fila y marcharse. Burns pidió dos ruedas, dando descripciones completas de sus detenidos, para las once de la mañana del día siguiente.

Luke Skinner quedó encargado de atender a la prensa, por la que Burns sentía una profunda aversión. El sargento Skinner se manejaba mejor con los periodistas. Era uno de esos casos raros de policía educado en colegios privados. Tenía un barniz cultural que le hacía objeto de muchas burlas en la cantina, pero que resultaba muy útil en ciertas ocasiones.

Todas las preguntas de los periodistas debían canalizarse a través de la oficina de prensa de Scotland Yard. El caso no era de los que acapara titulares, pero el hecho de que el herido fuese una persona sin identificar le daba cierto interés informativo. Skinner no disponía de una buena descripción y por supuesto tampoco tenía fotografía. Era imposible hacer siquiera un dibujo esbozado porque el herido tenía la cabeza tumefacta y vendada.

De modo que Skinner se limitaría a hacer un llamamiento pidiendo información sobre un hombre que padecía una acusada cojera, de unos cincuenta y cinco años, con el pelo gris y corto y de estatura y complejión medianas, que faltase de su casa o del trabajo en la zona de Tottenham/Edmonton desde el martes anterior.

Agosto era un mes que no solía aportar muchas noticias y los medios podían interesarse por el caso, aunque no excesivamente. Sin embargo, había un periódico que podía airear mucho el caso, y Skinner tenía un contacto en la redacción. Almorzó con el reportero en la cafetería del Edmonton and Tottenham Express, un periódico local que se vendía en toda la zona de la comisaría

de Dover Street. El reportero tomó notas y prometió hacer lo que pudiese.

Los juzgados de lo civil podían interrumpir el trabajo durante unas largas vacaciones en verano, pero los de lo penal no paraban nunca. Porque el noventa por ciento de los delitos eran de su competencia. De gran parte del trabajo rutinario no se ocupan magistrados, sino personal voluntario que, desinteresadamente, lo asume como un deber cívico. Se ocupan de faltas y delitos menores, como transgresiones del código de circulación, hurtos, peleas; trámites como tramitación de órdenes de registro; ampliaciones de permisos para expender bebidas alcohólicas; así como de la tramitación de ampliaciones de prisión preventiva en espera de juicio. Si se presenta un caso grave, lo acostumbrado en la actualidad es que sea un juez titular, un cualificado jurista, quien tome la decisión.

Aquella tarde, en el juzgado número 3 de Highbury Corner el tribunal estaba formado por tres magistrados legos, presidido por Henry Spellar, un director de colegio jubilado. El asunto era tan sencillo que sólo le ocupó unos segundos.

Cuando se hubo terminado, Price y Cornish fueron conducidos de nuevo a la comisaría de Dover Street. Burns informó entonces al comisario Parfitt.

—¿Qué tal va, Jack? —preguntó el jefe de la Brigada de Investigación Criminal local.

—Fatal, señor. Empezó bien y rápido, con un excelente testigo que lo vio todo, un tendero respetable que tiene su local en la acera de enfrente. Un buen ciudadano. No titubeó en la identificación y está dispuesto a testificar. Sólo me falta la cartera que le robaron a la víctima, aparte de que la brigada pericial relacione a Price y a Cornish con la hora y el lugar de la agresión. Además, Price recibió atención médica en St. Anne tres horas después de los hechos. Y todo encaja con la declaración del testigo.

—¿Qué ocurre entonces?

—Pues que necesito la cartera que vincule a los dos agresores con el hecho. Necesito que la brigada pericial se dé prisa en sus conclusiones, y la identificación de la víctima.

—¿Va a presentar cargos contra los dos individuos?

—Si el testigo los reconoce en la rueda de identificación de mañana, sí. No deben zafarse de ésta. Son culpables, sin la menor duda.

—De acuerdo, Jack —dijo el comisario—. Le meteré prisa a la brigada pericial. Ténganos informados.

Hacía cuarenta y ocho horas que habían operado al herido en el hospital Royal London. El efecto de la anestesia había pasado, pero él seguía sin reaccionar, sumido en su lejano mundo interior.

Cuarto día –Viernes

Luke Skinner tuvo un alegrón al leer el periódico. La noticia era la segunda más destacada en la portada. El titular rezaba: «¿Quién es el cojo misterioso?»

El reportaje relataba la agresión y aludía a dos vecinos «que ayudan a la policía en sus investigaciones». Se trataba de una de esas manidas frases comparables a las notas que dan en los hospitales, que definen a pacientes agonizantes como «estables». Significan todo lo contrario, y todo el mundo lo sabe.

El reportero daba una buena descripción de la víctima: estatura, complexión, que tenía el pelo gris y lo llevaba corto y que cojeaba. Concluía con la pregunta «¿Conoce alguien al cojo?»

El sargento Skinner fotocopió el reportaje y fue a desayunar a la cafetería. Estaba satisfecho del tratamiento que el reportero le daba al caso. En un recuadro mencionaba la ampliación del período de detención por veinticuatro horas.

A las once, Price y Cornish fueron conducidos en un furgón policial hasta el local de St. Anne Street, donde tendría lugar la rueda de identificación. Burns y Skinner fueron con el señor Patel en un coche patrulla.

Se llevaron a cabo dos ruedas, cada una de ellas con el sospechoso y ocho hombres de aspecto similar. Debido al estado de la nariz de Price los otros ocho que aparecieron en la rueda se pusieron falsas vendas escayoladas en la nariz.

El señor Patel no titubeó. Al cabo de veinte minutos había identificado inequívocamente a los dos tipos, y volvió a confirmar que testificaría ante el tribunal de acuerdo a su declaración ante la policía. Burns estaba contento. Ninguno de los dos presuntos agresores lo había visto, ni formaban parte de ninguna banda. De modo que, con suerte, Patel no sería objeto de ninguna intimidación.

Después de las ruedas de identificación acompañaron a Patel a su tienda. Los voluntarios cobraron lo habitual y se marcharon. Price y Cornish volvieron a sus celdas de la comisaría. Al llegar él y Skinner los llamó el sargento de guardia.

—Tiene una llamada, Jack —dijo el suboficial mirando su bloc de notas—. Una tal señorita Armitage, una florista.

Burns se quedó perplejo. No había pedido flores. Aunque, bien pensado, Jenny regresaría dentro de una semana. Un ramo de flores podía darle un toque romántico a la bienvenida. Buena idea.

—Se trata de algo relacionado con el cojo —dijo el sargento.

Burns anotó la dirección y volvió al coche con Skinner. Las señoritas Armitage, dos solteras gemelas, tenían una pequeña floristería en Upper High Street. La mitad del género estaba en el interior y la otra mitad expuesto en la acera. Las flores del exterior porfiaban por sobrevivir entre los humos de los camiones que se dirigía hacia el sur, hacia Highbury, o hacia el norte con destinos a las zonas industriales del interior.

—Podría ser él —dijo la señorita Verity Armitage—. Parece que encaja con la descripción. Porque... dice que fue el martes por la mañana, ¿no?

—Posiblemente —asintió Burns.

—Compró un ramo de flores, de los más baratos. Media docena de «pajitos», como llamamos a las margaritas mayores. A juzgar por su aspecto no tenía mucho dinero, el pobre. Y según el periódico lo atracaron.

—Está grave, señora. No puede hablar. Está en coma. ¿Con qué le pago?

—En metálico.

—¿Con monedas que llevaba en el bolsillo?

—No. Me pagó con un billete de cinco libras. Lo recuerdo porque la cartera se le cayó al suelo y me agaché a recogerla, porque me fijé en lo de su pierna.

—¿Cómo era la cartera?

—Barata. De plástico. Negra.

—¿Se fijó en qué bolsillo la guardó?

—En el interior de la chaqueta.

—¿Podría mostrarme un ramo de pajitos?

Burns y Skinner volvieron a almorzar a la cafetería de la comisaría. Burns estaba decepcionado. Una tarjeta de crédito les habría proporcionado el nombre del titular, así como una dirección o un número de cuenta corriente. Cualquier dato habría sido útil. Pero como había pagado en metálico...

—¿Qué puede hacer uno con un ramo de flores en una tarde de agosto? —preguntó Burns.

—No sé... ¿Llévrselo a una novia? ¿A una madre?

Los dos policías apartaron sus platos y acercaron sus cervezas con cara de circunstancias.

—¿Señor? —dijo algo cohibida una joven que estaba sentada al otro extremo de la larga mesa. Era una agente que acababa de incorporarse, recién salida de la Academia de Policía.

Jack Burns ladeó la cabeza.

—¿Sí? —dijo mirándola.

—Se me acaba de ocurrir una idea. Porque estaban hablando del cojo, ¿verdad?

—Sí. Y una buena idea no nos vendría nada mal. ¿De qué se trata?

La joven se ruborizó, porque los novatos, sean hombres o mujeres, no acostumbran a interrumpir a los inspectores.

—Pues que de haber ido hacia el lugar de los hechos, habría ido a pie por High Road, que está a quinientos metros más adelante o, en todo caso habría tomado el autobús. Pero a quinientos metros por detrás está el cementerio.

Burns dejó la jarra en la mesa.

—¿A qué está usted asignada? —le preguntó a la joven. —A archivo, señor.

—Pues eso puede esperar. Vamos a echar un vistazo al cementerio. Acompáñenos.

Skinner se puso al volante, como de costumbre. La agente, que era del barrio, le indicó el camino más corto. Era un cementerio muy grande y con centenares de tumbas, en hileras. Era un cementerio municipal y estaba mal iluminado. Empezaron por un extremo y fueron pasando cada uno frente a las lápidas. Tardaron casi una hora. Y fue la chica quien las vio primero. Se habían marchitado, claro, pero eran pajitos, en un florero lleno de agua turbia. Según la inscripción de la lápida allí yacían los restos de Mavis June Hall. Había la fecha de nacimiento y la de la muerte y las letras RIP. Había muerto hacía veinte años, a los setenta.

—Fíjese en la fecha de nacimiento. Agosto de 1906. El pasado martes era su cumpleaños.

—Pero ¿qué relación tendría con el cojo?

—Quizá era su madre?

—Puede. En tal caso su segundo apellido sería Hall —dijo Burns.

Al regresar pasaron frente a la floristería Armitage y la señorita Verity dijo que, con casi toda seguridad, aquéllos eran los pajitos que le vendieron al cojo.

En la comisaría, Skinner llamó a la oficina de personas desaparecidas, por si habían informado acerca de algún Hall. Había tres, pero dos eran mujeres y uno era un niño.

—Alguien debe de conocerlo. ¿Por qué nadie denuncia su desaparición? —dijo Burns malhumorado. Por lo visto iba a llevarse una decepción tras otra.

La joven agente, que era además bonita e inteligente, volvió al archivo y Burns y Skinner bajaron a las celdas, donde Price y Cornish fueron acusados formalmente como autores de lesiones graves a un hombre sin identificar. A las cuatro menos cuarto salieron hacia los juzgados de Highbury Corner, donde el secretario se las había compuesto para encontrar un hueco de última hora en la sesión de audiencias. En esta ocasión los dos sospechosos no volverían a la comisaría de Dover Street. Burns quería que se decretase prisión preventiva durante una semana, probablemente en Pentonville, una cárcel conocida como «el hotel».

En esta ocasión les había correspondido la sala donde el banquillo de los acusados está en el centro, de cara al sillón de juez, en lugar de en un lado de la sala como suele ser habitual. El magistrado era un juez titular, Jonathan Stein, muy cualificado y con experiencia.

Price y Cornish volvieron a llegar en un furgón policial, pero había otro celular aguardando para llevarlos al hotel. El abogado Slade estaba en su mesa de cara al sillón del juez, pero en representación de la policía actuaría un joven letrado para solicitar la prisión preventiva.

Años atrás era la propia policía la que se representaba ante los tribunales. Muchos policías veteranos preferían ese sistema. Pero ya hacía mucho tiempo que todos los procesos los canalizaba el Servicio de la Fiscalía de la Corona (SFC). Entre sus competencias figuraba determinar si un caso presentado por la policía tenía base suficiente para llevar la acusación ante un juez y un jurado. Si la fiscalía decide que no, el caso no se presenta. Muchos policías que, después de haber trabajado durante mucho tiempo y con gran dedicación para conseguir que procesen a un delincuente, ven que los desautorizan, se refieren al SFC como «servicio de fuga de criminales». De modo que las relaciones entre el SFC y la policía no siempre son muy cordiales.

Un serio problema del SFC es que recibe insuficiente financiación y paga muy mal. De ahí que, no sin cierta justificación, muchos lo consideran un simple banco de pruebas para abogados jóvenes e inexpertos, antes de pasar a ejercer por su cuenta o acceder a mejores puestos.

Prabani Sundaran era una joven inteligente y atractiva, la niña de los ojos de sus padres, oriundos de Sri Lanka. Se encontraba además ante su primer caso importante. Pero no creía que eso fuese un grave problema para ella.

La concesión de la prisión preventiva sería un puro trámite. De ninguna manera el juez titular Stein iba a conceder la libertad condicional a Price y Cornish. Sus historiales delictivos eran abultados y los tenía delante. Toda prisión preventiva se concede sólo por una semana, por lo que tendrían que solicitarse varias más antes de que se eligiese la defensa, se aceptase, se preparase y estuviese dispuesta para proceder. Entonces se fijaría una audiencia para la presentación de pruebas y alegatos, tras la que el magistrado podría decidir el procesamiento de los dos delincuentes y fijar la fecha del juicio ante un tribunal de la Corona, un tribunal con jurado. En tal caso.

Prabani Sundaran actuaría como ayudante del ministerio público, posiblemente un abogado del Estado, nombrado por el Servicio de la Fiscalía de la Corona. Todo lo que tendría que hacer sería seguir sus instrucciones. Así eran las normas; siempre las normas.

El juez Stein hizo un gesto con la cabeza y la joven se levantó y leyó un resumen de los cargos. A continuación se levantó Lou Slade.

—Mis clientes negarán los cargos y en su momento optarán por una defensa —dijo el abogado de oficio.

—Pedimos prisión preventiva, señoría —dijo Prabani Sundaran.

—¿Señor Slade?

El magistrado preguntaba si el señor Slade quería solicitar la libertad condicional bajo fianza. Slade negó con la cabeza y el juez Stein le sonrió.

—Prudente decisión —dijo el juez—. Concedo una semana de prisión preventiva. —Miró a ambos abogados por encima de sus gafas de leer y añadió—: Fijo nueva audiencia para el viernes por la mañana.

Todos los profesionales que se encontraban en la sala sabían perfectamente que concedía la audiencia para oír lo que tuviesen que alegar las partes, pero que concedería otra semana de prisión preventiva, y así indefinidamente hasta que la acusación y la defensa estuviesen preparadas para actuar ante el tribunal.

Price y Cornish, esposados y flanqueados por dos funcionarios de prisiones, fueron conducidos al hotel. El señor Slade volvió a su despacho, consciente de que el lunes por la mañana tendría respuesta a su petición de asistencia para la defensa. Sus clientes carecían de medios para pagarse un abogado particular. Tendría que componérselas para encontrar un abogado facultado para intervenir en casos importantes, que aceptase ayudarlo por unas migajas.

Ya había pensado en dos bufetes cuyos todopoderosos pasantes considerarían el caso. Pero estaba casi seguro de que lo único que obtendría sería la ayuda de un novato necesitado de experiencia, o de un picapleitos de tres al cuarto tan falto de dinero que aceptase el magro emolumento. No le importaba. En un mundo cada vez más violento, un par más de canallas sueltos no iba a hacer que ardiese el Támesis.

Jack Burns regresó a la comisaría. Tenía la mesa atestada de papeles y mucho trabajo atrasado. Y algunos problemas que resolver acerca del caso del cojo.

Quinto día – Sábado

Tal como había prometido, el doctor Paul Willis llegó al hospital a las nueve de la mañana del sábado.

Le hicieron un nuevo escáner al paciente y el cirujano estudió el resultado. Si las patadas que le propinaron habían causado daños neurales graves y dispersos no se apreciarían, ni siquiera con el escáner. Pero si la corteza cerebral hubiese resultado dañada irreversiblemente, el paciente seguiría en estado vegetativo hasta que el sistema de respiración asistida se desconectase o, simplemente, muriese. De modo que Willis decidió hacer unas pruebas del estado del córtex después del fin de semana. Entretanto, iría con su esposa, que estaba muy ilusionada, a almorzar en Oxfordshire con un matrimonio que conocieron en Corfú.

Antes de salir de la UCI, Willis le echó un último vistazo al paciente, que seguía sumido en su lejano, lejanísimo mundo interior: los adoo parecían brotar de la tierra yerma junto al antiguo fortín de piedra. Había decenas. Ya los había visto antes en sus rondas con el escuadrón B en aquella enconada y secreta guerra, pero eran figuras distantes que se recortaban contra las lomas parduscas y aparecían de uno en uno o de dos en dos. Pero ahora era un ataque masivo en toda regla y aquellos fanáticos surgían por todas partes.

Ellos eran sólo diez, él y sus compañeros, más unos cincuenta askaris del norte, gendarmes locales y algunos reclutas, los firgas que, carentes de adiestramiento, disparaban sin ton ni son. Entre aquel enjambre dos oficiales, dos sargentos, un cabo interino y cinco soldados. Calculaba que los adoo eran más de doscientos y llegaban desde todas direcciones.

Echado cuerpo a tierra en la techumbre de la caserna, apuntó a través de la mira telescópica del fusil y alcanzó a tres adoo, que ni se enteraron de dónde procedía el fuego.

No era de extrañar, porque el estruendo de los morteros y las bombas y el tableteo de las ametralladoras era ensordecedor.

De no ser por aquel único disparo que hicieron los rebeldes al irrumpir en el puesto avanzado de Jebel Alí una hora antes, ya los habrían liquidado. La alarma que cundió les proporcionó unos minutos para tomar posiciones antes de que la primera oleada de atacantes cargase contra las alambradas. Pero la inferioridad numérica hizo que su situación pasase de crítica a desesperada.

Vio a lo lejos el cuerpo de un askari boca abajo en el sendero enlodado que cruzaba la calle principal. El capitán Mike seguía intentando recorrer los cuatrocientos metros que lo separaban del cabo Labalaba, el bravo fiyiano que, pese a que le habían volado media mandíbula, disparaba su anticuado cañón de campaña a quemarropa contra las oleadas de guerreros de la tribu.

Dos cabezas tocadas con sendos kef fiyeh asomaron por detrás del fortín a su derecha y las voló a ambas. Otras tres asomaron por un terraplén a su izquierda. Intentaban atraer al tambaleante capitán al descubierto. Pero él les disparó el cargador entero, mató a uno y ahuyentó a los otros dos.

Se volvió para cambiar el cargador y un maldito cohete de un Carl Gustav pasó silbando por encima de su cabeza. Si la trayectoria del proyectil llega a pasar un palmo más abajo lo hubiese convertido en una hamburguesa. Por debajo de los pares sobre los que estaba echado oyó que su oficial pedía apoyo aéreo, que machacasen la posición aun a riesgo de sus propias vidas. Una vez cambiado el cargador liquidó a otros dos adoo al descubierto, antes de que pudiese abatir al capitán Mike, que acababa de desaparecer en el nido de ametralladoras con el auxiliar médico Tobin, para tratar de socorrer a los dos fiyianos.

Hasta después no se enteraría de que el indómito Labalaba acaba de recibir otro impacto de bala, esta vez en la frente, y que estaba muerto. Tampoco sabía que Tobin había resultado mortalmente herido, poco después de asistir al soldado Ti, que tenía tres heridas de bala pero que podía sobrevivir. Por suerte, vio al terrorista que llevaba el mortero Carl Gustav que había estado a punto de matarlo. El adoo estaba entre dos montículos de arena, junto a la semiarrancada alambrada del perímetro. Apuntó con precisión y lo alcanzó con una bala de cuproníquel, de 7,62 mm, de las que utilizaba la OTAN, que le atravesó el cuello. El Carl Gustav quedó silenciado, pero el estruendo de los otros morteros y uno de los rifles de repetición que les quedaban a los adoo era ensordecedor.

Al fin, llegaron los Strikemasters desde la costa volando a menos de treinta metros de altura. El bombardeo arreció con el intento de los adoo de seguir adelante, y el ataque se fue debilitando hasta cesar por completo. Se dispersaron y huyeron llevándose a sus heridos y a la mayoría de sus muertos. Luego sabría que él y sus compañeros habían logrado rechazar un ataque de más de trescientos adoo, aparte de enviar a un centenar al infierno.

Cuerpo a tierra en la techumbre mientras el fuego remitía, se echó a reír de puro alivio, preguntándose qué pensaría ahora de él la tía May.

En la UCI del hospital Royal London, el cojo seguía sumido en su lejano, lejanísimo mundo interior.

Sexto día – Domingo

Jack Burns era un hombre de placeres sencillos; uno de ellos era remolonear en la cama los domingos por la mañana. Pero aquel día no pudo hacerlo. El teléfono sonó a las siete y cuarto. Era el sargento de guardia en la comisaría.

Tengo aquí a un hombre que pasea a su perro todos los días muy temprano dijo el sargento.

Aunque medio adormilado, Burras se preguntó cuánto tiempo tardaría en estrangular al sargento.

Trae una carteraprosiguió el sargento—. Dice que la ha encontrado su perro en un solar, a un kilómetro de los bloques del Paraíso.

Se baratillo; de plástico y de color negro —dijo Burns ya totalmente despejado.

—La ha visto? —exclamo el sargento.

Dígale a quien la ha traído que no se marche. No deje que se marche. Estaré ahí en veinte minutos.

El hombre del perro era un jubilado, un tal Roben Whittaker, todavía muy erguido, pulcro. Aguardaba en uno de los despachos de la comisaría tomando una taza de té.

Whittaker hizo su declaración, la firmó y se marchó. Burns llamó al jefe de la brigada pericial y le pidió que registrasen palmo a palmo el solar donde el perro había encontrado la cartera. Quería un informe antes del anochecer. Hacía cuatro días que no llovía pero el cielo estaba encapotado y gris. No quería que, si caía un buen aguacero, echase a perder lo que hubiese podido contener la cartera que, nada más colgar, examinó con detenimiento. Reparó en cuatro marcas hechas por los dientes del perro y restos de saliva del animal. Pero ¿qué otra información podría proporcionarle? Con pinzas, la introdujo en una bolsa de guardar las pruebas y llamo a dactiloscopia.

Sí, ya sé que es domingo, les dijo, pero se trata de algo muy urgente.

Durante el día, los miembros de la brigada pericial llenaron seis cubos de basura del solar contiguo a Mandela Road, y los examinaron hasta bien entrada la noche.

Pero no apareció nada de lo que pudiera contener la cartera que, tal como Whittaker aseguró y Burns confirmó, estaba vacía.

Séptimo día – Lunes

Yacía acurrucado y asustado en la penumbra. Sólo una tenue luz del fondo del dormitorio del orfanato proyectaba extrañas sombras que se movían hacia el techo. Oía a otros chicos musitar en suelos o gemir a causa de alguna pesadilla. No sabía adónde iría, ni qué sería de él ahora que sus padres habían muerto. Sólo sabía que estaba solo y asustado en aquel nuevo entorno.

Quizá se hubiese adormilado pero se despertó de nuevo al abrirse la puerta e irrumpir un óvalo de luz del exterior. Luego ella se inclinó hacia él, lo arrojó cariñosamente y le retiró de la cara el pelo empapado de sudor.

—Vamos, muchacho. ¿Aún no te has dormido? Bueno, pues ahora vas a dormir como un buen chico y Dios y todos los ángeles cuidarán de ti hasta que vuelva la tía May por la mañana.

Y así reconfortado, se deslizó hacia la profunda y cálida oscuridad de la noche interminable.

La enfermera de guardia de la UCI llamó primero a la comisaría de Dover Street, pero Burns había dejado en la UCI su número particular para llamadas de emergencia.

—¿ Inspector Burns? Llamo del Royal London. Lamento informarle que el paciente por el que se interesó usted, el hombre sin identificar de cuidados intensivos... ha muerto a las seis y diez de esta mañana.

Jack Burns colgó diciéndose que le aguardaba otro día muy ocupado. Tenía ahora un caso de asesinato. Por lo menos, el caso tendría ahora mucha más prioridad. Se practicaría la autopsia y tendría que asistir a la misma. Los dos brutos que estaban en el hotel tendrían que comparecer de nuevo en el juzgado para replantearles los cargos.

Eso significaba que el secretario del juzgado debería ser informado, así como el abogado defensor, Lou Slade. Trámites y más trámites, pero había que hacerlos, y bien. Estaba descartado que Price y Cornish pudieran quedar en libertad por un defecto formal descubierto por un abogado astuto. Burns quería que los encerrasen durante muchos años.

El Royal London tiene su propio tanatorio y su propio departamento forense, y allí se practicó la autopsia a mediodía. La llevo a cabo el doctor Laurence Hamilton. Presenciar la autopsia le resultó a Burns muy desagradable. Unos forenses adoptaban una actitud desenfadada y hablaban de cosas superficiales mientras diseccionaban y descuartizaban el cuerpo; otros examinaban el cadáver con entusiasmo de principiantes, como entomólogos que descubriesen una mariposa extraordinaria; otros se mostraban muy lacónicos y hablaban con monosílabos. El doctor Hamilton pertenecía a la primera categoría. Para él, la vida y la muerte eran igualmente naturales, y su trabajo le parecía maravilloso.

Jack Burns había presenciado varias autopsias a lo largo de su carrera, pero el olor a éter y a formol casi siempre le provocaba náuseas. Cuando la sierra eléctrica seccionó el cráneo, desvió la mirada hacia los grabados de la pared.

—¡Dios mío! ¡Menuda paliza le pegaron! —exclamó Hamilton mientras examinaba el pálido y tumefacto cuerpo que yacía boca arriba en la mesa de disección.

—Lo patearon hasta matarlo. El pasado martes —dijo Burns—, murió a los seis días.

—Por desgracia, «muerto a patadas» no es precisamente el diagnóstico que debo presentar —dijo en tono desenfadado el doctor Hamilton, que tenía que diseccionar y dictar lo que observase a la enfermera y al micrófono conectado a la grabadora, que ella le sostenía a medida que él iba de uno a otro lado de la mesa de disección.

La autopsia duró más de una hora. El cadáver presentaba muchas lesiones y Hamilton dedicó mucho tiempo a la antigua herida, al fémur derecho y a la cadera fracturada mucho tiempo atrás, unida con clavos de acero, que era lo que le causó cojera de por vida.

—Cualquiera diría que lo atropelló un camión —dijo Hamilton—. Tiene unas lesiones terribles —añadió señalando a las cicatrices allá donde los huesos asomaban de la carne, y a las más recientes donde el cirujano había practicado las incisiones al operarlo.

Todo lo demás, y había mucho, se debía a la paliza recibida el martes anterior; la mano izquierda aplastada, los incisivos rotos, tres costillas y un pómulo fracturados.

Burns examinó el puño derecho, pero Carl Bateman había estado en lo cierto. No había lesión. Sorprendente.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Burns.

—Pues verás, señor Burns, ya la especificaré en mi informe —repuso el forense que sería, naturalmente, uno de los testigos principales en el juicio—. Pero, entre nosotros, le diré que la causa ha sido una grave lesión neurital en el cerebro. El neurocirujano no pudo haber visto esto. El escáner no lo revela. Esto unido a un traumatismo general debido a múltiples heridas que, aunque por separado no fuesen mortales, sí lo han sido en conjunto. Ahora volveré a unir las partes del cuerpo para que los familiares puedan verlo de un modo... decente. Por cierto, ¿tiene parientes?

—No lo sé —repuso Burns—. Ni siquiera sé quién es.

Burns pasó toda la tarde cumplimentando trámites para el día siguiente, para el secretario del juzgado y para el penal de Pentonville (el hotel). El abogado Slade estaba cariacontecido. Su asistencia letrada no podía ir mucho más allá, y había pasado la mañana tratando de encontrar un abogado competente que se hiciese cargo del caso. Al igual que Burns, topaba con el síndrome de agosto; la mitad de las personas a las que llamaba estaban de vacaciones. Confiaba en un amigo de un bufete de abogados del Estado. Por lo menos, tratándose ahora de un asesinato, podía interesarles más. Pero pintaba mal.

—Sigo teniendo que defenderlos —dijo.

—No se esfuerce demasiado, señor Slade —dijo Burns antes de despedirse y colgar.

Por la tarde tuvo malas noticias, pero fueron compensadas con creces por otras buenas. Apremiados por el comisario Parfitt, los miembros de la brigada pericial facilitaron los resultados. No había sangre ni fibras en las ropas de Price y Cornish que los vinculasen directamente con el fallecido. La sangre de la camiseta procedía de un solo individuo, o sea del propio Price.

Burns se lo tomó con filosofía. Si aquellos hombres se habían enzarzado en una pelea tendría que haber fibras que hubiesen pasado de unas prendas a otras. Price y Cornish eran

demasiado estúpidos para estar al corriente de lo mucho que había progresado la tecnología policial en los últimos veinte años. Podían detectar pruebas inimaginables cuando Burns era un simple agente que patrullaba por las calles de Paignton.

Pero el cojo había caído por un puñetazo y una patada en la corva. Una vez en el suelo, había recibido un aluvión de patadas; y después de veinticuatro horas las botas de Price y Cornish habían quedado rozadas y llenas de polvo por el uso de otro día y, por lo tanto, no revelaban nada presentable ante un tribunal.

Pero la llamada del departamento de dactiloscopia lo compensó con creces. Había las muestras de saliva del perro y tres juegos de huellas dactilares; unas coincidían con las del difunto; otras con las del señor Whittaker, que se había prestado de buen grado a que le tomaran las huellas después de hacer su declaración; y el tercer juego de huellas correspondía a Harry Cornish.

Burns se entusiasmó tanto que se levantó de la silla con el teléfono en la mano.

—¿Están seguros? ¿No cabe posibilidad de error?

—Mire, Jack, necesitó dieciséis puntos de coincidencia entre las huellas para dar un resultado afirmativo al ciento por ciento. Y he encontrado veintiuno. O sea que la certeza es superior al ciento por ciento.

El técnico del departamento de dactiloscopia también sería un testigo crucial. Burns le dio las gracias y colgó.

—¡Ya os tengo, cabrones! —exclamó dirigiéndose a dos cactus que tenía en un tiestecillo encima de la mesa.

Quedaba sólo un problema. ¿Quién era el muerto? ¿A qué había ido a Edmonton? ¿Sólo para poner un modesto ramito de flores en la tumba de una mujer muerta hacía muchos años? ¿Tendría parientes, quizá lejos de allí, en la costa, como los tenía él en Devon? ¿Tendría un empleo y, por lo tanto, compañeros de trabajo? ¿Por qué nadie había denunciado su desaparición? ¿Cómo pudo haber propinado a Price tal puñetazo que le rompió la nariz y no presentar la menor señal en sus nudillos? ¿Y por qué se revolvió contra los navajeros para defender una cartera en la que apenas llevaba dinero?

Fue Luke Skinner quien le proporcionó la idea.

—El primer agente que llegó al lugar de los hechos, se inclinó hacia el hombre y le vio la cara antes de que se hinchase; y el enfermero, el que lo asistió en la acera y la ambulancia. ¿Qué le parece si les pedimos una descripción en presencia del dibujante de la brigada?

Burns localizó al enfermero a través del servicio de ambulancia municipal que, al saber que el herido había muerto, accedió a colaborar. Tenía turno por la mañana temprano pero quedaría libre a las dos y estaría encantado de ayudarles.

El agente de policía era de la comisaría de Dover Street. Burns lo localizó consultando los horarios del personal y el informe diario de atestados. Un dibujante de Scotland Yard se comprometió también a estar en la comisaría al día siguiente a las dos.

Burns terminó su jornada reunido con su jefe Alan Parfitt para sopesar el caso. El comisario examinó todas las pruebas que Burns le presentó y finalmente convino con él.

—Creo que tenemos una sólida base para pedir el procesamiento, señor. Tenemos el testimonio de Patel, y sus dos identificaciones; la fractura de la nariz; la cura que le practicó el doctor Melrose a Price tres horas después; y la cartera. Podemos conseguir que les endilguen cadena perpetua.

—Sí, creo que sí —admitió Parfitt—. Mañana veré a un abogado de la fiscalía y creo que podré convencerlo de que este caso ha de seguir adelante.

Hubo declaraciones, declaraciones y más declaraciones. La documentación destinada al sumario abultaba ya como un grueso libro. Los informes completos sobre la autopsia y los análisis de dactiloscopia tenían aún que llegar para añadirse al expediente. Pero el comisario y el inspector convinieron en que tenían el camino expedito, y Parfitt estaba seguro de poder convencer al SFC.

Octavo día – Martes

Price y Cornish estaban de nuevo en el banquillo de los acusados del juzgado número 1 de Highbury Corner. El magistrado Stein presidía el tribunal. La joven Prabani Sundaran representaba a la fiscalía. Sus padres estaban radiantes de orgullo detrás del cristal que separaba la tribuna pública. Iba a intervenir en su primer caso de asesinato. Lou Slade estaba un poco taciturno.

Stein abrió la sesión de forma sucinta y eficiente. Leyó el nuevo cargo: asesinato. Slade se levantó, reiteró que sus clientes alegaban inocencia y que procedería a su defensa. El juez Stein arqueó una ceja mirando a Prabani Sundaran, que solicitó una nueva ampliación de la prisión preventiva.

—¿Señor Slade? —dijo el juez.

—No pediré la libertad condicional bajo fianza, señorita —repuso el abogado defensor.

—Concedo una semana más de prisión preventiva, señorita Sundaran. Fijo la próxima audiencia para el martes siguiente a las once de la mañana. Los detenidos deberán volver a la cárcel.

Price y Cornish fueron de nuevo conducidos al furgón celular. Prabani Sundaran tenía ya todo el informe y estaba contenta por lo conseguido. De vuelta en su bufete le dijeron que el caso iría sin duda a juicio y que ella intervendría. Conforme a derecho, toda la documentación que obraba en poder del SFC le sería proporcionada al abogado defensor antes de veinticuatro horas. Entonces Lou Slade podría empezar a preparar la defensa.

Una defensa muy peliaguda, se dijo Slade, pese a que aún no había empezado a prepararla. Voy a necesitar la ayuda de un verdadero genio.

La sesión con el dibujante de la policía fue bien. El enfermero y el agente de uniforme coincidieron, aproximadamente, en el aspecto de la víctima caída en la acera hacía una semana, y el dibujante puso manos a la obra. Fue un trabajo de equipo entre los tres. El dibujante hacía un boceto, lo mostraba, borraba y volvía a esbozar el rostro. Al final dio con una versión definitiva. La mirada, el pelo corto y gris, el perfil de la mandíbula. El agente de uniforme y el enfermero habían visto a la víctima con los ojos cerrados, pero el dibujante se los abrió. Aquel hombre, ahora descuartizado y metido en un armario frigorífico, los miraba desde el papel.

Luke Skinner puso manos a la obra. Tenía un contacto importante en la oficina de prensa de Scotland Yard y quería que apareciese un reportaje en el Evening Standard al día siguiente. Ambos se vieron con el redactor jefe de sucesos a última hora de la tarde. Todos sabían que agosto era el «mes tonto». Había pocas noticias. Y aquello daba para un reportaje, era una buena historia. El redactor jefe aceptó. Ya pensaba en el titular: HOMBRE MUERTO A PATADAS. ¿LO CONOCEN? Junto al retrato robot incluían una descripción completa. Destacaban la cojera a causa de antiguas heridas en la pierna y la cadera. Skinner estaba seguro de que aquello era todo lo que iba a conseguir, y su última oportunidad.

Noveno día – Miércoles

El Evening Standard es el único periódico vespertino londinense con gran implantación en la capital y en el sudeste del país. Skinner tuvo suerte. Apenas había nada noticiable y el Standard pudo publicar el retrato robot del cojo en primera página. ¿CONOCEN A ESTE HOMBRE?, preguntaba el titular, junto a la remisión a páginas interiores en las que daban más detalles.

En el recuadro incluían la edad aproximada, la estatura, complexión, color de los ojos y el pelo, la ropa que llevaba cuando fue atacado, y añadían que se daba por seguro que había visitado el cementerio local para poner flores en la tumba de Mavis June Hall, y que regresaba hacia la parada del autobús a pie cuando fue atracado y agredido. Precisaban que la cojera se debía a heridas producidas unos veinte años atrás.

Burns y Skinner aguardaron esperanzados durante todo el día, pero no llamó nadie, o, mejor dicho, llamadas hubo muchas, pero ninguna acerca del caso. De modo que la esperanza se desvaneció.

El juzgado que entendía en aspectos formales de casos de asesinato, negó el permiso para sepultar al difunto en una tumba anónima, por si acaso posteriormente el muerto resultaba identificado.

—Es raro y muy triste, Burns —dijo Skinner mientras regresaban a pie a la comisaría—. Uno puede vivir en una ciudad como Londres, entre millones de personas, pero si vives solo, como seguramente era el caso de este pobre hombre, nadie sabe siquiera que existes.

—Alguien ha de saberlo —objetó Burns—, algún compañero de trabajo, algún vecino; quizá estén de vacaciones.

Décimo día – Jueves

El abogado del Estado James Vansittart estaba frente al ventanal de su despacho. Miraba hacia el Támesis a través de los jardines. Tenía cincuenta y dos años y era uno de los letrados de primer rango del Colegio de Abogados de Londres. Desde los cuarenta y tres años era abogado del Estado, algo notable teniendo en cuenta que sólo llevaba dieciocho años como letrado de primer rango. Pero la suerte y su propio talento lo habían ayudado.

Diez años antes, actuando como ayudante de un letrado mucho mayor que él que enfermó durante un caso, se ganó al juez, que no quería posponer el caso y tener que empezar de nuevo, al aceptar proseguir sin su jefe. Eso constituía un riesgo para el bufete de abogados del Estado. Pero resultó bien y el acusado fue absuelto.

El Colegio de Abogados convino en que fueron el talento y la oratoria de Vansittart los que inclinaron al jurado. Posteriores pruebas inequívocas de que el acusado no era culpable reafirmaron su éxito.

Al año siguiente, la solicitud presentada por Vansittart para acceder a la toga encontró poca oposición en el Ministerio de Justicia, una cartera por entonces en manos del gobierno conservador. Probablemente su padre, el conde de Essendon, miembro de la Comisión Disciplinaria de los conservadores en la Cámara de los Lores, influyó también en que fuese aceptado.

Era opinión generalizada en el Colegio de Abogados y en los clubes de St. James que el segundo hijo de Johnny Essendon tenía madera, aunque también fuese algo maniobrero.

Vansittart dejó de mirar por la ventana, fue hasta su mesa y por el intercomunicador llamó a su primer pasante, Michael Creedy, que era quien llevaba los asuntos de los treinta abogados del bufete, un hombre que rezumaba precisión y desempeñaba el cargo desde hacía veinte años. Había descubierto al joven Vansittart poco después de que fuese admitido en el Colegio como abogado de primer rango, y recomendó al por entonces director del bufete que lo contratase. Y no se había equivocado. Quince años después, el joven Vansittart era subdirector del bufete y toda una figura de la abogacía. Tenía una esposa encantadora, que además era pintora retratista de talento, una mansión en Berkshire y dos hijos que estudiaban en Harrow. En definitiva, Vansittart era un triunfador.

Se abrió la puerta y Mike Creedv entró en el despacho, una estancia muy elegante con las paredes recubiertas de estanterías de libros de arriba abajo.

—Ya sabe usted que rara vez acepto prestar ayuda letrada a otro abogado en un juicio, Mike.

—Bueno... que sea raramente ya me viene bien, señor.

—Una vez al año... y ya que arde. Ya sé: me dirá que da buena imagen, porque lo que es por el dinero...

—Una vez al año es un buen promedio, señor. En cuanto a la imagen..., la verdad, prefiero que siga muchos años en carne y hueso, señor.

Vansittart se echó a reír. Creedy estaba encargado de las finanzas y en aquel bufete todos los abogados ganaban mucho dinero, detestaba que sus letrados aceptasen cobrar una migajas por asesorar a otro abogado. Con todo, recomendaciones eran recomendaciones. Había que transigir a veces, aunque no demasiado.

—¿De qué caso se trata?

—Un caso del juzgado de Highbury Corner. Dos jóvenes acusados de atracar y matar a un viandante. Alegan inocencia. Y podría ser cierto. Se llaman Price y Cornish. ¿Podría usted enterarse de quién es su abogado y decirle que lo llamaré?

Una hora después Lou Slade estaba al teléfono. Lo miraba con la misma fijeza que si se tratase de un anillo de brillantes engastados en oro.

—¿Vansittart? —musitó—. ¿El mismísimo James Vansittart? Tardó en reaccionar. Era Mike Creedy.

—Sí, soy Lou Slade. Es todo un honor... Estoy sorprendido, la verdad. No, no me retiro.

Al cabo de unos segundos Creedy pasó la llamada al despacho del abogado del Estado.

—Me alegro de haberlo encontrado, señor Slade.

Era una voz afable, que inspiraba confianza, amable y muy bien modulada. Debía de haber estudiado en Eaton, pensó Slade, o en Harrow; y puede que haya pasado también por la Academia de los Guardias Reales.

La conversación fue breve, pero abarcó todo los aspectos pertinentes. Slade estaría encantado en poner al corriente al señor Vansittart acerca del caso de la Reina contra Price Cornish, como rezaba la fórmula tradicional. Sí, tenía el expediente preparado para el sumario, que le había llegado aquella misma mañana, y sí, con mucho gusto se desplazaría hasta Temple para un primer enfoque de la estrategia con el nuevo letrado de sus clientes. Fijaron la cita para las dos de la tarde.

Vansittart resultó tal como Slade esperaba, muy educado, encantador y cortés. Le sirvió té en un juego de porcelana de color hueso y, al reparar en que Slade tenía dos manchas ligeramente amarillentas entre los dedos índice y medio de la mano izquierda, le tendió una pitillera de plata con Balkan Sobranie. Slade encendió un cigarrillo, agradecido por el detalle. Como a todo muchacho criado en el East End, aquellos personajes lo ponían nervioso. Vansittart miró el expediente pero no lo abrió.

—Dígame, señor Slade, ¿cómo ve este caso? Deme una idea.

Slade se sintió halagado. La verdad era que no había podido dársele mejor el día. Refirió sucintamente los hechos de los pasados ocho días, o sea desde que lo llamaron de la comisaría de Dover Street mientras cenaba.

—De modo que parece que el señor Patel es la clave y también el único testigo —dijo Vansittart cuando Slade hubo terminado—. El resto son pruebas circunstanciales o periciales. ¿Está todo aquí en el informe?

—Sí, todo está aquí.

Slade sólo había dispuesto de una hora en su despacho y de media hora en el taxi para leer el informe del SFC, pero le había bastado.

—Creo que la acusación tiene una base sólida. Y los clientes no tienen más coartada que la que pudieran prestarse mutuamente.

Vansittart se levantó, con lo que obligó a Slade a dejar la taza de té y a apagar el cigarrillo antes de levantarse a su vez.

—Ha sido usted muy amable viniendo personalmente —dijo Vansittart al acompañarlo a la puerta—. Siempre he creído que cuando hay que trabajar juntos lo mejor es una entrevista personal previa. Y le estoy agradecido por su opinión.

Vansittart le dijo que leería el informe aquella noche y que lo llamaría a su despacho al día siguiente. Slade le dijo que debía acudir al juzgado por la mañana. De modo que Vansittart quedó en llamarlo a las tres de la tarde.

Undécimo día – Viernes

Vansittart llamó a Slade a las tres en punto.

—Un caso interesante, señor Slade, ¿no cree? Difícil pero puede que no imposible.

—Bastante difícil, sobre todo si el señor Patel mantiene su testimonio, señor Vansittart.

—Esa ha sido precisamente mi conclusión. Y, dígame, ¿han dado sus clientes alguna explicación por lo de las huellas en la cartera, o por el hecho de que Price fuese a curarse la nariz tres horas después de la agresión?

—No. Se cierran en banda diciendo que no lo saben o que no lo recuerdan. La verdad es que no son muy inteligentes.

—Ya. Eso no tiene remedio. Pero necesitaremos un par de explicaciones razonables. Me gustaría ir a verlos a la cárcel.

Slade se quedó de piedra. Por lo visto Vansittart no perdía el tiempo.

—El lunes he de pasarme todo el día en el juzgado —dijo Slade—. La audiencia para pedir otra prolongación de la prisión provisional es el martes. Los podríamos ver en el despacho de entrevistas en Highburv Corner, antes de que se los lleven.

—Sí. Yo esperaba intervenir el martes. Mejor si sé antes qué terreno pisamos. Detesto estropearle el fin de semana a los demás, pero ¿podría ser mañana?

Slade volvió a quedarse perplejo ante la expeditiva actitud de Vansittart. ¿Pensaba intervenir en la sala? No se le había pasado por la cabeza que un abogado del Estado de altos vuelos quisiera estar presente en un puro trámite como la prolongación de una prisión provisional.

La entrevista en la cárcel de Pentonville la fijaron para las diez de la mañana del día siguiente. Quedaron en que Slade se encargaría de obtener la autorización del alcaide de la prisión.

Duodécimo día – Sábado

Debía de tratarse de una confusión. Vansittart llegó a la cárcel a las nueve menos cuarto. Estuvo amable pero insistente con el funcionario que lo atendió en recepción. Dijo que la entrevista estaba fijada para las nueve y no para las diez, y que él era un hombre muy ocupado. Sin duda Slade llegaría más tarde.

Después de consultar con la secretaria de la cárcel, el funcionario pidió a un compañero que acompañase al abogado a la sala de entrevistas. A las nueve y cinco hicieron entrar a los dos reclusos. Fulminaron con la mirada a Vansittart, que no se inmutó.

—Perdonen, pero el señor Slade se ha retrasado un poco dijo Vansittart—. Seguro que vendrá. Entretanto, me presentaré. Me llamo James Vansittart y soy su otro abogado defensor. Siéntense, por favor.

El funcionario que había acompañado a Vansittart salió de la sala. Price y Cornish se sentaron a la mesa frente a Vansittart, que se sentó a su vez y abrió el expediente. Luego dejó encima de la mesa un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas. Los dos reclusos encendieron sendos cigarrillos y aspiraron el humo con fruición. Cornish se guardó el paquete y Vansittart le sonrió.

—Bueno... parece que se han metido en un serio problema —dijo Vansittart, que empezó a hojear el informe mientras ambos lo observaban a través de una neblina de humo.

»Señor Cornish... —dijo Vansittart mirando al del pelo lacio—. Uno de nuestros problemas es la cartera. Por lo visto fue encontrada el pasado domingo por un hombre que paseaba su perro por un solar, entre la hierba, justo al otro lado de la valla que da a Mandela Road. No cabe duda de que pertenece al hombre fallecido. Tenía sus huellas dactilares. Por desgracia también tenía las suyas.

—No sé —dijo Cornish.

—No, la memoria falla cuando uno está muy ocupado. Pero debe de haber una explicación. Supongo que lo que va a decirme es que el miércoles por la mañana, el día siguiente a la agresión, paseaban por Mandela Road, almorzaron en una cafetería y luego vieron una cartera en un desagüe junto a la acera.

Puede que Cornish fuese el «cerebro» pero nada inteligente, sólo astuto. Le brillaron los ojos.

—Sí —admitió—. Así ocurrió.

—Y si eso afirma usted, yo, como abogado suyo, debo creerlo. Sin duda su versión será que, como le hubiese ocurrido a cualquier otra persona, sintió curiosidad por la cartera del desagüe, se agachó a recogerla, y de ahí que apareciesen sus huellas dactilares en ella.

—Exacto —asintió Cornish—. Eso es lo que hice.

—Pero, por desgracia, la cartera estaba vacía, ¿no? No había absolutamente nada. De modo que, sin pensarlo, cualquiera la hubiese tirado, como si jugase con un naipe, al otro lado de la valla del solar, y allí se quedó en la hierba hasta que el perro la descubrió. ¿Fue más o menos así?

—Exacto —dijo Cornish a quien aquel nuevo abogado empezaba a caerle bien. Un tipo listo.

Vansittart sacó entonces del maletín un montón de papeles con membrete del bufete. escribió una declaración.

—Bueno, he tomado nota de su explicación. Por favor léala detenidamente y, si cree que eso es realmente lo que ocurrió, pues... tendremos una buena defensa. Puede firmarla.

Cornish no era muy rápido leyendo, pero lo hizo y firmó.

—Ahora, nuestro segundo problema. Su nariz, señor Price.

Price ya no llevaba el yeso pero seguía teniendo la nariz hinchada y tumefacta.

—Consta que usted fue a que lo curasen en el hospital de St. Anne, hacia las cinco de la misma tarde en que aquel desdichado fue atacado en el Paraíso. La acusación da a esto una gran importancia.

—Es que me dolía mucho —dijo Price.

—¿Suelen salir a tomar unas cervezas?

Ambos asintieron con la cabeza.

—¿Salieron aquel lunes por la noche?

Parecieron quedarse en blanco, pero Cornish acabó asintiendo.

—Fuimos al King's Ead, de Farrow Street —dijo.

—¿Y les vieron allí otros clientes bebiendo, además del barman?

Volvieron a asentir.

—¿El lunes por la noche, o sea la noche antes de la agresión?

—Sí —admitieron ambos casi al unísono.

—Entonces podría ser que ustedes me dijeren que el señor Price bebió como una cuba y que, durante el trayecto a casa, fue a orinar en un desagüe pero tropezó con el bordillo y se dio de bruces con la parte trasera de un camión aparcado, y que así fue como se rompió la nariz, ¿no?

Cornish le dio con el codo a Price.

—¿Lo recuerdas, Mark? Eso fue exactamente lo que pasó.

—De modo que entonces tenemos una nariz rota que sangra y gotea en la calle. Se quita usted la camiseta y se la aplica a la nariz hasta que llega a casa y la hemorragia cesa. Entonces, como estaba muy borracho, se quedó dormido hasta más o menos el mediodía del martes.

Cornish sonrió.

—Así fue, ¿verdad, Mark?

—Pero quedan cinco horas hasta que fue al hospital a que lo curasen. Ya sé que me dirá que no quiso darle demasiada importancia, que no notó que la nariz estuviese rota y que tuvo que ser su compañero quien lo convenciese de que tenía que ir al médico, en vista de que la nariz seguía doliéndole mucho. De modo que, hacia las cinco, fue al hospital a que lo curasen.

Price asintió entusiasmado.

—Pero, claro, eso fue después del almuerzo. Quizá fueron a un bar de comidas y estuvieron allí sentados desde la una hasta las dos y media. Cogieron un ejemplar del Sun, que estaba encima de la mesa, miraron las páginas de las carreras de caballos, o algo así. Aunque, claro, no deben recordar a qué bar de comidas fueron, ¿verdad?

Ambos menearon la cabeza.

—No importa. Hay docenas por esa zona. De lo que sí están seguros es de que no estuvieron cerca del Paraíso en todo el día, ¿verdad?

—No —dijo Cornish—. Sólo estuvimos en el bar, comimos huevos con patatas fritas y nos quedamos hasta las dos y media.

—No era ningún bar al que vayan habitualmente, ¿verdad?

—No. Entramos en uno que vimos al pasar por la calle. No recuerdo el nombre.

—Bueno, eso parece bastante convincente. El jurado podría creerles. Siempre y cuando luego ustedes no se desdigan. No pueden cambiar la declaración. Contesten siempre con brevedad y de manera sencilla. ¿Entendido?

Price y Cornish asintieron con la cabeza. Vansittart escribió una segunda declaración con la versión de Price de los hechos relativos a su nariz. Price apenas sabía leer, pero firmó la declaración. El abogado unió ambas declaraciones al expediente. Momentos después entro Lou Slade, desconcertado. Vansittart se levantó.

—Mi querido señor Slade, no sabe cuánto siento este malentendido. Creí que me dijo usted a las nueve. Pero no se preocupe. Nuestros clientes y yo ya hemos terminado —añadió dirigiéndoles a Price y a Cornish una sonrisa radiante.

—Nos veremos en el juzgado el martes, pero no podremos hablar. Si los cambiasen de celda, no comenten absolutamente nada con nadie. Porque hay soplones.

Vansittart se ofreció para acompañar a Slade a su despacho en su Bentley. Durante el trayecto, Slade leyó las dos nuevas declaraciones.

—Mucho mejor —dijo Slade—. Muchísimo mejor. Son dos sólidas defensas. Me sorprende que no me dijeren a mí todo esto. Deja a Pate1...

—Ah, sí, al señor Veejav Patel. Un hombre cabal. Muy honesto; puede que lo suficiente para reconocer que pudo, digo sólo que pudo, haberse equivocado.

Slade tenía sus dudas, pero entonces recordó que en cuanto a interrogatorios Vansittart tenía fama de no ser superado más que por George Carman. Su jornada empezaba mucho mejor de lo habitual. Y el abogado del Estado se proponía acudir a la audiencia del juzgado de Highburv Comer el martes. Y sin avisar al juez. Causaría sensación. Slade sonrió.

Decimoquinto día – Martes

Causó sensación de verdad. Prabani Sundaran estaba sentada frente al sillón del juez cuando James Vansittart entró en la sala. Se sentó a un metro del lugar que ocupaba el abogado Slade. Prabani Sundaran parpadeó varias veces y Vansittart le sonrió amablemente.

El juez Stein estaba tomando notas acerca del caso anterior. Sus años de práctica hicieron que no se inmutase lo más mínimo. Lou Slade se sentó detrás de Vansittart.

Hagan entrar a Price y Cornish.

Los dos delincuentes fueron conducidos al banquillo de los acusados, esposados y flanqueados por funcionarios de la prisión de Pentonville. Vansittart se levantó.

—Con la venia de su señoría, soy James Vansittart y represento a los acusados, ayudado por mi amigo el abogado Lou Slate. Volvió a sentarse. El juez lo observó pensativo.

—Señor Vansittart, tengo entendido que esta audiencia tiene lugar para pedir una prolongación de la prisión preventiva durante una semana —dijo el juez, y estuvo a punto de añadir «solamente».

—Así es, señoría.

—Muy bien. Puede usted proceder, señorita Sundaran.

Gracias, señoría. La Corona desearía que se prolongase la prisión preventiva de los acusados Mark Price y Harry Cornish durante otra semana.

—Jonathan Stein miró a Vansittart. ; De verdad no iba a sugerir...?

—No pediré la libertad provisional bajo fianza, señoría —dijo el abogado del Estado.

Muy bien, señorita Sundaran. Concedo la ampliación. Stein se preguntaba a qué obedecía aquel cambio de defensores. Pero Vansittart había vuelto a levantarse.

Pero la defensa quiere elevar otra petición a su señoría —dijo Vansittart.

Muy bien.

Señoría, la defensa desea saber si hay algunos asuntos más que la acusación necesite investigar o si la Corona dispone ya de todos los elementos de juicio, tal como se le ha proporcionado a la defensa de acuerdo a derecho.

Vansittart volvió a sentarse y miró a Prabani Sundaran. Ella mantuvo la compostura aunque por dentro estaba hecha un manojo de nervios. Estaba acostumbrada a ceñirse a un guión predeterminado, tal como le enseñaron en la facultad. Pero alguien lo había modificado.

Detrás de ella, el inspector Burns se inclinó y le susurró unas palabras al oído.

—Tengo entendido, señoría, que el difunto no ha sido aún identificado —repuso Sundaran—, y por lo tanto las investigaciones siguen en curso.

Vansittart volvió a levantarse.

—Con la venia de su señoría, la defensa no niega que un hombre ha muerto trágicamente. Y por esa misma razón nunca podrá ya aportar ninguna prueba ni contribuir de ningún modo al caso. Por lo tanto, su identidad es irrelevante. La defensa debe repetir su pregunta. ¿Está el ministerio público preparado para la audiencia en la que debe decidirse si ha lugar al procesamiento?

Se hizo un silencio.

—¿Abogada? —dijo el juez Stein mirando a Prabani Sundaran.

La joven parecía una alumna de la academia de pilotos durante su primer vuelo en solitario. Acababa de incendiarse un motor y le preguntaban qué pensaba hacer.

—Creo que la acusación dispone ya de todos los elementos de juicio.

Vansittart se levanto.

—En tal caso, señoría, solicito que se fije hoy mismo la fecha para oír formalmente a las partes. Ambos sabemos cuán cierto es el adagio de «justicia retrasada justicia denegada». Mis clientes llevan ya en la cárcel dos semanas por un delito que afirman no haber cometido. Y si el ministerio público y la defensa disponen ya de todos los elementos para sus alegatos, pedimos que se presenten lo antes posible.

El juez Jonathan Stein reflexionó unos momentos. Vansittart había optado por una estrategia muy arriesgada. En primera instancia, completada la fase de instrucción, la función del magistrado no consiste en dictaminar si un acusado es culpable o inocente, sino dictaminar si *prima facie* existe base para un procesamiento, si existen suficientes pruebas para seguir adelante y señalar una fecha para un juicio en la sala de lo penal, en la famosa Old Bailen. Habitualmente, los abogados de primer rango no actúan hasta ese día. Si un abogado del Estado tan ilustre como Vansittart se había dignado a comparecer en un juzgado de primera instancia, todo apuntaba a que se proponía afirmarse en el criterio de que no había base para un procesamiento.

—Concedido —dijo el magistrado—. La audiencia se celebrará a más tardar en una semana.

—Señoría, la defensa solicita que la acusación presente en esa fecha a todos sus testigos para ser interrogados.

De modo que iba a ser un ensayo en toda regla. Cuando un abogado de primer rango actúa como defensor e interroga a los testigos, revela cuál va a ser la línea de su defensa. Habitualmente es durante el juicio cuando revela a la acusación sus cartas, y entretanto mantiene su estrategia en secreto, a excepción de aquellas coartadas que surjan a última hora y que está obligada a comunicar al ministerio público.

—Concedido. Señorita Sundaran, dispone usted de una semana para preparar a sus testigos y hacerlos comparecer ante este tribunal.

Decimosexto día – Miércoles

Prabani Sundaran estaba asustadísima y le había expresado sus temores al jefe de su departamento, mucho más experimentado que ella.

Necesito que me asista un abogado con experiencia el próximo martes. De lo contrario Vansittart acabará conmigo.

—Pues tendrás que afrontarlo, Prabani —dijo el jefe—. La mitad de mis abogados están aún de vacaciones. Ya sabes: agosto, maldito agosto. Y los que no están de vacaciones están de trabajo hasta las cejas.

—Pero es que Vansittart destrozará a los testigos de la acusación.

—Mira, sólo es una audiencia. Un puro trámite. Ha optado por una estrategia muy arriesgada. Demasiado. El juez nos proporcionará todos los elementos en que basa su defensa. Estupendo, ¿no? Ojalá fuese siempre así.

—¿Y si el juez Stein lo desestima?

Mira, Prabani, creo que adelantas demasiado los acontecimientos. No te pongas nerviosa. Stein no archivará el sumario. Es de los que sabe enseguida cuándo hay base para un procesamiento. Disponemos de la identificación de Patel y su declaración es muy sólida. Si la mantiene, Stein dictará que ha lugar al procesamiento. Sin Patel, desde luego, no lo habría. De modo que, lo dicho: no te pongas nerviosa y adelante.

Por la tarde fue peor. Llamó el secretario del juzgado. Se había producido una novedad. Podían fijar la audiencia para el viernes. ¿Podía ella comparecer ese día? Prabani Sundaran pensó rápidamente. Aparte de los testigos, Patel y Whittaker (el que paseaba al perro), todos los intervinientes de su lado eran profesionales. Tendrían que encontrar un

hueco. Pidió una hora para decidirlo e hizo varias llamadas. A las cuatro llamó al secretario del juzgado para decirle que aceptaba comparecer el viernes.

James Vansittart recibió la llamada a las cinco. También él aceptó. Informaron al alcaide de la cárcel de Pentonville. La audiencia quedó fijada para el viernes a las diez de la mañana en el juzgado número 1, ante el juez Jonatnan Stein.

Decimoctavo día – Viernes

El ministerio público tenía once testigos. El interrogatorio empezó con el primer agente de policía que llegó al lugar de los hechos. El agente declaró que estaba con su compañero en el coche patrulla, poco después de las dos de la tarde de aquel martes, cuando recibieron una llamada desde la central pidiéndoles que asistiesen a la víctima de una agresión en la calle principal del Paraíso. Así lo hicieron, y llegaron cuatro minutos después de la llamada. El había asistido al hombre que yacía en la acera lo mejor que pudo mientras su compañero pedía una ambulancia. Al cabo de cinco minutos llegó una ambulancia que llevó al herido al hospital. Un cuarto de hora después llegó un inspector de uniforme que se hizo cargo del caso.

James Vansittart le sonrió al joven policía.

No haré preguntas —dijo, y el aliviado agente volvió al fondo de la sala.

El segundo testigo fue el aludido inspector de uniforme a quien también interrogó Prabani Sundaran. Cuando la joven hubo terminado Vansittart se levantó.

Inspector, cuando llegó usted al lugar de los hechos, ¿se habían congregado curiosos en la calle?

Sí, señor.

¿Lo acompañaban a usted otros agentes?

Sí, señor, diez en total.

¿Les dio usted instrucciones para que preguntasen a todos los presentes, al objeto de encontrar algún testigo ocular de la agresión?

—En efecto, señor.

—¿Ordenó usted también a sus hombres que fuesen a hablar con los inquilinos de todas las casas y apartamentos desde las que pudieran haber visto lo ocurrido?

—Sí, señor.

—¿Fueron sus hombres a indagar por los bloques a través del pasadizo por el que huyeron los agresores, para tratar de localizar a testigos oculares?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo dedicaron en total a estas indagaciones?

—Hasta aproximadamente las ocho de la tarde.

—De modo que sus hombres estuvieron abordando a los viandantes por la calle y yendo puerta a puerta durante casi seis horas. ¿Correcto?

—Sí, señor.

Y durante ese tiempo, ¿localizaron a un solo testigo de la agresión, o que hubiese visto a dos hombres que respondan a la descripción de mis clientes huyendo por el pasadizo?

No, señor.

—Así pues, después de preguntar a más de cien personas, ¿no encontraron ustedes la menor evidencia que vincule a mis clientes con la hora y el lugar de los hechos?

No, señor.

—Gracias, inspector. No haré más preguntas.

A continuación le correspondió testificar a Jack Burns. Tuvo que explicar con todo detalle lo que sabía, desde que lo llamaron a la cafetería hasta su formal acusación contra Price y Cornish por asesinato. Cuando hubo terminado su declaración, Vansittart lo interrogó a su vez.

—¿Ha llevado usted a cabo una investigación exhaustiva, inspector Burns?

—Espero que sí, señor.

—¿Y no ha dejado piedra por remover?

—En eso confío.

¿Cuántos hombres de la brigada pericial dedicó al rastreo? —Unos doce, señor.

¿Y no encontraron rastro de sangre del señor Price en el lugar de los hechos ni en las inmediaciones?

—No, señor.

—¿De modo que nos encontramos con una nariz maltrecha, con una profusa hemorragia y no cae una sola gota al suelo?

—Por lo menos no la encontramos, señor.

Burns tenía demasiada experiencia para dejarse enredar por las argucias de un abogado.

Verá usted, inspector Burns, mi cliente afirmará que no encontraron rastro de su sangre porque no fue allí donde se fracturó la nariz, porque sencillamente no estuvo allí el martes. De modo, señor Burns, que...

Vansittart había hecho un pequeño discurso en lugar de una pregunta. Era consciente de que al no haber jurado no podía impresionar a nadie. Hablaba para el magistrado Jonathan Stein, que lo miraba con cara inexpresiva y tomaba notas. Prabani Sundaran también las tomaba, pero a ritmo frenético.

¿La brigada pericial buscó algo que pudiese haberseles caído a los canallas que agredieron a la víctima?

—Sí, señor.

—; Y cuántos cubos de tierra y basura llenaron?

Veinte, señor.

Y pasaron el contenido por un buen cedazo?

—Sí, señor.

—¿Y en los veinte cubos encontraron rastro de algo que vincule a mis clientes con el lugar y la hora de los hechos? —No, señor.

—Sin embargo, a mediodía del día siguiente optaron ustedes por buscar a los señores Price y Cornish al objeto de detenerlos. ¿Se puede saber por qué?

—Porque entre las once y las doce del día siguiente obtuve dos identificaciones inequívocas.

—¿De los archivos policiales?

—En efecto, señor.

—Fue un tendero del barrio, el señor Veejav Patel, quien los identificó, ¿no es así?

Sí, señor.

—Dígame, inspector, ¿cuántas fotografías examinó el señor Patel?

Jack Burns consultó sus notas.

Setenta y siete.

¿Y por qué setenta y siete?

—Porque al llegar a la fotografía veintiocho identificó sin titubear al señor Price, y al llegar a la setenta y siete al señor Cornish.

—¿Son setenta y siete los jóvenes blancos fichados por la policía en el distrito nordeste de Londres?

—No, señor.

—¿Son más?

—Sí, señor.

—¿Cuántas fotografías tenía usted a su disposición aquella mañana, inspector Burns?

—Unas cuatrocientas.

—Cuatrocientas. Pero no pasó de setenta y siete.

—El señor Patel hizo sus identificaciones de manera inequívoca.

—Pero la cuestión es que el señor Patel no tuvo oportunidad de examinar las restantes trescientas veintitrés fotografías, ¿no es así?

Se hizo un largo silencio.

—No, señor.

—Inspector Burns, mi cliente, el señor Price, visto de cuello para arriba es un hombre fornido, de unos veinticinco años y con la cabeza rapada. ¿Va a decirle usted a esta sala que no hay otros jóvenes de parecido aspecto entre las cuatrocientas fotografías?

—No, no puedo decir eso.

—O sea que podía haber otra fotografía en la que apareciese una cara semejante a la del señor Price, pero el señor Patel no tuvo la oportunidad de compararlas, de examinar todas las fotos hacia adelante y hacia atrás, antes de tomar una decisión.

—Es posible.

—Gracias, inspector Burns. No haré más preguntas.

La intervención de Vansittart perjudicó seriamente a la acusación. La alusión a jóvenes fornidos con la cabeza rapada, que tanto abundan, hizo efecto en el juez Stein. También él veía la televisión y conocía la pinta que tenían y de lo que hacían los hooligans en los partidos de fútbol, antes y después.

La declaración del doctor Carl Bateman fue puramente técnica. Se limitó a describir la llegada de un hombre inconsciente al hospital Royal London, y todo lo que hizo para asistirlo antes de que el herido pasase a neurocirugía. Sin embargo, cuando hubo terminado Vansittart tomó de nuevo la palabra.

—Sólo una pregunta muy breve, doctor Bateman. ¿Llegó a examinar el puño derecho del herido?

El doctor Bateman frunció el ceño con perplejidad.

—Sí, en efecto.

—¿Cuando ingresaron al herido o posteriormente?

—Posteriormente.

—¿Le pidió alguien que lo hiciese?

—Sí.

—¿Puede decirnos quién, por favor?

—El inspector Burns.

—¿Le pidió el inspector Burns que comprobase si tenía los nudillos de la mano derecha dañados?

—Sí, me lo pidió.

—¿Y los tenía?

—Tenía aplastados los de la izquierda, pero ni un rasguño en los de la derecha.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en urgencias del hospital?

—Diez años.

—De modo que tiene usted mucha experiencia. Ha debido de ver los efectos de muchos golpes violentos con los puños, tanto en la cara de quien los recibiese como en el puño que los propinase. ¿no es así?

—Sí, supongo que sí.

—Cuando se da un puñetazo con fuerza suficiente para romper una nariz de un hombre mucho más fornido, ¿no cree que es lógico que el puño resulte dañado?

—Puede ser.

— ¿Que probabilidades cree que existen de que así sea? ¿Un ochenta por ciento?

—Más o menos.

—¿Abrasiones en la piel de los nudillos? ¿Hematomas en las cabezas de los metacarpianos y en los finos y frágiles huesos que discurren por el dorso de la mano, entre los nudillos y la muñeca?

—Más probablemente hematomas en los metacarpianos.

— ¿ Parecidos a las lesiones de los boxeadores?

—En efecto.

Pero no vio nada de todo eso en el puño derecho del hombre trágicamente muerto, ¿no es así?

—En efecto.

—Gracias, doctor Bateman.

Lo que el doctor Bateman no podía saber es que, cuando el cojo golpeó a Price en la cara, no lo hizo con el puño sino que le propinó un golpe mucho más peligroso, con el canto de la mano, proyectándola de abajo arriba hasta impactar en el tabique nasal. De no haber sido Price un hombre tan fornido y acostumbrado a las peleas, probablemente hubiese quedado tendido en el suelo sin sentido.

El neurocirujano Paul Willis prestó su declaración y dejó el estrado de los testigos sin que Vansittart le hiciese preguntas, pero no al doctor Melrose del departamento de cirugía del hospital St. Anne.

—Dígame, doctor Melrose, al examinar usted la nariz del señor Price, entre las cinco y las cinco y media de la tarde del martes hace ahora quince días, ¿tenía sangre en las fosas nasales?

Sí, efectivamente.

¿ Coagulada o todavía líquida?

Coagulada y líquida. Tenía algunas costras en el borde de las fosas pero todavía líquida por dentro.

¿Y descubrió usted que el tabique nasal presentaba dos aberturas que el cartílago estaba aplastado hacía un lado? Efectivamente.

— entonces realineó usted los huesos y enyesó la nariz para que se soldasen de forma natural, como suele hacerse, ¿no así?

Sí, señor.

—Si el paciente, antes de acudir al hospital, hubiese intentado, a pesar del dolor, recomponerse el solo la nariz, ¿se habría producido una nueva hemorragia?

—Por supuesto.

Teniendo esto en cuenta, ¿podría decirnos cuántas horas ,después de producirse la lesión vio usted al paciente?

Varias horas, desde luego.

¿Tres? ¿Diez? ¿Más?

Es difícil de aventurar.

Entonces déjeme que lo aventure yo. Un joven sale un lunes por la noche, se emborracha en un pub y de vuelta a casa tiene ganas de orinar y lo hace junto a un desagüe. Pero tropieza en un adoquín, cae de bruces y se golpea la nariz en la caja de un camión aparcado junto a la acera. ¿Pudo eso producir la herida que usted curó? ¿La noche anterior?

—Es posible.

—¿De verdad lo cree posible, doctor Melrose?

—Sí, es posible.

—Gracias, doctor. No haré más preguntas.

Vansittart venía dirigiendo en realidad todas sus intervenciones al juez Stein, en clave por así decirlo, pero el mensaje surtía el mismo efecto que si lo hubiese expresado de un modo directo. Venía a decirle: ésa es exactamente la historia de mi cliente y si mi cliente se atiene a ella, usted y yo sabemos que aunque se le procese no se podrá demostrar que miente.

Al fondo de la sala, el inspector Burns soltó una retahíla de tacos para sus adentros. ¿Por qué no había declarado el doctor Melrose que la herida no pudo producirse más de cuatro horas antes de que él la atendiese? Nadie podría haber afirmado lo contrario.

Esos condenados médicos, tan escrupulosamente honestos, se dijo Burns furioso.

Paul Finch era el jefe de la brigada pericial. No era agente de policía, ya que la brigada contratada desde hacía años técnicos civiles para su trabajo.

—¿Le entregaron a usted una gran cantidad de prendas de vestir procedentes del apartamento que comparten los acusados?

Sí, en efecto.

—¿Figuraban entre esas prendas todas las que llevaba la víctima cuando fue agredida?

—Sí.

—¿Y las analizó usted con los instrumentos más avanzados para ver si había fibras de otras prendas?

—En efecto.

¿Y las encontró?

No.

—¿Le entregaron también una camiseta con costras de sangre?

—Sí.

—¿Y una muestra de sangre de mi cliente, el señor Price?

Sí.

¿Coincidían? En efecto.

¿Había sangre de alguna otra persona en la camiseta?

—No.

—¿Le entregaron a usted muestras de sangre recogidas del suelo en el Paraíso?

—No.

—¿Le entregaron muestras de sangre recogidas junto a un camión de Farrow Street?

Finch estaba desconcertado. Miró al juez pero no obtuvo ayuda. Burns hundió la cabeza entre las manos. Prabani Sundaran no sabía adónde mirar.

—¿De Farrow Koad? No.

Ya. No hay más preguntas.

A continuación el doctor Hamilton presentó el informe de la autopsia con desenfadada confianza en sí mismo. Afirmó que la muerte se produjo por grave daño neurital, causado por repetidos golpes en el cráneo, probablemente patadas de alguien que llevaba botas.

—¿Examinó usted todo el cuerpo durante la autopsia? —preguntó James Vansittart.

Naturalmente.

—¿También la mano derecha?

Hamilton consultó sus notas.

—No tengo ninguna referencia a la mano derecha.

—Porque no presentaba ninguna lesión?

Esa podría ser la única razón.

Gracias, doctor Hamilton.

A diferencia de los profesionales, el señor Whittaker, el viejo que paseaba al perro, estaba un poco nervioso. Se había vestido con especial esmero. Llevaba una chaqueta con la insignia del arma de artillería. Tenía derecho a ello, porque durante su servicio militar había servido como cañonero.

Se había producido cierto regocijo en el club Over Sixties del que era miembro, cuando se supo que iba testificar en un juicio por asesinato, y Mitch, un tanto extrañado pero agradecido, había recibido más caricias de lo normal.

Interrogado por Prabani Sundaran, Whittaker le explicó al juez que había sacado a Mitch a pasear como todos los días, poco después del amanecer pero que, temiendo que fuese a llover, entró en el solar por una boquete de la valla y atajó así para volver a casa. Dijo que soltó a Mitch, que en una de sus carreras se acercó con algo en la boca. Era una cartera. De modo que, al recordar la petición que hacía el periódico del viernes, llevó la cartera a la comisaría de Dover Street.

Cuando hubo terminado de testificar, se levantó el otro hombre, el del traje elegante. Whittaker sabía que era el que representaba a aquellos cabrones que se sentaban en el banquillo. Cuando Whittaker era joven los hubiesen ahorcado, ¡y a hacer puñetas! De modo que entendió que aquel hombre era el enemigo, pero le sonrió del modo más amistoso.

—Esa es la mejor hora del día en verano, ¿verdad?; por la mañana temprano, con fresquito y sin apenas nadie por la calle.

—Sí, por eso me gusta.

—A mí también. Suelo sacar a mi jackrussell a pasear hacia esa hora.

Vansittart volvió a sonreírle, amable. No resultaba tan mal tipo al fin y al cabo. Aunque Mitch era un perro cruzado, Whittaker había tenido un jackrussell cuando estaba en la compañía de autobuses. De modo que aquel tipo rubio no podía ser tan malo.

Iba por el solar y soltó a Mitch, ¿no?

En efecto.

—Y de pronto aparece con algo en la boca.

—Sí.

; Vio usted dónde encontró el perro exactamente la cartera? exactamente no.

¿Pudo haberla encontrado a diez metros de la valla, pongamos por caso?

Pues... yo estaba a unos veinte metros de la valla. Y Mitch vino por detrás.

O sea que Mitch pudo haberla encontrado a unos diez metros de la valla.

Sí, supongo que sí.

—Gracias, señor Whittaker.

El viejo estaba un poco desconcertado. Un ujier le indicó que ya podía bajar del estrado. ¿Eso era todo? Lo acompañaron hasta el fondo de la sala y le indicaron que se sentase.

Los expertos en huellas dactilares son otros de los profesionales que la brigada pericial suele contratar fuera del cuerpo. Y uno de esos expertos civiles era Clive Adams.

El técnico describió la cartera que le entregaron; los tres juegos de huellas que encontró; que había eliminado las de la persona que encontró la cartera, el señor Whittaker, y las del dueño de la cartera, ya fallecido; y que había comparado el otro juego con las de Harry Cornish con las que coincidía perfectamente.

Vansittart se levantó.

—¿Había manchas?

—Sí.

—¿A qué se debe?

—Cuando una huella se superpone a otra produce una mancha que, naturalmente, no puede ser utilizada como prueba; y lo mismo ocurre si la huella ha rozado otra superficie.

—¿Como el interior de un bolsillo?

—Sí.

—¿Cuáles eran las huellas más claras?

—Las de los señores Whittaker y Cornish.

¿Y estaban en la parte exterior de la cartera?

—Sí, pero dos de las huellas de Cornish estaban dentro, en los compartimentos.

De manera que las del señor Whittaker quedaron marcadas en la parte de plástico, al coger la cartera con la mano, y no se emborronaron por haberla guardado en un bolsillo.

—Así parece.

Y las del señor Cornish estaban también del mismo modo siguieron nítidas, porque la cartera no llegó a rozar con la tela de ningún bolsillo.

Podría ser así.

Si un hombre que huye del lugar de un atraco en la calle, abriese la cartera, sacase lo que contuviese y se la guardase en el bolsillo trasero de unos vaqueros, ¿tendría huellas tan nítidas por fuera?

Sí, las tendría.

—Pero la tela de los bolsillos de unos vaqueros, ¿no emborronaría las huellas al correr, pongamos que cosa de un kilómetro? —Podría producir ese efecto.

—Y si nuestro corredor sacase al cabo de un kilómetro la cartera del bolsillo con el dedo corazón y el pulgar para tirarla, ¿dejaría sólo las huellas de esos dedos en la cartera?

Sí.

Pero si entonces la encuentra alguien y superpone sus huellas a las otras ¿no podría emborronar las de ambos dedos? Supongo que podría.

—Pues verá, en su informe afirma usted que había algunas huellas borrosas, a las que se superponían otras más recientes que podían corresponder a otra mano.

—Son sólo manchas. Las huellas de debajo de las manchas podrían seguir siendo las del dueño de la cartera o del señor Cornish.

A Jack Burns, que estaba al fondo de la sala, se le hizo un nudo en el estómago al pensar en la señorita Verity Armitage, la de la floristería, que recogió la cartera del suelo al caérsele a su dueño.

—Señor Adams, la cartera fue sustraída del bolsillo del pantalón del difunto, poco después de las dos de la tarde del martes de hace ahora quince días. A la misma hora, o poco después, del miércoles, el señor Cornish estaba detenido. ¿Tuvo que dejar sus huellas en la cartera en las veinticuatro horas que mediaron?

—Sí.

Pero la cartera no la encontraron hasta el domingo por la mañana. De manera que debió de estar entre la hierba del solar entre cuatro o cinco días. Y sin embargo las huellas eran nítidas.

No había señales de que la cartera hubiese resultado deteriorada por el agua, señor. Cuando hace buen tiempo y no llueve eso es perfectamente posible.

Entonces ¿puede usted precisar si las huellas del señor Cornish quedaron marcadas en el plástico de la cartera el martes por la tarde o el miércoles por la mañana?

No, señor.

El miércoles por la mañana, dos jóvenes van paseando por Mandela Road y ven tirada en un desagüe una cartera. Uno de ellos se agacha a recogerla y la abre para ver qué hay dentro. Pero no hay nada, ni dinero ni documentos. Es una cartera barata, que no vale nada. Y la tira al otro lado de la valla que separa Mandela Road de un solar. La cartera va a parar a unos metros de la valla y queda entre un rodal de hierba alta, hasta que el domingo la descubre un perro. ¿Factible?

—Supongo que sí.

¿Sí o no, señor Finch? ¿Coincidirían en tal caso las huellas con las que usted encontró?

Sí.

Esta última intervención de Vansittart equivalía a un nuevo mensaje para el juez Stein. Venía a decirle: eso es lo que va a declarar Harry Cornish, y explica suficientemente por qué aparecieron sus huellas en la cartera. El magistrado tomó nota pensativo.

Faltaba el testimonio de Veejay Patel. Sus dos identificaciones y su declaración eran inequívocas. Prabani Sundaran condujo su interrogatorio del modo más ordenado. El inspector Burns, que seguía al fondo de la sala, se tranquilizó un poco. Confiaba en que, pese a todo, el juez decidiría el procesamiento.

Vansittart volvió luego a tomar la palabra.

—Señor Patel ¿es usted un hombre honesto?

—Creo que sí.

—¿Un hombre que, tras reflexionar lo suficiente sobre la posibilidad de haber cometido un error, no sería tan arrogante como para no reconocerlo?

—Eso espero.

Dice usted en su declaración que vio al señor Price bastante claramente porque estaba de cara a usted.

Sí, estaba a mi derecha, según se mira desde detrás del escaparate.

—Pero también estaba de cara a la víctima. De modo que a ésta no podía usted verle la cara. Y por eso no pudo después ayudar en la identificación de la víctima.

Sí.

Y dice que el otro agresor, que según usted era el señor Cornish, estaba detrás de la víctima. De modo que tampoco podría verle la cara, ¿no cree?

—Pues sí se la vi.

—¿Cómo pudo hacerlo?

Patel puso cara de preocupación.

No se la ví en aquel momento, sino cuando empezaron a dar vueltas alrededor del hombre que estaba en el suelo y le daban patadas.

Señor Patel, si estuviese usted dándole patadas a alguien caído en el suelo, ¿hacia dónde miraría?

—Pues a quien estuviese dándole patadas.

O sea, hacia abajo, ¿no?

Sí.

Apelo a la indulgencia de su señoría. Señor Cornish, ¿tendría la bondad de levantarse?

En el banquillo de los acusados, Harry Cornish se levantó, al igual que el funcionario de prisiones a cuya muñeca estaba esposado. El juez Stein pareció sorprendido pero Vansittart no se interrumpió.

—Señor Cornish, ¿podría mirar hacia abajo, hacia algún punto cerca de sus pies?

Cornish lo hizo. Su pelo lacio cayó hacia adelante, de tal manera que desde el estrado del juez no podía vérselo la cara.

Se hizo un silencio total en la sala. La mayoría de los rostros reflejaba sorpresa.

Siéntese, señor Cornish —dijo Vansittart, y se dirigió entonces al tendero en tono amable: Señor Patel, me parece que lo que usted vio fue un hombre delgado, cetrino, melenudo, y a unos treinta metros de distancia. Y al día siguiente, al ver a un hombre delgado, cetrino y melenudo, concluyó que era el mismo. ¿Pudo haber sido así?

—Supongo que sí —farfulló Veejay Patel.

Burns trató en vano de llamar la atención del tendero con la mirada. Acababan de tenderle una trampa y había caído. Pensó exasperado que alguien debía de haberlo asustado; una voz susurrada que lo amenazase por la noche por teléfono mencionando a su

esposa y su hija. Oh, Dios, otra vez lo mismo, no, clamó interiormente el inspector al recordar cuántas veces había ocurrido aquello.

Y en cuanto al señor Price... veamos, señor Patel, ¿nunca ha ido a ver un partido del Arsenal a Highbury?

No, señor.

Verá, mirando hacia la acera de enfrente aquel día terrible vio usted a un joven blanco, fornido y con la cabeza rapada, ¿no es así?

En efecto.

Si hubiese ido alguna vez a Highbury habría visto centenares de jóvenes como él. Y si mirase hacia el parabrisas trasero del cincuenta por ciento de las furgonetas blancas que se interponen delante de otros conductores todos los días en el norte de Londres, vería a otro centenar. ¿Y sabe cómo visten, señor Patel? Vaqueros azules, por lo general raídos, cinturones de cuero y camisetas sucias. Es casi un uniforme. ¿Nunca ha visto jóvenes vestidos así?

Sí.

¿En cualquier calle de Londres?

Sí.

¿Y por televisión cuando nos avergüenzan a todos con el espectáculo de policías extranjeros tratando de contener las iras de los hooligans ingleses?

—Sí.

Señor Patel, la víctima no pudo haberle dado un puñetazo tan fuerte a su agresor. Porque hubiese dañado los nudillos de su puño derecho. Deduzco que lo que usted vio fue que alzaba la mano, probablemente para protegerse de un golpe en la cara. ¿Pudo ser eso lo que vio?

Sí, supongo que sí.

—Pero si pudo usted cometer un error así, ¿no pudo también equivocarse respecto de una cara que vio a treinta metros de distancia?

Burns hundió la cabeza entre las manos. Quienquiera que hubiese aleccionado al asustado tendero lo había hecho a fondo. Patel no había dejado de colaborar con la policía, pero había sustituido lo que antes fue «sin duda» por «posiblemente» o «quizá». Y con un quizá no basta. Un jurado no puede condenar a nadie por un quizá.

Cuando Patel hubo abandonado el estrado de los testigos, Prabani Sundaran se dirigió al magistrado.

Creemos que hay base para el procesamiento, señoría. Solicitamos que se fije la fecha del juicio contra los acusados por asesinato.

El magistrado arqueó una ceja y miró a James Vansittart ambos sabían lo que iba a seguir. El silencio que se hizo en la sala se podía cortar.

Señoría, ambos conocemos el significado y el sentido de las normas sobre presentación de pruebas. Debe uno tener ante sí suficientes pruebas que, caso de no contradecirse... dijo Vansittart arrastrando a propósito la última palabra para subrayar lo reprobable que era aquello en aquel caso un jurado razonable, adecuadamente dirigido pueda pronunciar un veredicto de culpabilidad. Y no es eso lo que ocurre aquí, señoría. El ministerio público tenía tres elementos de prueba básicos. El señor Patel, la nariz rota y la cartera. Está claro que el señor Patel es un hombre de honestidad intachable y ha llegado a la conclusión de que, en definitiva, pudo haber identificado a dos hombres con cierto parecido, pero sólo eso, con los que vio aquella tarde. Pasamos entonces a la cuestión de la nariz rota del señor Price, y a la de las huellas dactilares del señor Cornish en una cartera desechada y vacía. Aunque aquí y ahora, señoría, no tenga que considerar usted lo que pueda o no pueda dictaminar en otro momento otro tribunal, ni considerar tampoco otros argumentos que la defensa pueda plantear, debe parecerle claro, con su considerable experiencia, que, en su momento, las alegaciones respecto a la nariz y la cartera serán refutadas de manera concluyente. Porque cabe una explicación perfectamente lógica, tanto respecto a la cartera como a la nariz. Creo que ambos sabemos que ningún jurado podrá

dar un veredicto de culpabilidad basándose en tales pruebas. Por lo tanto, pido el sobreesamiento del sumario.

Sí, pensó Jonathan Stein, aparte de que el jurado verá a sus clientes aseados y pulcros, con camisa, chaqueta Y corbata. El jurado nunca verá el historial delictivo de esos dos criminales. Usted conseguirá que los absuelvan y perderemos mucho tiempo y dinero públicos.

—Aunque con muchas dudas debo convenir con el señor Vansittart dijo el juez—. Doy el caso por sobreesado. Los acusados quedan en libertad añadió v, profundamente contrariado por lo que acababa de verse obligado a hacer, abandonó la sala.

Todos en pie, dijo el ujier, aunque algo tarde, porque la mayoría de los presentes se dirigían va hacia las puertas.

Cornish Price, ya sin las esposas, intentaron ir a estrecharle la mano a Vansittart, pero el abogado los ignoró y enfiló hacia el pasillo.

Se tarda bastante en ir desde el segundo piso del juzgado a la planta baja, pues aunque hay varios ascensores suelen estar ocupados. Por suerte, Jack Burns llegó primero, con cara de pocos amigos, furioso, a decir verdad.

Price y Cornish, ya ciudadanos libres, pavoneándose, maldiciendo y despotricando salieron de uno de los ascensores y se dirigieron hacia las puertas. El inspector Burns se dio la vuelta. Se miraron desde poco menos de diez metros.

Al unísono, los dos delincuentes alzaron el dedo corazón mirando al inspector.

¡Que te den, cabrito! le gritó Price que, sin más, salió con su compañero a Highburv Road en dirección a su apartamento.

Qué desagradable, oyó el inspector decir a alguien.

Al ver aquel sedoso pelo rubio, los displicentes ojos azules el talante lánguido y ufano de Vansittart, sintió un profundo desprecio por el abogado y por todos los tipos como el.

—Supongo que estará orgulloso de sí mismo, señor Vansittart. Esos canallas mataron a un pobre viejo; tan seguro como que usted y yo estamos aquí ahora. Y gracias a usted han entrado por una puerta y han salido por otra. Ya nos veremos —le espetó el inspector, tan furioso que se olvidó de la cortesía—. ¡Joder! ¿No tiene bastante con defender a la alta sociedad? ¿Por qué ha de venir aquí, por unos peniques, para dejar libres a esos salvajes?

Vansittart lo miró con sus ojos azules de un modo, más que burlón, compasivo. Y luego hizo algo extraño. Se inclinó y susurró algo al oído al inspector, que inhaló el discreto aroma a colonia Penhalion.

Puede que le resulte sorprendente, inspector Burns, pero esto tiene que ver con el triunfo de la justicia.

Y sin más, se alejó y cruzó la puerta giratoria. Como si estuviese sincronizado, un Bentlev se acercó y se situó frente a la puerta del juzgado. Vansittart lanzó su maletín al asiento trasero y luego subió. El Bentlev arrancó y se perdió de vista.

¿Triunfo de la justicia? ¡Y una mierda!, clamó Burns para sí.

Era la hora del almuerzo y decidió ir a pie hasta la comisaría, a poco más de tres kilómetros. Estaba a mitad de camino cuando sonó su busca. Era de la comisaría. Abrió su móvil. Era el compañero que atendía en recepción.

—Tengo aquí a una persona que quiere verlo. Dice que conoce al difunto.

Resultó un jubilado, londinense de pies a cabeza. Lo habían hecho aguardar en uno de los despachos destinados a entrevistas. Burns lo encontró fumando un cigarrillo justo bajo el cartel de prohibido fumar. Se llamaba Albert Clarke.

—Pero todo el mundo me llama Nobby —dijo el jubilado. El inspector y Nobby Clarke se sentaron frente a frente en una mesa. Burns sacó su bloc de notas.

Deme su nombre completo y su dirección, por favor. Al decirle Clarke en qué barrio y vivía, Burns alzó la vista. —¿Willesden? Pero... eso está muy lejos.

ya sé que está lejos; vivo allí —dijo el jubilado. ¿Y el difunto también?

Claro. De eso lo conocía, ¿me capta?

Era uno de eso tipos castizos de Londres, un cockney, como los llaman, que tienen la costumbre de apostillar toda respuesta con otra pregunta innecesaria.

—¿Y se ha desplazado desde allí para hablarme de él?

—Me ha parecido que debía hacerlo, aunque la haya palmado —dijo Nobby—. Tiene que echarles el guante a los tipos que lo hicieron y meterlos en chirona.

—Ya los detuvimos —dijo Burns—. Pero el juez acaba de dejarlos en libertad.

Clarke puso cara de pasmo. Burns sacó un cenicero de un cajón y el cockney aplastó la colilla.

—Jo! No sé dónde iremos a parar.

—No es usted el único que se hace esa pregunta. Bueno, hábleme del muerto. ¿Cómo se llamaba?

Peter.

Burns tomó nota.

¿Peter qué mas?

Eso no lo se. Nunca se lo pregunté, ¿sabe?

El inspector contó hasta diez por lo bajo para no soltar un juramento.

Creemos que vino a este barrio aquel martes para llevar flores a una tumba de por aquí. ¿A su madre quizá?

No. No tenía padres. Murieron cuando era un crío. Era huertano. Se crió en el hospicio de Barnado. Debió de llevarselas a su tia May. Era su tutora.

Burns imagino al pequeño y desconsolado huertano y a una cariñosa mujer tratando de proporcionarle cierta normalidad a la vida del chico. Veinte años después de su muerte Peter todavía iba a llevar flores a su tumba el día de su cumpleaños. Y hacía dieciocho días aquel gesto le había costado la vida.

¿Dónde conoció a Peter?

En el club.

¿En qué club?

En la Seguridad Social. Nos sentábamos juntos todas las semanas. Nos dejan sillas; a mí por mi artritis y a él por su pata coja.

El inspector los imaginó en las oficinas de la Seguridad Social aguardando a que avanzase la cola.

De modo que mientras estaban allí sentados aguardando, charlarían, ¿no?

Sí, un poco.

Y nunca se le ocurrió preguntarle cuál era su apellido? Ni él me preguntó el mío.

—¿Iban allí por la pensión? ¿A qué exactamente?

—A cobrar la pensión de invalidez. A él le había quedado un treinta por ciento de pensión de invalidez.

—Por la pierna, ¿no? ¿Le contó alguna vez cómo se lo hizo?

—Claro. Fue en el ejército. Cuanto estuvo con los paracaidistas. Una noche saltó, lo pilló una ráfaga de viento y lo estampó contra una roca. El paracaídas lo arrastró entre las rocas casi dos kilómetros. Cuando sus compañeros lo recogieron tenía la pierna hecha cisco.

—¿No cobraba también del paro?

Nobby Clarke le dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Peter? Ni hablar. Nunca habría cobrado nada que no le correspondiese. Era un tipo legal. Trabajaba de vigilante nocturno.

Claro. Vivía solo, trabajaba solo. Eso explicaba que nadie hubiese denunciado su desaparición. Y era muy probable que la empresa para la que trabajase estuviese cerrada durante agosto por vacaciones. Agosto, maldito agosto.

—¿Cómo se enteró de que había muerto?

—Por el periódico. Salió en el Standard.

—Eso fue hace nueve días. ¿Por qué ha tardado tanto en venir?

—En agosto siempre voy con mi hija dos semanas a la isla de Wight. Volví anoche. Me gusta volver a Londres. A mí el viento del mar me sienta fatal; acabaría por matarme tanto viento. Nobby Clarke carraspeó y encendió otro cigarrillo.

Y cómo es que leyo un periódico de hace nueve días? —Por las patatas.

¿Patatas? ¿Qué tienen que ver las patatas con esto?

A modo de respuesta, Nobby metió la mano en el bolsillo de la chaqueta sacó un periódico descolorido y rasgado. Era la portada del Evening Standard de hacía nueve días.

Esta mañana fui a la tienda a comprar patatas para cenar. Al volver a casa y deshacer el paquete me encontré con su foto en la hoja del periódico.

Se trataba desde luego de un tendero a la vieja usanza. Usar papel de periódico para envolver las patatas... En la mugrienta hoja de periódico manchada de tierra, se veía al cojo con la mirada fija. Al dorso, en la página 2, estaba el recuadro con todos los detalles, incluyendo la referencia al inspector Burns de la comisaría de Dover Street.

—Y por eso he venido enseguida.

—¿Quiere que lo acompañen a casa en coche, Nobby? El pensionista sonrió.

—Hace cuarenta años que no subo a un coche de la policía. Imagínese... añadió con ganas de charla. ¡Menuda era la poli entonces!

Burns llamó a Luke Skinner, le dijo que cogiese la llave con la cinta que sacaron del bolsillo de la víctima que trajese el coche hasta la puerta.

Acompañaron a Nobby Clarke hasta su apartamento, después tomaron nota de la oficina de la Seguridad Social y fueron allí. Estaban a punto de cerrar y el personal no atendía ya a nadie. Burns mostró su placa y preguntó por el jefe de la delegación.

Estoy buscando a un hombre que llaman Peter, pero no sé cómo se apellida. De estatura compleción medianas, cabello gris, de unos cincuenta y cinco años; cojera muy pronunciada, cobra un treinta por ciento de pensión de invalidez. Solía sentarse... El inspector miró en derredor y añadió: Por allí, con un tal Nobby Clarke. Sabe a quién me refiero?

El personal de la Seguridad Social no es muy locuaz, por lo menos con quienes han de atender en horas de oficina. Una de las empleadas creyo recordar al hombre descrito por el inspector.

Peter Benson?aventuró.

El ordenador hizo el resto. El jefe de la delegación abrió el archivo de Peter Benson. Debido a los enormes fraudes que se producían, desde hacía años exigían la fotografía de los beneficiarios. Era una pequeña fotografía tipo pasaporte, pero bastaba.

¿Dirección?preguntó Burns, y Skinner la anotó.

Hace tres semanas que no viene —dijo la empleada. Probablemente este de vacaciones.

No. Ha muerto le aclaró Burns. Ya pueden cerrar el expediente. Ya nunca volverá.

¿Esta seguro?preguntó el jefe de la delegación, contrariado por enterarse de un modo tan irregular. Tendrían que habernos informado oficialmente.

Lamentablemente el señor Benson no lo ha hecho, el muy desconsiderado ironizó Burns.

Los dos policías consultaron el plano de Londres para ver dónde caía la dirección y preguntaron a varios vecinos. Era un bloque de viviendas y el apartamento de una sola

habitación estaba en el cuarto piso. Tuvieron que subir a pie porque el ascensor estaba estropeado. Entraron.

Estaba destartado pero limpio. Había polvo acumulado de tres semanas y varias moscas muertas en el alféizar de la ventana, pero no comida estropeada. Junto al fregadero había un escurridor con platos y vasos limpios.

En la mesita de noche había algunos recuerdos del ejército y cinco medallas militares, incluyendo una condecoración al valor en combate. Los libros de una estantería eran de bolsillo y se notaba que habían sido leídos. También tenía varios grabados enmarcados en la pared. Burns se detuvo frente a una fotografía enmarcada que colgaba en la pared del saloncito.

En la fotografía aparecían cuatro hombres que miraban sonrientes a la cámara. Al fondo se veía lo que parecía una franja de desierto y el borde de un viejo fortín de piedra. El pie de foto rezaba: «Mirbat 1972.»

—¿Qué es Mirbat? —preguntó Skinner al acercarse al inspector.

—Un pueblo. Está en Dhofar, la provincia oriental de Omán, en la península Arábiga.

Los cuatro jóvenes vestían la clásica indumentaria del desierto. Uno llevaba una keffireh a cuadros, sujetado por dos vueltas de cordón negro. Burns dijo que, de haber tenido una lupa, habrían podido ver una insignia con las siglas SAS de las Fuerzas especiales.

¿Cómo lo sabe? preguntó Skinner.

—La reina estuvo una vez en Devon. Y yo estuve en la escolta real. Había dos de ese regimiento con nosotros. El servicio de los escoltas obliga a pasar muchas horas a pie firme. Y todos empezamos a recordar. Me contaron lo de Mirbat.

¿Y qué sucedió allí?

Pues que hubo una batalla. Había guerra; una guerra secreta. Terroristas comunistas eran enviados desde Yemen a través de la frontera para derrocar al sultán. Nosotros enviamos un contingente de instructores. Y un día entre doscientos y trescientos terroristas atacaron el pueblo y la guarnición de Mirbat. En la guarnición sólo había diez británicos y un grupo de reclutas locales.

¿quién gano?

Burns dirigió el índice hacia la fotografía.

—Ellos. Como se lo digo. Perdieron dos hombres y acabaron con cien terroristas antes de que se dispersasen y huyesen.

Tres de los hombres de la foto estaban de pie y el cuarto estaba con una rodilla en tierra, delante. Veinticuatro años atrás, en un olvidado pueblo del desierto. El que estaba rodilla en tierra era un soldado raso; los de atrás eran un sargento, un cabo y un joven oficial.

Skinner se inclinó y dio unos golpecitos con el índice a la imagen del soldado agachado.

—Ese es él, Peter Benson. Pobre tío. Pasar por todo eso y acabar muerto a patadas en Edmonton.

Burns ya lo había identificado. Miraba al oficial. El sedoso pelo rubio estaba cubierto por la gorra y los arrogantes ojos azules deslumbrados por el sol. Pero aquel joven oficial iba a volver a casa, a dejar el ejército, asistir a la facultad de derecho y, un cuarto de siglo después, convertirse en uno de los grandes abogados del país. Skinner puso unos ojos como platos al reconocerlo.

—Es increíble —dijo el sargento—. Lo matan a patadas y el otro aparece para dejar libres a sus asesinos.

Burns aún podía oír la voz de aquel señorito educado en colegios privados cuando le susurró al oído: «Puede que le sorprenda, Burns...»

Al mirar los rostros de aquellos cuatro jóvenes soldados de una generación anterior, Jack Burns comprendió demasiado tarde que aquel abogado de engañoso aspecto lánguido no se refería a la justicia que se imparte en los juzgados, sino a la del Antiguo Testamento.

—Burns... —dijo el turbado joven sargento a su lado—. Con Price y Cornish otra vez sueltos, ¿qué ocurriría si ese sargento y ese cabo se lo echasen u día en cara?

—No me lo pregunte, joven amigo. Es mejor que no lo sepa.

Vigésimo cuarto día – Jueves

El entierro tuvo lugar en el cementerio privado del Regimiento Aéreo de Fuerzas Especiales, contiguo a la base de Hereford. El cuerpo de un viejo soldado fue confiado al eterno descanso. Un soldado interpretó El último destino con un bugle y se dispararon salvas junto a la tumba. Asistieron una docena de personas, incluyendo a un ilustre abogado del Estado.

Aquella tarde dos cadáveres fueron recuperados de un lago cercano a los marjales de Wanstead, del este de Londres. Fueron identificados como Mark Price y Harry Cornish. El informe del forense indicaba que ambos habían muerto por estrangulamiento con algo muy poco usual: una cuerda de piano. Se abrió un sumario. Pero nunca se cerró.

Arte Puro

Noviembre

Llovía. El agua se acercaba a Hyde Park como una pared que avanzase lentamente, empujada por un suave viento del oeste; semejava una sucesión de cortinas grises que iban cerrándose por Park Lane, y a todo lo largo de la arboleda de plátanos que separaba los carriles por los que discurría el tráfico hacia el norte y el sur de la ciudad.

Bajo los árboles desnudos, un hombre empapado observaba con aire triste.

La entrada del salón del hotel Grosvenor House estaba intensamente iluminada por varios arcos de luces y por los incesantes resplandores flashes de las cámaras. El interior del salón, caldeado y libre de humedad, resultaba confortable. En la franja de acera que la marquesina del umbral protegía del agua, aunque no de la humedad, dos porteros uniformados y provistos de paraguas relucientes aguardaban la llegada de las limusinas.

Cada vez que uno de los vehículos azotados por la lluvia se detenía frente a la marquesina, uno de los porteros corría a proteger de la lluvia a la estrella o celebridad del cine, para que no se mojasen al recorrer los dos metros que el bordillo distaba de la marquesina. Entonces ya podían erguirse, enfundarse su ejercitada sonrisa y afrontar las cámaras.

Calados hasta los huesos, los paparazzi flanqueaban la marquesina procurando que no se mojase su caro equipo.

El hombre que observaba desde la arboleda los oía llamarlos a voz en grito.

—¡Eh, Michael!

—¡Aquí, Roger, aquí!

—¡Qué preciosa sonrisa, Shakira! ¡Encantadora!

La flor y nata del mundo del cine asentía condescendentemente a los halagos, sonreía a los objetivos y a los fans que, desde considerable distancia, los aclamaban, ignoraban a los pocos cazadores de autógrafos que vestían anoraks, extraños y persistentes ratoncitos de ojos implorantes, y eran llevados casi en volandas hasta el interior. Mientras los acompañaban a sus mesas, se detenían de continuo para sonreír y saludar, dispuestos a asistir a la proclamación de los premios de la Academia Británica de Artes Escénicas de Cine y Televisión.

El hombre bajito y menudo que estaba bajo los árboles observaba con frustrado anhelo. Una vez había soñado que también él podría estar algún día allí, ser un astro del cine por derecho propio o, como mínimo, ser reconocido como un destacado secundario. Pero era consciente de que el sueño no se haría realidad. Ya no. Era demasiado tarde.

Llevaba más de treinta y cinco años en la profesión. Había intervenido en más de un centenar de películas. Empezó como extra, de los que no tienen que hablar, y pasó luego a interpretar breves escenas, pero sin llegar nunca a figurar en el reparto con un verdadero papel.

Había sido maletero de hotel durante siete segundos mientras Peter Sellers se adentraba en el vestíbulo, conductor de un camión del ejército que condujo a Peter O'Toole hasta El Cairo; había esgrimido espadas romanas a pocos metros de Michael Palin, y fue el mecánico de vuelo que ayudó a Christopher Plumber en Spitfire.

Había sido camarero, mozo, soldado en todos los ejércitos habidos y por haber, desde los tiempos bíblicos hasta la batalla de Bulge. Había sido taxista, policía, comensal, viandante, vendedor ambulante; todo lo que quepa imaginar, y más.

Pero siempre se había reducido todo a unos días en el plató, diez segundos en la pantalla y... adiós, muchacho. Había estado a dos pasos de todas las celebridades del firmamento del celuloide; actores encantadores o esquinados, actrices simpáticas o engreídas. Se sabía capaz de interpretar cualquier papel de un modo convincente y con convicción. Se sabía un hombre camaleónico, pero nadie había reconocido nunca el talento que estaba seguro de poseer.

De modo que allí estaba, mirando bajo la lluvia a sus ídolos, que pasaban frente a él hacia su noche de gloria y que luego volverían a sus apartamentos o a sus suites de lujo.

Cuando hubieron entrado los últimos y disminuyó la intensidad de las luces, volvió con pasó cansino bajo la lluvia hasta Marble Arch, y aguardó chorreando a que llegase el autobús, que lo dejó a menos de un kilómetro de su apartamento, de una sola habitación y de lo más modesto, en la zona que media entre White City y Shepherd's Bush.

Se despojó de la ropa mojada, se envolvió en un albornoz de toalla que se agenció en un hotel de España (cuando intervino en *El hombre de La Mancha*, protagonizada por Peter O'Toole, encargado de sujetar a los caballos) y encendió su pequeña estufa eléctrica. Sus ropas mojadas desprendieron vapor toda la noche, y por la mañana sólo estaban un poco húmedas.

Estaba sin blanca. Llevaba semanas sin trabajar. En su profesión eran multitud quienes esperaban oportunidades, y sobreabundaban hombres bajitos de mediana edad. No tenía nada en perspectiva. Le habían cortado el teléfono y, si quería hablar con su agente una vez más, tenía que ir a verlo en persona. Y eso era lo que haría, se dijo por la mañana.

Aguardaba en recepción. Siempre tenía que aguardar. Era su destino. Al fin se abrió la puerta del despacho y se asomó una persona a la que conocía. Se levantó casi de un salto.

—Hola, Robert, ¿me recuerda? Soy Trumpy.

A Robert Powell le pilló por sorpresa, aparte de que aquella cara no le resultaba familiar.

—En Italia, en Turín. Yo llevaba el taxi y usted iba detrás. El eterno buen humor de Robert Powell le arregló el día.

—Claro que sí. En Turín. Hace mucho tiempo. ¿Cómo está, Trumpy? ¿Qué tal le van las cosas?

—Bastante bien. O no del todo mal; no puedo quejarme. He venido a ver si tienen algo para mí.

Powell reparó en que Trumpy llevaba una camisa rosada y una gabardina raída.

—Estoy seguro de que sí. Buena suerte, Trumpy.

—Lo mismo digo. Hay que ser optimista, ¿no?

Se estrecharon la mano y se despidieron.

El agente de Trumpy era amabilísimo pero no tenía nada para él. En Shepperton iban a rodar una película de época, pero ya se había hecho el casting. En su profesión había demasiados hombres cuyo único combustible inagotable era el optimismo y la posibilidad de que algún día llegase un gran papel.

De nuevo en su apartamento, Trumpy pasó revista a su situación. Era desoladora. La Seguridad Social le daba unas libras cada semana, pero Londres es una ciudad cara. Acababa de tener otra agarrada con el señor Koutzakis, el dueño del apartamento, que le había repetido por enésima vez que llevaba mucho atrasado y que su paciencia no era tan inagotable como el sol de su Chipre natal.

Las cosas pintaban mal, tanto que difícilmente podían estar peor de lo que estaban. Mientras el tibio sol de otoño desaparecía detrás de los altos bloques al otro lado del patio, el granadito actor se acercó a una alacena y sacó un paquete envuelto en tela de yute. A lo largo de los años se había preguntado a menudo por que sentía tanto apego por aquella condenada cosa. No iba con sus gustos. Por sentimentalismo, suponía. Treinta y cinco años antes, cuando apenas cumplidos los veinte era un joven actor provinciano pero inteligente y ambicioso, convencido de llegar al estrellato, heredó aquello de su tía abuela Millie.

Trumpv retiró la tela de yute que envolvía el cuadro. No era una pintura muy grande, sólo de unos treinta centímetros por treinta, sin contar con el marco dorado. La había conservado envuelta a lo largo de todos aquellos años. Pero cuando la heredó ya estaba tan sucia, tan impregnada de mugre, que las figuras que representaba eran vagos esbozos, poco más que sombras. Sin embargo, la tía abuela Millie siempre había jurado que valía sus buenas libras, aunque quizá lo dijese por el romanticismo nostálgico propio de una anciana. Pero, aunque él lo ignorase, el pequeño óleo tenía toda una historia.

En 1870, un inglés de treinta años que buscaba fortuna y tenía cierto conocimiento del idioma italiano emigró a Florencia para probar suerte con una pequeña asignación que le pasaba su padre. Fue en el apogeo de la gloria de la Inglaterra victoriana, y el soberano de oro de Su Majestad era una moneda que abría muchas puertas. Por el contrario, Italia se encontraba en su caos habitual.

Al cabo de cinco años, el emprendedor Bryan Frobisher había conseguido cuatro cosas: descubrir los deliciosos vinos de la ondulada región de Chianti, empezar a exportarlos en grandes cubas a su Inglaterra natal, a competir con los acostumbrados vinos franceses de cosecha, y a sentar las bases de una decorosa fortuna.

Se había comprado una buena casa en la ciudad y tenía coche y criado. Se había casado con la hija de un miembro de la pequeña nobleza italiana y, entre los objetos que decoraban su casa, había un óleo que compró en una tienda de segunda mano en el muelle cercano al Ponte Vecchio.

No lo compró porque fuese de un pintor famoso o estuviese bien presentado. Estaba lleno de polvo y casi oculto al fondo de la tienda. Lo compró simplemente porque le gustó.

Durante treinta años, al convertirse en vicedónsul británico en Florencia y serle concedido el título de caballero del Imperio británico, sir Bryan colgó el cuadro en su biblioteca y, durante treinta años, cada noche fumaba bajo aquel cuadro el cigarro que acostumbraba fumar después de cenar.

En 1900 una epidemia de cólera asoló Florencia. Se llevó a lady Frobisher y, tras el funeral, el ya sesentón empresario decidió regresar a la tierra de sus padres. Liquidó sus negocios y compró una hermosa mansión en Surretí, para cuyo servicio y mantenimiento contrató a nueve sirvientes. La más joven de la servidumbre era una lugareña llamada Millicent Gore, contratada como doncella.

Sir Bryan no volvió a casarse y murió a la edad de noventa años, en 1930. Se había traído casi un centenar de cajas de embalaje de Italia, y en una de ellas había un pequeño óleo, ahora descolorido, con un marco dorado.

Como fue el primer regalo que le hizo a lady Lucia y a ella le gustaba mucho, volvió a colgarlo en la biblioteca, donde la pátina de humo y mugre apagó lo que fueron vivos colores, hasta que las figuras que representaban se hicieron cada vez más difíciles de reconocer.

Estalló y acabó la Primera Guerra Mundial y con ella el mundo cambió. La fortuna de sir Bryan fue menguando, ya que sus inversiones en acciones de los ferrocarriles de la Rusia imperial se esfumaron en 1917. Después de 1918 en Gran Bretaña el panorama social experimentó un cambio notable.

Sir Bryan redujo la servidumbre pero Millicent Gore se quedó. Pasó de doncella a ama de llaves y, a partir de 1921, fue también el único miembro de la servidumbre.

Durante los últimos siete años de la vida de sir Bryan, Millicent Gore cuidó de la frágil salud del señor como una enfermera, hasta su muerte ocurrida en 1930, y sir Bryan no la olvidó en su testamento.

Le legó de por vida una casita de sus tierras y la renta de un capital que le permitiría vivir con decoro. Aunque el resto de sus propiedades fueron subastadas hubo algo que no se incluyó: un pequeño óleo. Y ella estaba muy orgullosa de aquel cuadro; procedía de un extraño lugar que todos llamaban el extranjero. De modo que Millicent lo colgó en su salita de estar, no lejos de su cocina económica. De modo que el cuadro estaba cada vez más sucio.

Millicent Gore no llegó a casarse. Se consagró a colaborar en obras sociales y de la parroquia y murió en 1965, a los cincuenta y ocho años. Su hermano sí se había casado y tuvo un hijo que, a su vez, tuvo un varón que sería el único sobrino nieto de Millicent que, al morir, tenía poco que dejarle ya que la casita y el capital revirtieron a los familiares de su benefactor. Pero Millicent le dejó el óleo a su sobrino nieto.

Pasaron otros treinta y cinco años hasta que aquel óleo, sucio y manchado, volvió a ver la luz del día, al desenvolverlo Trumpv en su apartamento de una calleja de Shepherd's Bush.

Por la mañana, el dueño del óleo se presentó en la prestigiosa House of Darcy, dedicada a subastas y tasaciones, con un cuadro envuelto en tela de yute.

—Tengo entendido que disponen ustedes de un servicio de tasaciones —le dijo a la joven que lo atendió tras un mostrador.

También ella reparó en que llevaba la camisa rosada y la gabardina raída. Y le señaló hacia una puerta con el rótulo «Tasaciones». Aquella sección era menos lujosa que el vestíbulo. Había una mesa tras la que atendía otra joven. El actor repitió su pregunta y ella le alcanzó un impreso.

—¿Nombre?

—Trumpington Gore. Verá... esta pintura...

—¿Dirección?

Se la dio.

¿Número de teléfono?

—No tengo teléfono.

Ella lo miró como si le hubiese dicho que no tenía cabeza.

¿Y de qué se trata, señor?

De un óleo.

Lentamente, los detalles o la falta de ellos fueron desgranándose mientras ella lo escuchaba con cara de fastidio. Epoca desconocida, escuela desconocida, período desconocido, pintor desconocido y país... presumiblemente Italia.

La joven de tasaciones estaba colada por un guaperas de la sección Vinos Clásicos y, al ver que ya era la hora del café de media mañana en el Caffé Uno, que estaba a la vuelta de la esquina, se dijo que si aquel pelmazo con su horrible cuadro emborronado se marchaba ella podría escabullirse con una compañera y hacerse la encontradiza, sentándose en la mesa contigua a la que solía ocupar su Adonis.

—Y bien, señor, ¿en cuánto valora usted este cuadro? —No lo sé. Por eso he venido aquí.

—Debemos tener una valoración del cliente. Lo exigen las compañías de seguros. ¿Pongamos cien libras?

Muy bien. ¿Tiene idea de lo que puedo tardar en saber algo?

—Cuando podamos, señor. Tenemos muchas obras en el almacén aguardando a ser tasadas. Lleva tiempo.

Para la joven estaba claro que bastaría una ojeada. Dios, ¡menudos bodrios traía la gente a su mesa creyendo haber descubierto un plato de porcelana del período Ming en un trastero!

Cinco minutos después, Trumpington Gore había firmado el impreso, guardado su copia y dejado el cuadro envuelto en tela de yute, y estaba de nuevo en las calles de Knightsbridge. Como seguía sin blanca, volvió a pie a casa.

El óleo envuelto en tela de yute pasó al almacén del sótano, donde le colocaron una etiqueta de identificación: D 1601.

Al cabo de veinte días, el cuadro D 1601 seguía apoyado contra una pared del sótano con su envoltorio de tela de yute, y Trumpington Gore seguía esperando una respuesta. La explicación era sencilla: trabajo atrasado.

Como ocurre en todas las grandes casas de subastas, más de un noventa por ciento de las pinturas, objetos de porcelana, joyas, botellas de vino, armas y muebles que Darcy subastaba tenían una procedencia conocida y verificable. Siempre se daba una orientación, un atisbo de la procedencia en el catálogo. «Propiedad de un caballero», era una de las expresiones más usadas. «Propiedad de los herederos del difunto... », era otra expresión frecuente.

Algunos altos cargos de Darcy no veían con buenos ojos la práctica de ofrecer al público un servicio de tasación gratuito, porque implicaba dedicar mucho tiempo para descubrir muy pocas obras que mereciese la pena subastar. Pero el servicio de tasación gratuita lo creó el fundador de la empresa, sir George Darcy, y se respetaba la tradición. Sólo muy de vez en cuando algún afortunado descubría que la vieja caja de rapé del abuelo era realmente un raro tesoro del período georgiano.

Cada dos semanas tenía lugar en la sección Grandes Maestros una reunión de la Comisión Examinadora, presidida por el director de la sección, el distinguido Sebastian Mortlake, que siempre llevaba corbata de lazo, ayudado por dos miembros de la comisión.

Diez días antes de Navidad, Sebastian Mortlake decidió acabar con el trabajo atrasado. Estuvieron cinco días en sesión casi permanente, hasta que él y sus colegas se cansaron.

Mortlake se orientaba por el grueso montón de impresos rellenos en el momento de efectuarse el depósito de la pintura. Sus preferencias se decantaban por aquellas obras cuya autor era claramente identificable. Por lo menos así, cuando hubiese que imprimir el catálogo, dispondría de un nombre que asociar al cuadro y una fecha aproximada. No era necesario especificar el tema, porque era obvio a primera vista.

Aquellos cuadros que consideraba vendibles los apartaba. Una secretaria le escribía al dueño de la obra para preguntarle si deseaba venderla, teniendo en cuenta la tasación. Si la respuesta era afirmativa, una de las condiciones del contrato de depósito especificaba que la pintura no podía ser vendida en otra empresa.

Si la respuesta era negativa se le pediría al dueño recoger la obra sin demora, porque el almacenamiento cuesta dinero. Una vez hecha la selección y recibida la autorización del propietario para la venta, Mortlake podía seleccionar las obras para la próxima subasta y encargar el catálogo.

Para las obras menores de autores menores que Sebastian Mortlake había seleccionado sin excesivo entusiasmo, el epígrafe incluía frases como «encantadora o primorosa», que venía a significar «si le gusta a usted este estilo»; o «atípica» que venía a significar «debió de haberlo pintado después de un almuerzo demasiado copioso».

Tras examinar casi trescientas telas, Mortlake y sus dos asesores habían hecho una escabechina con las obras ofrecidas por particulares desconocidos, seleccionando sólo diez. Una de ellas era una sorprendente pintura de la escuela holandesa de Van Ostade, aunque, lamentablemente, no del propio Bryan. Era de un discípulo, pero aceptable.

Sebastian Mortlake era reacio a elegir ninguna obra con una tasación inferior a las cinco mil libras. Mantener unas instalaciones como las que Darcy tenía en Knightsbridge era muy costoso; y la comisión por una obra de menos de ese precio poco iba a notarse en el balance. Las casas de subastas de menor categoría podían permitirse vender obras por un precio alrededor de las mil libras. Pero Darcy no. Además, su próxima subasta, a finales de enero, sería importante.

A medida que se acercaba la hora del almuerzo del quinto día, Sebastian Mortlake se estiró y se frotó los ojos. Había examinado 290 bodrios con la vana esperanza de encontrar una joya. Pero, por lo visto, tendría que conformarse con diez obras «aceptables».

—Está bien que disfrutemos con nuestro trabajo, pero no somos una institución benéfica —le dijo a su ayudante—. ¿Cuántos quedan, Benny? —preguntó mirando a uno de sus tasadores.

—Sólo cuarenta y cuatro, Sebastian.

El joven se dirigía a él por su nombre de pila porque Mortlake insistía en ello, para crear el ambiente de compañerismo que tanto valoraba en su equipo. Incluso las secretarías lo llamaban por su nombre de pila. Sólo los mozos, aunque a ellos los llamasen también por su nombre de pila, lo llamaban jefe.

—¿Algo interesante?

—No mucho. Nada atribuible, con período, época, escuela o procedencia.

—En otras palabras, aficionados. ¿Vendrá usted mañana? —Sí, Sebastian, creo que sí. A. ordenar un poco.

—Así me gusta, Benny. Bueno, me voy al almuerzo de Navidad de la junta, y luego a mi casa de campo. Termínelo usted. ¿De acuerdo? Ya sabe las normas. Una carta amable, una tasación, que Deirdre se lo pase con el ordenador y ya puede salir todo en la próxima saca de correo.

Y con un «¡Felices Navidades a todos!» se marchó.

Al cabo de unos minutos sus dos ayudantes hicieron lo propio. Benny se ocupó de que devolviesen al almacén el lote de pinturas recién examinadas y rechazadas, y de que los últimos 44 cuadros que quedaban por examinar los llevasen a una sala mejor iluminada. Examinaría algunos aquella tarde y los restantes al día siguiente, antes de marcharse por Navidad. Luego sacó unos tickets de empresa para el restaurante y fue a la cafetería del personal.

Se las compuso para que treinta de los cuadros desechados fuesen devueltos aquella misma tarde y luego se marchó a casa, a su modesto apartamento del lado norte de Landbroke Grove.

El hecho de que Benny Evans, que tenía veinticinco años, ocupase un puesto importante en Darcy era un triunfo de la tenacidad. Los empleados de la oficina de atención al público, que eran quienes trataban con los clientes y se pavoneaban por las salas de Darcy, vestían con exquisitez y tenían voces perfectamente moduladas. La rama femenina del personal estaba formada por jóvenes de muy buena presencia que cumplían una misión equivalente.

En los últimos escalafones del personal estaban los ujieres, los porteros uniformados y los mozos con mono de la empresa, que eran los que apechugaban con el trasiego de cuadros de un lado para otro. Los cargaban en las furgonetas y los traían y llevaban según les ordenasen.

Tras los tapices que cubrían las paredes de los pasillos, estaban los despachos de los expertos; y la elite de los expertos eran los tasadores, sin cuyo ojo clínico nada funcionaría. Ellos eran las águilas y los memoriones que podían distinguir a simple vista lo bueno de lo corriente, lo auténtico de las falsificaciones, lo que no valía nada de una joya.

Entre los jefes, los Sebastian Mortlake eran monarcas menores a quienes se les permitían ciertas excentricidades en atención a los conocimientos adquiridos tras treinta años en el negocio. Benny Evans era diferente y la sagacidad de Mortlake —no siempre certera— le había hecho deducir por qué, y eso explicaba que Benny trabajase en Darcy.

No tenía pinta de ser del mundillo, y la imagen era algo vital en el mundo del arte de Londres. Carecía de estudios universitarios y de refinamiento. Su pelo emergía de su cabeza en desordenados mechones que ningún peluquero de Jermyn Street habría podido mejorar gran cosa, si alguna vez se hubiese puesto Benny en manos de alguno de ellos.

Cuando llegó a Knightsbridge, llevaba unas gafas de plástico costeadas por la Seguridad Social, con el puente de la nariz roto y sujeto con esparadrapo. Laborables o festivos, vestía siempre como el mismo desaliño y hablaba con un marcado acento de Lancashire.

Durante la entrevista Sebastian Mortlake lo miraba atónito. Pero, en cuanto sondeó al muchacho acerca de sus conocimientos sobre arte del Renacimiento, lo contrató a pesar de las apariencias y de que sus colegas torciesen el gesto.

Benny Evans se había criado en una casita adosada de una barriada de Bootle y era hijo de un molinero. No destacó en la escuela primaria, terminó el bachillerato con calificaciones discretas y no llegó a realizar estudios superiores. Pero, cuando tenía siete años, ocurrió algo que lo hizo del todo innecesario: su profesor de arte le mostró un libro.

Tenía ilustraciones en color y el niño se entusiasmó mirándolas. Había ilustraciones de mujeres jóvenes, con niños en brazos y ángeles alados en las alturas. Y el muchachito de Bootle vio por primera vez a una Virgen con el Niño, pintada por un maestro florentino. A partir de entonces se le abrió un apetito insaciable.

Pasaba días en la biblioteca pública contemplando libros con ilustraciones de Giotto, Rafael, Tiziano, Botticelli, Tintoretto y Tiepolo. Devoraba con los ojos las obras de Miguel Ángel y Leonardo mientras sus compañeros de clase devoraban hamburguesas baratas.

Durante la adolescencia trabajó de lavacoches, de repartidor de periódicos y de cuidador de perros; y con lo que ahorraba se dedicaba a viajar en autostop por Europa para ver la galería de los Uffizi y los Pitti. Después de los italianos estudió a los españoles; fue, también en autostop, a Toledo y pasó dos días en la catedral contemplando obras de El Greco. Luego se empapó de los maestros de las escuelas alemana, holandesa y flamenca.

A los veintidós años seguía sin blanca pero era ya una enciclopedia viviente del arte clásico. Eso fue lo que Sebastian Mortlake vio durante la entrevista mientras recorrían las salas de Darcv. Pero ni siquiera el sagaz y listo Mortlake había reparado en algo. En la intuición del joven. Es algo que se tiene o que no se tiene. Aquel desaliñado muchacho de un modesto barrio de Bootle la tenía, aunque ni siquiera él lo supiese.

Con catorce candidatos a la devolución por examinar, llegó al trabajo al día siguiente y se encontró el edificio casi vacío. Teóricamente seguía abierto y el portero estaba en su sitio, pero tenía a pocas personas que saludar.

Benny Evans Volvió a su sala y empezó a examinar los últimos cuadros. Los había de diversos tamaños y con distintos envoltorios. El antepenúltimo era uno envuelto en tela de yute que llevaba la referencia D 1601. Le sorprendió que estuviese en tan mal estado, con capas de mugre que cubrían las imágenes. Era difícil ver cómo había sido originariamente.

Le dio la vuelta. Madera, una tabla. Extraño, y mas extraño aún que no fuese de roble. Porque cuando los pintores del norte de Europa pintaban sobre madera lo hacían casi siempre en madera de roble. En el paisaje italiano no había robles. ¿Podía ser madera de chopo?

Colocó el pequeño óleo en un atril y lo iluminó con un foco potente. Aguzó la vista para tratar de ver a través de la capa formada por más de un siglo de humos de cigarro y de los fuegos de las chimeneas. El óleo representaba a una mujer sentada, pero sin niño. Un hombre se inclinaba hacia ella, que lo miraba con la vista alzada. Tenía una boca minúscula, de «pitiminí», como decían antes, y la frente abombada.

La intensidad de la luz lo deslumbraba. Varió el ángulo del haz y estudió la figura del hombre. Vio algo que pulsó una tenue cuerda de su memoria; la postura, el lenguaje corporal, el hombre decía algo, gesticulaba, y la mujer lo escuchaba absorta, como en trance.

También le llamó la atención la manera en que tenía los dedos doblados. ¿No habría visto él antes unos dedos doblados de aquella manera? Pero lo más llamativo era la cara. También tenía la boca pequeña, los labios fruncidos y tres arrugas tenues, verticales, no horizontales, en el entrecejo. ¿Dónde había visto él arrugas verticales en un entrecejo? Estaba seguro de haberlas visto. Pero no podía recordar dónde ni cuándo. Miró el recibo de depósito de la obra. Un tal T. Gore. Sin teléfono. ¡Puñeta! Desechó las últimas dos obras, que no valían nada, y con el montón de recibos de depósito fue a ver a Deirdre, la única secretaria que quedaba en la sección. Le dictó una carta tipo, excusándose por la devolución de las obras, y le entregó el montón de recibos, en los que figuraba el precio de la obra depositada pero rechazada, así como también el nombre y la dirección del propietario.

Aunque las cartas que había que enviar eran 43, el programa del procesador de textos incluiría los distintos nombres y direcciones, aunque el resto del texto de los recibos fuese idéntico. Benny estuvo mirando un rato. No tenía ni idea de ordenadores. No sabía más que encenderlos y abrir el archivo; ni siquiera sabía cuáles eran las teclas para las funciones más sencillas. Al cabo de diez minutos, Deirdre estaba preparando los sobres con unos dedos que parecían volar. Benny le deseó felices Navidades y se marchó.

Caía una fina aguanieve pero, como de costumbre, anduvo hasta la parada del autobús y luego fue hasta el final de Landbroke Grove.

Se despertó de madrugada y miró el reloj. Eran las dos. Notaba el calor sensual de Suzie a su lado. Habían hecho el amor antes de dormir y eso solía garantizarle un plácido sueño. Y, sin embargo, se había despertado y estaba desvelado, dándole vueltas a la cabeza como si una idea soterrada lo hubiese obligado a salir del sopor. Intentó recordar en qué estaba pensando, aparte de en Suzie, al adormecerse tres horas antes. La imagen de un cuadro envuelto en tela de yute volvió a su mente.

Levantó la cabeza de la almohada como impulsado por un resorte. Suzie refunfuñó al notar lo. El se incorporó y musitó dos palabras en la oscuridad.

¡Maldita sea!

Por la mañana volvió a Darcy. Pero como era 23 de diciembre, estaba ya cerrado al público. Tuvo que entrar por una puerta de servicio. Tenía que consultar en la biblioteca de Grandes Maestros. Se accedía mediante un código numérico que había que teclear en un panel. Estuvo en la biblioteca una hora, salió con tres libros de consulta y fue a la sala de examen. El cuadro del envoltorio de tela de yute estaba todavía en el mismo estante en que lo había dejado. Volvió a encender el foco y sacó una lupa de un cajón de la mesa de Sebastian Mortlake. Con los libros y la lupa, comparó el rostro del hombre inclinado hacia la mujer con otros de un pintor que figuraba en sus libros de consulta. En uno de ellos había un monje o un santo; una túnica o sotana marrón, la cabeza tonsurada, una frente abombada y tres pequeñas arrugas verticales de preocupación o de profunda reflexión en el entrecejo.

Cuando hubo terminado se detuvo absorto, como si acabase de tropezar con una piedra que pudiera conducirlo a descubrir las minas del rey Salomón. No sabía qué hacer. No podía demostrarlo. Podía estar equivocado. La mugre que cubría la pintura era enorme. Pero, por lo menos, debía alertar a su jefe.

Volvió a empaquetar el cuadro con la tela de yute y lo dejó encima de la mesa de Mortlake. Entonces se lanzó al ciberespacio. Encendió el ordenador de Deirdre e intentó descubrir qué teclas necesitaba pulsar. Al cabo de una hora empezó a redactar una carta tecleando con sólo dos dedos y muy despacio.

Cuando hubo terminado le pidió al ordenador, muy amablemente, que le hiciese dos copias y el ordenador accedió. Encontró sobres en un cajón y, a mano, escribió uno a la atención de Sebastian Mortlake y el otro al vicepresidente y jefe ejecutivo, el honorable Peregrine Slade. El primero lo dejó junto al cuadro en la mesa del jefe de su sección y el segundo lo introdujo bajo la puerta del despacho de Slade, que estaba cerrada. Luego se marchó a casa.

Que Peregrine Slade volviese a la oficina tan cerca de Navidad era inusual pero tenía explicación. Vivía a la vuelta de la esquina; su esposa, lady Eleanor, estaba casi permanentemente en su casa de Hampshire y, por aquellas fechas, estaba rodeada de su inaguantable familia. El ya le había advertido que no podría ir a Hampstead hasta la víspera de Navidad. Eso acortaría el calvario que le representaba ejercer de anfitrión de la familia de su esposa durante las breves vacaciones de Navidad.

Esto aparte, quería fisgar un poco en las cosas de sus compañeros de junta. De modo que entró en Darcy por la misma puerta de servicio por la que había salido Benny Evans una hora antes.

Dentro estaba caldeado y resultaba acogedor. No merecía la pena apagar la calefacción durante la breve vacación navideña. Había alarmas repartidas por todo el edificio y, naturalmente, en sus propios dominios. Desconectó la de su despacho, cruzó el

antes

pacho de la ausente Priscilla Bates y entró en su sancta sanctorum. Una vez allí, se quitó la chaqueta, sacó su ordenador portátil del maletín y lo conectó al ordenador central. Vio que tenía dos mensajes en el correo, pero decidió leerlos luego. Antes le apetecía tomar un té.

Por lo general, era Priscilla Bates quien se lo hacía, pero como no estaba tuvo que hacérselo él. Abrió el armario de la secretaria y sacó la tetera eléctrica, la lata de té Earl Grey, una taza de porcelana y un limón. Cortó una rodaja y, mientras buscaba el enchufe para la tetera, vio la carta junto a la puerta; la dejó encima de la mesa y aguardó a que hirviese el agua.

Con la taza de té en la mano volvió a su despacho y levó los dos mensajes. Como no eran demasiado importantes podría contestarlos al regresar de las vacaciones de Navidad.

Después de introducir una serie de códigos de acceso personales empezó a rebuscar por los archivos de los jefes de sección y de sus compañeros de la junta de dirección.

Cuando hubo terminado de fisgar volvió a pensar en sus problemas personales. A pesar de que ganaba un buen sueldo, Peregrine Slade no era un hombre rico. Era el hijo menor de un conde y de ahí que se antepusiera el «honorable» a su nombre, pero no había heredado nada.

Se había casado con la hija de un duque, una mujer pusilánime y consentida, convencida de tener derecho a una mansión en Hampshire, tierras que la rodeasen con una cuadra de purasangres. Lady Eleanor no era una esposa barata de mantener. Sin embargo, le había permitido un rápido acceso a la flor y nata de su sociedad, algo muy útil para los negocios.

Además, tenía un bonito apartamento en Knightsbridge, que decía necesitar para su trabajo en Darcy. La influencia de su suegro le había proporcionado su empleo en la Darcy, y el ascenso a vicepresidente bajo el envarado y adusto duque de Gateshead que calentaba el sillón de presidente de la junta.

Pudo haberse enriquecido invirtiendo con mejor criterio pero, lamentablemente, optó por el propio. Sin reparar en que el mercado de divisas era cosa de los gurús que lo conocían a fondo, invirtió en euros, que bajaron un treinta por ciento en dos años. Lo peor era que se había endeudado fuertemente con un préstamo para comprarlos, y sus acreedores le había mencionado delicadamente la palabra «cancelación». En otras palabras: debido a los atrasos en el pago de las cuotas podía tener que liquidar la totalidad del préstamo ipso facto.

Además tenía una amante en Londres; una «ama» y «maestra», que, por supuesto, lo sometía a la disciplina inglesa. Era su pecado inconfesable, un hábito obsesivo con el que no podía romper, muy caro.

Vio la carta encima de la mesa. Era un sobre de Darcy, por lo tanto, dirigida a él por alguien de la casa cuya letra no reconocía. ¿Por qué no habría utilizado el ordenador aquel imbécil o habérsela dado a una secretaria? Tenían que habérsela dejado aquel mismo día pues, de lo contrario, Priscilla la habría visto la noche anterior. Sintió curiosidad. ¿Quién se quedaba a trabajar por la noche? ¿Quién había entrado antes que él? Abrió el sobre.

Estaba claro que al remitente no se le daban bien los ordenadores. Los párrafos no estaban bien alineados, el «Estimado señor Slade» estaba escrito a mano y la firmaba Benjamin Evans. No lo conocía. Miró la referencia: sección de Grandes Maestros.

Pensó que se trataría de una queja de algún empleado. Empezó a leer. El tercer párrafo llamó su atención.

«No creo que sea un detalle cortado de un retablo, debido a la forma de la ausencia en los bordes de la tabla de toda señal de sierra. Pero podría ser una pintura religiosa, quizá encargada por un rico comerciante para su casa. Pese a la capa de mugre de varios siglos y las manchas, parece guardar cierta similitud con obras conocidas de...»

Al ver el nombre Peregrine Slade se atragantó y derramó un poco de Earl Grey en su corbata de Sulka.

«Creo que, por pura precaución merecería la pena, a pesar de los costes, hacer que limpien la pintura y la restauren y, si las similitudes son entonces más visibles, pedirle al profesor Colenso que la estudie en vistas a una posible autenticación.»

Slade relevó la carta tres veces.

En el edificio de Darcy la luz de su despacho era la única encendida. Reflexionó sobre que convenía hacer. Con su ordenador accedió al archivo de vendedores para ver quién había dejado la obra en depósito. T. Gore. Un hombre que no tenía teléfono ni fax, ni dirección de correo electrónico. Vivía en un apartamento de un barrio pobre. Por lo tanto, debía de ser una persona menesterosa y sin duda ignorante. Pero tenía que contar con Benjamin Evans, claro. Hummmm. La carta terminaba, bajo la firma, con las palabras: «con copia a Sebastian Mortlake».

Peregrine Slade se levanto.

Al cabo de diez minutos, había vuelto de la sección de Grandes Maestros con el paquete envuelto en tela de yute y el duplicado de la carta, que podría quemar después. Aquello era sin duda un asunto para él, que no en vano era el vicepresidente. Y justo en ese momento sonó su móvil.

—¿Perry?

Reconoció la voz al instante. Era una voz afectada y gutural. Se le reseco la boca.

—Sí.

—Sabes quién soy, ¿verdad?

—Sí, Marina.

—¿Cómo has dicho?

—Perdone, la señorita Marina.

—Eso está mejor, Perry. No me gusta que me apeen del tratamiento. Eso te costará caro.

—Perdóneme, por favor, señorita Marina.

—Ya hace más de una semana que no vienes a verme.

—Es que en Navidades vamos de cabeza.

—Y durante esos días has sido un niño muy malo, ¿verdad, Perry?

—Sí, señorita Marina.

Tenía la sensación de que el estómago le chorreaba sudor, igual que la palma de sus manos.

—Pues eso habrá que enmendarlo, ¿no crees, Perry?

—Como usted diga, señorita Marina.

—Claro que lo digo, Perry. Te quiero aquí a las siete. Como... un clavo. Ya sabes cómo me pongo cuando me f...allan.

Se cortó la comunicación. A Peregrine Slade le temblaban las manos. Siempre conseguía aterrorizarlo, incluso por teléfono. Pero de eso se trataba precisamente, y de lo que venía después en el aula.

Enero

—Mi querido Perry, estoy impresionado e intrigado. ¿A qué se debe un almuerzo tan opíparo, y tan a principios de año? Pero no me quejo, no.

Estaban en el club de Peregrine Slade, en una de las calles que cruzan St. James Street. Era 4 de enero y el país se reincorporaba cansinamente al trabajo. Slade era el anfitrión y Reggie Fanshawe, propietario de la galería Fanshawe de Pont Street, miraba con aprobación la *beychevelle* que Slade había pedido.

Slade sonrió, meneó la cabeza e indicó que había otros comensales demasiado cerca para hablar realmente en privado. Fanshawe captó el mensaje.

—Pues ahora aun estoy más intrigado. ¿Tendré que aguardar muriéndome de impaciencia hasta el café?

Tomaron el café a solas en la biblioteca de la planta superior. Slade explicó sucintamente que, hacía seis semanas, un completo desconocido apareció en Darcy con un óleo mugriento que pensaba que podía tener cierto valor. Por pura casualidad, y debido al exceso de trabajo en la sección de Grandes Maestros de Darcy, sólo había visto el óleo una persona, un tasador muy joven pero muy inteligente.

Slade le pasó el informe de Evans al dueño de la galería. Fanshawe lo leyó, dejó su copa de oporto reserva especial encima de la mesa y lo miró.

—¡Dios mío! —exclamó. Y, por si el Todopoderoso no había captado la exclamación, volvió a repetirla—. ¡Dios mío! Está claro que debe usted seguir su consejo.

—No forzosamente —dijo Slade y, con cautela, le explicó lo que tenía en mente.

A Fanshawe se le enfrió el café y su oporto seguía intacto.

—Por lo visto, existe un duplicado de la carta. ¿Qué dirá Sebastian Mortlake?

—La quemé. Sebastian se había marchado al campo el día anterior.

—Pero habrá quedado archivada en el ordenador.

—Ya no está. Ayer llamé a un programador que la borró del archivo.

—¿Y dónde está ahora el cuadro?

—A buen recaudo, en mi despacho. Bajo llave.

—¿Cuándo celebran exactamente su subasta de Grandes Maestros?

—El día 2.

—Pero ese joven... lo notará. Protestará ante Sebastian Mortlake, que podría creerlo.

—Si está en el norte de Escocia, no. Tengo allí un amigo a quien puedo llamar.

—Pero si la pintura no ha sido rechazada ni devuelta a su propietario, tendrá que haber un informe y una valoración.

—Y la hay.

Slade sacó otro papel del bolsillo y se lo tendió a Fanshawe. El dueño de la galería levó el anodino texto, relativo a una obra, probablemente del primer período florentino, de pintor desconocido, título y procedencia igualmente desconocidos. Valorado entre 6.000 y 8.000 libras.

Fanshawe se recostó en el sillón y alzó su copa de oporto a modo de brindis.

—Los coscorriones que te di en el colegio han hecho su efecto, Perry. Vas tan derecho como una serpiente de cascabel. De acuerdo, cuenta con ello.

Dos días después Trumpington Gore recibió la carta. Era una carta con membrete de House of Darcy, sin firma pero con un sello de la sección Grandes Maestros. Le pedía que firmase un impreso adjunto, autorizando a los subastadores a proceder a la venta de su pintura que valoraban entre 6.000 y 8.000 libras. También le incluían un sobre ya franqueado para la respuesta. Aunque él lo ignorase, la dirección del sobre haría que la carta llegase a la mesa de Peregrine Slade sin que la abriese nadie más.

Trumpy estaba exultante. Aunque sólo fuesen 6.000 libras podría ir tirando otros seis meses, durante los cuales estaba seguro de que volvería a encontrar trabajo para intervenir en alguna película. El verano era una buena época para los rodajes en exteriores. De modo que firmó la autorización y la envió.

El día 20 Peregrine Slade telefoneó al jefe de la sección Grandes Maestros.

—Estoy en un apuro, Sebastian, y me pregunto si podría hacerme un favor.

—Por supuesto, cuente con ello, Perry. ¿De qué se trata?

—Un viejo amigo que tiene una casa en Escocia. Es un poco despistado y olvidó la fecha de vencimiento de la póliza que asegura sus pinturas. El reaseguro vence a finales de

este mes. Y los muy cerdos de su compañía se han puesto en plan duro. No se la renovarían sin una tasación actualizada.

La valoración para asegurar colecciones de obras de arte importantes, y no tan importantes, era un servicio que prestaban casi siempre las grandes casas de arte de Londres. Que cobraban lo suyo, desde luego. Pero, por lo general, recibían el encargo con mucha más antelación.

Es un problemón, Perry. Tenemos lo gordo dentro de cuatro días estamos desbordados. ¿No puede esperar?

La verdad es que no. ¿aquel chico joven que contrató hace un par de años?

¿Benny? ¿Qué pasa con él?

—¿Cree que está preparado para hacerlo? No es una colección muy grande. Casi todos son retratos del período jacobita. Podría basarse en nuestra última valoración, aumentarla un poco y listo. Es sólo para la compañía de seguros.

—Ah, pues muy bien.

El día 22 Benny Evans salía en un tren nocturno hacia Caithness en la costa del norte de Escocia. Estaría fuera una semana.

La mañana del día de la subasta, que dirigiría el propio Slade, Peregrine le mencionó a Mortlake que subastarían también un cuadro fuera de catálogo, debido a una reconsideración de última hora. Mortlake se quedó perplejo.

—¿De qué obra se trata?

—De un mamarracho que podría ser florentino; una de esas pinturas que Benny Evans se encargó de examinar a última hora el día que usted se marchó de vacaciones.

—No me ha dicho una palabra. Creía que todas las que dejé por examinar habían sido devueltas a sus propietarios.

—Ha sido culpa mía. Se me pasó. Quizá también se le pasase a él. Yo estaba atando los últimos cabos justo antes de Navidad. Lo vi en el pasillo. Le pregunté qué estaba haciendo y me dijo que usted le había pedido que echara un vistazo a cuarenta y tantas obras candidatas a la devolución.

—Sí, así es recordó Mortlake.

—Pero había una que le parecía que tal vez tuviese cierto interés. Decidí examinarla yo, me distraje, la dejé en mi despacho y la olvidé por completo.

Slade le mostró a Mortlake la modesta valoración que supuestamente había hecho Benny Evans y que llevaba su firma. Dejó que el jefe de la sección de Grandes Maestros la leyese y se la volvió a quedar.

—Pero ¿tenemos la autorización?

—Sí, claro. Llame al propietario ayer al ver que el condenado cuadro aún estaba en mi despacho. Se llevó una gran alegría. Me envió la autorización por fax anoche.

Sebastian Mortlake tenía muchas otras cosas en qué pensar aquella mañana. No podía perder el tiempo por un mamarracho de autor desconocido y una valoración tan exigua. La estrella de aquella subasta era un Veronés, y además subastarían un Di Rodolfo y un Sano di Pietro. De modo que asintió sin el menor entusiasmo y se apresuró a ir a la sala de subastas para supervisar los preparativos.

A las diez de la mañana Peregrine Slade subió al estrado, empuñó la maza y empezó la subasta.

Le encantaba dirigir las subastas importantes. La posición elevada, el mando, el control, los guiños obsequiosos a los tratantes, a quienes pujaban y a los compañeros del mundillo del arte de Londres; reconocer, aunque sin exteriorizarlo, a los agentes que sabía que estarían allí en representación de potentados a quienes jamás se les ocurriría aparecer personalmente.

Fue un buen día. Los precios era altos. El Veronés se adjudicó a una de las galerías americanas mas importantes por mas del doble del precio de salida. El Di Rodolfo provocó más de un ahogado suspiro al adjudicarse por cuatro veces el precio mínimo.

Cuando faltaban unos veinte minutos para que se cerrase la subasta, Slade vio a Reggie Fanshawe ocupar un asiento en el fondo pero, de acuerdo a lo convenido, muy hacia un lado de la sala. Una vez adjudicado el lote incluido en catálogo, Slade hizo su anuncio de última hora, con la sala ya prácticamente vacía.

—Queda una obra que no está en catálogo. Nos llegó cuando el catalogo ya estaba impreso.

Un mozo avanzó con paso solemne y colocó en el caballete una pintura borrosa con un marco dorado, desconchado. Varios de los presentes estiraron el cuello para tratar de ver qué representaban las figuras bajo la mugre que cubría la pintura.

—Es un tanto misterioso. Probablemente de la escuela florentina, una tabla al temple, parece una pintura religiosa. Autor desconocido. ¿He oído mil libras?

Se hizo un silencio. Fanshawe se encogió de hombros asintió.

—Dan mil libras. ¿Ofrece alguien más?

Sus ojos recorrieron la sala y al fondo, al otro lado de donde estaba Fanshawe, encontró la señal. Solo la vio él, porque no existía, pero como un parpadeo puede equivaler a asentimiento, a nadie le sorprendió.

—Dan mil quinientas, señor, allí a su izquierda.

Fanshawe volvió a asentir.

Dos mil libras. ¿Alguien da más? Sí, dos mil quinientas... tres mil...

Fanshawe pujo contra su inexistente rival hasta conseguir adjudicarse la obra por seis mil libras. Como propietario de una galería conocida tenía buen crédito y se llevó la pintura con él. Tres días después, mucho antes de lo habitual, el señor Trumpington Gore recibió un cheque de poco más de 5.000 libras, o sea, el precio de adjudicación menos la comisión e impuestos. Sonrió encantado. A finales de mes Benny Evans regresó a Londres, muy aliviado por haber quedado libre de la desoladora austeridad de un gélido castillo de Caithness en enero. No dijo una palabra de la mugrienta pintura a Sebastian Mortlake. Dedujo de su silencio que su jefe no había estado de acuerdo con él y le daba la callada por respuesta.

Abril

A primeros de abril una conmoción sacudió al mundo del arte. El escaparate de la galería Fanshawe estaba forrado de terciopelo negro. Detrás del cristal, sobre un pequeño caballete, iluminada con primorosa destreza por dos focos potentes, y vigilado día y noche por dos altos y fornidos guardias de seguridad, había una pequeña pintura. Ya no llevaba el marco dorado y desconchado.

La pintura, al temple sobre tabla de chopo, estaba prácticamente tal como debió de dejarla el pintor al terminarla. Los colores eran tan visos como cuando se aplicaron por primera vez quinientos años atrás.

La Virgen María, sentada, mirando hacia arriba, como en trance, mientras el arcángel Gabriel le anunciaba que concebiría al hijo de Dios. Diez días antes había sido autenticada sin vacilación por el catedrático Guido Colenso, que era, con mucho, la mayor autoridad mundial sobre la escuela de Siena, y nadie se habría atrevido a desautorizar sus opiniones.

La breve referencia bajo la pintura decía simplemente: Sassetta 14401450. Stefano di Giovanni di Consolo, conocido como Sassetta, fue uno de los primeros grandes maestros del primer Renacimiento italiano. Fundó la escuela de Siena e influyó en dos generaciones de maestros sieneses y florentinos.

Aunque se conservan pocas obras de él, básicamente tablas que forman parte de grandes retablos, su cotización es astronómica. De una sola tacada, la galería Lanshawe alcanzó renombre mundial por haber descubierto la primera obra independiente pintada por el gran maestro, una Anunciación.

Diez días antes, Reggie Fanshawe había firmado un contrato privado de venta de la obra por más de dos millones de libras.

El intercambio se hizo con toda discreción en Lúrich, t la posición financiera de comprador y vendedor cambió de manera sustancial.

El mundo del arte se quedó asombrado ante el descubrimiento. Y también Benny Evans, que volvió a repasar detenidamente el catálogo para la subasta del 24 de enero y no vio que la obra apareciese por ninguna parte. Preguntó qué había ocurrido y le contaron que se había incluido en el último momento.

En Darcy, el ambiente estaba tan enrarecido para él que resultaba irrespirable. Tuvo que afrontar muchas miradas acusadoras. Y estas cosas corren como reguero de pólvora.

—Tenía que habérmelo pasado a mí —le dijo entre dientes el humillado Sebastian Mortlake. ¿Qué carta? No recibí ninguna carta. ¡No me venga con ésas! He visto su informe y la valoración que le entregó al vicepresidente.

—Pues entonces también habrá visto que aconsejaba que se consultase con el profesor Colenso.

—¿Colenso? ¡No me hable de Colenso! Fue ese mierda de Fanshawe quien tuvo la idea de consultar con Colenso. Mire, jovencito, se le pasó por alto. Y estaba bien claro. Fanshawe lo vio y usted no.

En la planta de arriba tenía lugar una reunión de emergencia de la junta. El agrio duque de Gateshead estaba sentado en su sillón pero Peregrine Slade ocupaba el banquillo de los acusados. Otros ocho miembros de la junta de dirección estaban sentados alrededor de la mesa, mirándose los dedos. A ninguno le cabía la menor duda de que House of Darcy no sólo había perdido un cuarto de millón de libras por la comisión, sino que habían tenido en sus manos un verdadero Sassetta y se lo habían dejado arrebatar por 6.000 libras.

—Yo dirijo esta nave, y la responsabilidad es mía—dijo Peregrine Slade en tono reposado.

Me parece que eso ya lo sabemos, Perry. Antes de llegar a ninguna conclusión, ¿sería tan amable de explicar cómo ha podido ocurrir una cosa así.

Slade respiró hondo. Sabía que se jugaba el cargo, y la profesión. Necesitaba un chivo expiatorio. Pero no tenía la menor intención de ser él. Aunque también era consciente de que, una actitud airada o lacrimógena, tendría un efecto contraproducente y catastrófico.

—Estoy seguro de que todos saben que ofrecemos al público un servicio de tasación gratuito. Siempre lo hemos prestado. Es una tradición de Darcy. A algunos les gusta y a otros no. Pero, al margen de lo que pensemos cada uno, es un servicio que consume muchísimo tiempo. De vez en cuando alguien nos trae un verdadero tesoro, identificado, autenticado y vendido por una suma importante, y con una sustancial comisión para nosotros. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, lo que nos traen no vale nada. El enorme trabajo que esto representa, sobre todo en una época tan sobrecargada como las vísperas de Navidad, significa que lo que a primera vista son obras sin interés las valoran los tasadores más jóvenes, faltos de la experiencia de más de treinta años que tienen otros. Y eso es lo que ha ocurrido aquí. La pintura en cuestión nos la trajo un perfecto desconocido. No tenía ni idea de lo que era, pues de lo contrario no la hubiese traído. Además, se hallaba en un estado lamentable, tan sucia que la pintura que había debajo apenas se veía. Y eso tuvo que examinarlo un tasador joven. Aquí esta su informe.

Slade pasó copias del informe, que incluía una valoración de entre 6.000 y 8.000 libras, que él mismo amañó con el ordenador la noche que estuvo solo en la oficina. Los nueve miembros de la junta de dirección lo leyeron cariacontecidos.

—Como verán, el señor Benny Evans creyó que podría ser florentino, de hacia 1550, de autor desconocido y de modesto color. Pero se equivocó. Era de Siena, de hacia 1450 y obra de un gran maestro. Bajo toda aquella mugre, sencillamente no lo vio. Dicho esto, su examen de la obra fue bastante superficial, incluso negligente. Sin embargo, soy yo quien pongo mi cargo a disposición de esta junta.

Dos miraron al techo pero seis menearon la cabeza.

—No le aceptamos la dimisión, señor Perry. En cuanto al negligente joven, quizá debamos dejar la decisión en sus manos.

Por la tarde, Peregrine Slade llamó a Benny Evans a su despacho. No le ofreció asiento y le dirigió una mirada desdeñosa.

No necesito explicarle la naturaleza ni el alcance del desastre que se ha abatido sobre House of Darcy. Los periódicos se han despachado a gusto con nosotros.

Pero... no lo entiendo protestó Benny Eyans. Usted debió recibir mi informe. Se lo pasé por debajo de la puerta. les ponía mi sospecha de que pudiera tratarse de Sassetta, que había que limpiarlo y restaurarlo, que había que consultar con el profesor Colenso. Se lo exponía todo en el informe.

Slade le paso con frialdad una hoja de papel con membrete de Darcy. Evans lo leyó desconcertado.

—Pero esto no es mío. Esto no es lo que yo escribí. Slade enrojeció de ira.

—Evans, su negligencia ya es bastante grave. Pero no tolero la mendacidad. Una persona que me miente de un modo tan patético no tiene sitio en esta empresa. Vaya a ver a la señorita Bates. Ella le arreglara el finiquito. Le doy una hora para recoger sus cosas y marcharse. Eso es todo.

Benny recurrió a Sebastian Mortlake. Su amable jefe lo escuchó durante unos momentos y luego lo condujo a la mesa de la señorita Deirdre.

—Por favor, vaya al archivo de informes Valoraciones del 22 y 23 de diciembrele ordeno a la secretaria. El ordenador, obedientemente, regurgitó una serie de informes. Uno llevaba la referencia D 1601. Era el que Benny Evans acababa de ver en el despacho de Slade.

Los ordenadores no mienten —dijo Mortlake. De modo que... ya sabe dónde esta la puerta, muchacho.

Benny Eyans podía no tener estudios universitarios y no sabía mucho de ordenadores, pero no era imbécil. En cuanto puso el pie en la calle, comprendió lo que habían hecho y como. Sabía que todo estaba en su contra y que nunca volvería a trabajar en el mundo del arte.

Pero tenía una amiga.

Suzie Day era una cockney y no era lo que se entiende por una belleza, y con su peinado estilo punky y las uñas pintadas de verde, mas de uno no se habría molestado en mirarla. Pero a Benny le gustaba y él a ella. Suzie lo escuchó durante la hora que él tardó en explicarle lo ocurrido.

Lo que Suzie Day sabía de pintura cabía en un sello de correos, pero tenía otro talento, totalmente opuesto al de Benny. Era una chica de la generación de los ordenadores. Si uno echa al agua un patito recién nacido, nada. Suzie había puesto el dedo índice en el ciberespacio con juegos de ordenador en el colegio, la informática era su entorno natural. Tenía veintidós años y podía hacer con un ordenador lo que Yehudi Menuhin hacia con un Stradivarius.

Trabajaba en una pequeña empresa dirigida por un ex pirata informático, arrepentido y reformado. Programaban sistemas de seguridad para proteger a los ordenadores de toda irrupción ilegal. De la misma manera que el mejor modo de abrir una cerradura sin llave es llamar al cerrajero, el mejor modo de irrumpir en un ordenador es recurrir a un programador que diseña sus defensas. Y Suzie Day era la que diseñaba tales defensas.

¿Qué quieres hacer entonces, Benny? —le pregunto ella cuando él hubo terminado.

Aunque Benny se hubiese criado en un barrio pobre de Bootle su bisabuelo fue uno de los Bootle Lads que acudió a la movilización de 1914. Los Bootle Lads terminaron en los fusileros de Lancashire y, en Flandes, lucharon como tigres y murieron como héroes. De los doscientos que fueron sólo regresaron el bisabuelo de Benny y otros seis. Y los genes son los genes, y se resisten a morir.

—Quiero hundir a ese cabrón de Slade—dijo Benny.

Y aquella misma noche, mientras estaban en la cama, Suzie tuvo una idea.

—En estos momentos debe de haber una persona tan furiosa como tú.

¿Quién?

—Pues el dueño del cuadro.

Benny se incorporo en la cama.

¡Es verdad, nena! ¡Como que le han estafado dos millones de libras! ¡Y puede que ni siquiera se ha enterado!

¿Quién es?

Benny trató de recordarlo.

—Sólo ojee el recibo del depósito. Pero se llama... Gore. T. Gore.

¿Sabes su número de teléfono?

—No figuraba.

¿Y la dirección tampoco?

No la memoricé.

Dónde esta archivada?

Pues en la base de datos. En los archivos de listas de vendedores o de almacén.

—¿Puedes acceder? ¿Tienes contraseña?

No.

¿quien la tiene?

—Cualquiera de los jefes.

—¿Mortlake?

—Por supuesto, Sebastian tienen acceso a cualquier información.

Pues... mueve el culo, Benny, amorcito. Vamos a trabajar.

Suzie tardo diez minutos en entrar en la base de datos de Darcy. Introdujo su pregunta. La base de datos le pidió una identificación.

Suzie tenía una lista junto a ella. ¿Cómo se identificaba exactamente Sebastian Mortlake? ¿Utilizaba sólo la S, SEB o Sebastian? ¿En mayúsculas, minúsculas o una mezcla de alabas ¿Utilizaba un punto o un guión entre el primer y segundo nombres, o nada de nada?

Cada vez que Suzie probaba con una variación el ordenador le decía que la contraseña no era valida, ella rezaba por que no hubiese un límite de errores a partir del que la base de datos no quisiera seguir dialogando con ella, aparte de que se podía disparar una alarma que interrumpiese la comunicación. Por fortuna, el experto que programó el equipo de Darcy supuso que, la mayoría de los monstruos del mundo del arte, eran tan ignorantes en cuestión de ordenadores que podían olvidar sus propias contraseñas. De modo que la conexión no se cerro. No tenía limite de errores.

Y tras catorce intentos fallidos, Suzie dio con la identificación. El jefe de la sección de Grandes Maestros utilizaba la identificacion seb–mort, todo en minúsculas, con el nombre de pila abreviado, un guión y la primera sílaba del apellido. La base de datos de Darcy concluye que seb–mort estaba en línea y le pidió su contraseña.

—La mayoría de las personas utiliza algo cercano o querido —le dijo Suzie. El nombre de la esposa, el de su perro, el del barrio en que viven, o de un personaje famoso al que admiren.

Sebastian es soltero, vive solo y no tiene animales de compañía. Para él no existe más que el mundo de las artes plásticas.

Empezaron por el Renacimiento italiano, siguieron con las escuelas holandesa y flamenca y luego con los maestros españoles. Y, a las cuatro y diez de una mañana de primavera, Suzie dio con ello. Mortlake era sebmort y Goya. La base de datos le preguntó qué quería. Y ella le preguntó quién era el propietario de la pintura almacenada con la referencia D 1601.

El ordenador de Darcy repasó su memoria y se lo dijo: T. Gore, 32 Cheshunt Gardens, White City, W.12.

Ella borró todo rastro de su incursión y cerró la conexión. Luego optaron por concederse tres horas de sueño.

El domicilio del propietario del Sassetta estaba a menos de dos kilómetros de allí. Fueron en la moto de Benny, a través de las adormiladas calles de la ciudad. La dirección resultó corresponder a un bloque de apartamentos de aspecto lastimoso. T. Gore vivía en el sótano. Salió a abrir con su viejo albornoz español.

—¿El señor Gore?

—Yo mismo.

—Me llamo Benny Evans. Y la señorita es mi amiga Suzie Day. Soy..., era empleado de House of Darcy. ¿Es usted quien en noviembre ofreció una pequeña pintura con un marco dorado y desconchado para vender?

Trumpington Gore puso cara de preocupación.

—En efecto. Espero que no haya ocurrido nada anómalo. Se vendió en subasta en enero. Espero que no fuese una falsificación.

—Oh, no, señor Gore. No era una falsificación. Muy al contrario. Verá... aquí hace un frío que pela. ¿Podríamos entrar? Tengo algo que mostrarle.

El hospitalario Trumpy les ofreció té. Desde que le cayeron del cielo más de 5.000 libras va no tenía que utilizar dos veces la misma bolsita de té. Mientras los dos jóvenes tomaban el té leyó la página del Sunday Times que Benny le pasó.

Trumpy se quedó boquiabierto.

—¿Es éste? —preguntó señalando a la ilustración del Sassetta a todo color.

—Efectivamente, señor Gore. Es la vieja pintura pardusca y envuelta en tela de yute, ahora limpiada, restaurada y autenticada como un verdadero y muy raro Sassetta, de la escuela de Siena, hacia 1425.

—Dos millones de libras... —musitó el actor—. ¡Qué desastre! ¡Si llego a saberlo! Si los de la Darcy llegan a saberlo...

112

—Lo sabían —dijo Bennv— O por lo menos lo sospechaban. Yo fui el tasador. Y los advertí. A usted le han estafado y a mí me han echado. Y el culpable ha sido un hombre que hizo un trato privado con esa galería de arte.

Benny empezó por el principio; por explicarle lo del último lote de obras en principio desechables, y un jefe impaciente por marcharse de vacaciones en vísperas de Navidad. Cuando hubo terminado de explicárselo, el actor miró la ilustración de la Anunciación que publicaba el periódico.

—Dos millones de libras —volvió a musitar—. Podía haber vivido cómodamente el resto de mi vida. La ley...

—La ley es obtusa —dijo Suzie—. Los archivos mostrarán que Darcy cometió un error, un error de apreciación y que Fanshawe fue un lince y se llevó el gato al agua. Ocurre. No hay recurso posible ante la ley.

—Dígame —pidió Benny—, ¿en el impreso que usted rellenó, el del recibo del depósito, indicaba su profesión como actor? ¿Lo indicaba? ¿Es usted actor?

—Llevo treinta y cinco años en la profesión. He intervenido en más de un centenar de películas —dijo Trumpy, aunque sin aclarar que en la mayoría su aparición se había reducido a unos segundos.

—Lo digo por si se cree usted capaz de hacerse pasar por otro y que cuele.

Trumpington Gore se irguió en la silla con toda la dignidad que un albornoz viejo y deshilachado podía permitirle.

—Mire usted, puedo hacerme pasar por cualquiera, ante cualquiera, y resultar convincente. Ésa es mi especialidad. Es más: no hago otra cosa.

—Pues verás, tengo una idea —dijo Benny.

Estuvo hablando con él durante veinte minutos y, cuando hubo terminado, el empobrecido actor reflexionó sobre la decisión que debía tomar.

—La venganza es un plato que se come frío —murmuró—. Y ya está templadita. Slade no pensará ya en nosotros. Creo, joven Benny, si me permite que lo llame así, que acaba usted de conseguir un socio.

Le tendió la mano, Benny se la estrechó y Suzie puso las suyas sobre las de ambos.

—Uno para todos y todos para uno.

—Así me gusta —dijo Benny.

—D'Artagnan —dijo Trumpy.

—Nunca se me han dado muy bien los impresionistas franceses —bromeó Benny meneando la cabeza.

El resto de abril fue muy ajetreado. A costa de sus maltrechos bolsillos completaron la investigación. Benny necesitaba violar la correspondencia privada de Peregrine Slade, entrar en su archivo informático y acceder a los mensajes del correo electrónico.

Suzie optó por entrar en el ordenador central de Darcy a través de la secretaria particular de Slade, Priscilla Bates. No tardó en averiguar su identidad electrónica. Para la base de datos era PBates. El problema estaba en averiguar su contraseña.

Mayo

Trumpington Gore se convirtió en la sombra de Priscilla Bates. La seguía a todas partes con los más variados disfraces, sin que ella llegase a sospechar nada. Después de averiguar dónde vivía, en el barrio de Cheam, Benny se dedicó a escarbar por las noches en su cubo de basura hasta llenar otro con desperdicios que pudieran aportar alguna pista. No obtuvo gran cosa.

Priscilla Bates llevaba una vida intachable. Era solterona y vivía sola. Su pequeño apartamento estaba limpio como una patena. Iba al trabajo en metro, se apeaba en la estación de Knightsbridge y cubría los quinientos metros que mediaban entre la estación y Darcy. Compraba el Guardian (probaron si la contraseña era «Guardian») y pasaban las vacaciones en Frinton, con su hermana y su cuñado.

Esto lo averiguaron por una vieja carta encontrada en la basura. Pero tampoco Frinton resultó la contraseña. También encontraron seis latas vacías de Whiskas.

—Tiene gato —dijo Suzie—. ¿Cómo se llamará el gato?

Trumpy suspiró. Eso significaba tener que darse otro paseíto hasta Cheam. Fue un sábado, sabiendo que ella estaría en casa y caracterizado de vendedor de productos para animales de compañía. Por suerte, ella se interesó en uno de esos troncos que venden para que arañen los gatos que se aburren y no la emprendan con colchas o sofás.

Trumpy se quedó en la entrada, con falsa dentadura postiza y gafas gruesas. Un gato moteado apareció desde el salón detrás de su ama y le dirigió una mirada desdeñosa a Trumpy, que se deshizo en elogios por lo bonito que era y lo llamó minino.

Ven aquí, Alamein, ven con mamá —lo llamó Priscilla.

Alamein, una batalla librada en el norte de África, en 1942, donde su padre murió cuando ella tenía un año.

Una vez en Landbroke Grove, Suzie volvió a entrar en el ordenador de Darcy para quien Priscilla Bates, secretaria particular y discretísima de Peregrine Slade, era PBates y Alamein. Además, Priscilla tenía acceso a los emails privados de todos los empleados. Haciéndose pasar por ella, Suzie abrió el archivo de correspondencia y más de un centenar de cartas.

Benny tardó una semana en hacer su selección.

—Tiene un amigo en la sección de arte del Observer. Aquí hay tres cartas del mismo hombre, Charlie Dawson. De vez en cuando, Dawson se entera de cosas de Christie's o de Sotheby's y le pasa la información a Slade. Nos servirá.

Utilizando sus habilidades informáticas, Suzie amañó una carta dirigida por Charlie Dawson a Peregrine Slade, para utilizarla en su momento. Entretanto, Benny estudiaba el catálogo para la próxima subasta importante de Darcy: maestros de la escuela flamenca, programada para el 20 de mayo. Al cabo de un rato hizo aparecer en pantalla la ilustración de un pequeño óleo en papel fijado sobre lienzo.

—Ese —dijo Benny.

Suzie y Trumpy lo miraron. Era una naturaleza muerta que representaba un frutero; un cuenco azul y blanco, de porcelana de Delft, lleno de frambuesas junto a varias conchas marinas. Era una extraña composición. El cuenco estaba casi al borde de una mesa vieja y destartada.

—¿Quién puñeta es Coorte? —preguntó Trumpington Gore—. No he oído hablar de él.

—Casi nadie, Trumpy. Es muy menor; de la escuela de Middleburgo, Holanda, de mediados del sigloXVII. Pintó poco. No debe de haber más de sesenta obras suyas en todo el mundo. De modo que es una pieza rara. Siempre pintaba los mismos temas, fresas, frambuesas, espárragos y a veces conchas marinas. Más monótono imposible, pero tiene sus admiradores. Fíjese en el precio estimado.

El catálogo lo valoraba entre 120.000 y 150.000 libras.

—¿Y por qué Coorte? —preguntó Suzie.

—Porque un multimillonario holandés de la industria cervecera está obsesionado con Coorte. Lleva años intentando acaparar todo lo que pinto su compatriota. El no asistirá a la subasta pero sí lo hará su representante con un cheque en blanco.

La mañana del 20 de mayo Darcy bullía de actividad. Peregrine Slade volvería a dirigir la subasta. Ya estaba en la sala cuando Priscilla Bates vio que acababa de llegar un email. Eran las nueve. La subasta empezaba a las diez. Leyó el mensaje que le enviaban a su jefe y, al deducir del texto que podía ser importante, lo imprimió. Y con él en la mano cerró el despacho y fue en busca de su jefe.

Slade estaba en el estrado, ajustando la posición y funcionamiento del micrófono cuando Priscilla lo encontró. Él le dio las gracias y echó un vistazo a la carta. Era de Charlie Dawson y podía serle de muchísima utilidad.

Querido Perry: Anoche, durante una cena, oí de pasada que un tal Martin Getty ha aparecido en la ciudad. Se aloja en casa de unos amigos y confía en seguir de incógnito. Probablemente sepas que es propietario de una de las cuerdas de purasangres más importantes de Kentucky. También posee una colección particular de obras de arte que nunca han sido expuestas al público. Creo que debe de haber venido por esta razón. Un abrazo. Charlie.

Slade se guardó la carta en el bolsillo y fue al vestíbulo, donde estaban las recepcionistas encargadas de tomar los datos y entregar las paletas. Salvo que se tratase de personas archiconocidas por los subastadores, era costumbre que quienes asistiesen con la intención de pujar, rellenasen un impreso y recibiesen la paleta, un rectángulo de madera o plástico, numerado y con mango, que debían alzar cada vez que pujasen.

La paleta se utilizaba para indicar una puja pero, sobre todo, para identificar a quien se adjudicase la obra. Bastaba con que la alzase para que un empleado anotase el número, que remitía al nombre, dirección y cuenta bancaria del adjudicatario.

Eran las nueve y cuarto, todavía temprano. Hasta aquel momento sólo se habían rellenado diez impresos y en ninguno aparecía el nombre de Martin Getty. Pero, el solo hecho de que le acabasen de mencionar el nombre, bastaba para que a Slade se le hiciese la boca agua. Aleccionó brevemente a las tres encantadoras recepcionistas que estaban tras la mesa y volvió a la sala de subastas.

A las diez y cuarto, un hombre bajito y no especialmente bien vestido se acercó a la mesa de recepción.

—¿Tiene intención de pujar, señor? —le preguntó una de las jóvenes alcanzándole un impreso.

—Por supuesto, señorita.

Aquel americano sureño tenía un deje más que dulzón, empalagoso como el arrope.

¿Su nombre, señor?

—Martin Getty.

—¿Dirección?

—¿Aquí o en mi país?

—Su lugar de residencia habitual.

—The Beecham Stud, Louisville, Kentucky.

Una vez completado el formulario, el americano recogió su paleta y se encaminó hacia la sala de subastas. Peregrine Slade estaba a punto de subir al estrado. Al llegar al primer escalón la secretaria le tocó el hombro. Sladeladeó la cabeza y se le iluminó la cara.

—Martin Getty. Uno bajito, de pelo gris, con perilla, un abrigo muy tronado, sin chaqueta y pantalones tostados que le sientan como un tiro. Hecho un pincel va el hombre. —Miró en derredor y añadió—: La tercera fila del fondo, junto al pasillo central, señor Slade.

Peregrine le dirigió una sonrisa radiante a la secretaria y siguió ascendiendo a su Olimpo. Empezó la subasta. El 18, un Klaes Molenaer, se adjudicó por una buena suma y el empleado que estaba junto a él anotó los detalles. Los mozos fueron trayendo las obras maestras, mayores o menores, colocándolas en el caballete y retirándolas una vez adjudicadas. Pero el americano no pujaba.

Se adjudicaron dos Thomas Heeremans y un disputadísimo Cornelis de Heem por el doble de lo estimado. Pero el americano tampoco pujó. Slade conocía a, por lo menos, dos terceras partes de los presentes y había reparado en el joven tratante de Amsterdam Jan de Hooft. ¿A qué habría venido el multimillonario americano? Con un abrigo tronado, ¡por Dios! ¿Creía poder engañar a un lince como él, al ínclito Peregrine Slade? El Adriaen Coorte era el 102. Lo sacaron a subasta a las once y cuarto.

De salida pujaron siete de los presentes. Cinco se retiraron al llegar a las 100.000 libras, Luego el holandés alzó la mano. A Slade se le iluminó la cara. Sabía perfectamente a quien representaba De Hooft: a cientos de millones ganados con su marca de cerveza. Al llegar a las 120.000 se retiró otro de los que pujaban. El que quedaba, un agente de Londres, pujó contra el impasible holandés. Pero De Hooft se lo quitó de en medio. Era quien más dinero podía gastar en aquella obra.

—Ciento cincuenta mil a la una; ciento cincuenta mil a las dos...

El americano alzó su paleta. Slade lo miró. Quería aquel Coorte para su colección de Kentucky. Oh, alegría. Oh, insaciable anhelo. Un Getty contra un Van den Bosch. Miró al holandés.

—Ofrecen ciento sesenta mil, allí, junto al pasillo, señor.

De Hooft no parpadeó. Su lenguaje corporal era casi desdeñoso. Miró a la persona que estaba sentada junto al pasillo asintió. Slade tuvo que dominarse para que no se le notase lo exultante que estaba. Ay, ingenuo holandés, pensó. No tienes ni la menor idea de contra quien estás pujando.

Ciento setenta a la una...

El americano alzó su paleta y asintió con la cabeza. La puja se enconó y siguió subiendo. De Hooft empezó a inquietarse. Frunció el ceño, visiblemente tenso. No podía olvidar las órdenes de su jefe: «Cómprelo.» Pero, por supuesto, todo tenía un límite. Al llegar al medio millón de libras sacó un móvil del bolsillo, marcó doce números y habló brevemente en voz baja en holandés. Slade aguardó pacientemente. No tenía por qué hurgar en la herida ajena. De Hooft asintió con la cabeza.

Al llegar a las ochocientas mil libras la sala de subastas parecía una iglesia. Slade iba aceptando pujas de veinte mil en veinte mil libras. De Hooft era un hombre de tez pálida pero ahora estaba blanco como la cera. De vez en vez musitaba algo a su móvil y seguía pujando. Al llegar al millón de libras prevaleció al fin la sensatez en Amsterdam. El americano alzó la cabeza y asintió lentamente. El holandés meneó la suya.

—Adjudicado en un millón cien mil libras; paleta número veintiocho —dijo Slade.

Todos los presentes parecieron resoplar al unísono para disipar la tensión. De Hooft desconectó el móvil, fulminó con la mirada al americano y salió airadamente de la sala.

Pieza 103—dijo Slade con una imperturbabilidad que no sentía . Paisaje de Anthonie Palamedes.

El americano, con todas las miradas fijadas en él, se levanto y salió. Una de las jóvenes bellezas de recepción lo acompañó.

Lo felicito, señor, lo ha conseguido dijo en tono cantarín.

—¡Menuda mañanita!dijo el hombre de Kentucky con su deje dulzón—. ¿Podría decirme dónde esta el aseo?

—Ah, sí, claro. Al fondo, la segunda puerta a la derecha.

La joven lo vio entrar, portando todavía la bolsa de viaje que había llevado toda la mañana, y siguió en su sitio tras la mesa. Cuando saliese, lo acompañaría al departamento de contabilidad para los prosaicos trámites.

Dentro de los lavabos de caballeros, Trumpington Gore sacó el maletín de la bolsa de viaje y los zapatos de Oxford de tacón alto. Al cabo de cinco minutos, su perilla y su peluca gris habían desaparecido, igual que el terno tostado y el abrigo tronado. Lo metió todo en la bolsa de viaje, que lanzó por la ventana al patio de abajo.

Benny la recogió y se alejó con ella.

Al cabo de dos minutos, un genuino magnate londinense salió de los lavabos. Llevaba el pelo estirado hacia atrás y gafas con montura de oro. Había crecido cinco centímetros y llevaba un precioso terno alquilado de magnífico corte, una camisa de Thomas Pink y una corbata de Brigade of Guards. Al pasar frente a la joven recepcionista no pudo resistir la tentación.

—Eso sí que ha sido una puja, ¿verdad? Y ya ve, se la ha llevado el americano.

Asintió con la cabeza hacia la salida y siguió adelante. La joven seguía pendiente de la puerta del lavabo de caballeros.

La marimorena tardó una semana en organizarse pero, cuando lo hizo, Darcy tembló por entero.

Reiteradas indagaciones revelaron que, pese a haber muchos Getty de la misma dinastía, no había ningún Martin y que ninguno de ellos tenía un rancho de crianza de purasangres en Kentucky. En cuanto corrió la voz, Darcy, en general, y Peregrine Slade en particular, se convirtieron en el hazmerreír de Londres.

El desdichado vicepresidente intentó convencer al perdedor de la subasta, Jan de Hooft, que representaba al viejo Van den Bosch, de que aceptase pagar el millón que llegó a ofrecer. Pero ni hablar.

—Hubiese podido adquirirlo por ciento cincuenta mil libras de no ser por su impostor —le dijo el tratante holandés por teléfono—. De modo que ciento cincuenta mil o nada.

—Hablaré con el vendedor —dijo Slade.

El vendedor era el representante de los herederos de un recientemente fallecido noble alemán, ex oficial de las SS nazis en Holanda durante la guerra. Esa lamentable coincidencia había proyectado siempre una sombra sobre cómo había adquirido su colección de pintura holandesa, pero el viejo Graf aseguraba haber adquirido, antes de la guerra, las obras de maestros holandeses que tenía, y había falsificado hábilmente facturas para demostrarlo (el mundo del arte podrá ser de todo, pero es flexible).

Sin embargo, los herederos estaban representados por un bufete de abogados de Stuttgart y con ese bufete tuvo que vérselas Peregrine Slade. Un abogado alemán furioso es

de temer. Pero Bernd Schlieman, que era el director del bufete y que pasaba del metro noventa, lo era aunque estuviese contento. La mañana que se enteró de lo ocurrido con el cuadro de su cliente en Londres, y de la oferta de 150.000 libras, se puso como una fiera.

—Nein —bramó por teléfono al oír al compañero que frie a negociar—. Nein. Völlig ausgeschlossen. ¡Lléveselo!

Peregrine Slade no era del todo imbécil. El hecho de que, como comprobó un empleado, no hubiese nadie en los lavabos de los que salió el inglés pero no el americano, despertó sus sospechas.

La joven recepcionista le dio una buena descripción del único hombre que vio salir de los aseos; o mejor dicho, le dio dos descripciones, la de quien entró y la de quien salió, ambas totalmente distintas.

Charlie Dawson se quedó de piedra cuando le comentó «su» intervención en el asunto. El no había enviado ninguna carta ni había oído hablar jamás de Martin Getty. Le mostraron su e-mail. Según el remite procedía de su ordenador, pero el programador del equipo informático de Darcy reconoció que, cualquiera de los piratas informáticos que pululaban por el ciberespacio podía falsificar un remite. Y entonces fue cuando Slade estuvo seguro de que se la habían jugado. Pero ¿quién y por qué?

Acababa de dar instrucciones para que todo el equipo informático de Darcy fuese convertido en una fortaleza inexpugnable cuando recibió una seca llamada del duque de Gateshead para que se presentase en su despacho.

El duque no hacía tantos aspavientos como herr Schlieman pero estaba tan furioso como él. Peregrine Slade respondió a la orden de que entrase. El presidente estaba de espaldas, mirando por la ventana a los tejados de Harrods.

—No estoy muy contento, mi querido Perry —le dijo el duque—. Nada contento. En la vida hay cosas muy poco agradables; que se rían de uno, por ejemplo.

Se dio la vuelta y apoyó los dedos extendidos en su mesa de caoba de estilo georgiano. Se inclinó ligeramente a la vez que fulminaba a su vicepresidente con la mirada.

—Va uno al club y se mofan de uno. Y en su cara, ¿entiende, lumbrerita?

Aquella expresión, que según el tono podía resultar afectuosa, fue en aquellos momentos como una puñalada.

—Y lo atribuye usted a incompetencia —dijo Slade. —¿A qué debo atribuirlo sino?

—Fue un sabotaje —repuso Slade a la vez que le tendía cinco hojas.

Tras un instante de desconcierto, el duque sacó sus gafas del bolsillo exterior de la chaqueta y las leyó rápidamente.

La primera era la carta falsificada, supuestamente enviada por Charlie Dawson; la segunda era una declaración jurada del propio Dawson de que no la había enviado, y la tercera era una declaración de uno de los más solventes informáticos asegurando que un pirata del ciberespacio podía haber creado la carta e introducirla en el correo electrónico de Slade; la cuarta y quinta hojas eran de dos de las recepcionistas que estuvieron en la sala de subastas aquel día; una detallaba cómo se presentó el supuesto americano, y la otra describía cómo se esfumó.

—¿Tiene usted idea de quién pueda ser ese canalla? —preguntó el duque.

—Todavía no, pero me propongo averiguarlo.

—Ah, pues averígüelo. Y sin demora. Y cuando lo haya averiguado asegúrese de que pase una buena temporada entre rejas. Y, si no, ocúpese de que se le hable de tal manera que no vuelva a acercarse por aquí ni en broma. Entretanto, intentaré una vez más calmar a los miembros de la junta.

Slade estaba ya a punto de marcharse cuando el duque lo retuvo unos momentos.

—Después de lo ocurrido con el Sassetta, y ahora esto, necesitaremos algo realmente espectacular para recuperar nuestra buena imagen. Tenga los ojos y los oídos bien abiertos para no perder una nueva oportunidad. De lo contrario, y si tampoco se aclara lo de esta

impostura, la junta puede verse obligada a pensar en una pequeña... reestructuración. Eso es todo, mi querido Perry.

Cuando Slade hubo salido del despacho el tic nervioso de su ojo izquierdo, que siempre se le disparaba cuando estaba sometido a un fuerte estrés o se emocionaba demasiado, parpadeaba como la luz de una alarma.

Junio

Slade no estaba tan desorientado sobre el origen del problema como había fingido. Alguien había causado un enorme daño a Darcy. ¿Cuál podía ser el motivo? ¿El lucro? No, porque no había habido ocasión de lucrarse; simplemente el Coorte iría ahora a otro subastador. ¿Podía haber hecho algo así la competencia? No.

Y si el motivo no era el lucro, tenía que ser la venganza. ¿Quién podía estar tan furioso con él, y saber lo bastante para adivinar que un representante de Van den Bosch estaría presente en la sala, con poderes para extender un cheque por una cifra astronómica, ridícula, para conseguir el Coorte?

Ya había pensado en Benny Evans, que furioso tenía que estarlo mucho, y saber sabía un rato. Desde luego, el «Martin Getty» a quien vio no era Benny Evans, pero estaba bien aleccionado. Había permanecido sentado en silencio hasta que aquella singular pintura salió a subasta. De modo que tenía que haber contado con un cómplice; un tipo a sueldo u... ¿otra persona que también tuviese alguna razón para vengarse?

El 2 de junio estaba sentado en un bufete de una de las cuatro sociedades de abogados de Londres (las tradicionales Inns of Court), ante uno de los más eminentes letrados de Inglaterra. Sir Sidney Avery dejó a un lado el informe y se pellizcó el puente de la nariz.

—Lo que usted me pregunta es si el tal individuo cometió un delito.

—Exactamente.

—¿Por haberse disfrazado como una persona que no existe?

—Sí, eso es lo que hizo.

—Pues me temo que eso no esté castigado por la ley, salvo que se haga con ánimo de lucro fraudulento.

—La impostura estaba apoyada por una carta de presentación falsa.

—Más exactamente por una información que no proporcionó él, aunque admitamos que falsa.

En su fuero interno, Sidney pensaba que aquello era para partirse de risa. Era una de esas anécdotas con las que disfrutaban los abogados en las cenas. Pero puso la misma cara que si lo consultasen sobre un asesinato en masa.

—¿Dijo el impostor en algún momento que fuese miembro de la famosa familia del multimillonario Getty?

—No exactamente.

—Pero usted dedujo que lo era.

—Sí.

—¿Trató él de llevarse esa pintura holandesa o cualquier otra?

—No.

—¿Tiene usted idea de quién pudo ser el impostor?

—No.

—¿Cree que pudo haber sido un ex empleado que creyese tener algún motivo para hacerle eso?

—Sólo uno, pero no estuvo en la sala.

—¿Despidió usted a ese empleado?

—Sí.

—¿Por qué razón?

Como es natural, Slade no iba a contarle lo ocurrido con el Sassetta.

—Por incompetente.

—¿Era un experto en informática?

—No. Apenas sabía utilizar un ordenador. Aunque era una enciclopedia viviente sobre pintura clásica.

Sir Sidney suspiró.

—No quisiera desanimarlo, pero dudo que nuestros beneméritos policías quieran saber nada de este asunto. Ni la fiscalía. Porque no cabe aportar pruebas. Todo impostor que se precie es como un actor. Puede ser un americano de pelo gris y perilla, acento sureño y gabán tronado; y al cabo de un momento hablar como un ex oficial de la Guardia de Gales de punta en blanco. ¿Podría usted demostrar quién fue aunque lo sospeche? ¿Dejó huellas? ¿Una firma clara?

Sólo un garabato ilegible.

—Exactamente. El lo negaría todo y la policía no tendría a qué agarrarse. La enciclopedia viviente a quien usted despidió no tendría más que decir que no sabe de qué le hablan. Y en el fondo de toda la cuestión, parece haber un pirata informático. Verá... me temo que...

El abogado se levantó y le tendió la mano.

—Yo en su lugar lo dejaría correr —le aconsejó.

Pero Peregrine Slade no tenía la menor intención de dejarlo correr. Al salir al patio adoquinado de la Inn of Court Lincoln, una palabra que sir Sidney Avery había utilizado volvió a su mente. ¿Por qué le había llamado la atención aquella palabra?

De vuelta en su despacho pidió el formulario que rellenó el vendedor del Sassetta. Y allí estaba. Profesión: actor.

Contrató entonces los servicios de la más prestigiosa agencia de detectives privados de Londres, que contaba con dos ex inspectores de la policía londinense, que cobraban el doble cuando se trataba de investigaciones urgentes. Le presentaron un informe al cabo de una semana pero con pocas noticias.

—Hemos seguido al sospechoso Evans durante cinco días pero parece llevar una vida de lo más corriente. Está buscando trabajo. Uno de nuestros ayudantes ha llegado a hablar con él en un pub. Parece no saber nada del asunto del cuadro holandés. Sigue viviendo donde antes, con una amiga con pinta de punki, que lleva bastante metal en la cara para hundir a un crucero, y el pelo teñido de lila, de punta como un erizo. No creo que sea el pirata informático que busca usted. En cuanto al actor, parece haberse esfumado.

—Estamos en el año 2000 —protestó Slade—. La gente ya no puede esfumarse así como así.

—Eso es lo que nosotros pensamos —dijo el sabueso—. Podemos seguirle el rastro a una cuenta corriente, a una tarjeta de crédito, a la documentación de un coche, a un permiso de conducir, a una póliza de seguros; lo que quiera. Pero, en este caso no. Es tan pobre que no tiene nada de eso.

—¿Nada?

—Bueno... lo único es el subsidio de paro de la Seguridad Social que cobraba, porque ya no lo cobra. Y la dirección que tienen en la Seguridad Social es la misma que usted nos dio. Tiene un carnet del sindicato de actores, con la misma dirección. Por lo demás... todo el mundo está informatizado actualmente, menos el señor Trumpington Gore. Ha debido de colarse por alguna grieta del sistema y ha desaparecido.

—¿Ha ido a la dirección que les di?

—Por supuesto. Ese fue el primer paso que dimos. Nos hicimos pasar por empleados del distrito municipal, interesándonos por sus atrasos en el pago de impuestos del ayuntamiento. Pero se ha marchado. Su apartamento lo ocupa ahora un taxista paquistaní.

Y ahí terminaron las costosas pesquisas del señor Slade. Dedujo que con 5.000 libras en el bolsillo, el invisible actor se habría marchado al extranjero, lo que explicaría lo averiguado por los detectives o, más exactamente, lo no averiguado.

Pero Trumpington Gore estaba a menos de dos kilómetros de allí, en un café de Portobello Road, con Benny y Suzie. Los tres empezaban a estar preocupados, a entender hasta qué punto podían acosarlos los poderosos y ricos del sistema.

—Slade debe de andar tras nosotros —dijo Benny mientras tomaban sendas copas de vino de la casa—. Hace unos días un tipo se me acercó en un pub con ganas de conversación. Me preguntó la edad. Y me olió a detective privado. Trató de sacar a colación lo ocurrido en la subasta de la Darcy. Yo me hice el tonto y creo que coló.

—Pues a mí me han seguido dos tipos —dijo Suzie—. Se alternaban. He tenido que faltar al trabajo dos días. Pero creo que ya lo han dejado correr.

—¿Y cómo sabes que los has hecho desistir? —preguntó Trumpy.

—Pues porque al final opté por insinuarme al más joven y ofrecerme a hacerle una mamada por veinte libras. Huyó despavorido. Creo que eso los ha convencido de que lo mío no son los ordenadores. Dudo que haya muchas informáticas haciendo la calle.

—Pues me parece que también me han seguido a mí —musitó Trumpington Gore—. Dos soplapollas.

La expresión sonó extraña con aquella voz tan bien modulada como la de sir John Gielgud.

—Se presentaron en mi humilde morada haciéndose pasar por empleados del distrito municipal —prosiguió Trumpy—. Por una afortunada casualidad, yo estaba practicando mi oficio, disfrazado de taxista paquistaní. Pero creo que lo más prudente sería cambiar de domicilio.

—Eso aparte, nos estamos quedando sin dinero, Trumpy. Ya no me quedan ahorros, debo el alquiler y no podemos seguir aceptando tu ayuda.

—Mi querido amigo, nos lo hemos pasado en grande, hemos conseguido una dulce venganza, quizá deberíamos dejarlo correr va.

—Sí —dijo Bennv—, pero no podemos olvidar que ese mierda de Slade sigue ahí, bloqueando mi profesión y con un millón que te pertenece. Mira, ya sé que es mucho pedir, pero tengo una idea...

Julio

El 1 de julio el director de las secciones de Pintura Británica Moderna y Epoca Victoriana de House of Darcy recibió una carta muy amable, aparentemente de un colegial de catorce años. El muchacho explicaba que estaba haciendo un trabajo que debía presentar a los exámenes y que necesitaba datos sobre la escuela prerrafaelita. Preguntaba si le permitirían ver obras de Rossetti, Millais y Holman Hunt.

El señor Alan Leigh Travers era muy cortés y dictó una pronta respuesta. Al mecanografiarla, la firmó personalmente de su puño y letra: «Atentamente, Alan Leigh Travers.»

El más prestigioso instituto londinense, para el estudio, identificación y autenticación de obras de arte era sin duda el Instituto Colbert, en cuyo sótano se encontraba un laboratorio científico con una formidable parafernalia tecnológica. El jefe del laboratorio era el profesor Stephen Carpenter, que también recibió una carta de una licenciada en historia del arte que trabajaba en su tesis.

La licenciada le explicaba que su tesis trataba sobre los grandes fraudes que se habían intentado durante el siglo XX, y del extraordinario papel que había tenido la ciencia para desenmascarar a sus autores.

Carpenter estuvo encantado de contestarle, y de sugerirle a la licenciada que leyese su libro sobre aquel tema, que podía encontrar en la propia biblioteca del instituto. Y también él firmó la carta de puño y letra.

El día 7 de aquel mismo mes, Benny Evans disponía ya de dos firmas auténticas y de muestras caligráficas.

Suzie Day sabía que su jefe había sido años atrás uno de los más talentosos piratas informáticos del país, antes de pasar una temporada en la cárcel, de reformarse y empezar a programar sistemas de seguridad para prevenir, o frustrar, intentos de piratería en los ordenadores de sus clientes.

Mientras almorzaban, Suzie le preguntó un día si durante su estancia en el «hotel» de su Majestad, había conocido a algún otro pirata informático. Él se encogió de hombros y fingió no haber conocido a ninguno. Pero el jefe de Suzie tenía un malicioso sentido del humor y muy buena memoria.

Tres días después, Suzie Day encontró un trozo de papel metido en la anilla del llavero de su despacho. Decía simplemente: «Peter el Calígrafo», y un número de teléfono. Y no volvieron a hablar del asunto.

El día 10 Trumpington Gore entró por la puerta trasera de Darcy, la que daba al patio de carga y descarga. Era una de esas puertas que se cierra sola, accionada desde el exterior mediante un teclado, y Benny aún recordaba el código. Había entrado y salido a menudo por aquella puerta para ir al bar donde solía almorzar, porque tenía un menú muy barato.

El actor llevaba un mono con el logotipo Darcy en el bolsillo de la pechera, igual que el de todos los mozos de la empresa, y llevaba un cuadro pintado al óleo. Era precisamente la hora del almuerzo.

Un mozo con un mono, que lleva un cuadro por los pasillos de una casa de subastas, llama tanto la atención como una gota de lluvia en una tormenta.

Trumpy tardó diez minutos en encontrar un despacho vacío. Entró, cerró la puerta con llave y abrió los cajones de la mesa. Al salir y volver sobre sus pasos llevaba dos papeles de carta con membrete y dos sobres con el logotipo de Darcy.

Cuatro días después, tras visitar el Instituto Colbert como turista, para comprobar cómo eran los monos que llevaban los mozos, volvió al instituto como mozo e hizo exactamente lo mismo sin llamar la atención de nadie.

A finales de julio, Peter el Calígrafo, por sólo cien libras, creó dos hermosas cartas y un informe de laboratorio.

Benny pasó casi todo el mes tratando de localizar a un hombre de quien había oído hablar hacía años, cuyo nombre se musitaba con horror en el mundo del arte. Averiguó con gran alivio que, aunque viejo, el hombre a quien buscaba aún vivía, sumido en la pobreza en Golders Green. En los anales de los fraudes del arte, Colley Burnside era casi una leyenda.

Muchos años antes, había sido un joven pintor de talento que frecuentaba el mundillo bohemio de la posguerra del Colono Club de Muriel Belcher, los locales donde se reunían los pintores por la zona de Queensway y los estudios de Bayswater.

Los había conocido a todos en su juventud: Freud, Bacon, Spencer e incluso al imberbe Hockney. Ellos se habían hecho famosos y él no. Pero descubrió que tenía otro talento. Puede que no fuese capaz de crear obras originales que pudiese vender, pero podía copiar las de otros.

Estudió las técnicas de siglos pasados, los pigmentos que se utilizaban (como la rema de huevo para el temple, por ejemplo) y el efecto de siglos de envejecimiento que podía recrearse con té y con vino. Por desgracia, aunque prescindió del té, empezó a darle al vino.

En su tiempo logró colarles, a los codiciosos y a los crédulos, más de un centenar de lienzos y tablas al óleo desde el Veronés a Van Dyck. Incluso antes de que lo descubriesen ya se sabía que era capaz de pintar un Matisse en una mañana.

Por la tarde ya era otro cantar, debido a lo que él llamaba su «amiguita», de formas lisas, cuellicorta, con cuerpo color de rubí y criada en Burdeos. Y precisamente por pintar después de sus orgías con la amiguita lo pillaron.

El mundo del arte, insultado y humillado, insistió en que cayese sobre Colley todo el peso de la ley. Lo llevaron a un enorme edificio gris con rejas donde, los funcionarios y los tipos más duros, lo trataban como si de su tío predilecto se tratase.

El mundo del arte tardó años en averiguar cuántos Burnside colgaban en sus paredes, y él terminó por conseguir una considerable reducción de la pena cantando de plano. Cuando quedó libre del penoso cautiverio, cayó en el olvido y se limitó a hacer retratos para los turistas.

Benny llevó a Trumpy a que conociese al viejo, porque pensó que se entenderían bien. Y se entendieron. Dos talentos incomprendidos. Colley Burnside escuchó mientras paladeaba con delectación el Haut Medoc que Benny le trajo, a años luz del Merlot chileno de Tesco, que era lo único que se podía pagar.

Son monstruos, muchachos, verdaderos monstruos farfulló cuando Benny terminó de explicárselo y Trumpy le dijo que le habían estafado dos millones de libras—. ¡Y me llaman a mí sinvergüenza! Yo era un angelito comparado con esos tiburones. Pero ya me retiré de aquello. Me costó pasar demasiado tiempo la sombra.

—Le pagaremos bien —dijo Trumpy.

—¿Cuánto?

—Un cinco por ciento —dijo Benny.

—¿Un cinco por ciento de cuánto?

Benny se lo susurró al oído. A Colley Burnside se le iluminaron sus legañosos ojos. Ya imaginaba un Château Lafitte resplandeciendo como el granate al resplandor de la chimenea.

—Por esa cantidad, muchacho, puedo hacerle una obra maestra.

¡Qué digo una! ¡Hasta dos! Será el último golpe de Colley, caballeros. ¡Y a hacer puñetas con todos ellos!

Muchas pinturas, aunque muy antiguas y pintadas en tablas, se han deteriorado tanto que apenas queda nada de la pintura original y carecen de todo valor. Sólo queda la vieja tabla que conserva cierto interés, y una de esas tablas compró Benny después de recorrer un centenar de esas tiendas de supuestas antigüedades que, en realidad, sólo tienen trastos viejos. Y en otra de esas tiendas compró por diez libras un horrible óleo de la época victoriana, que representaba dos perdices muertas colgadas de un ancho y una escopeta de caza apoyada contra una pared. Se titulada El morral. Colley Burnside no tendría muchas dificultades para copiarlo, aunque si para que resultase tan carente de talento como el original.

El último día de julio, un escocés pelirrojo y patilludo, con un acento casi ininteligible, entró en la sucursal que House of Darcy tenía en la población de Bury St. Edmonds del condado de Norfolk. No era una delegación muy grande pero cubría los tres condados de la región de East Anglia.

—Mire, mocita, traigo una obra de gran valor —le dijo a la empleada. Lo pintó mi abuelo hace más de cien años —añadió mostrándole El morral.

La joven no era una experta, pero reparó enseguida en que las perdices parecían haber sido atropelladas por un camión.

¿Quiere que se lo valoremos, señor?

Eso mismo.

La sucursal de Bury no disponía de sección de tasaciones, que sólo podía hacer el personal de la central de Londres, pero podía quedarse con el cuadro en depósito, tomar los

datos del cliente y expedir el recibo. Y así lo hizo la empleada. El señor Hamish McLee dijo que vivía en Sudbury y ella no tuvo ninguna razón para creer que no fuese cierto. En realidad, Trumpy le dio la dirección de una papelería y puesto de periódicos, cuyo dueño accedió a aceptar y guardar toda la correspondencia que llegase a nombre de McLee mediante el pago de diez libras mensuales. Y en el próximo viaje de la furgoneta enviaron la pintura victoriana a Londres.

Antes de salir de la delegación de Buró, el señor McFee anotó que la genial obra de su abuelo había sido inscrita con el número F 608 a efectos de identificación para almacenaje.

Agosto

Agosto cayó sobre el West End londinense como una ducha de cloroformo. Los turistas invadieron la ciudad, y quienes vivían y trabajaban en la ciudad procuraban marcharse. Para los altos cargos de Darcy eso significaba una gran variedad de destinos: chalets en la Toscana y Suiza, mansiones en L'ordaña y yates en el Caribe.

Alan Leigh Travers era un gran amante de los yates y tenía un queche en las islas Vírgenes, amarrado durante las épocas en que no lo utilizaba en un embarcadero de la isla de Trelis. Se proponía pasar sus tres semanas de vacaciones haciendo un crucero hacia el sur, con la idea de llegar hasta las Granadinas.

Peregrine Slade debió de creer que había convertido el ordenador de Darcy en algo tan seguro como Fort Knox pero se equivocó. El experto informático a quien recurrió utilizaba uno de los sistemas ideados y desarrollados por el jefe de Suzie, que lo había ayudado a perfeccionar algunas de las funciones más delicadas del sistema. Y quien ha concebido un sistema puede burlarlo. Y eso es lo que hizo Suzie. Benny necesitaba la relación de los turnos de vacaciones de todos los empleados de Darcy durante agosto, además del lugar adonde irían y direcciones de contacto para casos de emergencia. Las obtuvo y las descargó en su ordenador.

Benny sabía que Leigh Travers estaría de crucero por el Caribe y que había dejado dos números de contacto: el de su móvil, que tenía una cobertura planetaria, y el de la frecuencia de escucha de la radio de su yate. Suzie modificó los números en un dígito.

Leigh Travers iba a tener unas vacaciones realmente tranquilas, sin que nadie lo molestase en absoluto.

El 6 de agosto, el patilludo escocés fue a la central de Darcy en Londres y pidió que le devolviesen su cuadro. No hubo objeción. Ayudó a localizarlo dándole el número de identificación y, al cabo de diez minutos, un mozo se lo había localizado y devuelto.

Al oscurecer, Suzie detectó que los archivos del ordenador habían registrado que la pintura había sido entregada en depósito en la delegación de Bury, para que la valorasen, el 31 de julio y que había sido retirada por su dueño el 6 de agosto.

Pero Suzie modificó este último dato. Según el nuevo archivo había sido recogida por una furgoneta del Instituto Colbert. El día 10, Leigh Travers, que jamás había visto El morral ni oído hablar de él, fue al aeropuerto de Heathrow para tomar un vuelo con destino a Miami, desde donde conectaría con otro vuelo hasta St. Thomas y a la isla de Beef, hasta donde le habían trasladado el queche.

Peregrine Slade era de los que prefería no viajar en agosto. Las carreteras, los aeropuertos y los lugares atestados de turistas eran para él una pesadilla. Pero tampoco se quedaba en Londres, sino que iba a su casa de campo de Hampshire.

Lady Eleanor iría al chalet que unos amigos suyos tenían en Porto Ercole, y él se quedaría allí solo con su piscina climatizada, amplias tierras por las que pasear y un servicio reducido pero suficiente. Sus números de contacto estaban también en la lista de turnos de vacaciones, de modo que Benny sabía dónde iba a estar localizable.

Slade se marchó a Hampshire el día 8, y el día 11 recibió una carta, escrita a mano y enviada desde Heathrow. Reconoció la letra y la firma inmediatamente. Era de Alan Leigh Travers.

Mi querido Perry:

Estoy a punto de embarcar. Con las prisas de dejarlo todo en orden para la subasta de septiembre, antes de emprender el viaje he olvidado mencionarle algo. Hace diez días, un desconocido depositó una pintura en la delegación de Bury para que se la valorásemos. Al traérnosla a Londres le eché un vistazo. Francamente es un óleo esperpéntico, del último período victoriano, en el que se ven dos perdices y una escopeta. Muy falto de talento que, normalmente, habríamos devuelto de inmediato. Pero había algo extraño en el cuadro que me intrigó. Como sabe, los pintores del último período victoriano rara vez pintaban sobre tabla, sino siempre sobre lienzo. Y éste está pintado sobre una tabla que parecía antiquísima, de varios siglos antes del período victoriano. He visto antes tablas parecidas, sobre todo en la sección de Grandes Maestros de Sebastian. Pero no era de roble, y eso me intrigó. Parecía más bien chopo. De modo que se me ocurrió que algún bárbaro de la época victoriana pudo haber pintado sobre una pintura mucho más antigua. Ya sé que nos costará unas cuantas libras y que, si resulta una pérdida de tiempo, tendré que lamentarlo. Pero la he enviado al Instituto Colbert pidiéndole a Steve Carpenter que le eche un vistazo y la examine con rayos X. Como yo voy a estar fuera y Steve me ha dicho que también él quiere marcharse cuanto antes, le he pedido que le envíe su informe directamente a Hampshire.

Ya nos veremos a fin de mes. Alan.

Peregrine Slade estaba echado en una tumbona junto a la piscina. Leyó la carta dos veces mientras se tomaba su primera Beefeater del día. También él estaba intrigado. La madera de chopo de hace siglos nunca había sido utilizada por los británicos, aunque pintasen sobre tabla. En el norte de Europa utilizaban roble. Los italianos utilizaban chopo y, en términos generales, cuanto más gruesa fuese la tabla más antigua era. Porque, las técnicas de serrado de hace siglos, hacían que fuese casi imposible cortar tablas finas.

Pintar sobre la pintura de otro no era infrecuente. La historia del arte estaba llena de idiotas sin talento que habían pintado sobre obras de auténtico mérito.

Por suerte, la moderna tecnología hacía posible averiguar la antigüedad y fechar fragmentos de madera, lienzo y pintura; identificar no sólo el país de procedencia, sino a veces incluso la escuela de la que procedían, así como examinar con rayos X una pintura superpuesta para ver qué había debajo.

Leigh Travers estuvo acertado en hacer lo que hizo, por si acaso. Slade pensaba ir a Londres al día siguiente para una visita a Marina deliciosamente dolorosa; y pensó que también podría ir a su despacho a echarle un vistazo a los archivos.

Y los archivos le confirmaron todo lo que le decía la carta enviada desde Heathrow: que un tal Hamish McFee fue a la delegación de Bury con una naturaleza muerta del período victoriano titulada El morral. Se le había asignado la referencia F 608 a efectos de almacenaje.

Los archivos de almacén mostraban que el óleo llegó a Londres el 1 de agosto, y que fue recogido por la furgoneta del Instituto Colbert el día 6.

Slade apagó el ordenador, algo impaciente ya por leer el informe del legendario Stephen Carpenter, a quien no conocía personalmente.

Miró el reloj y se dijo que sería la una de la tarde en el Caribe; en Londres eran las seis. Pasó una hora tratando de que Leigh Travers conectase su móvil, o estuviese a la escucha en la radio de su yate. Pero, sistemáticamente, eran otro abonado u otro «radioescucha» quienes contestaban. Desistió al fin y fue a su cita con Marina.

El día 18 un mozo bajito con mono del Instituto Colbert entró en Darcy y fue al mostrador de recepción. Llevaba un pequeño óleo protegido con un envoltorio de burbuja.

—Buenos días, nena. Traigo esto de Colbert.

La joven lo miró como si no lo hubiese entendido. El mozo sacó una lista del bolsillo y leyó.

—Número de almacén de Darcy F 608.

La joven cambió de expresión. Con el ordenador que tenía detrás enseguida sabría de qué iba.

—Un momento—dijo ella, y se dio la vuelta y consultó con la fuente de la sabiduría.

Y el oráculo se lo explicó todo: que aquel cuadro había salido del almacén, para ser examinado en el Instituto Colbert, por orden del ausente jefe de las secciones de Pintura Británica Moderna y Epoca Victoriana. Y que ahora se lo devolvían. De modo que llamó a un mozo.

Minutos después, la joven había firmado el albarán al repartidor del Instituto Colbert y la pintura volvió al almacén con su envoltorio de burbujas.

Si he de pasar mucho tiempo más en este edificio tendré que empezar a pagarles alquiler, pensó Trumpington Core al salir al bochorno de la calle.

El día 20 llegó el informe del profesor Stephen Carpenter, por correo certificado, a la mansión de Peregrine Slade en Hampshire.

Lo abrió mientras desayunaba, más tarde de lo habitual, después de un agradable baño en la piscina. Mientras leía, el café formó una tenue película y se le quedaron helados los huevos.

Querido señor Slade:

Estoy seguro de que ya sabrá que, antes de partir para sus vacaciones, Alan Leigh Travers me pidió que le echase un vistazo a un pequeño óleo, supuestamente del último período victoriano y pintado en este país. Debo decirle que la labor ha sido muy ardua, aunque al fin pueda escribirle exultante. A primera vista, esta pintura, titulada El morral, parecía horrible y falta de mérito; un mamarracho de un aficionado sin talento, pintado hace unos cien años. Fue la tabla sobre la que se pintó lo que llamó la atención de Alan y, por lo tanto, en ella concentré la mía básicamente. Saqué la tabla del marco victoriano que llevaba y la estudié con detenimiento. Se trata, sin la menor duda, de madera de chopo y muy antigua. En los bordes descubrí rastros de almáciga que indican que probablemente la tabla era parte de un retablo del que fue arrancada. Luego sometí una astilla de la parte posterior a pruebas de antigüedad y lugar de probable origen. Como sabe, la dendrocronología no puede utilizarse para la madera de chopo, ya que este árbol, a diferencia del roble, carece de anillos que indiquen el paso de los años. Sin embargo, la ciencia moderna dispone de otros recursos. He podido determinar que la tabla coincide con las que usaban en Italia en los siglos XV y XVI. El examen con un espectromicroscopio ha revelado pequeñas muescas y cortes dejados por la hoja de la sierra. Una minúscula irregularidad en la hoja de la sierra dejó marcas idénticas a las que se ven en otras tablas de la misma época y lugar, es decir la Italia de los siglos XV y XVI.

La pintura victoriana de dos perdices muertas y una escopeta fue, sin la menor duda, pintada encima de una obra muy anterior. Retiré un fragmento del óleo, demasiado pequeño para verlo a simple vista, y comprobé que la pintura subyacente no es óleo, sino temple. Al retirar un fragmento más pequeño aun del temple, para someterlo a un análisis espectroscópico, descubrí que contiene exactamente la misma proporción de ingredientes utilizados por varios maestros de la época. Finalmente, examiné con rayos X la pintura para ver de qué se trataba. Y, efectivamente, hay una pintura al temple debajo, y sólo el burdo grosor de la pintura aplicada por el anónimo bárbaro victoriano impide verla con mayor claridad. Al fondo se aprecia un paisaje rural de la época mencionada, suaves lomas y un campanario. El plano medio parece representar un camino o sendero que parte de un valle umbrío. En primer plano se ve una sola figura, evidentemente del tipo que encontramos en la Biblia, que mira directamente al espectador. No puedo dar una exacta identificación del pintor, pero podrían tener ustedes ahí una obra maestra de la época y lugar de Cimabue, Duccio o Giotto.

Atentamente, Stephen Carpenter.

Peregrine Slade se quedó traspuesto, con la carta encima de la mesa. Cimabue... ¡Madre mía! Duccio... ¡Dios mío! Giotto... ¡Virgen santa!

El tic nervioso de su ojo izquierdo volvió a dispararse. Se lo detuvo aplicándole el índice y empezó a cavilar.

Recordó dos hallazgos recientes hechos, para su mortificación, por Sotheby's, la competencia. En un viejo armario de una mansión de la costa de Suffolk, uno de sus tasadores descubrió una tabla similar y descubrió la mano de un maestro. Resultó un Cimabue, el más raro, y lo vendieron por varios millones. Y, más recientemente, otro experto de Sotheby's tasó lo que contenía Castle Howard. Y, en una carpeta de dibujos desechados o poco cotizados, descubrió uno de una mujer doliente, con la cabeza cogida entre las manos. Consultó con especialistas para que lo examinasen a fondo. Y el dibujo resultó un Miguel Angel ignorado durante trescientos años. ¿Precio de salida en la subasta? Ocho millones de libras. Pero ahora parecía que también él tenía en sus manos un tesoro de enorme valor, disfrazado de perdiz, por así decirlo.

Desde luego, en esta ocasión ya no funcionaría recurrir a Reggie Fanshawe. Librarse del joven Benny Evans era una cosa; de Alan Leigh Travers era otra muy distinta. La junta de dirección de Darcy creería a Alan, aunque no tuviese copia de la carta expedida desde Heathrow. En cualquier caso, no podría utilizar de nuevo a Fanshawe. El mundo del arte no era tan crédulo.

Pero él podría hacerse un nombre y ganar reputación, a la vez que hacía que Darcy recuperase el prestigio y respeto que siempre había tenido. Si con eso no se ganaba una gratificación navideña, de por lo menos cien mil libras, no se la ganaría con nada. De modo que al cabo de una hora se había aseado, vestido y estaba al volante de su Bentley Azure rumbo a Londres en plan tragamillas.

Como en el almacén de Darcy no había nadie, pudo rebuscar a sus anchas hasta que dio con el cuadro F 608. A través del envoltorio de burbujas vio la silueta de dos perdices colgadas de un clavo y se llevó el cuadro a su despacho para examinarlo.

¡Dios mío!, exclamó para sí al examinarlo, pero... ¡si es horrible! Aunque, debajo... Estaba claro que no había que dejar que se malvendiese en la sala de subastas. Tendría que ser comprado por Darcy y luego descubierto «por casualidad».

El único obstáculo era el profesor Carpenter, un hombre íntegro, y habría archivado una copia de su informe. Un hombre que protestaría si se enteraba de que Peregrine Slade había estafado al pobre dueño del supuesto mamarracho.

Por otro lado, él no había dicho que la pintura que subyacía de las perdices fuese sin duda una obra maestra, sólo que podía serlo. Y no había ninguna ley que impidiese que una casa de subastas corriese riesgos que no siempre resultaban. De modo que, si él le ofrecía al dueño de las perdices un buen precio, teniendo en cuenta la falta de certeza...

Peregrine Slade abrió el archivo de vendedores y localizó a Hamish McFee de Sudbury Suffolk. Había una dirección. Slade escribió, franqueó y envió una carta ofreciéndole al pobre McFee 50.000 libras por la «interesantísima» obra de su abuelo. Para que el asunto quedase sólo entre ellos dos, le incluía el número de su móvil como teléfono de contacto. Estaba casi seguro de que el muy imbécil aceptaría las 50.000 libras, y él enviaría la documentación de la compraventa personalmente a Sudbury.

Dos días después recibió una llamada en su móvil. Era un tipo con marcado acento escocés y que parecía muy ofendido.

Mi abuelo era un gran artista, señor Slade. Incomprendido en su tiempo, pero también lo fue Van Gogh. Ahora creo que el mundo reconocerá al fin su verdadero talento, cuando vea su obra. No puedo aceptar su oferta, pero le haré una yo. Si la obra de mi abuelo no sale a la venta, en la subasta de maestros de la época victoriana que tienen usted programada para el mes próximo, la retiraré y la llevaré a Christie's.

Cuando Slade cerró el móvil estaba temblando. ¿Van Gogh? ¿Sería aquel escocés un retrasado mental? Pero no tenía alternativa. La subasta de obras del período victoriano estaba programada para el 8 de septiembre. Era demasiado tarde para incluirla en el catálogo, que ya estaba en la imprenta, esperaban que estuviese impreso dentro de dos días. Aquellas horribles perdices tendrían que salir a subasta como obras de última hora, algo nada infrecuente. Pero él tenía la copia de su carta y oferta a McFee y había grabado la

reciente conversación telefónica. La oferta de 50.0000 libras influiría mucho para apaciguar al profesor Carpenter, y la junta de dirección de Darcy lo respaldaría sin fisuras contra cualquier queja posterior.

Tendría que comprar la pintura «para Darcy». Eso significaba que habría que recurrir a alguien de la casa, que asistiese a la subasta e hiciese exactamente lo que le dijese. De modo que utilizaría a Bertram, el encargado de los mozos, un hombre que estaba a punto de jubilarse, sumamente leal, que llevaba cuarenta años en la empresa. Tenía menos imaginación que un mosquito, pero sabía obedecer órdenes.

Al otro lado del teléfono Trumpington Gore había colgado y miraba a Benny.

—Querido amigo, ¿de verdad sabes lo que haces? Cincuenta mil libras es muchísimo dinero.

—Confíe en mí —lo tranquilizo Benny, en un tono que transmitía mas confianza de la que en realidad albergaba.

No pasaba hora sin que le rezase al cínico diosecillo de la sección de Grandes Maestros para que Slade fuese lo bastante codicioso para no revelar lo que se proponía hacer al oído del insobornable profesor Carpenter.

A final de mes todos los altos cargos estaban de vuelta de vacaciones, enfrascados en los preparativos para la primera gran subasta de otoño, programada para el 8 de septiembre, de maestros del período victoriano.

Peregrine Slade no soltó prenda acerca de lo que se proponía hacer aquel día y se alegraba de que Alan Leigh Travers fuese también un modelo de discreción, que ni siquiera quisiese mencionar el asunto. Sin embargo, cada vez que se cruzaban en un pasillo Slade le guiñaba el ojo.

Leigh Travers empezó a preocuparse. Siempre le había parecido que el vicepresidente era un pelín amanerado, aparte de que a algunos hombres de mediana edad con un matrimonio frígido les tentaba montárselo a pelo y a lana. Como padre de cuatro hijos, confiaba en que Slade no hubiese empezado a encapricharse de él.

La mañana del 8 de septiembre cundió el habitual trajín, la descarga de adrenalina que, en el mundo del arte, compensa la penosa y ardua tarea de examinar tanto bodrio.

Slade le había pedido a Bertram, el venerable encargado de los mozos, que llegase al trabajo antes de lo habitual y lo había aleccionado hasta el último detalle. Bertram llevaba cuarenta años en la empresa había visto cinco cambios de dueños. En su juventud, recién licenciado del servicio militar, asistió con su padre a la fiesta de jubilación del viejo Darcy, el último de su linaje, un verdadero gentleman y hasta el mozo que llevaba menos tiempo en la empresa había sido invitado a la fiesta. Pero eso ya no se llevaba.

Fue el último empleado en ir a trabajar de bombín; y en sus tiempos había trasladado por los pasillos de Darcy obras maestras que, en conjunto, valían millones de libras, sin jamás estropear ninguna.

En la actualidad, se sentaba en una garita, bebiendo ingentes cantidades de té bajo su mostacho de morsa. Sus órdenes eran sencillas. Se sentaría al fondo de la sala con su traje azul de sarga, armado con su paleta de puja, y sólo pujaría por una obra. Y, para que no pudiera confundirse con otra naturaleza muerta, le habían mostrado las dos perdices casi espachurradas que colgaban del gancho, y le habían hecho memorizar el título El morral que Slade anunciaría con voz clara desde el estrado.

Finalmente, para mayor seguridad, Slade le dijo al encargado de los mozos que durante la subasta lo mirase a la cara. Si Slade quería que pujase y se producía algún titubeo, le guiñaría el ojo izquierdo. Esa sería la señal para que el viejo empleado alzase la paleta.

Bertram fue a tomar un te, y al lavabo por cuarta vez. 1o peor que podía pasarle a Slade era que su comparsa fuese al lavabo en el momento crítico.

Alan Leigh Travers había seleccionado una buena colección de pinturas. Las estrellas del lote eran dos prerrafaelitas, un Millais de los herederos de un coleccionista recientemente fallecido, y un Hokman Hunt que no había sido visto por el público desde

hacia muchos años. De nivel casi similar eran dos composiciones equinas de John Frederick Herring, y un velero en plena tormenta salido del pincel de James Carmichael.

La subasta empezó a las diez en punto. Las pujas eran animadas y vivas y la sala estaba atestada; incluso había público de pie al fondo. Slade tenía tres naturalezas muertas al óleo, con temas de casa–escopetas, y optó por subastar la obra del escocés como una cuarta obra no incluida en el lote que figuraba en catálogo. A nadie le sorprendería si la cuestión quedaría zanjada en pocos minutos.

Slade, de mejor humor que nunca, fue saludando a los presentes que conocía.

Todo iba sobre ruedas. Bertram estaba sentado al fondo de la sala y lo miraba con la paleta en su regazo. Aún no había oído las palabras mágicas: El morral.

En el estrado, Peregrine Slade exudaba satisfacción, incluso jovialidad, a medida que las obras subastadas alcanzaban o superaban el tope máximo de la estimación inicial. Salvo a diez o doce, conocía de vista a la mayoría de los que pujaban. Una de las luces del techo destelló en las gafas de concha de un hombre vestido de traje oscuro sentado en la tercera fila empezando por el fondo.

Durante una de las pausas que se producían mientras retiraban una pintura y colocaban otra en el caballete, Slade le hizo a una de las jóvenes recepcionistas una seña para que se le acercase.

Quién es el japonés que está en la antepenúltima fila, a la izquierda?—le susurró inclinándose hacia ella desde el estrado.

La joven fue a averiguarlo.

Cuando hubieron colocado la nueva pintura en el caballete la joven volvió junto a Slade — le puso una nota en la mano. El asintió con la cabeza a modo de agradecimiento. Y al abrir la nota en el estrado vio lo que decía: Yosuiro Yamamoto, de la galería Osaka, de Tokio y Osaka. Había mostrado una carta de crédito de un banco de Tokio por un billón de yens.

Slade sonrió de oreja a oreja. O sea que podía gastar unos dos millones de libras. No había problema. El apellido Yamamoto le resultaba familiar. Lógico. Así se apellidaba el almirante japonés que bombardeó Pearl Harbour. Ignoraba que un homónimo estaba en Knightsbridge con una misión similar, y que la carta del banco de Tokio era una de las creaciones informáticas de Suzie Day.

El señor Yamamoto pujó varias veces durante la primera parte de la subasta pero sin llegar al final, cediendo en favor de quienes acabaron quedándose con los lienzos. Con todo, tras sus impenetrables gafas de concha, había demostrado ser un verdadero pujador.

Entonces sacaron la primera de las cuatro naturalezas muertas. Las tres incluidas en catálogo eran de pintores relativamente menores, se adjudicaron por cantidades que oscilaron entre las 5.000 y las 10.000 libras. Cuando retiraron la tercera Slade miró a los presentes con expresión maliciosa.

—Tenemos una cuarta naturaleza muerta que no figura en catálogo. Llegó a última hora. Se trata de una encantadora obra de un pintor de las Highlands, Collum McFee.

Colley Burnside no pudo resistir la tentación de poner, por lo menos, una sílaba de su nombre de pila en el del pintor. Por lo menos una sílaba suya pasaría a la historia.

—Se titula El morral —dijo Slade con voz clara—. ¿He oído mil libras?

Bertram alzó su paleta.

—Dan mil al fondo. ¿Alguien da más?

Se alzó otra paleta. El hombre debía de ser miope. El resto de los pujantes, tratantes, coleccionistas, agentes y dueños de galerías miraban con expresión de incredulidad.

—Ofrecen dos mil libras, señor —dijo Slade mirando a Bertram y guiñándole ligeramente el ojo izquierdo.

Bertram alzó de nuevo su paleta.

—Tres mil libras —dijo Slade—. ¿He oído cuatro?

Se hizo un silencio y, a los pocos momentos, el japonés asintió. Slade se quedó perplejo. Podía ver su poblado pelo negro algo entrecano, pero los ojos oblicuos quedaban ocultos por unos cristales gruesos como culo de botella.

—¿Ha pujado usted, señor? —preguntó Slade.

—Hai —dijo Yamamoto asintiendo de nuevo con la cabeza. Parecía Toshiro Mifune en Shogun.

—Sea tan amable de alzar la paleta, Yamamotosan —dijo en tono obsequioso Slade, que se preciaba de saber cómo dirigirse a un japonés en su propia lengua.

—Ah, claro —asintió el hombre de Tokio alzando la paleta.

—Cuatro mil libras —dijo Slade, que seguía tranquilo, a pesar de que no había imaginado que nadie quisiera pujar contra el imperturbable Bertram que, como si lo hubiese oído, alzó de nuevo la paleta.

El regocijo de los presentes en la sala no era nada comparado con el que sentía Alan Leigh Travers, que estaba de pie, recostado contra la pared del fondo. Nunca había visto ni oído hablar de El morral y, de haberlo visto, habría sido para devolverlo a Suffolk en la próxima furgoneta. Si Slade quería incluir en la subasta una obra fuera de catálogo, podía habérselo dicho. ¿Y quién era ese McFee? Tampoco había oído hablar de él. Quizá fuese un antepasado de algún amigo de Slade aficionado a la caza. Pero, en fin, ya habían alcanzado las cinco mil libras, sepa Dios cómo. De modo que daba igual. Era una suma respetable por un bodrio. La junta de dirección no iba a hacerle ascos a la comisión.

Durante la media hora siguiente la compostura de Leigh Travers empezó a tambalearse. El dueño de la galería japonesa, cuya nuca podía ver con claridad, seguía asintiendo y diciendo Hai, mientras que otro, al que no veía porque estaba detrás de una columna del fondo, seguía pujando con él. ¿Qué puñeta pensaban que se iban a llevar? Cualquiera podía ver que aquello era un mamarracho. La sala se había quedado muda. Habían llegado a las 50.000 libras.

Leigh Travers se abrió pasó entre quienes estaban de pie junto a la pared del fondo hasta llegar a la columna y mirar al que estaba detrás. Casi le da un infarto. El misterioso pujante era Bertram, ¡Dios santo! Eso sólo podía significar que Slade quería comprarlo... para la casa, para Darcy.

Leigh Travers se quedó lívido. El y Slade se miraron y éste le sonrió y le dirigió otro lascivo guiño. Estaba clarísimo. Su vicepresidente se había vuelto loco de remate. Salió de inmediato de la sala hasta donde estaban las recepcionistas que daban las paletas y, por un teléfono interior, llamó al despacho del presidente y le pidió a Phyllis que lo pusiera urgentemente con el duque de Gateshead.

Antes de volver a la sala de subastas, la puja había llegado a las 100.000 libras y Yamamoto seguía sin ceder. Slade graduaba la puja en múltiplos de 10.000 libras y empezaba a estar seriamente preocupado.

Sólo él sabía cuántos millones de libras subyacían bajo las perdices. ¿Por qué entonces pujaba el japonés? ¿Sabría también algo él? Imposible. La pintura se la habían traído directamente a Bury St. Edmons. ¿Se habría ido de la lengua el profesor Carpenter en algún lugar de Extremo Oriente? Imposible. ¿O se trataba simplemente de que a Yamamoto le gustaba aquella pintura? ¿Tan mal gusto tenía? ¿Imaginaba que los magnates de Tokio y Osaka iban a hacer cola en sus galerías para comprar aquel bodrio y ganar dinero?

Algo raro había pasado, pero ¿qué? No podía negarse a aceptar la puja de Yamamoto delante de todo el público. Pero, sabiendo lo que había bajo las perdices, tampoco podía indicarle a Bertram que cejase y dejar que la obra maestra se fuese a Japón.

El resto de los presentes se percató de que algo muy anómalo estaba ocurriendo. Ninguno de ellos había visto nunca nada parecido. Allí en el caballete tenían un verdadero bodrio que, normalmente, no podría haber salido a la venta más que en un mercadillo. Sin embargo, había dos personas que pujaban con cantidades astronómicas. Uno era un vejete con un mostacho de morsa, y el otro un implacable samurai. Lo primero que dedujeron todos fue que había mediado «información privilegiada».

Todos sabían que en el mundo del arte no cabían muchos escrúpulos, y que, en comparación a muchos de los que lo manipulaban, los expertos en puñaladas traperas era hermanitas de la caridad. Los asistentes más veteranos recordaban lo ocurrido con dos tratantes que participaron en una precaria subasta, en una decrepita y vieja mansión. Uno de ellos vio una naturaleza muerta de una liebre que colgaba en la caja de la escalera. Ni siquiera estaba entre los objetos ofrecidos en subasta. Pero tuvieron buen ojo y la compraron. La liebre muerta resultó la última pintura, que se sepa, pintada por Rembrandt. Pero ni en su lecho de muerte, y aquejado de parálisis parcial, habría podido el viejo Rembrandt Harmenszoon haber pintado aquellas dos horribles perdices. De modo que miraban y miraban tratando de descubrir el talento oculto, pero no lo veían por ninguna parte. Pese a ello la puja seguía subiendo.

Al llegar a las 200.000 libras se produjo un alboroto en la entrada al abrir paso los presentes a la enorme humanidad del duque de Gateshead, que se quedó junto a la pared del fondo como un cóndor ávido de comerse crudo a alguien.

Cuando la puja alcanzó las 240.000 libras el aplomo de Slade se desintegró. Sudaba tanto que le brillaba la frente con las luces de la sala. Incluso se le había aflautado la voz. Una voz interior clamaba por detener aquella farsa, pero no podía hacerlo. El guión tan minuciosamente escrito se le había escapado de las manos.

Al llegar al cuarto de millón se le disparó el tic del ojo izquierdo. Y el viejo Bertram, al ver desde el fondo de la sala el incesante parpadeo, siguió pujando. Entonces Slade quiso detenerlo, pero Bertram tenía muy claras sus órdenes: un parpadeo, una puja.

—Superan su oferta, señor —le dijo con voz de pito al japonés de las gafas de concha.

Se produjo una larga pausa. Slade rezó por que la pesadilla llegase a su fin. Pero...

—Hai —dijo Yamamoto con voz clara.

El ojo izquierdo de Slade iba como las luces destellantes de una ambulancia. Y Bertram seguía alzando la paleta.

A las 300.000 libras Leigh Travers, furioso, le susurró algo al oído del duque, y el cóndor avanzó muy resuelto hacia su empleado Bertram.

El silencio se podía cortar. Todas las miradas estaban fijas en el japonés que, de pronto, se levantó, dejó su paleta en el asiento, dirigió una cortés inclinación de cabeza a Peregrine Slade y enfiló hacia la puerta. El público se abrió como el mar Rojo para que avanzara Moisés.

—Trescientas mil a la una, trescientas mil a las dos... —dijo Slade con un hilillo de voz.

La maza golpeó el bloque de madera de su mesa y los presentes respiraron aliviados. Como ocurre siempre que cesa una tensión insoportable, todo el mundo quería comentarle algo a quien tenía al lado. Slade se rehízo un poco y se enjugó el sudor de la frente. Dejó que Leigh Travers se hiciese cargo del resto de la subasta y bajó del estrado.

Bertram, relevado de sus deberes, fue hacia su garita para prepararse una taza de té.

—Quiero verlo en mi despacho —le susurró el duque a su vicepresidente—. Dentro de cinco minutos, si lo tiene a bien.

—Peregrine —le dijo cuando estuvieron a solas en el despacho del presidente. Ya ni Perry ni «lumbreteria». Incluso la fachada de gentileza se había evaporado—. Se puede saber ¿qué coño creía estar haciendo ahí abajo?

—Dirigir la subasta.

—Ahórrese obviedades conmigo, Slade. Ese bodrio horripilante de las dos perdices... ¡Menuda porquería!

—A primera yista.

—Lo ha comprado usted para la casa. ¿Se puede saber por qué?

Slade sacó del bolsillo de la chaqueta una carta de dos páginas. Era el informe del profesor Carpenter del Instituto Colbert.

—Espero que esto lo explique suficientemente. Podía haberlo comprado por cinco mil libras, y de no ser por ese lunático japonés por ese precio lo habría obtenido.

El duque de Gasteshead leyó el informe detenidamente a la luz del sol que entraba por la ventana. Su expresión cambió. Sus antepasados habían asesinado y saqueado para encumbrarse y, al igual que ocurría con Benny Evans, los genes son los genes y no mueren así como así.

—Esto es otra cosa, lumbrerita, esto es algo totalmente distinto. ¿Quién más lo sabe?

—Nadie más. Recibí el informe el mes pasado y no dije una palabra. De modo que sólo lo sabemos Stephen Carpenter, usted y yo. Nadie más. Pensé que cuantos menos, mejor.

—¿Y el dueño del cuadro?

—Un estúpido escocés. Para cubrirnos las espaldas le ofrecí cincuenta mil libras que el muy imbécil rechazó. Tengo mi carta y la cinta con la grabación de la conversación en la que las rechaza. Ahora, por supuesto, pienso que ojalá las hubiese aceptado. No podía prever que ese loco japonés apareciese por aquí esta mañana. Ha estado en un tris de robárnoslo.

El duque reflexionó. Tenía la mosca detrás de la oreja, y zumbaba como una sierra mecánica en el silencio.

—Cimabue —musitó—. Duccio. ¡Dios mío, hace años que no hemos tenido nada parecido! ¿Siete u ocho millones? Mire, páguele al dueño sin demora. Lo autorizo. ¿Dónde ha pensado que lo restauren?, ¿en el Instituto Colbert?

—Es demasiado grande. Tienen demasiado personal. Y la gente habla. Yo preferiría pedírselo a Edward Hargreaves. Es uno de los mejores del mundo, trabaja solo y es una tumba.

—Me parece una buena idea. Póngase en contacto con él. Como si fuese cosa suya. Infórmeme en cuanto haya terminado la restauración.

Ciertamente, Edward Hargreaves trabajaba solo en su estudio de Hammersmith y era un hombre recto y reservado. No tenía rival en cuanto a la restauración de obras de grandes maestros, o de aquellas sobre las que se hubiese pintado encima.

Hargreaves leyó el informe de Carpenter y pensó ponerse en contacto con el profesor para cambiar impresiones. Pero luego se dijo que al principal restaurador del Instituto Colbert le sentaría como un tiro que le hubiesen confiado a otro un encargo tan fascinante y se habría ofendido.

De modo que optó por no llamarlo. Pero sabía cómo era el papel de carta con membrete del Instituto Colbert y conocía la firma del profesor, cuyo informe le sería útil para su propio análisis.

Cuando el vicepresidente de House of Darcy le llevó la naturaleza muerta escocesa a su estudio personalmente, Hargreaves le dijo que necesitaría dos semanas para pronunciarse.

Hargreaves puso el cuadro en el caballete y, durante dos días, no hizo más que mirarlo a la luz natural que entraba por la ventana de su estudio situada hacia el norte. Para no dañar la obra maestra que subyacía en el bodrio, tendría que retirar el grueso óleo victoriano con primorosa delicadeza.

Al tercer día empezó a trabajar.

El honorable Peregrine Slade recibió su llamada dos semanas después.

—Y bien, mi querido Edward, ¿qué puede decirme? —preguntó muerto de impaciencia.

—Ya he terminado. Lo que estaba bajo la naturaleza muerta puede verse ahora con toda nitidez.

—¿Y los colores? ¿Siguen tan frescos como cuando se pintaron?

—Sin la menor duda —repuso el restaurador.

—Enviaré mi coche a recoger el cuadro —dijo el vicepresidente Slade.

—Creo que será mejor que vaya yo también con la pintura —repuso Hargreaves con cautela.

—Excelente —accedió sonriente Slade—. Dentro de media hora tendrá ahí mi Bentley. Peregrine llamó entonces por teléfono al duque de Gateshead.

—Espléndido trabajo —lo felicitó el presidente—. veamos el resultado de la misión. Preséntense en mi despacho a las catorce horas.

En su juventud, el duque de Gateshead había servido en el legendario regimiento de infantería Coldstream Guards, y le gustaba aderezar su charla con sus subordinados con frases castrenses.

A las dos menos cuarto, un mozo colocó un caballete en el despacho del presidente y se marchó. A las dos en punto, Edward Hargreaves, portando la tabla al temple envuelta en una suave manta y seguido de Peregrine Slade, entró en el despacho y colocó la pintura en el caballete.

El duque había descorchado una botella de Dom Perignon y les ofreció una copa. Slade la aceptó pero Hargreaves la rechazó con un cortés ademán.

—Bien —dijo radiante el duque—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Un Duccio?

—Ah, no esta vez —repuso Hargreaves.

—Sorpréndame —dijo Slade—. ¿Un Cimabue?

—No exactamente.

—Estoy impaciente —admitió el duque—. vamos... tire de la manta.

Hargreaves tiró de la manta. La pintura era tal como decía la carta en la que, supuestamente, el Instituto Colbert la describía. La ejecución era primorosa, propia del estilo del primer Renacimiento de Florencia y Siena.

El fondo era un paisaje medieval de suaves lomas y, a lo lejos, se veía la torre de una iglesia. En primer plano se veía una figura. Era un burro, un obscuro pollino de mirada tristonca.

Su yerga colgaba limpiamente hacia el suelo como si acabase de descapullar.

En el medio plano había ciertamente un valle umbrío surcado por un sendero, y en el sendero se veía un pequeño pero perfectamente reconocible Mercedes Benz.

Hargreaves no sabía hacia dónde mirar. Slade temió caer fulminado por un infarto; luego no lo temió, sino que lo deseó y después temió que no lo fulminase.

En el fuero interno del duque, cinco siglos de buenos modales se debatían para dominarlo. Finalmente los buenos modales se impusieron y el duque salió del despacho sin decir palabra.

Una hora después, el honorable Peregrine Slade abandonaba el edificio de House of Darcy para siempre.

Epílogo

Durante el resto de septiembre no ocurrió nada relevante.

En respuesta a diarias llamadas telefónicas, el dueño de la papelería de Sudbury había confirmado que una segunda carta aguardaba al señor McFee. Disfrazado como antes de escocés patillado y pelirrojo, Trumpy tomó el tren para ir a recoger la carta, que contenía un cheque de la House of Darcy por 265.000 libras.

Utilizando una documentación hábilmente falsificada por Suzie, Trumpy abrió una cuenta en el Barclays Bank de St. Peter Port, en la isla británica de Guernesey, en el canal de la Mancha, uno de los últimos paraísos fiscales británicos. Una vez que el cheque fue ingresado y abonado, Trumpy se trasladó allí en avión y abrió otra cuenta a nombre de Trumpington Gore en el Royal Bank of Canada, que estaba un poco más abajo, en la misma calle. Luego fue al Barclays y transfirió todos los fondos del señor Hamish McFee al señor Gore. El subdirector del Barclays se sorprendió por lo poco que había mediado entre la apertura y la cancelación de la cuenta del escocés, pero no puso objeciones.

Y de los canadienses, a quienes no preocupaba ni poco ni mucho las legislación fiscal inglesa, Trumpy obtuvo dos cheques conformados.

Uno de 13.250 libras para Colley Burnside, que podría pensar seriamente en el crepúsculo de su vida flotando satisfecho en una mar de Château Lafitte.

Trumpy retiró 1.750 libras en metálico para ir acostumbrándose a manejar dinero. El segundo cheque era para Benny Evans y Suzie Day conjuntamente, por importe de 150.000 libras. Con el saldo restante de 100.000 libras, los solícitos canadienses estuvieron encantados de abrir un fondo a largo plazo que le proporcionaría a Trumpington Gore unas mil libras mensuales para el resto de sus días.

Benny y Suzie se casaron y fueron a Lancashire, de donde Benny era oriundo. El abrió un pequeña galería de arte y ella se dedicó a trabajar como programadora por su cuenta. Al cabo de un año, Suzie dejó de teñirse el pelo de colorines, se quitó la quincalla de la cabeza y de la cara y tuvo dos hijos gemelos.

Al regresar de Guernesey, Trumpy encontró una carta de Eon Productions. Le decían que Pierce Brosnan, con quien tuvo un pequeño papel en Goldfinger, quería que interpretase un papel mucho más importante en la próxima película de James Bond.

Alguien informó de lo ocurrido a Charlie Dawson del Observer, que, con la regocijada ayuda del profesor Carpenter, consiguió la exclusiva del mayor escándalo del mundo del arte de la época.

La policía aún sigue buscando a Hamish McFee y al señor Yamamoto, pero en Scotland Yard albergan pocas esperanzas de dar con ellos.

Marina vendió sus memorias a News of the World. Lady Eleanor Slade tuvo al poco una larga conferencia con Fiona Shachleton, decana de los abogados divorcistas de Londres. Se llegó a un acuerdo económico, en virtud del cual el honorable Peregrine sólo se quedó con los gemelos de sus camisas.

Slade abandonó Londres y según se dijo regentaba un bar de alterne en Antigua. El duque de Gateshead aún sigue teniendo que comprarse sus propias bebidas en White's.

EL MILAGRO

Siena, 1975

El sol caía a plomo y abrasaba los tejados arracimados de la ciudad amurallada de Toscana. Las tejas medievales, algunas sonrosadas pero la mayoría cocidas por el sol hasta darles un tono ocre oscuro o gris ceniza, brillaban con el calor.

Los canalones que sobresalían de los tejados proyectaban sombras oscuras como la noche a lo largo de las ventanas. Pero donde tocaba el sol, las fachadas enlucidas y los ladrillos viejos emitían un resplandor tenue, y los alféizares de madera se agrietaban y desconchaban. En los callejones largos, estrechos y adoquinados del casco antiguo había remansos de sombras donde los gatos se cobijaban y dormían. Pero no se veía un alma, porque era el día del Palio.

Al fondo de un callejón, perdido en la retícula de callejas adoquinadas, poco más anchas que sus hombros, el turista americano avivaba el paso, rojo como un tomate. El sudor rezumaba de su cabeza hasta empapar la camisa de algodón de manga corta. La chaqueta de verano que llevaba colgada del hombro se le antojaba una manta. Por detrás, su esposa trataba de no rezagarse. Llevaba unas sandalias de suela gruesa muy poco adecuadas para caminar por allí.

Se habían acordado demasiado tarde de reservar habitación en un hotel del centro de la ciudad, precisamente en aquella época y, al final, tuvieron que conformarse con una habitación en Casole d'Elsa. El coche alquilado se había recalentado en la carretera. Lo aparcaron fuera de las murallas de la ciudad y aceleraban el paso desde Porta Oville para no llegar tarde a su destino.

Tardaron poco en perderse por el laberinto de callejas que tenían quinientos años de antigüedad. Tropezaban con los adoquines y les ardían los pies. De vez en cuando, el ganadero de Kansas se detenía para escuchar el clamor del gentío tratando de orientarse en aquella dirección. Su esposa, algo rellenita, tenía casi que trotar para no rezagarse mientras se abanicaba con un plano.

—¡Espérame! —le gritó a su esposo que acababa de doblar una esquina, entre dos casas desde las que los sieneses debieron de ver pasar a caballo a Cosme Médicis, unas casas que ya por entonces eran antiguas.

—Procura andar más deprisa, cariño —le dijo el marido mirando hacia atrás—. De lo contrario nos lo vamos a perder.

El hombre tenía razón. A unos cuatrocientos metros de allí la multitud se agolpaba en piazza del Campo y sus inmediaciones, forcejeando para ver aparecer ya a los *comparse*, el desfile con trajes medievales de los diecisiete gremios de Siena más importantes que, en otros tiempos, gobernaban y administraban la ciudad. Según la tradición, diez de las siete *contrade* cabalgarían con sus monturas aquel día para conseguir para su gremio el honor de hacerse con el estandarte. Pero primero tenía lugar el desfile.

El americano se lo había leído a su esposa la noche anterior en el hotel.

—Los *contrade*, o distritos, de Siena se crearon entre finales del siglo XII y principios del XIII.

—Eso fue antes de Cristóbal Colón —objetó ella, como si nada hubiese podido ocurrir antes de que el gran Colón zarpase desde el estuario del Tajo rumbo al olvido o la gloria.

—Cierto. Lo de Colón fue en 1492. O sea que eso fue tres siglos antes de Colón. Según pone aquí, originariamente los *contrade* eran cuarenta y dos. Cien años después quedaron reducidos a veintitrés, y en 1675 a los diecisiete que veremos desfilar mañana.

Centenares de tamborileros con su indumentaria de gala, músicos y portaestandartes de la cabalgata de comparse llegaban a piazza del Campo. En todos los balcones y ventanas de sus dieciséis edificios, engalanados con banderas y pendones, se hacinaban los privilegiados mientras unas cuarenta mil personas flanqueaban el circuito de la carrera.

—Date prisa, cariño —apremió el americano a su esposa, consciente de que cada vez habría más gente—. Hemos venido desde muy lejos para verlo. Ya diviso esa condenada torre.

Se refería a la torre Mangia, que señoreaba por encima de los tejados.

De pronto, la esposa tropezó, cayó y se torció el tobillo al metérsele el zapato entre dos adoquines. Gritó y quedó hecha un ovillo en el suelo. Su esposo retrocedió para ayudarla.

—Oh, cariño, ¿qué te ha pasado? —exclamó al ver que su esposa se sujetaba el tobillo con expresión de dolor.

—Creo que me lo he torcido —dijo echándose a llorar, compungida al pensar lo bien que había empezado el día y lo mal que pintaba.

Su esposo dirigió la mirada a uno y otro extremo del callejón. Pero todas las viejas puertas de madera estaban cerradas. A pocos metros, se abría una arcada en un muro alto que cerraba el callejón. Pero asomaba el sol, como si tras la arcada hubiese un espacio abierto.

—Vamos allí, a ver si hay algo donde puedas sentarte —dijo él.

La aupó y fueron hacia la arcada. Daba a un patio enlosado, con jardineras rebosantes de rosas y, gracias a Dios, con un banco de piedra donde la esposa se sentó con gran alivio.

A lo lejos, los últimos participantes en el desfile de los comparse salían de la piazza del Duomo cuando la cabeza de la columna llegaba a la piazza del Campo. Los jueces observaban atentamente las evoluciones, el porte y habilidad de los portaestandartes que dibujaban en el aire las figuras más sugestivas. Al margen de quien ganase la carrera, la *contrade* mejor ataviada y hábil obtendría el premio del masgalano, una salvilla de plata primorosamente cincelada. Era importante, y todos los presentes lo sabían.

El turista se agachó para examinar el tobillo de su esposa.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó una voz queda.

El americano se dio la vuelta, sobresaltado. El desconocido aparecía enmarcado por el sol. El turista se levantó. Era un hombre alto y fibroso, de rostro sereno y surcado de arrugas; más o menos de su misma edad, cincuentón y canoso. Llevaba unos pantalones de lona y camisa de algodón. Parecía un trotamundos; un hippie más que granadito. Quizá fuese italiano pero, a juzgar por su acento, no estaba seguro.

—Pues... no sé —repuso el americano en tono algo receloso.

—Su esposa se ha torcido un tobillo, ¿no?

—Sí.

El desconocido se arrodilló, le quitó la sandalia a la americana y le dio una masaje en el pie. Sus dedos eran delicados y hábiles. El hombre de Kansas observó atentamente, dispuesto a defender a su esposa en caso necesario.

—No se lo ha roto, pero me temo que se lo ha torcido —dijo el desconocido.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el americano.

—Pues porque lo sé.

—¿Sí? ¿Quién es usted?

—Soy el jardinero.

—¿El jardinero? ¿De aquí?

—Cuido de las rosas, barro el patio y procuro que esté decente.

—Pero es el día del Palio. ¿No lo oye?

—Claro que lo oigo. Habrá que vendárselo. Tengo una camiseta limpia. Puedo hacer tiras para vendarla. Hay que ponerle agua fría para detener la inflamación.

—¿Y qué hace usted aquí en el día del Palio?

—Nunca lo veo.

—¿Por qué? Todo el mundo va a verlo.

—Pues porque hoy es 2 de julio.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que también es el día de la Liberación.

—¿De qué?

—El 2 de julio de hace treinta años, en 1944, Siena fue liberada de la ocupación alemana, y ocurrió algo aquí, en este patio, algo importante. Creo que fue un milagro. Voy a traer agua.

El americano estaba perplejo. Era de Topeka, católico, de los que iba a misa y confesaba y creía en los milagros —si eran reconocidos como tales por Roma—. En buena parte, su viaje por Italia aquel verano lo había emprendido para visitar al fin Roma. Ir a Siena lo decidió sobre la marcha. Miró en derredor. El patio estaba desierto. Tenía unos veinte metros de ancho por treinta de largo. Los muros que flanqueaban la arcada con verja, por donde había entrado, tenían unos cuatro metros de altura. Los lados perpendiculares eran mucho más altos, de por lo menos quince metros, lisos, con algunas grietas, con sendos saledizos. Eran los muros exteriores de un enorme edificio que tenía varios siglos de antigüedad. Al fondo del patio, en el muro paralelo al de la arcada había un portón, que no era de planchas de madera, sino que estaba hecho con vigas unidas con gruesos pernos para resistir los ataques. La madera era tan antigua como la propia ciudad, descolorida por el sol, salvo en algunos puntos donde se veían rodales oscuros.

A lo largo de un lado del patio, de punta a punta había un claustro rectangular, con un tejado inclinado, sostenido por una hilera de columnas que proyectaban sombras refrescantes.

El jardinero regresó con tiras de tela y un cacillo con agua.

Volvió a arrodillarse junto a la americana y le aplicó un firme vendaje en el tobillo. Luego impregnó el vendaje con agua para que refrescase la piel. La mujer suspiró aliviada.

—¿Crees que podrás llegar hasta la plaza para ver el Palio? —preguntó el esposo.

Ella se levantó, probó a dar un paso e hizo una mueca de dolor.

—¿Qué opina usted? —le preguntó el americano al jardinero, que se encogió de hombros.

—Las calles tienen un firme irregular; hay mucha gente y muy excitada. Sin una escalera o situados en un lugar elevado no verán nada. Pero la fiesta sigue toda la noche. Y entonces podrán ver la cabalgata en todas las calles. Además, en agosto se celebra otro Palio. ¿Podrán quedarse hasta entonces?

—No. Debo cuidar de mi ganadería. He de marcharme la próxima semana.

—Ah. Para entonces su esposa ya podrá caminar, aunque con cuidado.

—¿No podríamos esperar un poco, cariño? —dijo ella. El turista asintió con la cabeza y miró en derredor.

—¿Y qué milagro ocurrió aquí? No veo que haya ningún templete ni nada parecido.

—Es que no lo hay. No hay ninguna imagen. Todavía no. Pero espero que la haya algún día.

—¿Y qué ocurrió aquí hace treinta años en esta fecha?

El relato del jardinero

—¿Estuvo usted en la Segunda Guerra Mundial?

—Por supuesto. En la marina, en el Pacífico.

—¿Aquí en Italia no?

—No, pero mi hermano menor sí. Estuvo a las órdenes de Mark Clark.

El jardinero asintió con la cabeza como si se retrotrajese al pasado.

—Durante 1944 los aliados combatieron avanzando desde Sicilia hasta el norte de la península, en la frontera austriaca. Durante todo aquel año el ejército alemán se batió en retirada; luchaba, pero retrocedía. Fue una larga retirada. Al principio eran aliados de los italianos, pero después de la capitulación italiana fueron los ocupantes. Aquí en Toscana los combates fueron encarnizados. Las fuerzas alemanas estaban al mando del mariscal Kesselring, al que se enfrentaban los americanos al mando del general Clark, los británicos del general Alexander y los franceses del general Juin. A primeros de junio, el frente se había desplazado hasta la frontera septentrional de Umbría y al sur de Toscana, en el sector oeste. Al sur de aquí, el terreno es muy accidentado, con lomas y altozanos que se alinean sin solución de continuidad y valles surcados por miles de riachuelos y arroyos. Las carreteras caracolean ceñidas a las laderas, y son las únicas vías practicables para los vehículos. Se pueden minar con facilidad y barrer con fuego de artillería desde las vertientes de los valles. Los artilleros apostados en las cumbres de las colinas pueden disparar mortero y cañones contra el enemigo con gran precisión. De modo que ambos bandos sufrieron muchísimas bajas. Siena se convirtió en un hospital. El cuerpo médico de la Wehrmacht instaló varios hospitales de campaña aquí y siempre estaban llenos. Hacia el final, incluso éstos quedaron desbordados y requisaron varios conventos y monasterios. Pero la marea aliada seguía avanzando. Columnas de ambulancias alemanas se dirigían hacia el norte día y noche. Pero algunos heridos no podían ser trasladados y tuvieron que quedarse. Muchos heridos murieron y fueron enterrados en las afueras de la ciudad. La falta de espacio se mitigó un poco, hasta finales de aquel mes. Entonces los combates se recrudecieron. Y en aquellos diez últimos días, un joven cirujano alemán fue destinado aquí, recién salido de la facultad de medicina. No tenía experiencia. Tuvo que aprender y operar sobre la marcha. Se dormía poco y los suministros escaseaban.

Se oyó resonar un clamoreo bajo el cielo del verano cuando la última comparse del desfile entró en piazza del Campo. Las contrade que iban a competir desfilaban alrededor de la gigantesca pista adoquinada recubierta de arena. Un clamor aún más atronador saludó la llegada del carroccio, el carro tirado por bueyes que portaba el estandarte codiciado, el Palio, centro del espectáculo.

—Las fuerzas alemanas de este sector pertenecían al XIV Ejército, al mando del general Lemelsen. Sobre el papel era una fuerza formidable, pero muchas unidades estaban agotadas por meses de duros combates y muy diezmadas. El contingente principal era la 1.ª Brigada de Paracaidistas, al mando del general Schlemm, y éste lanzó todo lo que le había llegado por mar a las montañas al sur de Siena, al contingente que formaba su ala derecha. A su izquierda hacia el interior, la exhausta 90.ª División Blindada trataba de resistir ante la 1.ª División Acorazada del general estadounidense Harmon.

Justo en el centro del V Ejército del general Mark Clark, y frente a la ciudad de Siena, estaban las tropas de la Francia Libre, al mando del general Juin. Estaba flanqueado por su 3.ª División de Infantería argelina y por la 2.ª de Infantería marroquí. Esas fueron las fuerzas a que tuvieron que enfrentarse los alemanes durante cinco días de encarnizados combates, desde el 21 al 26 de junio. Luego, los tanques americanos machacaron a los Panzers y Siena quedó emparedada por los flancos: primero por el este, y luego por el oeste, con la llegada de tropas francesas.

»Varias unidades alemanas se retiraron llevándose a sus heridos: artilleros, pilotos de la Luftwaffe y paracaidistas. El 29 de junio, al sur de la ciudad, se produjo un último enfrentamiento antes de la irrupción de los aliados. Fue un combate tan encarnizado que se llegó a luchar cuerpo a cuerpo. Al amparo de la oscuridad, los camilleros alemanes hicieron cuanto pudieron. Centenares de heridos, alemanes y aliados, fueron traídos aquí. El general Lemelson le rogó a Kesselring que lo autorizase a situar sus fuerzas en un frente mucho más largo, más allá de la ciudad, al ver que estaba amenazado por ambos flancos y que podía verse rodeado y capturado. Se le concedió el permiso y sólo los paracaidistas

yvolvieron a la ciudad. Siena rebosaba de soldados. Eran tantos los heridos que este patio contiguo a los muros del antiguo convento fue ocupado, como refugio provisional y hospital para un centenar de alemanes y para todos los aliados heridos. El recién incorporado cirujano quedó al mando. Eso ocurrió el 30 de junio de 1944.

—¿Aquí? —preguntó el americano—. O sea que esto fue un hospital de campaña, ¿no?

—En efecto.

—Pero aquí no hay instalaciones de ningún tipo; ni agua ni electricidad. Debió de ser muy duro.

—Y lo fue.

—Yo estuve en una unidad de transporte. Disponía de un magnífico hospital para los heridos —dijo el americano.

—Suerte que tuvieron. Aquí los heridos tenían que quedarse donde los dejaban los camilleros; americanos, argelinos marroquíes, británicos, franceses y los cien alemanes más gravemente heridos. En realidad, los trajeron aquí para dejarlos morir. Llegó a haber doscientos veinte.

—¿Y el joven cirujano?

El pálido desconocido se encogió de hombros.

—Pues se volcó en su trabajo. Hizo cuanto pudo. Tenía tres enfermeros asignados a él por el cirujano. Pasaban por las casas en busca de colchones, jergones, todo aquello que pudiera servir para que los heridos estuviesen mínimamente cómodos. Recogieron sábanas y mantas de donde pudieron. Las sábanas sólo las utilizaron para hacer vendas. Por Siena no pasa ningún río. Pero, siglos atrás, los sieneses construyeron bajo las calles una complicada red de acuíferos subterráneos para traer agua de los ríos y arroyos de montaña. Así pudieron practicar pozos para extraer el agua. Los enfermeros hicieron cadena desde el pozo más cercano para traer agua al patio. De una casa se trajeron una mesa de cocina muy grande y la instalaron aquí en el centro, entre los rosales, para operar. Las medicinas escaseaban y la higiene brillaba por su ausencia. El joven cirujano operaba lo mejor que sabía durante toda la tarde hasta que oscureció. Cuando se quedó sin luz corrió al hospital militar local y rogó que le prestasen unos quinqués. Y a la luz de los quinqués siguió operando. Pero era inútil. Estaba seguro de que todos morirían. Muchos tenían heridas espantosas. Y el cirujano no disponía de analgésicos ni calmantes. Algunos habían quedado destrozados por una mina que explotó bajo un camarada a pocos metros de él; otros tenían metralla de granada o de bomba. También había miembros destrozados por las balas. Poco después de oscurecer llegó la chica.

—¿Qué chica?

—Una chica, una chica italiana de poco más de veinte años. Tenía un aspecto extraño. Miró con fijeza al cirujano, que asintió con la cabeza. Ella le sonrió y él siguió operando.

—¿Dice que tenía un aspecto extraño?

—Muy pálida, de cara ovalada. Llevaba el pelo corto y no recogido en moño como se llevaba por entonces. Lo llevaba muy corto, a lo garçon, como decían los franceses. Pero era un pelo pulcro no para coquetear. Y llevaba una especie de túnica de algodón gris.

—¿Y la joven ayudó al cirujano?

—No. Sólo fue pasando lentamente entre los heridos. El cirujano vio que empapaba un trozo de tela en un cubo de agua y les enjugaba la frente a los heridos. El siguió con su trabajo a medida que colocaban nuevos heridos en la mesa de operaciones. Siguió operando pese a saber que era una pérdida de tiempo. Tenía sólo veinticuatro años y trataba de hacer la labor de un cirujano con experiencia. Procuraba no cometer errores al amputar miembros con sierras quirúrgicas esterilizadas con grappa, y suturar con hilo engrasado con cera de abejas, sin apenas morfina, que tenía que racionar. Y los heridos gritaban, oh Dios, ¡qué gritos!

El americano lo miró con fijeza.

—¡Dios mío! —musitó—. No me diga que fue usted el cirujano... No es usted italiano. Usted era el cirujano alemán. El pálido jardinero asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, yo era aquel joven cirujano.

—Me parece que ya tengo el tobillo mucho mejor. Quizá aún lleguemos a tiempo de ver el final del espectáculo.

—Tranquila, cariño. Sólo unos minutos más. ¿Qué ocurrió?

En la piazza del Campo los participantes en el desfile ya habían ocupado sus sitios en las tribunas asignadas, frente a los edificios. En el circuito de adoquines cubiertos de arena sólo quedaban un tamborilero y un abanderado por cada contrada. Su misión consistía en mostrar sus habilidades con la bandera y el tambor, dibujando complicadas figuras en el aire al ritmo de los tambores, un último saludo a la multitud antes de la carrera, y la última oportunidad de ganar la salvilla de plata por su gremio.

El relato del cirujano

—Estuve operando toda la noche hasta el amanecer. Los enfermeros estaban tan cansados como yo, pero siguieron trayendo a los heridos a la mesa de operaciones e hice lo que pude. Antes de que amaneciese la joven se había marchado. No la vi irse, como tampoco la había visto llegar. Hubo calma al salir el sol. El río de camillas que llegaban a través de la arcada disminuyó hasta cesar por completo. Pude lavarme las manos e ir pasando frente a los heridos para contar cuántos habían muerto durante la noche y pedir que se los llevasen.

—¿Y cuántos murieron?

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—No murió ninguno. Aquella noche no murió ninguno, ni tampoco por la mañana del 1 de julio. En aquel rincón de allí había tres argelinos. Tenían heridas en el pecho y el estómago y uno de ellos las piernas destrozadas. Los había operado a las tres de la madrugada. Tenían una actitud estoica. Yacían en silencio, mirando hacia arriba, pensando quizá en las agrestes colinas del Magreb desde donde habían ido a luchar y morir por Francia. Eran conscientes de que iban a morir, y aguardaban a que Alá los llamase para ir junto a El. Pero no murieron. Y, justo ahí donde está sentada su esposa, yacía un muchacho de Austin, Texas. Cuando me lo trajeron llevaba las manos cruzadas sobre el vientre. Se las separé. La había cruzado tratando de que no se le saliesen los intestinos, porque tenía toda la pared intestinal abierta. Todo lo que pude hacer fue volverle a meter los intestinos dentro, en su posición normal, y coserlo. Había perdido mucha sangre y yo no disponía de ninguna para hacerle una transfusión. Al amanecer lo oí llorar y llamar a su madre. Pensé que no llegaría a mediodía, pero no murió. Después de amanecer arreciaba el calor, pese a que el sol no daba directamente en estos tejados. Pero me dije que en cuanto diese el sol esto sería un horno. Hice trasladar la mesa de operaciones bajo el claustro, a la sombra, pero para los heridos que estaban al sol había pocas esperanzas. Lo que no había hecho la pérdida de sangre y el traumatismo lo haría el sol. Los que estaban bajo el claustro fueron los afortunados. Había allí tres ingleses, los tres de Nottingham. Uno me pidió un cigarrillo. Por entonces yo hablaba muy poco inglés, pero la palabra cigarrillo es casi internacional. Le dije que con los pulmones destrozados por la metralla un pitillo, como lo llamó él al insistir en pedírmelo, era lo que menos le convenía. Se echó a reír y me dijo que cuando llegase el general Alexander le daría uno. Humor inglés, desde luego. Y de admirar. Sabían que jamás volverían a casa y aún tenían ánimo para bromear. Al regresar los camilleros desde primera línea del frente pedí otros tres enfermeros. Estaban agotados y malhumorados pero, gracias a Dios, la disciplina alemana prevaleció. Tomaron el relevo y mis tres primeros enfermeros se retiraron a un rincón, se hicieron un ovillo y se durmieron.

—¿Y siguió así durante el día? —preguntó el turista.

—Así seguí durante el día. Les ordené a mis nuevos enfermeros que recorriesen las casas de las inmediaciones y trajesen cordeles, cuerdas, sogas y sábanas. Tendimos las

cuerdas de uno a otro lado del patio y fijamos las sábanas con pinzas de tender la ropa para crear un poco de sombra. Pero la temperatura seguía aumentando. El agua era la clave. Los heridos estaban sedientos y mis enfermeros organizaron una cadena con cubos desde el pozo al patio, y les fueron repartiendo vasos de agua tan rápidamente como pudieron. Los alemanes decían danke; los franceses musitaban merci; y las docenas de británicos Ta, mate. Yo rezaba por que se levantase un poco de viento fresco y se pusiera el sol. El viento no sopló pero, al cabo de doce horas de un calor infernal, el sol se ocultó y la temperatura descendió. A media tarde, un joven capitán del contingente de Lemelsen pasó por aquí por casualidad. Se detuvo, miró en derredor, se santiguó y musitó Du Liebe Gott y echó a correr. Yo lo perseguí, gritándole que necesitaba ayuda. Y él se giró y me gritó a su vez «Haré lo que pueda». Pero no volví a verlo. Sin embargo, quizá hiciese algo. Porque, al cabo de una hora, el general cirujano del XIV Ejército envió una carretilla con medicamentos, vendas de campaña, morfina y sulfamidas. Vino bien. Después de la puesta del sol llegaron los últimos heridos, todos alemanes en esta ocasión. Debían de ser una veintena, con lo que el número total de heridos era aquí de doscientos veinte. Y al anochecer volvió ella.

—¿La chica? ¿La extraña chica?

—Sí. Apareció así, por las buenas, como la noche anterior. Parecía que, más allá de las murallas de la ciudad, la artillería había dejado de disparar. Deduje que los aliados debían de estar preparándose para el asalto definitivo, para la destrucción de Siena, y recé por que no muriésemos, aunque sabía que era inútil. De modo que al fin hubo tranquilidad en el patio, es decir, aparte de los gemidos y los gritos de los heridos que yacían postrados. Noté el roce de la túnica de la chica mientras yo atendía a un tanquista de Panzer, de Stuttgart, que sólo conservaba media mandíbula. Me giré y allí estaba ella, empapando una toalla en un cubo de agua. Me sonrió y empezó a pasar entre los heridos que yacían en el suelo. Se arrodillaba junto a ellos, les enjugaba la frente y les tocaba las heridas con delicadeza. Le dije que no tocase los vendajes pero ella hizo caso omiso y siguió.

—¿Era la misma chica? —preguntó el americano.

—La misma. Pero en esta ocasión reparé en algo que me había pasado inadvertido la noche anterior. No era una túnica lo que llevaba la chica, sino una especie de hábito, como de novicia de convento. Entonces caí en la cuenta de que debía de proceder de uno de los muchos conventos que hay en Siena. Y en la pechera del hábito había un dibujo gris oscuro sobre un fondo también gris pero más pálido. Era la imagen de un crucifijo pero con una diferencia: uno de los brazos de la cruz estaba roto y colgaba con unos 45 grados de inclinación.

Desde la gran piazza llegaba un nuevo clamor. Los portaestandartes habían terminado sus evoluciones y los diez caballos, concentrados hasta entonces en el patio de la Podesta, eran conducidos a la pista de arena. Llevaban bridas pero no sillas, porque los jinetes que participaban en la carrera montaban a pelo. Al izarse frente a la tribuna de los jueces el Palio que se disputarían los jinetes, el gentío prorrumpió en vítores.

En el patio, la esposa del turista se levantó y probó a ver cómo estaba su torcedura de tobillo.

—Me parece que, aunque despacito, podré caminar —dijo.

—Espera un poco más, cariño —dijo su esposo—, te prometo que enseguida iremos a verlo. ¿Y qué ocurrió la segunda noche?

—Operé a los últimos veinte, a los últimos alemanes y luego, con mi nuevo equipo volví a intentar atender mejor a algunos de los que atendí la noche anterior. Ahora tenía morfina y antibióticos. Por lo menos a quienes más sufrían podía proporcionarles una muerte tranquila.

—¿Y murieron muchos?

—Ninguno. Estuvieron a las puertas de la muerte pero no murió ninguno. Aquella noche no. Durante toda la noche la novicia pasaba entre ellos sin decirles una palabra, sólo sonriéndoles, refrescándoles la cara con agua y tocándoles las heridas. Ellos le daban las gracias e intentaban tocarla a su vez. Pero ella les sonreía, evitando el contacto, y seguía adelante. Durante veinticuatro horas estuve masticando benzedrina para mantenerme

despierto pero de madrugada, sin nada más que hacer y después de haber agotado mi botiquín, con los enfermeros dormidos junto a aquel muro, con la bata, las manos y la cara empapadas de sangre, me tendí en la mesa de operaciones, una mesa que antes una familia sienesa había utilizado para sus comidas, apoyé la cabeza en las manos y me dormí. Al salir el sol me despertó uno de los enfermeros, que había estado rebuscando por los sitios más inverosímiles y se había traído un bote lleno de verdadero café italiano, que debió de estar escondido en cualquier lugar desde que empezó la guerra. Fue la mejor taza de café que había tomado en mi vida.

—¿Y la chica? ¿La novicia?

—Se había marchado.

—¿Y los heridos?

—Hice rápidamente una ronda por el patio, mirándolos. Seguían vivos.

—Debió de sentir usted una gran satisfacción.

—Más que eso. Me quedé estupefacto. No era posible. Mi equipo era demasiado pequeño, las condiciones demasiado precarias, las heridas demasiado graves y mi preparación todavía insuficiente.

—¿Y dice que eso fue el 2 de julio, el día de la Liberación?

—Exacto.

—¿Y los aliados lanzaron el ataque definitivo?

—No. No hubo ataque en Siena. ¿Ha oído hablar del mariscal Kesselring?

—No.

—En mi opinión fue uno de los comandantes menos valorados de la Segunda Guerra Mundial. Obtuvo el bastón de mariscal en 1940, pero por entonces cualquier general alemán podía vencer en el frente occidental. Pero ser derrotado y tener que batirse en retirada ante fuerzas superiores ya es otro cantar. Hay generales muy capacitados para llevar a cabo un avance glorioso, y otros muy capacitados para organizar y llevar a cabo una retirada. Rommel era de los primeros, Kesselring de los segundos. Tuvo que batirse en retirada desde Sicilia a Austria. En 1944, con un control absoluto de los cielos, mejores tanques, combustible y suministros en cantidades ilimitadas, y con la población italiana de su parte, los aliados habrían barrido Italia a mediados del verano, pero Kesselring los obligó a luchar por cada palmo de terreno. Y, a diferencia de otros, Kesselring no era un salvaje. Era un hombre culto y un enamorado de Italia. Hitler le ordenó volar los puentes de Roma que cruzaban el Tíber. Eran y siguen siendo verdaderas joyas arquitectónicas. Kesselring se negó, con lo que ayudó al avance aliado. Y mientras yo estaba sentado aquí aquella mañana tomando café, Kesselring le ordenó al general Schlemm sacar de Siena la La Brigada de Paracaidistas sin disparar un tiro. No había que producir el menor daño, no destruir nada. Lo que yo tampoco sabía era que el papa Pío XII había intercedido ante el general De Gaulle, cuya Francia Libre tenía la misión de tomar la ciudad, para pedirle que no la destruyese. Nunca sabremos si hubo un pacto secreto entre Lemelsen y Juin. Ninguno de los dos lo mencionó y ambos ya han muerto. Pero ambos recibieron la misma orden: salvar Siena.

—¿Y no se disparó un solo tiro? ¿Ni fuego de mortero? ¿Ni una bomba?

—Nada. Nuestros paracaidistas empezaron a retirarse a última hora de la mañana. Duró todo el día. A media tarde las botas atronaban en ese callejón de ahí y apareció el general cirujano del XIV Ejército. El teniente general Von Steglitz había sido un famoso ortopeda antes de la guerra. También él había estado operando durante muchos días, pero en el hospital principal. Estaba agotado. Se quedó bajo la arcada y miró alrededor con cara de pasmo. Había allí seis enfermeros conmigo. Miró mi bata ensangrentada y la mesa de cocina, que ahora teníamos allí para aprovechar la luz del día. Miró al maloliente montón de miembros amputados de un rincón; manos, brazos, piernas, algunas aún con las botas puestas.

»—¡Menudo osario! —exclamó—. ¿Está solo aquí, capitán? »—Sí, señor.

»—¿Cuántos heridos?

»—Unos doscientos veinte, mein General. »—¿Nacionalidades?

»—Ciento veinte de los nuestros, y aproximadamente un centenar de aliados de distintos países, señor.

»—¿Cuántos muertos?

»—De momento ninguno, señor.

»Me miró estupefacto.

»—Unmöglich! —exclamó.

—¿Qué significa eso? —preguntó el americano.

—Significa imposible. Luego fue pasando entre las hileras de colchones. No necesitó preguntarlo. Le bastó una ojeada para ver el tipo de heridas, la gravedad y las probabilidades de supervivencia. Iba con él un sacerdote que se arrodilló allí mismo y les administró los últimos sacramentos a aquellos que morirían antes del amanecer. El general cirujano terminó su ronda y volvió aquí. Me miró. Yo estaba derregado, medio muerto de cansancio, ensangrentado, oliendo como una mofeta y con nada en el estómago desde hacía cuarenta y ocho horas.

»—Es usted un joven extraordinario —me dijo—. Lo que ha hecho aquí es... un imposible. ¿Sabe que nos estamos retirando?

»Le contesté que sí. Porque las noticias vuelan en un ejército derrotado. Entonces les dio órdenes a los hombres que estaban con él. Por el callejón asomó una columna de camilleros. Llévense sólo alemanes. Dejen a los aliados para los aliados, le ordenó. El general fue pasando entre las hileras de heridos alemanes, seleccionando sólo a aquellos que podían resistir el largo trayecto por un terreno muy accidentado entre las lomas de Chianti hasta Milán, donde al fin podrían recibir mejor atención médica. Les dijo a los camilleros que a los alemanes en estado desesperado tendrían que dejarlos allí. Cuando hubo terminado, setenta alemanes habían sido evacuados. De modo que quedaron cincuenta, y los aliados. Entonces se me acercó. El sol se había puesto ya por detrás de las casas. Volvía a refrescar. El general mudó su brusco talante. En aquel momento sólo parecía un hombre avejentado y enfermo.

»—Algunos han de quedarse aquí. Quédese usted con ellos.

»—Lo haré —dije.

»—Eso significará convertirse en prisionero de guerra. »—Lo sé, señor.

»—De modo que para usted será, al fin y al cabo, una guerra corta. Espero que volvamos a vernos en nuestra patria.

»Ya estaba todo dicho. Enfiló la arcada, pero se volvió y me dirigió el saludo militar. ¿Lo imagina? Un general cuadrándose ante un capitán. Como yo no llevaba la gorra no pude corresponder al saludo. Se marchó. Jamás he vuelto a verlo. Murió en un bombardeo seis meses después. Me quedé solo aquí, con ciento cincuenta heridos, casi todos condenados a morir si no llegaba pronto ayuda. Oscureció, mis quinqués se estaban quedando sin acetileno. Pero salió la luna. Yo empecé a pasar cacillos con agua. Y al darme la vuelta allí estaba ella otra vez.

El clamor procedente de piazza del Campo era ya ensordecedor. Los diez jinetes, menudos y fibrosos, todos ellos profesionales, ya habían montado. Todos empuñaban un látigo terrible hecho de vergajo, con el que no sólo podían fustigar a sus propios caballos, sino también a los jinetes que se les acercasen demasiado. El juego sucio es permitido en la carrera del Palio, que no está hecha para los que se arrugan. Las apuestas alcanzan proporciones mareantes, el afán por vencer es increíble, y una vez en la pista de arena vale todo.

Ya se habían sorteado los puestos de los diez jinetes con sus monturas, detrás de la gruesa sogas que demarca la línea de salida. Cada jinete, ataviado con la colorista indumentaria de su contrada, llevaba puesto el casco de acero, empuñaba el vergajo y sujetaba las riendas con firmeza. Los caballos se removían impacientes al entrar en sus cubículos detrás de la sogas. El mossiere alzó la vista hacia el magistrato para que, asintiendo con la cabeza, indicase que podía dejar caer la sogas al suelo cuando el último

caballo hubiese ocupado su posición. El clamor del gentío semejaba el rugido de un león en la sabana.

—¿Volvió la novicia la tercera noche?

—La tercera y la última. Trabajamos en equipo. Como es natural, yo a veces le hablaba en alemán, pero estaba claro que no me entendía. Se limitaba a sonreírme sin decir nada, ni siquiera en italiano. No nos tocamos en ningún momento. Ella asistía a los heridos y yo iba trayendo agua y cambiaba algunos vendajes. El general cirujano me había dejado nuevos suministros, todo aquello de lo que pudo prescindir para lo que, sin embargo, consideraba una causa perdida. Al amanecer, los suministros ya se habían terminado. Aquella tercera noche reparé en algo que no había visto antes. La novicia era bonita pero a la luz de la luna me fijé en que tenía una mancha negra en el dorso de cada mano, una mancha del tamaño de un dólar de plata. No le di importancia hasta años después. Poco antes de que amaneciese la joven había desaparecido.

—¿Y no volvió a verla?

—No. Nunca. Poco después de que saliese el sol vi ondear banderas en todas esas ventanas de ahí arriba. Ya no eran banderas con el águila del Reich. Los sieneses habían improvisado banderas de los aliados con retales, especialmente la bandera tricolor francesa. Salieron enarbolándolas por toda la ciudad. Hacia las siete oí pisadas procedentes de ese callejón de ahí fuera. Me asusté.

Tenga en cuenta que, hasta entonces, jamás había visto a un soldado aliado armado. Pero la propaganda de Hitler nos había inculcado que todos eran asesinos. Al cabo de unos minutos aparecieron cinco soldados bajo la arcada. Eran muy morenos. Sus uniformes estaban tan sucios de tierra y sudor que apenas reconocí a qué unidad pertenecían. Entonces vi la Cruz de Lorena. Eran soldados del ejército francés, pero argelinos. Me gritaron algo que no entendí, no sé si en francés o en árabe. Yo sonreí y me encogí de hombros. Mi ensangrentada bata cubría la camisa de la Wehrmacht y los pantalones, pero debieron de reparar en mis botas. Inconfundibles botas de la Wehrmacht. Ellos habían sufrido muchas bajas al sur de Siena y allí estaba yo, el enemigo. Irrumpieron en el patio, me gritaron y me apuntaron con sus fusiles a centímetros de la cara. Pensé que iban a dispararme. Entonces uno de los argelinos heridos les gritó desde un rincón. Los soldados se le acercaron y escucharon lo que su compatriota les susurró. Al volver junto a mí su actitud había cambiado. Sacaron un horrible cigarrillo y me obligaron a fumarlo como símbolo de amistad.

»A las nueve, los franceses inundaban la ciudad, agobiados por los exultantes sieneses, las chicas se los comían a besos; y yo me quedé aquí con mis amistosos captores. Entonces apareció un teniente francés que hablaba un poco de inglés, igual que yo. Le expliqué que yo era un cirujano alemán, que me habían dejado allí con mis pacientes, varios franceses y la mayoría aliados. Fue pasando entre las hileras de heridos que yacían en el suelo y comprobó que había veinte compatriotas suyos aparte de los británicos y americanos, y salió al callejón para pedir ayuda. Al cabo de una hora todos los heridos habían sido ingresados en el hospital, ahora casi vacío y donde sólo quedaban algunos alemanes que no podían moverse. Fui con ellos. Me condujeron a la sala de partos a punta de pistola, mientras un coronel cirujano francés examinaba a los heridos uno por uno, que ahora estaban con sábanas limpias. Varias enfermeras italianas los lavaban con esponjas y les daban de comer todo aquello que les admitiese el estómago.

»Por la tarde, el coronel cirujano vino a la sala en que me encontraba. Le acompañaba un general francés llamado De Monsabert, que hablaba inglés.

»—Mi colega me dice que la mitad de estos hombres deberían estar muertos —dijo—. ¿Qué les ha hecho?

»Yo les expliqué que sólo lo que buenamente había podido con el equipo y los medicamentos de que disponía. Intercambiaron unas palabras en francés y luego el general se dirigió a mí otra vez.

»—Necesitamos un informe con datos para los familiares. ¿Dónde están las placas de identificación de los fallecidos, de cualquier nacionalidad?

»Yo contesté que no había placas de identificación, porque ninguno de los hombres que trajeron al patio había muerto. Volvieron a hablar. El cirujano se encogía de hombros una y otra vez.

»—¿Me da usted su palabra de no huir y de quedarse aquí a trabajar con mi colega? —me preguntó el general—. Hay mucho que hacer.

»Le contesté que sí, naturalmente. ¿Adónde iba a huir? El ejército alemán se retiraba más rápido de lo que yo pudiera correr. Si me aventuraba a campo traviesa los partisanos me matarían. Luego, por falta de sueño y comida, me desmayé y caí redondo al suelo.

»Después de un buen baño, de veinte horas de sueño y una comida, estuve en condiciones de volver a trabajar. Todos los heridos franceses, evacuados por sus compatriotas en los diez días anteriores, fueron trasladados a Perugia, Asís e incluso a Roma. Los que estaban en el hospital de Siena procedían casi todos de este patio. Había huesos que recomponer y escayolar, suturas que volver a abrir y lesiones internas que operar adecuadamente. Sin embargo, heridas que tenían que haberse infectado, y acabado con la vida de los afectados, estaban asombrosamente limpias. Las arterias rotas parecían haberse soldado por sí solas, las hemorragias habían cesado. El coronel era una eminencia de Lyon; él operaba y yo lo ayudaba. Estuvimos operando sin descanso día y noche, y no murió nadie.

»La marea de la guerra avanzaba hacia el norte. Me permitieron vivir con los oficiales franceses. El general Juin visitó el hospital y me agradeció lo que había hecho por sus compatriotas. Después me encargaron que cuidase sólo de los cincuenta alemanes. Al cabo de un mes nos evacuaron a todos al sur de Roma. Como ninguno de los alemanes volvería al combate, se dispuso su repatriación a través de la Cruz Roja.

—¿Volvieron a sus casas? —preguntó el americano. —Todos volvieron a casa —contestó el cirujano—. El cuerpo médico norteamericano se hizo cargo de sus hombres y, cuando estuvieron en condiciones, los embarcó en Ostia rumbo a Estados Unidos. Los virginianos regresaron a Shenandoah y los tejanos al estado de la estrella solitaria. El muchacho de Austin que llamaba a su madre volvió a Texas, con sus intestinos en su sitio y las heridas del estómago cicatrizadas.

»Los franceses se llevaron a sus heridos después de la liberación de Francia. Los británicos evacuaron a los suyos y me llevaron con ellos. El general Alexander fue a visitar el hospital de Roma y le contaron lo ocurrido en este patio de Siena. Dijo que si yo seguía dando mi palabra de no huir podía trabajar en el hospital militar en Gran Bretaña para ocuparme de los alemanes heridos hasta que la guerra terminase. Y así lo hice. De todas maneras, Alemania había perdido la guerra. En el otoño de 1944 todos lo sabíamos ya. La paz llegó con la rendición en mayo de 1945 y me permitieron regresar a Hamburgo, mi ciudad natal, que estaba destrozada.

—Y entonces... ¿qué hace usted aquí ahora treinta años después? —preguntó el turista americano.

Desde piazza del Campo les llegaban claramente los gritos de la multitud. Uno de los caballos se había caído y roto una pata, y el jinete había quedado inconsciente mientras los nueve restantes seguían en carrera. A pesar de la arena que cubría la pista, por debajo estaban los adoquines, con los que era muy fácil tropezar. Con el frenético galope eran frecuentes las aparatosas caídas.

El pálido cirujano se encogió de hombros. Miró en derredor.

—Creo que lo que ocurrió en este patio durante aquellos tres días fue un milagro. Pero no tuvo nada que ver conmigo. Yo era un cirujano muy joven y entusiasta pero nada más. Fue la chica.

—Mire... ya habrá otros Palios —dijo el turista—. Hábleme de la chica.

—De acuerdo. En el otoño de 1945 me enviaron a Alemania. Hamburgo estaba ocupada por los británicos. Al principio trabajé en su hospital principal y luego en el hospital general de Hamburgo. En 1949 volvimos a tener nuestra propia república y me incorporé a trabajar en una clínica privada. Ascendí y llegué a accionista. Me casé con una chica de allí y tuvimos dos hijos. La vida mejoró y Alemania prosperaba. Dejé aquella clínica y fundé otra

propia. Me dediqué a tratar a los nuevos ricos y me enriquecí yo también. Pero nunca olvidé este patio ni a la joven con el hábito de novicia.

»En 1965, tras quince años de casados, mi matrimonio se rompió. Nuestros hijos eran aún adolescentes. La separación los afectó mucho pero lo comprendieron. Yo tenía dinero y había quedado libre. En 1968 decidí volver aquí y buscarla. Sólo para darle las gracias.

—O sea que volvió a encontrarla, ¿no?

—En cierto modo. Habían pasado veinticuatro años. Debía de ser ya casi cincuentona como yo. Supuse que sería monja o que, si por alguna razón había abandonado la orden, sería una mujer casada y con hijos. De modo que vine en el verano de 1968, me hospedé en el Villa Patrizia y empecé a buscarla.

»Primero recorrí todos los conventos: es decir, los tres que hay. Contraté a un intérprete y hablé con la madre superiora de cada uno de ellos. Dos de ellas habían estado allí durante la guerra y la tercera se había incorporado posteriormente. Al describirles a la novicia las tres menearon la cabeza, y llamaron a la monja más anciana del convento, pero tampoco ella tenía el menor recuerdo de esa novicia. Me llamó especialmente la atención que el hábito gris pálido, con un bordado gris más oscuro en la pechera, no lo reconociese ninguna de ellas. Me dijeron que ninguna orden usaba hábitos de color gris pálido. Amplié la búsqueda diciéndome que acaso perteneciese a alguna orden de fuera de la ciudad; que la joven hubiese estado en Siena para visitar a familiares durante la última semana de ocupación alemana en 1944. Recorrí Toscana en busca del convento del que pudiese proceder, pero en vano. Con la ayuda de mi intérprete, que estaba a punto de perder la paciencia, busqué todos los tipos de hábitos utilizados por las órdenes del pasado y del presente. Había varios gris pálido pero ninguno con la cruz bordada y uno de los brazos de la cruz roto. Al cabo de seis semanas comprendí que sería inútil. La joven había acudido a este patio tres noches consecutivas hacía veinticuatro años. Había enjugado los rostros de soldados moribundos y los había confortado. Había tocado sus heridas y no habían muerto. Quizá fuese una de esas personas que tienen el don de curar mediante el simple tacto. Pero luego desapareció en el hervidero de una Italia assolada por la guerra. Le deseé lo mejor, dondequiera que estuviese, y asumí que nunca la encontraría.

—Pero me ha dicho que sí la encontró —recordó el americano.

—He dicho «en cierto modo» —lo corrigió el cirujano—.

Decidí marcharme, pero antes lo intenté por última vez. Hay dos periódicos en la ciudad. Il Corriere di Siena y La Gazzetta di Siena. Y puse en ambos un anuncio de un cuarto de página, incluso con una ilustración. Dibujé el bordado que vi en su hábito y el dibujo apareció en los anuncios. Ofrecía una recompensa por cualquier información que pudieran proporcionarme acerca de aquel extraño dibujo. Los periódicos aparecieron con el anuncio la mañana en que me disponía a marcharme. Estaba en mi habitación haciendo las maletas cuando me llamaron de recepción diciendo que una persona quería hablar conmigo. Bajé con las maletas. Había reservado un taxi para dentro de una hora. Nunca llegué a necesitar el taxi y perdí el avión. Esperando en el vestíbulo vi a un anciano menudo y de pelo blanco, con hábito de monje, una sotana gris oscuro ceñida con un cordón blanco. Calzaba sandalias. Llevaba un ejemplar de la Gazzetta en la mano abierto por la página de mi anuncio. Fuimos a la cafetería y nos sentamos. Hablaba inglés.

»Me preguntó quién era yo y por qué había puesto aquel anuncio. Yo le dije que estaba buscando a una joven de Siena que me había ayudado hacía casi veinticinco años. Y él me dijo que era fra Domenico, que pertenecía a una orden dedicada al ayuno, la plegaria y el estudio. Se había dedicado durante toda su vida a estudiar la historia de Siena y de sus diversas órdenes religiosas. Parecía nervioso y agitado y me pidió que le refiriese con detalle cómo había visto aquel dibujo en un hábito de una joven en Siena. Le dije que era una larga historia y me dijo que teníamos tiempo, que por favor se lo contase todo.

La gran piazza fue un clamoreo cuando uno de los caballos cruzó la línea de meta con sólo media cabeza de diferencia respecto al segundo. Los miembros de las nueve contrade prorrumpieron en un ¡oh! de decepción mientras que los de la décima, la contrada Istrice, que significa puercoespín, prorrumpían en gritos de júbilo. En las sedes de los nueve gremios que habían perdido el vino correría toda la noche, pero entre lamentaciones y

discusiones sobre lo que tenían que haber hecho para ganar. En la sede del gremio Istrice la fiesta acabaría en disturbios.

—Siga, siga —dijo el americano—; ¿qué le contó usted?

—Pues se lo conté todo. Eso era lo que él quería, ¿no? Se lo referí todo desde principio a fin, hasta el menor detalle, y varias veces. Entonces llegó el taxi y yo le dije al taxista que ya no lo necesitaba. Pero con toda la excitación olvidé un detalle hasta el final. Y entonces recordé lo de las manos, lo de las manos de la joven. Le conté que a la luz de la luna le vi a la novicia sendas manchas oscuras en el dorso de las manos. El monje se quedó tan blanco como su pelo y empezó a pasar las cuentas de un rosario entre sus dedos mientras movía los labios en silencio. Por entonces yo era protestante. Luego me convertí al catolicismo. Le pregunté qué hacía.

»—Rezo, hijo mío, rezo —me contestó.

»—¿Por algún hermano?

»—Por mi alma inmortal y también por la de usted —repuso—. Porque creo que fue usted testigo de un milagro.

»Le rogué que me explicase lo que supiera y entonces me contó la historia de Catalina.

El relato de fra Domenico

—¿Sabe usted algo de la historia de Siena? —me preguntó.—No —repuse—, prácticamente nada.

—Es muy larga. Esta ciudad ha sido testigo del paso de muchos siglos. Muchos han sido siglos de paz y prosperidad pero en la mayoría ha habido guerras y derramamiento de sangre; dictadores, señores feudales, hambrunas y epidemias. Pero los dos siglos peores fueron los que mediaron entre 1355 y 1559. Doscientos años de interminables, absurdas e inútiles guerras intestinas y exteriores. La ciudad era continuamente arrasada por contingentes de mercenarios errantes, los temidos condottieri, y carecía de un gobierno firme capaz de defender a sus ciudadanos. Como usted debe de saber, por entonces no existía Italia, sino que la península era una serie de principados, ducados, pequeñas repúblicas y ciudades-estado que a menudo ansiaban conquistar el territorio del vecino; pura y simplemente, estaban en guerra con él. Siena era una ciudad-república siempre codiciada por el ducado de Florencia, que terminó por absorbernos bajo Cosme I de la casa de los Médicis. Pero la absorción fue precedida por el período más aciago, de 1520 a 1550, y a ese período voy a referirme. El gobierno de la ciudad-estado de Siena era un caos, dominado por cinco clanes, los monti, que se combatieron hasta que arruinaron la ciudad. Hasta 1512 había dominado Pandolfo Petrucci. Era el jefe del clan más fuerte e impuso una tiranía brutal pero, por lo menos, aportó estabilidad. Cuando él murió, la ciudad quedó sumida en la anarquía. Teóricamente la ciudad la gobernaba la Balìa, un consejo permanente de magistrados del que Petrucci había sido un presidente cruel y astuto. Pero los miembros de la Balìa lo eran también de los enfrentados monti y, en lugar de colaborar para gobernar la ciudad, se combatieron hasta dejar Siena postrada. En 1520 uno de los miembros de la casa de Petrucci tuvo una hija. Incluso después de la muerte de Pandolfo, seguía gobernando la Balìa y los otros cuatro monti seguían combatiéndose sin freno. La niña creció tan bonita como piadosa. Era un orgullo para su familia, que vivía en una mansión cerca de aquí, protegida de la miseria y el caos de las calles. Mientras que otras jóvenes ricas y consentidas se convertían en licenciosas, por no decir libertinas, Catalina Petrucci siguió recatada y dedicada a la Iglesia. El único roce con su padre se debió a la cuestión del matrimonio. Por aquel entonces era corriente que las chicas se casasen a los dieciséis e incluso a los quince años. Pero pasaban los años y Catalina rechazaba pretendiente tras pretendiente, con el natural disgusto de su padre.

»En 1540 se abatió sobre Siena y su zona rural un verdadero infierno: hambruna, epidemias, disturbios, sublevaciones campesinas y divisiones internas. Catalina fue inmune

a todo esto, protegida por los muros de la mansión y por los guardias de su padre. Dedicaba su tiempo a sus labores, a la lectura y la asistencia a los servicios religiosos en la capilla familiar. Pero aquel año ocurrió algo que cambió su vida. Salió de la mansión para asistir a un baile pero nunca llegó.

»Sabemos lo que ocurrió, o creemos saberlo, porque existe un documento escrito en latín por su confesor, un viejo sacerdote que atendía las necesidades espirituales de los Petrucci. Catalina dejó la mansión, que era un verdadero palacio, en un coche con su criada y seis miembros de su escolta, porque las calles eran peligrosas. Durante el trayecto tuvo que parar al encontrarse con otro coche atravesado de lado a lado. Catalina oyó que un hombre gritaba de dolor; y, en contra de las recomendaciones de la criada, se asomó a ver qué ocurría.

»El otro coche pertenecía a una familia rival y parece que un viejo mendigo había tropezado en la calle, provocando que los caballos se asustasen y encabritasen. El enfurecido ocupante del coche, joven noble y brutal, había saltado del coche, le había arrebatado una fusta a uno de los escoltas y estaba apaleando al mendigo salvajemente. Sin vacilar, Catalina saltó también a la calle embarrada, poniéndose perdidas sus zapatillas de seda, y le gritó al noble que se detuviese. El alzó la vista y la reconoció: era una de las jóvenes con las que su padre había querido casarlo y, al ver el escudo de los Petrucci en la portezuela del coche, dejó de apalearlo al mendigo y volvió a subir a su carruaje.

»La chica se acuclilló en el barro y abrazó al sucio y anciano mendigo, que agonizaba a causa del apaleamiento. Aunque aquellos pobres desdichados debían de estar llenos de parásitos, oliendo a lodo y excrementos, lo tuvo abrazado hasta que murió. Cuenta la leyenda que, al mirar al dolorido y agotado rostro lleno de sangre y lodo, creyó ver la faz del Cristo agonizante. Según nuestro cronista, el mendigo le musitó al agonizar: "Velad por mi gente."

»Nunca sabremos qué ocurrió realmente aquel día, porque ningún testigo presencial refirió relato alguno. Sólo tenemos las palabras de un viejo sacerdote que las escribió en la soledad de su celda años después. Pero ocurriese lo que ocurriese, cambió la vida de Catalina. Volvió a su mansión y, en el patio, quemó todo su ropero. Le dijo a su padre que deseaba renunciar al mundo y entrar en un convento. El padre se negó en redondo y se lo prohibió terminantemente.

»Sin embargo, desafiando a la voluntad paterna, algo insólito en aquellos tiempos, fue a todos los conventos y monasterios de la ciudad pidiendo ser admitida como novicia. Pero los mensajeros de su padre se le habían adelantado y no la admitieron en ninguno, sabedores del poder que aún tenían los Petrucci.

»No obstante, si el padre creyó que aquello iba a detenerla se equivocó. Catalina robó del tesoro familiar su propia dote y, tras negociar en secreto con un monti rival, consiguió en arriendo cierto patio. No era gran cosa. Formaba parte y era contiguo a los altos muros del monasterio de Santa Cecilia. Pero los monjes no lo utilizaban. Tenía unos veinte metros de ancho por treinta de largo, con un claustro que iba de lado a lado a la sombra de los altos muros de piedra. Para asegurarse de que la independencia fuese total, el padre superior hizo instalar un portón de madera, hecho con troncos de roble, en la única arcada que comunicaba el monasterio con el patio y lo hizo tapiar. La joven convirtió el patio en una especie de refugio o santuario para los pobres y menesterosos que vagaban por calles y callejones. Hoy abundan estos refugios pero, por supuesto, entonces no existía nada parecido. Catalina se cortó su resplandeciente melena, se hizo un sencillo hábito gris de algodón y caminaba descalza. Y en aquel patio los más pobres entre los pobres, los desechados por la sociedad, los mendigos y los desposeídos, las criadas embarazadas echadas por sus amos, los ciegos e incluso los enfermos, que eran quienes más temor y aprensión despertaban, encontraron refugio. Yacían en su propia suciedad, entre excrementos y ratas, porque no conocían otro modo de vivir. Ella los lavaba y limpiaba, curaba sus heridas y sus llagas y utilizó lo que le quedaba de su dote para comprar comida; y luego mendigó por las calles para seguir adelante. Como es natural, su familia la repudió. Pero, al cabo de un año, el talante de la ciudad cambió. Los sieneses empezaron a llamarla Catalina de la Misericordia, y a enviar donativos anónimos los ricos y los que tenían remordimientos. Su fama se extendió más allá de las murallas de la ciudad. Otra joven de

buena familia renunció a sus riquezas y se le unió. Y luego otra. Al cabo de tres años toda Toscana había oído hablar de Catalina. Y lo que es más, y fue peor, su actividad llegó a oídos de la Iglesia.

»Es importante que tenga en cuenta, signore, que aquellos fueron tiempos terribles para la Iglesia católica. Incluso yo debo reconocerlo. Se había convertido en venal y corrupta, por haber pasado demasiado tiempo acaparando privilegios, poder y riquezas. Muchos príncipes de la Iglesia, obispos, arzobispos y cardenales, vivían como príncipes mundanos, entregados a los placeres, a la violencia y a todas las tentaciones de la carne. Esto había provocado cierta reacción entre la gente, que buscaba nuevos líderes. Ese movimiento fue la Reforma. En el norte de Europa las cosas estaban aun peor. Lutero ya había predicado su doctrina herética y el rey de Inglaterra había roto con Roma. Aquí en Italia la verdadera fe era como una caldera en ebullición. A poco kilómetros de aquí, en Florencia, el monje y predicador Savonarola fue quemado en la hoguera después de haber sido terriblemente torturado para que se retractase. Pero ni siquiera tras su muerte se acallaron las ansias de rebelión.

»La Iglesia necesitaba una reforma pero no un cisma y, sin embargo, muchos de los que ocupaban el poder no lo veían así. Entre ellos se encontraba el obispo de Siena, Ludovico, que tenía mucho que temer porque había convertido el palacio episcopal en un antro de placeres carnales, gula, vicio y corrupción. Vendía bulas y concedía absoluciones a los ricos a cambio de sus riquezas. Pero aquí en su propia ciudad, casi junto a estos muros, vivía una joven que con su ejemplo lo avergonzaba. Y la gente lo sabía. Catalina no predicaba, no incitaba a actitud alguna, como hiciera Savonarola, pero, pese a ello, Ludovico empezó a temerla.

Desde la tribuna de los jueces en piazza del Campo el ansiado Palio fue ceremoniosamente entregado a los jefes de la contrada vencedora, y los abanderados que ostentaban la divisa del puercoespín agitaban las banderas frenéticamente, mientras se dirigían entre cánticos al lugar donde celebrarían el banquete de la victoria.

—Nos lo hemos perdido todo, cariño —dijo la esposa del americano, cuyo tobillo estaba mucho mejor—. Ya no podremos ver nada.

—Sólo un momento. Te prometo que veremos toda la fiesta. Dura hasta el amanecer. Bueno ¿y qué sucedió con Catalina?

—Al año siguiente se le presentó la ocasión al obispo. Había sido un verano muy caluroso. La tierra estaba agrietada, los ríos bajaban secos, en las calles se acumulaban excrementos humanos y de animales, las ratas lo invadían todo. Y se declaró una epidemia de peste; de nuevo la temible peste negra, que ahora conocemos como peste bubónica o neumónica. Miles de sieneses enfermaron y murieron. En la actualidad sabemos que la enfermedad la propagaron las ratas y las pulgas que las parasitaban. Pero los sieneses creyeron que era la ira de Dios lo que se abatía sobre ellos, y la ira de Dios debía ser aplacada con un sacrificio. Por entonces, para diferenciarse ella y sus tres acólitas de otras hermanas de la ciudad, Catalina había diseñado una insignia que las cuatro llevaban en sus hábitos: la cruz de Jesús, pero con uno de los brazos roto, para simbolizar su dolor por los hombres y el modo en que se comportaban entre sí. Esto lo sabemos porque fue descrito con detalle por el otro confesor que escribió sus memorias años después.

»El obispo declaró que aquella insignia constituía una herejía e incitó al populacho a que se manifestase, pagándoles para que saliesen a las calles. La peste, según dijo, había partido de aquel patio, propagada por los mendigos que dormían allí y que durante el día vagaban por las calles. La gente quiso achacar a alguien la desgracia de la epidemia y el populacho se dirigió al patio.

»El viejo cronista no estuvo presente, pero asegura haber oído lo que ocurrió de fuentes distintas y de la misma manera. Al oír que se acercaba el populacho, las tres acólitas se cubrieron con mantas sobre los hábitos y huyeron a ocultarse. Catalina se quedó. La turba irrumpió apaleando a hombres, mujeres y niños que allí se encontraban, obligándolos a escapar fuera de las murallas de la ciudad, para que muriesen de hambre en el campo. Pero concentraron sus iras en Catalina. La joven era casi con toda seguridad virgen, pero la violaron varias veces. Entre los violadores debió de haber soldados de la

guardia del obispo. Cuando se hartaron de violarla la crucificaron en el portón de madera del fondo del patio y allí murió.

»Esa es la historia —dijo el hombre de rostro macilento— que fra Domenico me contó en la cafetería del hotel hace siete años.

—¿Y eso fue todo? —preguntó el americano—. ¿No le contó nada más?

—Sí, algo más me contó —repuso el alemán.

—Cuéntemelo todo, por favor —le rogó el turista.

—Pues, según el monje, esto es lo que ocurrió. La misma noche del asesinato se abatió sobre la ciudad una terrible tormenta. Los nubarrones que llegaban desde las montañas circundantes eran tan negros que oscurecieron el sol, luego la luna y las estrellas. Y empezó a llover. Nadie había visto diluviar jamás de aquella manera. El agua caía con tal furia que parecía que toda Siena fuese regada desde arriba con mangueras a presión. Estuvo lloviendo toda la noche y toda la mañana. Luego las nubes se alejaron y salió el sol. Pero Siena había quedado limpia. Toda la suciedad acumulada en las calles fue arrastrada por el agua fuera de las murallas. Las calles semejabán torrentes que arramblaban con todo hasta salir por los aliviaderos de las murallas y caer por las laderas. Y con el agua desapareció toda la porquería y las ratas, ahogadas como los pecados de un malvado en las lágrimas de Cristo. Al cabo de pocos días la epidemia empezó a remitir y no tardó en extinguirse. Pero quienes tomaron parte en la violación y crucifixión de Catalina se sintieron avergonzados por lo que habían hecho. Algunos volvieron al patio, ahora vacío y desierto. Cogieron el cuerpo crucificado en el portón y quisieron darle cristiana sepultura. Pero los sacerdotes temían al obispo y a que los acusasen de herejía. De modo que unas cuantas almas valerosas colocaron el cuerpo en una camilla y se lo llevaron al campo.

Lo incineraron y echaron las cenizas a un arroyo de montaña. El confesor de la casa de los Petrucci, que escribió todo esto en latín, no consignó el año exacto, y menos aún el mes y el día. Pero existen otros anales que mencionan la fecha del gran diluvio con suma exactitud. Fue en 1544, en el mes de julio, y la tormenta descargó el día 2.

Conclusión

—El día del Palio —dijo el americano—. Y el día de la Liberación.

El alemán sonrió.

—El día del Palio se fijó después y la retirada de la Wehrmacht fue una coincidencia.

—Pero ella volvió. Volvió cuatrocientos años después.

—Así lo creo yo —dijo el alemán.

—Para cuidar de soldados como los que la violaron.

—Sí.

—¿Y las manchas de las manos? ¿Eran los orificios de la crucifixión?

—Sí.

El turista miró el portón de roble.

—Esas manchas... ¿son de su sangre?

—Sí.

—Oh. Dios mío —exclamó el turista que reflexionó unos momentos—. ¿Y usted cuida de este jardín, para ella?

—Vengo todos los veranos. Barro las losas y cuido de las rosas. Es una manera de darle las gracias. Puede que ella lo sepa donde esté, o puede que no.

—Hoy es 2 de julio. ¿Volverá otra vez?

—Quizá. Pero probablemente no. Aunque una cosa puedo garantizarle: nadie, ni hombre ni mujer ni niño, morirá en Siena esta noche.

—Debe de tener gastos —dijo el turista—, para que esto siga teniendo este aspecto. Si hay algo que yo...

El alemán se encogió de hombros.

—No demasiados. Hay un cepillo allí encima del banco, junto al muro. Es para los huérfanos de Siena. Creo que a ella eso le hubiese gustado.

El americano era tan generoso como suelen serlo sus compatriotas. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un fajo de billetes. Se acercó al cepillo e introdujo media docena de billetes en la caja.

—Señor —le dijo al alemán cuando hubo ayudado a su esposa a levantarse—. Me marcharé pronto de Italia y tomaré un vuelo con destino a Kansas. Seguiré dirigiendo mi rancho y criando a mi ganado. Pero por más años que viva nunca olvidaré que he estado aquí, en este patio donde ella murió, y recordaré la historia de Catalina de la Misericordia mientras viva. Vamos, cariño, vamos a unirnos a la fiesta.

Salieron del patio y enfilaron el callejón siguiendo la dirección del jolgorio que se oía en las calles. Al cabo de unos momentos una mujer apareció de entre las sombras del claustro donde había permanecido sin ser vista.

También vestía una especie de túnica de algodón; llevaba una trenza, un collar de abalorios y una guitarra en bandolera. Con la mano derecha sostenía una mochila y con la izquierda una bolsa.

Se acercó al hombre y sacó un porro del bolsillo superior, lo encendió, dio una larga calada y se lo pasó al hombre.

—¿Cuánto ha dejado? —preguntó.

—Seiscientos dólares —dijo el hombre, que ya había dejado su acento alemán y hablaba con el deje característico de los norteamericanos. Vació el cepillo de los billetes y se los guardó en el bolsillo de la camisa.

—Es una historia formidable —dijo su compañera—. Y me encanta cómo la cuentas.

—La verdad es que a mí también me gusta —concedió el hippie modestamente, mientras se colgaba la mochila y se disponía a marcharse—. Y, ¿sabes qué te digo?, que siempre pican.

EL CIUDADANO

El vuelo de vuelta a casa era el que más le gustaba. Después de más de treinta años de pasear pájaros de aluminio por todo el mundo para la British Airways, había visto más de setenta ciudades importantes, casi todas ellas capitales, y el entusiasmo inicial hacía tiempo que se había apagado.

Treinta años atrás, con la mirada ávida e incansable y con los dos aros relucientes de primer oficial en la bocamanga, le encantaba viajar a países lejanos. Durante las largas escalas había explorado la vida nocturna de Europa y Estados Unidos, y realizado excursiones para visitar templos y santuarios de Extremo Oriente.

Ahora, en cambio, lo único que quería era regresar a su casa de Dorking.

Por entonces tuvo relaciones, breves pero ardientes, con las azafatas más bonitas, hasta que Susan se casó con él y acabó con aquellas aventuras. Cinco mil noches en habitaciones de hotel sólo le habían dejado el deseo de meterse en la suya y aspirar el aroma a lavanda de Susan a su lado.

Tenían la parejita: Charles, concebido durante la luna de miel, que ahora tenía veintitrés años y era informático; y Jennifer que, con dieciocho años, acababa de ingresar en la Universidad de York para estudiar historia del arte. Ambos le habían proporcionado

estabilidad y una razón más para anhelar la vuelta a casa. A falta de dos años para jubilarse, la perspectiva de enfilarse con su bolsa de viaje el acceso a su casa de Watermill Lane y ver a Susan en la puerta aguardándolo, le seducía más que cualquier lugar exótico. Al otro lado del pasillo, el capitán de relevo miraba con fijeza la nuca del chófer. A su izquierda, a medida que la ciudad se alejaba de ellos, uno de sus dos primeros oficiales observaba con curiosidad aún no saciada el mar de neón de Bangkok.

En la parte trasera del autobús de la tripulación, protegidos por el aire acondicionado del pegajoso calor del exterior, iban los tripulantes; el director del SC (servicio de cabinas), cuatro asistentes de vuelo y once azafatas.

Había volado con todos ellos desde Heathrow dos días antes, y sabía que el director del SC, también un veterano, se ocuparía de todo, desde la puerta de la cabina de mando hasta la aleta de cola.

La misión del comandante Fallon consistía en pilotar por enésima vez un Jumbo, un Boeing 747-400 con más de cuatrocientos pasajeros que pagaban su salario desde Bangkok al aeropuerto londinense de Heathrow, o, como su diario de a bordo reflejaría enseguida, de BKK a LHR (de Bangkok a Londres Heathrow).

Dos horas antes del despegue, una vez que los guardias de seguridad que vigilaban la verja lo autorizaron, el autobús de la tripulación entró en el recinto del aeropuerto.

Los tripulantes se dirigieron al mostrador de la British Airways. Llegaban con mucha antelación, pero el comandante Fallon era muy puntual y, según la oficina de la British Airways, el Speedbird Uno Cero, que partiría de Sidney a las 15.15, hora local, aterrizaría puntualmente a las 21.45, hora de Bangkok. Estaba ya a punto de llegar, en plena maniobra de aproximación.

A poco menos de dos kilómetros del autobús de la tripulación, se acercaba una limusina negra con un chófer de uniforme y un solo pasajero, cómodamente sentado en el asiento trasero. El coche y el chófer procedían del lujoso hotel donde el alto ejecutivo, impecablemente vestido, se había alojado durante tres días. En el maletero iba su única maleta, de piel auténtica y bastidores, cerradura y cierres metálicos. Era la maleta de un hombre que viajaba con equipaje ligero pero muy caro. También llevaba un maletín de piel de cocodrilo.

En el bolsillo de la chaqueta de su traje de seda, de color beige y precioso corte, llevaba su pasaporte británico a nombre de Hugo Seymour, y el billete de vuelta desde Bangkok a Londres en primera clase.

Al deslizarse el Speedbird Uno Cero por la pista para situarse frente a la puerta de salida de British Airways, la limusina se detuvo frente a la terminal, a la altura de los mostradores de embarque. El señor Seymour no llevó personalmente el equipaje en un carrito. Alzó una mano muy cuidada hacia un mozo tailandés muy bajito y le hizo señas de que se acercase. Después de darle una propina al chófer, el ejecutivo señaló el maletero y siguió al mozo hacia el mostrador de embarque de primera clase de la British Airways. Sólo había estado expuesto al pegajoso calor de la noche tropical durante treinta segundos.

El trámite para el embarque fue muy rápido. El joven empleado de la British no atendía en aquellos momentos a nadie más. Dentro de diez minutos la maleta de piel pasaría a la sección de equipajes, donde sus etiquetas la identificarían con destino a un vuelo de la British a Londres. El señor Seymour llevaba ya su tarjeta de embarque y le habían indicado dónde se encontraba la sala de espera de primera clase, más allá del control de pasaportes.

El oficial de inmigración tailandés miró el pasaporte color burdeos, luego la tarjeta de embarque y finalmente la cara del pasajero a través de la ventanilla. Vio a un hombre de mediana edad, ligeramente bronceado, recién afeitado, de pelo gris oscuro y muy cuidado. Vio una camisa blanca de seda de la camisería Jim Thompson, la chaqueta de un traje de seda beige, de una de las mejores sastrerías de Bangkok, que podía confeccionar una réplica de un Savile Row en poco más de un día.

El funcionario le devolvió el pasaporte al pasajero. —Sawatdi, krab —musitó el inglés.

El funcionario tailandés lo saludó sonriente con la cabeza, agradecido de que lo saludasen en su propia lengua que, por lo general, resultaba inaccesible a los extranjeros.

Aunque no se viese desde allí, los pasajeros que acababan de llegar de Sidney desembarcaban del Boeing y se adentraban por los largos pasillos hacia el control de inmigración. Detrás iban los pasajeros en tránsito.

Cuando el avión quedó vacío, la brigada de limpieza empezó a adecentar las cincuenta y nueve filas de asientos, una labor que llenaría catorce papeleras de desperdicios.

El señor Seymour, con su maletín de piel de cocodrilo, avanzó tranquilamente hacia la sala de espera de primera clase, donde lo recibieron dos jóvenes tailandesas muy bonitas que le ofrecieron una copa de vino blanco frío. De inmediato se enfrascó en la lectura de un artículo del Forbes Magazine, entre la veintena de pasajeros que se hallaban en ese momento en la espaciosa sala, muy lujosa y bien refrigerada.

No había reparado en ello, porque no se había molestado en mirar en derredor. Pero, cuando el señor Seymour fue al mostrador de embarque de primera clase estaba a sólo unos metros del de la clase club.

En el Boeing 747-400 de la British había catorce plazas de primera clase: cuatro ocupadas desde Sidney, seis desde Bangkok a Londres y el resto iría libre. El señor Seymour fue el primero de los seis que embarcarían en Bangkok. Las veintitrés plazas de la clase club se habían ocupado todas, dieciocho a partir de la capital de Tailandia. Los pasajeros que ocuparían estas últimas plazas eran los que hacían cola a pocos metros del señor Seymour.

Más allá estaban las colas de la clase económica, que en la actualidad llamaban delicadamente clase World Travellers. Frente a aquellos mostradores había una masa humana que avanzaba con lentitud. Situados tras diez mostradores, los empleados de la compañía trataban de atender a casi cuatrocientos pasajeros, entre los que se encontraban los Higgins, que no quisieron mozo y cargaban con el equipaje. Se habían trasladado hasta el aeropuerto en un autocar atestado de pasajeros que generaban tal calor que habían hecho inútil al aire acondicionado. Los pasajeros de la clase World Travellers iban desaliñados y sudorosos. Los Higgins tardaron casi una hora en llegar a la terminal de salidas; sólo se habían entretenido un poco en el duty free y para buscar sitio en la sección de no fumadores de la sala de espera.

Faltaban treinta minutos para embarcar. El comandante Fallon y su tripulación ya hacía mucho que habían embarcado, y antes que ellos las azafatas y asistentes de vuelo.

El capitán y su tripulación habían pasado los habituales quince minutos en la oficina, para atender los necesarios trámites burocráticos. Lo más importante era registrar el plan de vuelo, que le indicaba la duración del mismo, la cantidad de combustible que debía cargar y, a lo largo de varias páginas, los detalles de la ruta que seguiría aquella noche. Toda esta información había sido archivada en las distintas torres de control de tráfico aéreo entre Bangkok y Londres. Una atenta observación del mapa del tiempo, a lo largo de su ruta y en el Reino Unido, mostraba que tendrían bonanza durante el vuelo. Hojeó con rapidez y destreza los NOTAM (avisos a los aviadores), memorizó las pocas informaciones que lo afectaban y se despreocupó de la mayor parte, que eran irrelevantes.

Una vez el comandante Fallon recogió los papeles que debía quedarse y hubo firmado y devuelto el resto, los cuatro pilotos estuvieron listos para embarcar. Lo hacían mucho antes que los pasajeros. Los que, procedentes de Sidney, sólo habían viajado hasta Bangkok ya hacía un buen rato que habían desembarcado. La brigada de limpieza aún no había terminado su trabajo. El señor Harry Palfrey, director del servicio de cabinas, los apremiaría con sus impecables modales de costumbre.

Pero la brigada de empleados tailandeses de la limpieza no era la única responsabilidad del director del servicio cabinas. Además de ventilar y limpiar los aseos había que inspeccionarlos. Debían subir a bordo comida y bebida para cuatrocientos pasajeros, aparte de las últimas ediciones de periódicos londinenses, recién llegados de Heathrow.

De haber sido en verano, sólo dos primeros oficiales hubiesen acompañado al comandante Fallon. Pero estaban a finales de enero, y los vientos contrarios, propios del invierno, hacían que el vuelo durase unas trece horas, lo que requería contar con un capitán de relevo.

Personalmente, Adrian Fallon lo consideraba innecesario. Contiguo a la cabina de mando, a la izquierda, había un cuartito con dos literas. Era normal que el capitán pusiera el piloto automático y dejase el aparato al cuidado de los otros pilotos, mientras él dormía cuatro o cinco horas. Con todo, las normas son las normas, y eran cuatro en lugar de tres.

Mientras el cuarteto enfilaba por el último largo túnel hacia el avión, Fallon miró al más joven de sus dos primeros oficiales. —Lo siento, Jim. Le toca inspeccionar.

El joven, que durante el trayecto en autobús había estado contemplando ensimismado las luces lúdicas de Bangkok, asintió con la cabeza, abrió la puerta del final del túnel y se adentró en la oscuridad, adensada por una humedad sofocante. Era una tarea que no le gustaba a nadie pero que había que hacer y, por lo general, recaía en el tripulante más joven. Si el Jumbo estuviese inscrito en una caja rectangular, de morro a cola y de punta a punta de las alas, abarcaría más de media hectárea. El oficial encargado de la inspección tenía que rodear a pie el perímetro del aparato, para comprobar que no hubiese nada anormal, un panel desenchajado o un charco de líquido de una fuga inadvertida por la dotación de tierra. Por decirlo de un modo amable, hay dotaciones de tierra y dotaciones de tierra. Las compañías aéreas prefieren que sea personal propio el que haga la inspección final.

A veces, la temperatura es de algunos grados bajo cero y otras bochornosa, a causa de los monzones. Pues mala suerte. En este caso el inquieto neófito regresó al cabo de veinte minutos, empapado de sudor y con varias picaduras de mosquito pero, por lo demás, en perfectas condiciones.

Desde el nivel de acceso a la cabina del pasaje, el comandante Fallon subió por la escalerilla y entró en la cabina de mando. Al cabo de unos minutos, los dos capitanes y el oficial que seguía con ellos se habían despojado de la chaqueta, la habían colgado tras la puerta del aseo y estaban ya en sus asientos.

Como es natural, Fallon ocupó el de la izquierda y su primer oficial el de la derecha. El capitán de relevo se retiró enseguida al cuartito de las literas para echarle un vistazo al mercado bursátil.

En sus primeros tiempos, cuando pasó de vuelos provinciales con base en Belfast a pilotar grandes transportes, estaban aún en la época de los navegadores y mecánicos de vuelo. De eso hacía mucho tiempo. Su mecánico era en la actualidad una consola tecnológica que ocupaba la parte superior del cuadro de mandos. Había allí bastantes diales, relojes, palancas y botones para hacer todo lo que un mecánico de vuelo pudiese hacer y más. Su navegador consistía ahora en tres ordenadores de referencia inerciales, cajas negras que podían realizar todas las tareas de un navegador y con más rapidez.

Mientras el primer oficial empezaba a repasar las cinco listas de comprobaciones previas a la puesta en marcha del aparato, Fallon le echó un vistazo a la hoja de carga, que tendría que firmar cuando confirmasen que todo el equipaje estaba a bordo; y a la lista de pasajeros confrontada con la de los que hubiese contado el señor Palfrey.

La pesadilla de todo comandante no es tanto el pasajero que sube a bordo sin equipaje —que puede seguirlo después—, sino el equipaje que está a bordo, de un pasajero que ha decidido pasar algo de contrabando sin ir él (y agenciárselas luego para recuperarlo). Cuando al confrontar las listas de pasajeros y equipaje se advierte la artimaña, han de registrar la bodega de equipaje hasta que encuentran las maletas del delincuente y las retiran. Porque podrían contener cualquier cosa.

El aparato disponía de APU (auxiliar power unit), en realidad un quinto motor a reacción del que muy pocos pasajeros sabían nada. El APU de aquel gigantesco aparato tenía suficiente potencia para alimentar por sí solo a un pequeño caza. Su potencia y energía permite que todos los instrumentos del avión funcionen independientemente de cualquier fuente de energía exterior (las luces, el aire, el starter de los motores, prácticamente todo).

En la sala de espera de salidas, el señor y la señora Higgins y su hija Julie estaban ya cansados y la pequeña se estaba poniendo pesada. Habían salido de su hotel de dos estrellas cuatro horas antes y, como les ocurre a los modernos viajeros, se habían dado una paliza. Subir el equipaje al autocar, asegurarse de no haberse dejado nada, hacer cola y aguardar, sentarse en minúsculos asientos, soportar los atascos del tráfico, temer llegar tarde, más atascos, bajar del autocar en el aeropuerto, tratar de encontrar el equipaje, cargar con la niña y el carrito al mismo tiempo, hacer cola entre un enjambre de pasajeros frente al mostrador de embarque, aguardar, pasar por el control del aparatos de rayos X, comprar alguna cosilla en el duty free, volver a hacer cola y aguardar... y finalmente sentarse en los duros asientos de plástico como última parada antes de embarcar.

Con su muñeca en brazos, una muñeca de fabricación local regalo de Phuket, Julie se aburría con tanta espera y empezó a ir de un lado para otro.

—Hola, nenita, ¡qué preciosa es tu muñeca! —le dijo un hombre a pocos pasos de ella.

La niña se detuvo y lo miró. Llevaba botas vaqueras de tacón alto, tejanos sucios y raídos, y un collar de cuentas exóticas. Con el pelo apelmazado y probablemente sucio y una perilla enmarañada, era lo menos parecido a su padre que había visto. En el suelo, junto a él, tenía una mochila.

A sus ocho años, Julie no podía saber que Extremo Oriente estaba lleno de turistas de mochila, la mayoría occidentales, y que el hombre que acababa de dirigirsele era uno de ellos. Extremo Oriente es como un imán para estos turistas, en parte porque la vida allí puede ser relajada y barata; y también porque en muchos casos pueden tener fácil acceso a sus drogas favoritas.

—Es nueva —dijo Julie—. Se llama Pooky.

—Es un nombre guai. ¿Por qué se llama así? —dijo el hippie arrastrando las palabras.

—Porque mi papá la compró en PooKet.

—Lo conozco. Tienen unas playas estupendas. ¿Has estado de vacaciones allí?

—Sí. Y he nadado con papá, y hemos visto peces.

Justo en ese momento la señora Higgins le dio un toquecito a su esposo y señaló con la cabeza hacia su hija.

—Julie, ven aquí cariño —la llamó el señor Higgins en un tono que su hija conocía de sobra.

Era un tono de desaprobación. La niña volvió enseguida con sus padres, que fulminaron al hippie con la mirada. Era uno de esos tipos que John Higgins detestaba; libertino, sucio y casi con toda seguridad drogadicto, la última persona con quien hubiese querido que hablase su hija. El hippie captó el mensaje. Se encogió de hombros y sacó un paquete de cigarrillos. Pero, al ver un cartel de prohibido fumar, se encaminó hacia la zona de fumadores antes de encenderlo. La señora Higgins torció el gesto. Por megafonía llamaron para embarcar a los pasajeros que ocuparían asiento en las filas 34 a 57.

El señor Higgins miró su tarjeta de embarque. Les correspondían los asientos D, E y F de la fila 34. Indicó con una ademán que ya debían embarcar, miró en derredor para asegurarse de que no olvidaban nada y fueron a situarse en la cola.

Ya no iban a poder despegar a las 23.45 como estaba previsto. Esa no era más que la hora oficial, una ficción, por así decirlo. Lo que le interesaba al comandante Fallon era la autorización de la torre de control de Bangkok para despegar a las cero horas y cinco minutos, y no podía retrasarse. En el mundo de la moderna aviación civil lo que contaba no era el horario programado, sino el de la autorización de despegue y aterrizaje. Si en Europa Occidental, o en Norteamérica, uno no llegaba a tiempo podía quedarse colgado durante una hora en espera de otra autorización.

No importaba llevar veinte minutos de retraso con respecto al horario programado. Sabía que podía recuperarlo. Debido a los fuertes vientos que soplaban en Pakistán, y en las regiones meridionales de Afganistán, su plan de vuelo predecía una duración de 13 horas y 20 minutos. Como la diferencia horaria, con respecto a Londres, era de siete horas

aterrizaría en Heathrow hacia las 6.20 de una cruda mañana de enero, con una temperatura cercana a los cero grados; un fuerte contraste con respecto a la de Bangkok donde, a medianoche, el termómetro marcaba 26 °C con más de un noventa por ciento de humedad.

El director del SC llamó a la puerta de la cabina de mando y entró con la lista de pasajeros. El y su personal habían contado los pasajeros y los equipajes.

—Cuatrocientos cinco, comandante.

Cuadraba. Fallon firmó la hoja de carga y se la devolvió a Palfrey que, a su vez, se pasó a la dotación de tierra de la British a través de la última puerta que quedaba abierta. Junto a la mastodóntica máquina volante los modernos pajes completaban sus tareas. El compartimiento de equipajes estaba cerrado, los tubos de alimentación de combustible desconectados, y los vehículos alejados a prudente distancia. El gigante iba a poner en marcha sus cuatro enormes motores Rolls Royce y a deslizarse por la pista.

En la cabina de primera clase, el señor Seymour se había despojado de su preciosa chaqueta de seda y la había colgado en el armario. La corbata, también de seda, no se la había quitado, pero se la había aflojado. Una copa de champán burbujeaba junto a su codo y un empleado del servicio de cabinas le había traído un Financial Times y un Daily Telegraph del día.

El señor Palfrey, que era un esnob redomado, adoraba lo que llamaba «la calidad». En una época en que incluso las estrellas de Hollywood tenían pinta de zarrapastrosas, era un verdadero alivio velar por la calidad.

En la cabina de mando, Fallon supervisaba los controles para dar el listo para partir. A través de la ventanilla veía el tractor y, a los mandos, aquel anónimo pero vital subalterno a quien algunos llaman Joe Tractor. Sin él el Speedbird Uno Cero no iría a ninguna parte, porque estaba con el morro apuntando a la terminal y no podría dar la vuelta sin ayuda.

La torre de control de Bangkok envió a Fallon la autorización para despegar. Simultáneamente el pequeño pero potentísimo vehículo de Joe Tractor empezó a tirar hacia atrás al 747-400.

Fallon no necesitaba ayuda desde tierra para poner en marcha los cuatro motores Rolls Royce 524. Le bastaba su APU. A una orden de Fallon, el copiloto acercó una mano a la parte superior del cuadro de mandos y tiró de la palanca de arranque del motor 4 mientras, con la otra, accionaba el interruptor de alimentación de combustible del mismo motor. Repitió esta operación tres veces para activar los otros motores. Entretanto, el control automático de combustible llevó los motores lentamente hasta punto muerto.

Joe Tractor estaba desplazando al Speedbird Uno Cero 90 grados, para que el morro quedase orientado en la dirección en que tenía que deslizarse por la pista, y evitar además que los chorros del reactor arrastrasen con lo que pudiese haber atrás. Cuando hubo terminado la maniobra, se reajustó los cascos, llamó a la cabina de mando y pidió que el piloto pusiese el freno de estacionamiento.

Hizo bien. Porque el tailandés quería llegar a viejo. Para desconectarse del avión tenía que bajar del tractor, acercarse a pie hasta el morro del Jumbo y tirar del cable para desconectarlo. Un Joe Tractor que, durante la maniobra, cayese bajo el morro del Jumbo quedaría convertido en una hamburguesa. Fallon echó el freno de estacionamiento y dio la orden. Quince metros por debajo de él, el tailandés desconectó el cable y agitó el banderín para indicar que ya estaba listo. Fallon le dirigió un ademán de agradecimiento y el tractor se alejó.

La dotación de tierra dio la autorización para que el aparato se deslizase por la pista y pasó la comunicación a la torre de control.

Los Higgins ya estaban acomodados en sus asientos de la fila 34. Habían tenido suerte. Porque, como el G estaba libre, tendrían toda la fila para ellos. John Higgins ocupaba el D, que daba al pasillo, y su esposa el G, junto al otro pasillo. Julie quedaba entre ambos; cuidaba de Pooky para que estuviese cómoda y pudiera descansar toda la noche.

El Speedbird Uno Cero se deslizaba por la pista de rodaje hacia el lugar de despegue, su enorme masa avanzaba a medida que Fallon accionaba el timón con la mano izquierda.

El comandante estaba en contacto permanente con la torre de control. Al llegar al final de la pista principal de rodaje pidió autorización para despegar y la obtuvo de inmediato. Eso significaba que podía enlazar la maniobra de aproximación a la pista con la maniobra de despegue.

El Jumbo alineó el morro con la franja central de orientación y tiró de la palanca de aceleración. Al accionar los interruptores de la fase previa al despegue, los pasajeros notaron la creciente vibración de los cuatro motores, a medida que el Jumbo aumentaba la velocidad. Gracias a la perfecta insonorización, ni los pasajeros ni los tripulantes que se encontraban en la cabina de mando oyeron cómo rugían los cuatro reactores fuera del fuselaje, pero pudieron notar la potencia. A lo lejos parpadeaban las luces de la terminal. Un toque en los controles hizo que el morro se levantase del asfalto. Los pasajeros de primera clase oyeron un ruido sordo bajo sus pies. Pero eran sólo los tubos de frenado que volvían a sus receptáculos. Diez segundos después, los principales elementos del tren de aterrizaje empezaron a ocultarse y el aparato hubo despegado.

A una orden de Fallon el copiloto tecléo unos dígitos en el panel de control para que se ocultase todo el tren de aterrizaje. Luego cesó todo ruido. Ya no se notaba la menor vibración.

El aparato ascendió hasta 500 metros, a 430 metros por minuto. El comandante fue aumentando la velocidad y ordenó que cerrasen los alerones de manera progresiva, de 20 grados a 5, a 3, a 1 y a 0.

John Higgins, que pasó toda la maniobra de despegue aferrado a los brazos del asiento 34D, se relajó al fin. No le hacía mucha gracia volar y lo que más detestaba era el despegue, pero procuraba que ni su esposa ni su hija lo notasen. Al mirar hacia el pasillo reparó en que el hippie estaba cuatro filas delante, en el 30C, al otro lado del pasillo que llegaba hasta la intersección de las clases económica y club, donde había un espacio con cuatro aseos. Podía ver a cuatro de las cinco azafatas en pleno trajín, preparándose para servir la tardía cena. Había comido un sándwich en el hotel, pero de eso hacía ya seis horas, y tenía apetito. Ladeó el cuerpo para ayudar a Julie a elegir el canal de televisión y ponerle el de dibujos animados.

En Bangkok se suele despegar hacia el norte. Fallon fijó el rumbo y miró hacia abajo. La noche era clara. Habían dejado atrás el golfo de Tailandia a cuya orilla se encontraba Bangkok. Por delante se veía el mar de Andamán. La luna rielaba sobre los arrozales inundados; había tantos que, el país que se extendía entre el golfo y el Andamán, parecía otro mar. El Speedbird Uno Cero se elevó hasta los diez mil metros y se equilibró, rumbo a Londres, a través de una de las rutas posibles, vía Calcuta, Nueva Delhi, Kabul, Teherán, Turquía Oriental, los Balcanes y Alemania.

El comandante puso el piloto automático, se estiró para desentumecer los músculos y, oportunamente, una de las azafatas entró con cafés.

El hippie del 30C miró el tarjetón plastificado del menú para la cena. No tenía mucho apetito. Lo que realmente ansiaba era fumar un cigarrillo. Hasta dentro de trece horas, más lo que tuviese que aguardar en la sección de recogida de equipajes de Heathrow, no podría fumar. Y sólo dos horas después podría disfrutar de un porro decente.

—Ternera —le dijo a la sonriente azafata. Su acento parecía americano pero, según su pasaporte, era un canadiense llamado Donovan.

En una oficina del oeste de Londres cuya dirección es un secreto celosamente guardado sonó un teléfono. El hombre que estaba frente a una de las mesas miró el reloj. Las cinco y media, y ya había oscurecido.

—Sí.

—Jefe, el Cero Uno Cero de la British ha despegado ya de Bangkok.

—Gracias.

Colgó. A William Butler no le gustaba mucho hablar por teléfono. Tampoco era persona de muchas palabras. Tenía fama de buen jefe, aunque temible si se le disgustaba. Lo que todos sus subordinados ignoraban era que tuvo una hija a la que adoraba, que fue el

orgullo de su vida, que accedió a la universidad con beca y luego murió de sobredosis de heroína.

Bill Butler odiaba la heroína y a los traficantes. Eso lo convertía en un mal enemigo, en un enemigo formidable, teniendo en cuenta el trabajo que hacía. Su departamento, dependiente de la Dirección General de Aduanas e Impuestos y conocido como El Golpe, libraba una guerra interminable contra el tráfico de drogas duras. Bill Butler había decidido consagrar su vida a combatirlo con todas sus fuerzas.

Cinco horas después, a bordo del Jumbo, las azafatas y los asistentes de vuelo ya habían servido las cenas, empaquetadas y recalentadas, que unos pasajeros engulleron y otros desecharon, y retirado las bandejas de plástico y las botellas de cuarto de litro de vino barato ya vacías, que algunos pasajeros habían remetido en la bolsa del asiento delantero frente a las rodillas.

A la cola del mamparo el hormiguero humano de la clase económica ya se había acomodado.

En la cabina de instrumentos electrónicos que quedaba bajo la de primera clase, los chips de los dos ordenadores de dirección de vuelo parloteaban entre sí y absorbían información de los tres computadores de referencia inerciales; reunían datos de faros y satélites, calculaban la posición del aparato y le ordenaban al piloto automático que realizase pequeños ajustes para mantener al Speedbird Uno Cero en el pasillo aéreo predeterminado.

Desde el aparato se veía la rugosa superficie que separaba Kabul de Kandajar. A lo lejos, hacia el norte, en las montañas de Panshir, los fanáticos talibanes libraban su guerra contra el sha Masud, el último «señor de la guerra» que los combatía. Los pasajeros del Jumbo, que como un capullo de seda gigantesco sobrevolaba Afganistán, estaban aislados de las tinieblas, del frío letal, del ruido del motor, del cruel paisaje y de la guerra.

Todas las persianas de las ventanillas estaban bajadas y las luces sólo proyectaban un tenue resplandor. Ya habían distribuido las mantas y la mayoría de los pasajeros trataba de conciliar el sueño. Los demás veían un filme o escuchaban un concierto a través de los auriculares.

En el asiento 34G la señora Higgins estaba profundamente dormida, tapada con la manta hasta el mentón, con la boca entreabierta y respirando apaciblemente. Los asientos E y F, con los brazos contiguos levantados, habían quedado convertidos en uno. Julie estaba echada cuan larga era, abrigada por la manta, abrazada a la muñeca, que también dormía.

John Higgins no podía dormir. Nunca lograba quedarse dormido cuando viajaba en avión. De modo que, pese a lo cansado que estaba, se retrotrajo a sus vacaciones en Extremo Oriente. Había podido tomárselas gracias a una oferta especial. Porque un agente de seguros no habría podido permitirse viajar hasta Tailandia de ninguna otra manera, y aun así tuvo que hacer muchos números y ahorrar. Pero había merecido la pena.

Se habían alojado en el hotel Pansea, en la isla de Phuket, lejos del relumbrón de Pataya —se había asegurado con los de la agencia de que su esposa y su hija no pudiesen ver todas aquellas movidas—. Y los tres estaban de acuerdo en que había sido un viaje maravilloso. Alquilieron bicicletas y pasearon por las plantaciones del caucho y por pueblos del interior de la isla. Se detuvieron a admirar los templos budistas de fachadas rojas y techumbres doradas, y vieron a los monjes de túnicas azafranadas durante sus devociones.

El señor Higgins alquiló en el hotel gafas, tubos y aletas para él y para Julie. La señora Higgins apenas sabía nadar y sólo se aventuró a chapotear un poco en la piscina. Pertrechados con su equipo, padre e hija nadaron hasta un arrecife de coral. Bajo el agua habían visto zigzaguear a los peces; papagayos, mariposas de mar y otros de las más extrañas formas y colores.

Julie estaba tan entusiasmada que levantó la cabeza por encima del agua para gritarlo, por si acaso su padre no los había visto. Pero naturalmente sí los había visto y le indicó con un ademán a su hija que volviese a ponerse el tubo, porque si no iba a tragar agua. Demasiado tarde. Tuvo que ayudarla a expulsarla y también a regresar a la orilla.

En la playa les ofrecieron unas clases de buceo en la piscina del hotel, pero rehusó. Había leído que podía haber tiburones en el agua y la señora Higgins se había horrorizado. Era una familia que quería un poco de aventura pero sin aventurarse demasiado.

En la tienda del hotel Julie vio una muñeca que representaba a una niña tailandesa y su padre se la compró. Después de pasar diez días en el Pansea, a un tiro de piedra del Amanpuri, pasmosamente caro, completaron sus vacaciones con tres días en Bangkok. Desde allí hicieron excursiones con guía para ver el Buda de Jade y el enorme Buda Durmiente, arrugando la nariz a causa del hedor que emanaba del río Chao Praya y casi asfixiados por los humos del tráfico.

Pero había merecido la pena pasar aquellas vacaciones, que eran de las que se hacen sólo una vez en la vida.

En el respaldo del asiento delantero había una pequeña pantalla que mostraba continuas actualizaciones del curso de su vuelo. John Higgins la miraba de vez en vez displicentemente. Era un río de datos: el tiempo transcurrido desde que despegaron de Bangkok, la distancia recorrida, la que faltaba hasta el lugar de destino, tiempo total estimado de la duración del vuelo, la temperatura exterior (— 24 °C, que hacían estremecer) y la velocidad del viento.

Entre las cifras apareció otra imagen; un mapa de aquella región del mundo y un pequeño avión blanco que avanzaba lentamente en dirección noroeste, hacia Europa y hacía su país. John Higgins pensó que, como si contase ovejitas, el efecto hipnótico del pequeño avión podría ayudarlo a dormir. Pero justo en ese momento el Jumbo cruzó por una turbulencia y la sacudida le puso unos ojos como platos, volvió a aferrarse a los brazos del asiento, tratando de concentrarse en algo que lo distrajese del susto.

La distracción no tardó en producirse.

El hippie que estaba cuatro filas más adelante, al otro lado del pasillo, también estaba despierto. Miró el reloj, apartó la manta y se levantó.

Miró en derredor para ver si alguien lo observaba y luego fue pasillo adelante hacia el mamparo. Había una cortina pero estaba semidescorrida y un haz de luz iluminó la cocina, un rodal de la alfombra y las puertas de los aseos. Debían de estar ocupados porque el hippie no entró, aunque Higgins no había visto entrar a nadie. El hippie se recostó contra una de las puertas y aguardó.

Al cabo de treinta segundos se le unió otro hombre de aspecto muy distinto. Tenía una desenvuelta elegancia y pinta de persona de dinero. Venía desde la parte delantera del aparato, quizá de la clase club o incluso puede que de primera clase.

La luz de la cocina le permitió a Higgins ver que llevaba pantalones de un traje beige, una camisa de seda y la corbata aflojada, también de seda. Tenía toda la pinta de un pasajero de primera clase. Pero ¿por qué iba a darse aquel paseíto desde primera clase para ir al lavabo, teniendo uno en su cabina?

El hippie y Mr. Elegante empezaron a hablar, de algo importante a juzgar por sus ademanes y expresiones. Mr. Elegante era quien más hablaba. El hippie asentía con la cabeza. El lenguaje corporal indicaba que el hombre elegante le daba instrucciones y que el hippie accedía a hacer lo que le indicaba.

John Higgins era de la clase de personas que vivían pendientes de lo que hacían los demás, y estaba intrigado. Si el elegante quería ir al aseo, había cinco o seis aseos entre las clases primera y club. Y no podían estar todos ocupados a semejanza de ahora. No. Debieron de convenir encontrarse allí. Su conversación no parecía intrascendente, como la que pudieran mantener dos hombres que aguardan turno para el lavabo.

Se separaron. El hombre del traje de seda desapareció de su vista al dirigirse hacia la parte delantera del avión. El hippie regresó a su sitio. John Higgins empezó a preocuparse. Era consciente de haber observado algo raro y acaso significativo, o sospechoso, pero no acertaba a entrever qué. Cerró los ojos y fingió dormir mientras el hippie miraba en derredor en la semipenumbra para ver si alguien había reparado en él.

Al cabo de diez minutos John Higgins dio con la respuesta a su inquietud. Aquellos dos tipos tenían concertado su encuentro de antemano. Pero ¿cómo? Estaba seguro de que

ningún ejecutivo con un elegante traje de seda había estado en la sala de espera de la clase económica. Habría llamado la atención. Y desde que embarcó y se sentó, el hippie no se había movido de su asiento. La azafata podía haberle entregado una nota de parte del otro pasajero, pero Higgins no lo había visto.

Y si no se trataba de eso, no quedaba más que una explicación: el encuentro en la zona de separación de las clases económica y club, y a aquella precisa hora de la noche, había sido concertado en Tailandia. Pero ¿por qué? ¿Para hablar de algo? ¿Para intercambiar información? ¿Para que el elegante pudiese darle al hippie instrucciones de última hora? ¿Sería el hippie el secretario particular del ejecutivo? Ni hablar. ¿Vestido de aquella manera? Eran incongruentes. Higgins empezó a preocuparse. Es más: empezó a sospechar.

Eran las once de la noche en Londres. Bill Butler miró a su esposa, que dormía a su lado, suspiró y encendió la luz. Tenía puesto el despertador a las cuatro y media. Iba sobrado de tiempo. Si se levantaba a esa hora podía ducharse, vestirse y llegar a Heathrow con su coche a las cinco y cuarto, o sea una hora antes del aterrizaje. Después, todo dependería de la suerte.

Había tenido un día agitado. Aunque, ¿cuándo no lo tenía? Estaba cansado pero no podía dormir. No paraba de darle vueltas a la cabeza, porque la pregunta seguía siendo la misma de siempre. ¿Podía hacer otra cosa?

Fue una información que le pasó uno de sus colegas del otro lado del charco, destinado a la formidable DEA (el cuerpo especial antinarcóticos estadounidense), que era la que había empezado la caza.

El noventa por ciento de la heroína que consumían los drogadictos en las islas británicas, y en la mayor parte de Europa Occidental, era turca y, por lo tanto, granulada y no muy fuerte. Era un tráfico controlado con gran ingenio por la mafia turca, una de las más violentas del mundo, pero que hace muy poco ruido y es desconocida para la opinión pública británica.

Su heroína procedía de los campos de amapolas de Anatolia. Parecía azúcar moreno y, por lo general, se fumaba o se inhalaba el humo de un montoncito, que hacían arder sobre un trozo de papel de aluminio sostenido encima de una vela. Los drogadictos británicos no eran muy aficionados a inyectarse, pero los americanos sí.

El Triángulo de Oro y, por lo tanto, el tráfico de Extremo Oriente no producía esa droga turca sino «tailandesa blanca», con aspecto de levadura y, por lo general, adulterada o mezclada con polvos blancos para diluir la cantidad en una proporción de veinte a uno. Eso era lo que los americanos querían.

De modo que si una banda británica podía obtener el producto de manera regular y en cantidades razonables, la Cosa Nostra se interesaría. No para comprarla, sino para intercambiarla. Podían conseguir seis kilos de la cocaína colombiana por dos kilos de tailandesa blanca.

La información de la DEA procedía de su oficina de Miami. Uno de sus confidentes había informado que, en los últimos seis meses, la familia Trafficante había enviado en tres ocasiones un «correo» a Gran Bretaña con seis kilos de cocaína colombiana pura y que había regresado con dos de tailandesa blanca.

No eran grandes cantidades, pero sí regulares, y cada viaje le proporcionaba doscientos mil dólares al organizador británico. Las cantidades le sugerían a Bill Butler que no era probable que la droga llegase por barco ni por camión, sino por avión, camuflada en el equipaje de algún pasajero. Pero... tenía que dormir. De modo que se dio la vuelta y trató de dormir cuatro horas.

John Higgins tampoco podía dormir. Había oído hablar de aquel aspecto de Tailandia, el paraíso de las vacaciones. Recordaba haber leído un artículo acerca de una región llamada el Triángulo de Oro, loma tras loma de plantaciones de papaverum somniferum, la amapola de la que se obtiene el opio. El artículo mencionaba que, en el interior de la jungla, había laboratorios para refinarlo, inaccesibles para el ejército tailandés, donde la pasta de opio era reducida a morfina y luego a heroína en polvo blanco.

Los pasajeros dormían, pero John Higgins se rebullía en el asiento, inquieto e indeciso. Podían haber varias explicaciones inocentes para el extraño encuentro de aquellos dos hombres. El problema era que no se le ocurría ninguna.

El minúsculo avión blanco que aparecía en la pantalla se desplazaba en dirección a Anatolia, Turquía oriental, cuando John Higgins se desabrochó el cinturón de seguridad sin hacer ruido, se levantó y alcanzó su maletín que tenía en el compartimiento de equipaje de mano. Nadie se movió, ni siquiera el hippie.

De nuevo sentado, rebuscó en el maletín una hoja y un bolígrafo. Encontró cuatro hojas de carta con el membrete del hotel Pansea. Arrancó con cuidado el membrete, en el que aparecían el logotipo y la dirección del hotel. Y utilizando el maletín a modo de mesa empezó a escribir una carta en letras de imprenta, mayúsculas. Tardó media hora en terminarla.

Cuando hubo terminado, el avión blanco sobrevolaba Ankara. Dobló las hojas y las introdujo en un sobre de Unicef que les habían dado en la British y escribió con letras grandes en el sobre: PARA EL CAPITÁN. URGENTE.

Entonces se levantó, cruzó con sigilo las cortinas de la zona de los lavabos y se asomó a la cocina. Un asistente de vuelo estaba de espaldas, preparando una bandeja con el desayuno para más tarde. Higgins se retiró sin ser visto. Entonces se oyó un zumbido electrónico. Oyó que el asistente de vuelo salía de la cocina y se dirigía hacia la parte delantera del aparato. Con el camino expedito, Higgins cruzó la cortina, colocó el sobre entre dos tazas de café, en la repisa de preparación de los alimentos, y volvió a su sitio.

El asistente de vuelo tardó media hora en ver el sobre mientras preparaba más bandejas para el desayuno. Primero pensó que podía tratarse de un donativo para Unicef, pero luego se fijó en lo que decía el sobre y frunció el ceño. Reflexionó un momento y luego fue a ver al jefe del servicio de cabinas.

—Estaba entre dos tazas, Harry. He pensado que era mejor dársela a usted en lugar de ir a la cabina de mando.

Harry Palfrey parpadeó complacido.

—Ha hecho usted muy bien, Simon. Muy bien. Probablemente una falsa alarma de un gamberro. Déjelo de mi cuenta; y las bandejas del desayuno...

Palfrey siguió con la mirada al joven, fijándose en sus firmes nalgas bajo los pantalones del uniforme. Había trabajado con muchos asistentes de vuelo, se había acostado con más de los que podía recordar, pero aquél era arrebatador. Quizá en Heathrow... Miró el sobre y frunció el ceño. Pensó abrirlo pero optó por subir por las escaleras y llamó a la puerta de la cabina de mando.

Era una simple formalidad. El jefe del servicio de cabinas podía entrar cuando quisiera. De modo que entró. El capitán de relevo estaba en el asiento izquierdo, contemplando las luces de la costa a la que se acercaban. No vio al comandante Fallon. El jefe del servicio de cabinas llamó a la puerta del cuarto de descanso. Y en esta ocasión sí aguardó.

Adrian Fallon abrió al cabo de treinta segundos y se mesó su pelo entrecano.

—¿Qué ocurre, Harry?

—Algo un poco raro, comandante. Alguien ha dejado esto entre dos tazas de café en la cocina de la sección central. Sin darse a conocer. Sospecho que se trata de un anónimo. —Le mostró el sobre.

A Adrian Fallon se le encogió el estómago. En los treinta años que llevaba en la compañía jamás había sufrido un secuestro ni tampoco una alarma de bomba, pero conocía a varios compañeros que sí pasaron por esos trances. Era la temible pesadilla. Y ahora parecía que iba a tocarle a él. Abrió el sobre y, sentado en el borde de la litera, leyó la nota:

«Capitán, lamento no firmar esto pero de ninguna manera quiero verme envuelto. Sin embargo, confío en proceder como un buen ciudadano e informar sobre lo que he observado. Dos de sus pasajeros han estado comportándose de un modo sumamente extraño, de un modo que desafía a toda lógica...»

La carta se extendía en explicar con detalle lo que había observado, y por qué le había parecido tan raro como para hacerle sospechar. Y terminaba:

«Los dos pasajeros en cuestión son uno que tiene aspecto de hippie; desaliñado, con pésima pinta, probablemente de esos familiarizados con lo que llaman sustancias exóticas. Ocupa el asiento 30C. El otro no sé qué asiento ocupa pero sin duda procede de primera clase o de la clase club.»

Y añadía una descripción del elegante con la coetilla:

«Confío en no causar problemas pero, si esos dos hombres traman algo, podría ser conveniente que las autoridades estuviesen informadas.»

¡Pomposo gilipollas!, pensó Fallon. ¿Qué autoridades iban a ser sino las de Aduanas? Espiar a su propios pasajeros era algo que le repateaba. Le pasó la carta a Harry Palfrey, que la leyó y apretó los labios.

—¿Un ligue? —sugirió.

Fallon sabía lo de Harry Palfrey, que sabía que lo sabía. De modo que el comandante midió sus palabras.

—No parece que quisieran ligar. Además, ¿dónde podían haberse encontrado antes sino en Bangkok? ¿Por qué no concertar una cita para Heathrow? ¿Por qué frente a la puerta de un aseo al que no pensaban entrar? ¡Joder! ¿Quiere traerme la lista de pasajeros, por favor, Harry?

Mientras el jefe del SC iba por la lista, Fallon se peinó, se alisó la camisa y se dirigió al capitán de relevo.

—¿Posición actual?

—Nos acercamos a la costa griega. ¿Ocurre algo, Adrian?

—Espero que no.

Palfrey regresó con la lista El pasajero del 30C era un tal Kevin Donovan.

—¿Y el otro? ¿El elegante?

—Me parece que sé quien es —repuso Palfrey—. Creo que es el que ocupa el 2K de primera clase. Se llama... Hugo Seymour.

—Confirmémoslo antes de hacer nada —dijo el capitán—. Eche un vistazo discretamente por primera y por club. Fíjese a ver si asoman unos pantalones de seda beige bajo la manta. Y compruebe que en el armario haya una chaqueta a juego.

Palfrey asintió con la cabeza y bajó a la cabina del pasaje. Fallon llamó para pedir un café bien cargado y comprobó los detalles de su hoja de vuelo.

El ordenador de dirección de vuelo, en el que se habían introducido los datos de la ruta antes del despegue, hacía nueve horas, se había encargado de asegurarse de que el Speedbird Uno Cero se ciñese al rumbo y el horario, sobrevolando Grecia cuatro horas antes del aterrizaje. Eran las 2.20 horas en Londres y las 3.20 en Grecia y, por lo tanto, aún noche cerrada. Sobrevolaban una amplia zona de nubes y claros que permitía ver titilar las luces.

Adrian Fallon no tenía más conciencia ciudadana que cualquier otro y, por supuesto, menos que el anónimo imbécil que llevaba en la clase económica. Pero estaba ante un dilema. No había nada en la nota que indicase que su aparato estuviese en peligro y, por lo tanto, su primera reacción fue hacer caso omiso. Lo malo era que él era el vicepresidente de la Comisión de Seguridad de la APBA, la Asociación de Pilotos de British Airways. Y si en Heathrow descubrían algo, si el tal Seymour o el tal Donovan eran detenidos por la policía, o por los agentes de aduanas, por cometer algún grave delito y trascendía que él había recibido un aviso concreto acerca de ambos pasajeros y no había hecho nada, le sería difícil dar explicaciones. De modo que estaba entre la espada y la pared. Al dejar atrás Grecia y enfilar los Balcanes tomó una decisión. Harry Palfrey había visto la nota y, por supuesto, al

«cívico ciudadano» que la había escrito y, si algo ocurría en Heathrow, ¿quién iba a guardar silencio para protegerle las espaldas? De modo que mejor era curarse en salud.

El comandante optó por transmitir una breve alerta sin alarmar, no a los agentes de aduanas sino simplemente al oficial de guardia de la compañía, que, de turno en Heathrow, se pasaba toda la noche bostezando.

Comunicarlo a través de la radio, por un canal abierto, equivaldría a que todos los pilotos que se dirigían a Heathrow se enterasen, y habría por lo menos una veintena en aquellos momentos. Habría sido como poner un anuncio en el Times. Pero los aviones de la British llevaban un artilugio llamado SICAR.

El SICAR le permitiría enviar un mensaje a la oficina de la British en Heathrow con cierta confidencialidad. A partir de ahí el asunto dejaría, afortunadamente, de estar en sus manos.

El jefe del SC volvió a subir.

—Se trata de Hugo Seymour —dijo—. Sin ninguna duda.

—Bien —dijo Fallon, y envió de inmediato el mensaje mientras sobrevolaban Belgrado.

Bill Butler no necesitó que el despertador lo despertase a las cuatro y media. Porque a las cuatro menos diez sonó el teléfono. Era el oficial de guardia en la terminal 4 de Heathrow. Mientras escuchaba sacó las piernas de debajo del edredón y se despejó enseguida. Veinte minutos después estaba en su coche, conduciendo y pensando.

Lo sabía todo acerca de señuelos y denuncias anónimas. Eran viejos trucos. Primero, una llamada telefónica anónima desde una cabina urbana, denunciando que alguien que llegaba en un avión traía droga.

Los agentes de aduanas no podían permitirse ignorar la llamada, aunque estuviesen casi seguros de que el turista descrito era inocente, elegido en el punto de partida. Y por supuesto el comunicante anónimo era miembro de una banda que operaba en Londres.

La persona descrita tendría que ser interceptada mientras quien de verdad llevaba droga pasaba inadvertido entre el resto del pasaje, con cara de no haber roto un plato en su vida.

Pero ¿una advertencia del comandante de un avión? Eso era una novedad. ¿Una nota de uno de sus pasajeros? ¿Dos pasajeros denunciados como sospechosos? Detrás de todo había un cerebro organizador, y la labor de Butler consistía en contribuir con todo su talento para desbaratar el plan. Aunque cabía la posibilidad de que sólo se tratase de alguien que quería ponerles palos en las ruedas.

Aparcó en la terminal 4 y entró en el edificio, casi vacío. Eran las cuatro y media y una docena de enormes reactores de British Airways, que casi monopolizaba esa terminal, estaban a punto de llegar desde Africa, Oriente y las Américas. Dentro de dos horas la terminal volvería a ser una bulliciosa Babel.

Los vuelos que, sobre las 18 horas, habían salido de Nueva York, Washington, Boston y Miami, tras siete horas con viento de cola a las que había que añadir las cinco horas de diferencia horaria, casi coincidirían con los vuelos procedentes de Oriente, vuelos que duraban trece horas de las que había que restar siete. De modo que, a intervalos de pocos minutos, entre las 6.00 y las 6.40 desembarcarían titubeantes los primeros pasajeros a modo de vanguardia de una auténtica oleada. Diez agentes del Golpe se dirigían también hacia la terminal 4, aunque a través de las calles aún oscuras de los condados cercanos a la capital.

Butler necesitaba que sus hombres estuviesen repartidos entre las puertas de desembarque y la secciones de inmigración y aduanas, pero discretamente. Lo último que deseaba era que el supuesto «correo» se pusiera nervioso.

Porque se habían producido casos así. El portador de la droga, que sabía perfectamente lo que llevaba en una de sus maletas, se había puesto nervioso y optaba por no recoger su maleta. La cinta de la sección de recogida de equipajes seguía girando con una sola maleta que nadie recogía, mientras los agentes observaban. Cómo se las fuese a

componer el «correo» para capear la ira del jefe de la banda era asunto suyo (a más de uno le había costado la vida).

Butler quería algo más que una maleta abandonada. Quería detener al «correo» y prender el alijo.

De acuerdo a las instrucciones de los controladores de tráfico aéreo de West Dryton, el Speedbird Uno Cero sobrevolaba el Canal en dirección a la costa de Suffolk. Realizaría la maniobra de aproximación por el norte, y luego describiría una larga curva a poca velocidad para enfilarse al pasillo aéreo principal.

En la cabina de mando Adrian Fallon volvió a ocupar el asiento de la izquierda, atento a las instrucciones de West Dravton sobre su rumbo y horario. El 747 volaba a cinco mil metros de altitud y Fallon podía ver ya las luces de Ipswich.

Uno de sus dos primeros oficiales le entregó un mensaje que acababan de recibir a través de SICAR. Le pedían amablemente que el jefe del SC entregase la misteriosa carta en cuanto abriesen la puerta del aparato. Fallon refunfuñó contrariado, sacó las dos hojas de papel dobladas del bolsillo de la camisa, y se las dio al primer oficial con instrucciones para Harry Palfrey.

Eran las 6.05 y acababan de cruzar el Canal.

En las tres cabinas se respiraba el mismo ambiente de impaciencia que precede a todo aterrizaje. Ya hacía un rato que habían encendido las luces, retirado y guardado las bandejas del desayuno y desconectado los vídeos. Los tripulantes se habían puesto las chaquetas y distribuido las sillas a los pasajeros de primera clase y de la clase club. Los pasajeros que ocupaban asientos de ventanilla miraban medrosamente las hileras de luces que sobrevolaban.

Hugo Seymour salió del aseo de primera clase, limpio, afeitado, peinado y oliendo a un caro aftershave Lichfield. De nuevo en su asiento se ajustó la corbata, se abrochó el cinturón de seguridad y recibió su chaqueta de seda beige, que dobló y posó en sus rodillas para ponérsela después. En el suelo, entre los pies, tenía el maletín de piel de cocodrilo.

En la clase económica el hippie canadiense se rebullía en el asiento, impaciente por fumar. Como su asiento estaba junto al pasillo no podía ver nada por las ventanillas, ni lo intentó.

Cuatro filas más atrás, la familia Higgins estaba totalmente despierta y atenta al aterrizaje. Entre sus padres, Julie le explicaba detenidamente a Pooky qué vería en su nueva patria. La señora Higgins guardó restos de su parafernalia en su bolsa de mano. El pulquérrimo señor Higgins tenía su maletín de plástico sobre las rodillas, con las manos entrelazadas encima. Había cumplido con su deber y se sentía satisfecho.

En el respaldo del asiento de delante el pequeño avión blanco acababa de virar y apuntaba a Heathrow. Los dígitos que aparecían al lado indicaban que faltaban 32 kilómetros para aterrizar. Eran las 6.12.

Desde la cabina de mando la tripulación podía ver los todavía oscuros campos de Berkshire por debajo y las luces que iluminaban el castillo de Windsor.

El tren de aterrizaje acababa de asomar por la panza del reactor. Los alerones fueron abriéndose progresivamente hasta los requeridos 25 grados. Para un observador que estuviese en tierra el Speedbird Uno Cero parecía derivar, casi inmóvil, sobre los últimos kilómetros de cemento. Pero, en realidad, todavía volaba a 300 km/h aunque disminuyendo la velocidad y descendiendo.

Adrian Fallon hizo una nueva comprobación de todos los instrumentos, y se dio por enterado de la autorización para aterrizar recibida en Heathrow. Por delante de él, un Boeing con destino a Miami acababa de despejar la pista y, quince kilómetros por detrás, tenía a un avión comercial de la Northwest con destino a Boston. Pero sus pasajeros irían a la terminal 3. En la terminal 4, reservada para la British, él sería el primero en aterrizar aquella mañana. Al pasar su ala sobre la vertical de la presa Welsh Harp iba a más de trescientos metros de altura y la velocidad del viento impulsó el aparato a 250 km/h, que era la velocidad de aterrizaje.

El Speedbird Uno Cero tomó tierra a las 6.18. Diez minutos después, Adrian Fallon detuvo el enorme reactor cerca del túnel móvil de pasajeros, puso los frenos de estacionamiento y dejó que el primer oficial parase los motores. El oficial tecleó un código y toda la energía de los cuatro reactores pasó al APU. Las luces de la cabina de mando parpadearon y luego volvieron a brillar con toda su intensidad. Por debajo de él, las azafatas y asistentes de vuelo observaban la boca del túnel de pasajeros, que avanzó hacia ellos hasta situarse frente a la puerta de salida.

Un joven con el mono del personal técnico del aeropuerto arqueó una ceja al ver a Harry Palfrey.

—¿El jefe del SC?

—¿La carta?

El joven asintió con la cabeza. Palfrey le pasó las dos hojas de la carta y dio media vuelta, dirigiéndose con su ejercitada sonrisa hacia los pasajeros de primera clase que aguardaban detrás de él.

—Buena estancia, señor. Espero que hayan tenido un vuelo agradable.

Los pasajeros fueron desfilando junto a él. El octavo en pasar fue Seymour. Se notaba que era un persona refinada, porque, pese a lo intempestivo de la hora, iba perfectamente aseado y vestido. Harry Palfrey confiaba en que aquel imbécil de la clase económica no le hubiese causado la menor molestia.

Después de los pasajeros de primera les tocaba desembarcar a los de la clase club; unos procedían de la parte trasera del aparato y otros bajaban por las escaleras desde la cabina superior. Los pasajeros de la clase económica, impacientes por salir como ganado del establo, estaban ya de pie y trataban de abrirse paso, pese a que aún tenían que aguardar diez minutos.

La oficina de inmigración estaba desierta a aquella hora. Frente a sus mesas, los agentes del control de pasaportes aguardaban la marea humana. En una pared había un falso espejo que comunicaba con una estancia contigua, donde Bill Butler estaba atento a quienes llegasen.

Los agentes de control de pasaportes eran diez: dos para los pasaportes del Reino Unido y la Unión Europea y ocho para el resto del mundo. Uno de los hombres de Butler los había puesto a todos en antecedentes. Siempre había colaboración entre inmigración y aduanas. La información aportó a las habitualmente tediosas mañanas un poco de animación. De los pasajeros de primera clase sólo cuatro eran británicos. El resto eran tailandeses o australianos. Los cuatro ciudadanos del Reino Unido tardaron sólo segundos en pasar el trámite. Cuando le devolvieron el pasaporte al tercero, el funcionario de inmigración alzó ligeramente la cabeza y asintió en dirección al espejo. Bill Butler tenía la carta en la mano. Sólo había uno con un traje de seda beige: Hugo Seymour. Butler habló rápidamente a través de la radio que llevaba en la mano.

—Ahora sale. Traje beige de seda. Maletín de piel de cocodrilo.

Ranjit Gul Singh era un sij. Era también licenciado en historia del arte por la Universidad de Manchester y funcionario de la Dirección General de Aduanas destinado al departamento de Butler. Cualquier observador habría reparado en que era sij, pero en nada más. Estaba en el pasillo, detrás del control de pasaportes, con una escoba y un recogedor de mango largo. Recibió el mensaje a través del minúsculo auricular que llevaba en la oreja derecha. Al cabo de unos segundos un traje beige pasó junto a él, que estaba con la cabeza gacha.

El oficial Singh vio al ejecutivo dirigirse hacia los lavabos de caballeros, que estaban a mitad del pasillo.

—Ha ido a los lavabos —musitó a través de la bocamanga.

—Sígalo y vea qué hace.

El sij entró en los lavabos, recogiendo fragmentos de desperdicios. El hombre del traje beige no había entrado en ningún retrete, sino que estaba lavándose las manos. Gul Singh sacó un trapo y empezó a limpiar los lavabos. El del traje beige no le prestó atención. El sij

siguió aplicándose a su humilde tarea pero sin quitarle ojo a los retretes, por si había alguien oculto. ¿Habría quedado aquel hombre citado con alguien para una entrega? El sij seguía limpiando cuando el ejecutivo se secó las manos, recogió el maletín y salió. No se había producido ningún contacto. Y así se lo dijo a Bill Butler.

En ese mismo momento, uno de los funcionarios del control de pasaportes para los ciudadanos de países no pertenecientes a la UE, asintió mirando hacia el espejo al devolverle el pasaporte al hippie. Butler advirtió la señal e hizo una llamada a través de la radio. En el pasillo que conducía a la sección de aduanas, una joven, que parecía haber desembarcado del aparato pero que no era así, y que simulaba ajustarse un zapato, se incorporó, reparó en los pantalones vaqueros y en la camisa de algodón que acababan de pasar frente a ella y los siguió.

Al salir de los lavabos Hugo Seymour se unió a la corriente de pasajeros procedentes de la clase económica.

Está haciendo tiempo, pensó Bill Butler, confundiendo entre el gentío. Pero ¿por qué entonces llevar un traje tan llamativo? Y entonces recibió una comunicación anónima.

—Acento americano —dijo el operador—. Avistado un hippie canadiense en pantalones vaqueros y camisa de algodón, melena enmarañada y perilla. Creemos que lleva un paquete en la mochila. Y parece preocupado.

—Lo estamos vigilando —dijo Butler.

—A eso se le llama rapidez, jefe —dijo en tono admirativo el operador de la centralita.

Butler se adentró por un laberinto de pasillos no accesibles al público para apostarse tras un doble espejo de la sección de aduanas y, concretamente, tras el mostrador «Nada que declarar». Si uno de los dos sospechosos se dirigía al de «Declarar», sería toda una sorpresa.

Se congratulaba de que la llamada anónima se hubiese producido. Respondía al patrón clásico. El hippie era el señuelo, el obvio sospechoso. El ejecutivo respetable era quien llevaba el paquete. No era una mala artimaña, pero en esta ocasión, gracias a un cívico ciudadano aquejado de insomnio, buena vista y buen olfato, no iba a funcionar.

El equipaje procedente de Bangkok estaba llegando a la sección de recogida de equipajes, frente a la cinta 6, y ya había más de doscientas personas aguardando. La mayoría se habían agenciado carritos. Entre los que aguardaban se encontraba Seymour. Su maleta de piel con refuerzos metálicos llegó antes que él; fue una de las primeras en aparecer. El resto de los pasajeros de primera clase ya estaban fuera de la terminal. La maleta de piel había dado una veintena de vueltas pero Seymour se hacía el desentendido, mirando hacia las cortinillas de la boca de entrada de las maletas.

A diez metros de distancia se encontraba el hippie, Donovan, que aún aguardaba a que saliese su gran mochila negra. En esos momentos se acercaba a la cinta transportadora el señor Higgins empujando dos carritos, acompañado de su esposa y su hija. Julie se había empeñado en que, como era su primer viaje al extranjero, quería un carrito para ella sola, para llevar su maletita y a Pooky.

Los dueños de las maletas iban identificando una a una las suyas, las agarraban del asa y las cargaban en el carrito. Ya había empezado el lento avance de la cola frente al mostrador de «Nada que declarar», engrosada ahora por pasajeros de otros dos Jumbo, casi todos americanos y el resto británicos que regresaban de vacaciones en el Caribe vía Miami. Una docena de funcionarios de aduanas uniformados, con engañosa expresión de tedio, estaban repartidos entre la sección de recogida de equipajes y las colas de aduanas.

—Esa es, papá.

Varios pasajeros miraron en derredor y sonrieron. La maleta de Julie Higgins era inconfundible, una Samsonite de tamaño mediano con chillonas pegatinas de sus personajes de dibujos animados preferidos; Scoobydoo, Shaggy, Wile E. Coyote y el Roadrunner. Casi al mismo tiempo, asomaron las dos bolsas de sus padres. John Higgins, siempre cuidadoso, las colocó bien equilibradas sobre el carrito.

Al ver acercarse a su mochila, el hippie se apresuró a colgársela desdeñando un carrito y enfiló hacia la cola de «Nada que declarar». El señor Seymour recogió al fin su

maleta de piel, la colocó en el carrito y lo siguió. En la cola de «Nada que declarar» Bill Butler seguía tras el falso espejo observando a la cansada y somnolienta serpiente humana desfilar frente a él.

Dentro de la sección de recogida de equipajes un displicente mozo habló a través de la bocamanga.

—El hippie va delante; el traje beige lo sigue a unos diez metros.

El supuesto Donovan no llegó muy lejos. Estaba a mitad de camino de la cola, ya cerca de la bendita salida que le permitiría respirar con alivio, cuando dos funcionarios uniformados de aduanas le detuvieron. Muy amables, por supuesto. Terriblemente amables.

—Perdone, señor, ¿le importaría seguir por ahí?

El canadiense se enfureció.

—¿Qué significa esto?

—Tenga la bondad de acompañarnos, señor.

El canadiense se enfureció aún más.

—¡Vamos, hombre! ¡No me joda! —clamó a voz en grito—. Trece horas metido en esa mierda de avión... ¿Aún quieren hacerme más la puñeta?

Quienes lo seguían en la cola se detuvieron en seco. Entonces, con una actitud muy británica cuando alguien hace una escena, miraron hacia otro lado como si no ocurriese nada y siguieron adelante con paso cansino. Hugo Seymour estaba entre ellos.

El canadiense, aliviado de sus dos mochilas, gritando y protestando, fue conducido por una puerta lateral hasta un cuarto de inspección de equipajes. La cola siguió avanzando. El ejecutivo del traje de seda casi había llegado a la salida cuando también fue interceptado. Dos funcionarios le salieron al paso y otros dos se situaron detrás de él.

Al principio no pareció percatarse de lo que ocurría. Luego, pese a su bronceado, se quedó blanco como la cera.

—No entiendo... ¿qué es lo que ocurre?

—Tenga la bondad de acompañarnos.

También a él se lo llevaron por una puerta lateral. Detrás del falso espejo Bill Butler suspiró. Ya había caído el pez gordo. Se acabó la pesca. Ya tenían las maletas y lo que contuviesen.

Tardaron tres horas, en dos cuartos distintos. Butler iba del uno al otro, cada vez más frustrado. Cuando los funcionarios de aduanas registran un equipaje lo encuentran todo, si hay algo que encontrar, claro. Habían vaciado las dos mochilas y registrado los forros y los bastidores. Pero, salvo unos paquetes de Lucky Strike, no había nada. Eso no le sorprendió a Butler. Los señuelos nunca llevaban nada.

Quien lo sorprendió fue Hugo Seymour. Pasaron la maleta de piel doce veces por rayos X y no encontraron nada. Y lo mismo ocurrió con el maletín de piel de cocodrilo. No encontraron nada más sospechoso que unas pastillas contra la acidez. Machacaron dos pastillas y analizaron el polvo con un producto químico. El análisis reveló que eran lo que ponía en el tubo: pastillas contra la acidez estomacal. Entonces lo desnudaron, le pusieron un batín de papel y pasaron sus ropas por rayos X. Luego, completamente desnudo, lo pasaron también a él por rayos X, por si llevaba algún paquete oculto en el interior de su cuerpo. Nada.

Hacia las diez, con quince minutos de diferencia, tuvieron que soltarlos a los dos. Seymour los amenazó a voz en grito con denunciarlos. Pero a Butler le tenía sin cuidado la amenaza. Era lo que solían hacer, porque no tenían ni idea de cuáles eran las atribuciones de los funcionarios de aduanas.

—¿Quiere que los sigamos, jefe? —preguntó su taciturno número dos.

Butler reflexionó unos momentos y luego meneó la cabeza.

—Probablemente ha sido una información falsa. Si son inocentes, de nada servirá seguirlos. Y, si no son tan inocentes, dudo que el cerebro que controle la operación desde Bangkok se ponga en contacto con ellos si notan que los siguen. Dejémoslo. Otra vez será.

El canadiense, que fue el primero en quedar libre, fue en autocar a Londres y se alojó en un hotel barato cerca de Paddington. Seymour tomó un taxi y se alojó en un hotel bastante más caro.

En Londres, poco después de las dos de la tarde, cuatro hombres recibieron sendas llamadas telefónicas en distintas cabinas de la ciudad. Los cuatro tenían instrucciones para presentarse en una dirección. Uno de ellos hizo una llamada y luego se dirigió al lugar de la cita.

A las cuatro, Bill Butler estaba sentado en su coche frente a un bloque de apartamentos de los que pueden alquilarse para una semana, o incluso para un día.

Cinco minutos después, la furgoneta policial camuflada que Butler aguardaba se detuvo detrás de él y bajaron diez hombres de su brigada. No había tiempo para dar instrucciones especiales. La banda podía tener a alguien apostado, aunque después de estar vigilando más de media hora no había visto descorrerse ninguna cortina. Se limitó a asentir con la cabeza y se dirigió hacia la entrada del edificio. Había un mostrador de recepción, pero nadie que lo atendiese. Ordenó a dos hombres que vigilaran los ascensores y fue escaleras arriba con los ocho restantes. El apartamento estaba en el tercer piso.

Los del Golpe no se andan con muchos miramientos. Uno de ellos hizo saltar la cerradura de una patada y entraron. Todos eran jóvenes, entusiastas, estaban en plena forma y con la adrenalina a tope. Pero no iban armados.

Los cuatro hombres que había en el apartamento no ofrecieron resistencia. Se quedaron sentados, perplejos ante una irrupción tan rápida e inesperada. Butler entró el último, con aspecto de ser quien mandaba, mientras sus hombres mostraban sus placas. Butler se encaró con el americano.

Posteriores análisis de voz demostraron que fue él quien llamó al número de emergencias de aduanas del aeropuerto de Heathrow, para denunciar al hippie canadiense, que actuaba como señuelo. La bolsa que tenía al lado contenía seis kilos de lo que resultó cocaína colombiana pura.

—Señor Salvatore Bono, queda usted detenido por conspiración para importar una sustancia prohibida...

Cuando las formalidades hubieron terminado, el hombre de Miami fue esposado y conducido fuera. Después, Butler se encaró con el hippie. Luego, mientras se llevaban al malhumorado canadiense, Butler dijo a sus colegas:

—Llévalo a mi coche. Quiero hablar con éste.

El señor Seymour se había quitado el traje beige y se había puesto unos pantalones y chaqueta de sport, más adecuados para el tiempo en Inglaterra a finales de enero. Era el segundo señuelo. También él, despojado del fajo de diez mil libras que había recibido por su papel en la operación, salió sin resistirse. Butler miró entonces a los otros dos.

El envío estaba encima de la mesa, todavía en la maleta en que lo habían transportado, tal como pasó por la aduana. En un falso fondo habían encontrado bolsas con dos kilos de heroína tailandesa. Las pegatinas de Scoobydoo y de Shaggy eran perfectamente visibles.

—Señor Higgins, queda usted detenido por importar y conspirar con otros para importar a este país...

El cívico ciudadano tuvo que ser acompañado al lavabo, donde vomitó. Cuando se hubo marchado, Butler miró al último hombre, al organizador de la red de Bangkok. Estaba sentado, contemplando por la ventana al cielo de Londres, una vista que sabía que en adelante le sería racionada.

—Llevo tras tus pasos mucho tiempo, amiguito.

No hubo réplica.

—Buena maniobra. No un señuelo, sino dos. Y el inocente señor Higgins, con su regordeta esposa y su encantadora hijita detrás, eludiendo el follón de «Nada que declarar».

—Vaya al grano —le espetó aquel hombre de mediana edad.

—Muy bien, señor Palfrey, queda usted detenido por...

Butler dejó a dos de sus hombres allí, para que registrasen de arriba abajo el apartamento, en busca de cualquier prueba que pudiesen haber escondido en los segundos que tardaron en derribar la puerta. Luego bajó a su coche.

Le esperaba una larga noche de trabajo, pero era un trabajo que disfrutaría. Su número dos iba al volante, de modo que se sentó detrás con el taciturno canadiense.

Al alejarse el coche del bordillo miró al detenido.

—Vamos a aclarar unas cuantas cosas. ¿Cuándo se enteró de que Seymour era su compañero en esa maniobra del doble señuelo?

—Pues ahí arriba, en el apartamento —contestó el hippie. Butler se quedó perplejo.

—¿Y a qué venía la conversación a medianoche en las puertas de los lavabos?

—¿Qué conversación? ¿Qué lavabos? No lo había visto en mi vida.

Butler se echó a reír, cosa rara en él.

—Claro. Siento lo que le hicieron en Heathrow, pero ya conoce las normas. No podía revelar quién es usted, ni siquiera allí. En cualquier caso, gracias por la llamada. Se ha portado, Sean. Esta noche pago yo la cerveza.

BRISA SUSURRANTE

PRÓLOGO

Cuenta la leyenda que ningún blanco sobrevivió a la matanza que sufrieron los hombres del general Custer en la batalla de Little Big Horn, el 25 de junio de 1876. Pero no es del todo cierto. Hubo un único superviviente. Era un guía de veinticuatro años y se llamaba Ben Craig.

Esta es su historia.

El olfato del guía lo notó primero: un aroma tenue a leña quemada que le llegó con el viento de la pradera.

Cabalgaba cuesta abajo por la vertiente occidental del Rosebud, veinte metros por delante de los diez soldados de la patrulla destacada de la columna principal.

Sin darse la vuelta, el guía alzó la mano derecha y tiró de las riendas. Detrás de él el sargento y sus nueve hombres se detuvieron también. El guía bajó del caballo, lo dejó pastar a su aire y corrió hacia el altozano que se alzaba entre ellos y el río. Luego se echó cuerpo a tierra, gateó hasta arriba y se apostó entre las matas.

Entre el altozano y la orilla del río había un poblado. Era pequeño, con sólo cinco tiendas, probablemente de una sola y numerosa familia. A juzgar por los tipis eran cheyenes del norte. El guía los conocía bien. Los tipis de los siux eran altos y estrechos; los cheyenes los construían con la base más ancha, más chatos. Los lados de las tiendas estaban decorados con pictogramas de estilo cheyene que representaban trofeos de caza.

El guía dedujo que en el poblado había entre veinte y veinticinco personas, y que unos diez o doce hombres habían salido a cazar. Lo dedujo por los ponis. Había sólo siete que pacían cerca de las tiendas y, para que los veinticinco cheyenes que calculaba vivían en el poblado pudieran trasladarse, con los tipis plegados y todos sus bártulos en los travois, debían de tener por lo menos veinte ponis.

Oyó al sargento arrastrarse cuesta arriba hacia él, a la vez que por señas les indicaba a sus hombres que siguiesen donde estaban.

El guía atisbó junto a él la manga del uniforme azul con los tres galones.

—¿Qué ves? —preguntó el suboficial con un ronco susurro.

Eran las nueve de la mañana y ya hacía mucho calor. Llevaban tres horas cabalgando. Al general Custer le gustaba levantar el campamento temprano. Pero el guía ya podía oler whisky en el aliento de aquel hombre. Era lo que llamaban «whisky de la frontera», muy malo, y el olor era apestoso y más penetrante que el aroma de los ciruelos, de los cerezos y de los rosales silvestres que abundaban tanto en ambas orillas del río que por eso llamaban Rosebud.

—Cinco tiendas. Cheyenes. Sólo están las mujeres y los niños. Los hombres han salido a cazar al otro lado del río.

El sargento Braddock no le preguntó al guía cómo lo sabía. No lo puso en duda. Carraspeó, escupió una poca de tabaco de mascar y sonrió dejando ver su dentadura amarillenta. El guía bajó del altozano y se irguió.

—Dejémoslos tranquilos. No son lo que buscamos.

Pero Braddock había pasado siete años en las praderas con el 7.º de Caballería y se sentía frustrado porque apenas había entrado en acción. Un invierno largo y tedioso en Fort Lincoln le había aportado un hijo bastardo de una joven que ejercía de lavandera a media jornada y de puta la otra media. Pero había ido a las praderas para matar indios, y no tenía intención de que no le dejasen hacerlo.

La matanza duró sólo cinco minutos. Los diez jinetes remontaron la loma al trote y luego se lanzaron a galope tendido. El guía, que había vuelto a montar, lo observó todo con repugnancia desde lo alto.

Un soldado novato montaba tan mal que cayó del caballo. El resto se encargó de la carnicería. La patrulla de Fort Lincoln no llevaba espadas, sino revólveres Colt y el nuevo modelo del Springfield 73.

Al oír retumbar los cascos de los caballos, las mujeres que estaban cocinando junto al fuego intentaron reunir a sus hijos antes de huir hacia el río.

Pero ya era demasiado tarde.

Los jinetes se abalanzaron sobre ellas antes de que pudiesen llegar al agua. Luego dieron media vuelta e irrumpieron en las tiendas disparándole a todo lo que se moviese.

Cuando no quedó nadie vivo, los soldados desmontaron y saquearon los tipis para hacerse con un botín que mereciese la pena enviar a casa. De paso, remataron a tiros a los niños que encontraron vivos.

El guía recorrió al trote los cuatrocientos metros que separaban el ribazo del poblado para ver el destrozo causado. No parecía que pudiese sobrevivir nadie ni nada después de que los soldados hubieron incendiado los tipis.

Uno de los soldados novatos, casi un niño, estaba vomitando su desayuno de torta y alubias, inclinándose en la silla para no mancharse con su propio vómito.

El sargento Braddock estaba exultante. Había logrado una victoria. Había encontrado un penacho de plumas de guerra y se lo había colgado de la silla junto a la cantimplora, que no debía haber contenido más que agua de la primavera.

El guía contó catorce cadáveres que yacían como muñecos rotos en el mismo lugar donde cayeron. Meneó la cabeza cuando uno de los soldados le ofreció un trofeo. Pasó al trote frente a las tiendas y fue hasta la orilla del río para que su caballo bebiese.

La vio semioculta en el cañaveral. Le manaba sangre de la pierna, de una bala de rifle que la alcanzó en el muslo mientras huía. De haber llegado un poco antes, el guía habría regresado hacia las tiendas incendiadas. Pero Braddock, que lo vio, siguió la dirección de su mirada y se acercó.

—¿Qué has encontrado, muchacho? Bueno, bueno... otra sabandija y aún viva.

El sargento desenfundó el Colt y apuntó. La chica del cañaveral ladeó la cabeza y los miró aterrada. El guía sujetó la muñeca al irlandés y lo obligó a dirigir el cañón del arma hacia arriba. Braddock, patilludo y pelirrojo, lo miró furioso.

—No la mate, que a lo mejor puede decirnos algo —dijo el guía. Era el único recurso.

Braddock se tranquilizó, reflexionó y luego asintió con la cabeza.

—Buena idea, muchacho. Se la llevaremos al general como un regalo.

Volvió a enfundar el Colt y fue a echarle un vistazo a sus hombros. El guía bajó del caballo y se adentró en el cañaveral para asistir a la muchacha. Por suerte para ella, era una herida limpia. La bala le había atravesado el muslo, que tenía un orificio de entrada y otro de salida, ambos pequeños y redondos. El guía utilizó el pañuelo que llevaba al cuello para lavarle la herida con agua del río, y luego seda vendó fuertemente para contener la hemorragia.

Cuando la hubo curado la miró. Ella le devolvió la mirada. Un torrente de pelo, negro como ala de cuervo, caía por encima de sus hombros. Tenía los ojos grandes y oscuros, ensombrecidos por el miedo y el dolor. No todas las mujeres indias resultaban bonitas a ojos del hombre blanco, pero las cheyenes eran las más atractivas de todas las tribus. La muchacha del cañaveral, que debía de tener unos dieciséis años, era de una belleza asombrosa, etérea. El guía tenía veinticuatro años. Se había educado con la Biblia y, en el sentido bíblico, «jamás había conocido mujer». El corazón le dio un vuelco y tuvo que apartar la mirada. Se cargó a la muchacha al hombro y volvió a pie con ella hasta los restos del poblado.

—Móntala en un poni —le gritó el sargento, y echó otro trago de su cantimplora.

—No —replicó el guía—, en un travois, de lo contrario, morirá.

Había varios travois en el suelo cerca de las brasas a que habían quedado reducidos los tipis. Los travois estaban hechos con dos postes como los de las tiendas, de madera de pino, que unidos por una piel de búfalo tensada, colgaban a ambos lados de la grupa del poni, con los extremos muy separados de las patas traseras del animal y arrastrando por el suelo para estabilizarlos. Los utilizaban para llevar la carga y desplazarse con comodidad. Para una persona herida eran mucho más cómodos que los carromatos de los blancos, que traqueteaban continuamente durante el trayecto.

El guía se acercó a uno de los dos únicos ponis que quedaban. Los otros cinco habían huido de estampida. El animal se le encabritó al sujetarlo por las riendas. Había olido a los hombres blancos. Era un olor que podía hacer de un poni pío un animal medio salvaje. También ocurría lo mismo al revés. Los caballos del ejército estadounidense eran casi incontrolables si olían a los indios en las llanuras.

El guía le sopló con suavidad en el morro hasta que el animal se calmó y lo aceptó. Diez minutos después había colocado el travois, y a la chica herida abrigada con una manta sobre la piel de búfalo. La patrulla rehízo el camino para reintegrarse al 7.º Regimiento de Caballería del general Custer.

Era el 24 de junio del año de gracia de 1876.

Las campañas por las praderas del sur de Montana, como la de aquel verano, habían empezado muchos años atrás. Al fin habían descubierto oro en las sagradas Colinas Negras de Dakota del Sur, y ese hecho atrajo a muchos buscadores. Pero las Colinas Negras les habían sido ya concedidas a perpetuidad a la nación siux. Enfurecidos por lo que consideraban una traición, los indios replicaron con ataques a los buscadores y a las caravanas de carretas.

Los blancos reaccionaron con rabia ante tal violencia. Relatos de espantosos actos de barbarie cometidos por los siux, a menudo ficticios o exagerados, atizaron el fuego y las comunidades blancas apelaron a Washington. El gobierno reaccionó revocando sin más el Tratado de Laramie y confinando a los indios en una serie de precarias reservas, que no eran más que una mínima parte de lo que se les había prometido solemnemente. Las reservas se hallaban en zonas de las dos Dakotas.

Pero Washington decidió también la delimitación de una zona que llamaron Territorios no Concedidos, que coincidían con aquellos en los que siempre habían cazado los siux, y en los que aún abundaban los búfalos y los venados. La frontera oriental de la zona era una línea imaginaria que limitaba con el oeste de Dakota del Norte y Dakota del Sur. La frontera occidental era una línea nortesur, igualmente imaginaria, situada a 240 kilómetros más al oeste, una línea que los indios no habían visto nunca ni podían imaginar. Por el norte, la

zona de Territorios no Concedidos limitaba con el río Yellowstone, que cruzaba Montana y se adentraba en ambas Dakotas; y, por el sur, limitaba con el curso del North Platte, en Wyoming. Aquí, al principio, a los indios se les dejaba cazar. Pero la marcha del hombre blanco hacia el oeste no se detuvo.

En 1875 los siux empezaron a salir de las reservas de Dakota y fueron hacia el oeste hasta los territorios de caza no concedidos. A finales de aquel año el Departamento de Asuntos Indios les dio un ultimátum: el día 1 de enero deberían haber regresado a las reservas.

Los siux y sus aliados no replicaron al ultimátum, sino que se limitaron a ignorarlo. La mayoría ni siquiera oyó hablar de él.

Siguieron cazando y, a medida que el invierno dejó paso a la primavera, fueron en busca de sus piezas tradicionales, el generoso búfalo y los nobles ciervos y antílopes. A comienzos de la primavera, el Departamento de Asuntos Indios le pasó la pelota al ejército. Su misión: localizarlos, rodearlos y conducirlos de nuevo a las reservas de Dakota.

El ejército ignoraba dos cosas: cuántos indios estaban realmente fuera de las reservas y dónde estaban. Respecto a lo primero, al ejército simplemente se le mintió. Las reservas estaban regentadas por traficantes que comerciaban con los indios, todos blancos y muchos corruptos. De Washington recibían suministros de ganado, maíz, harina, mantas y dinero para distribuirlos entre la población de la reserva. Muchos estafaban a los indios del modo más vil y mataban de hambre a mujeres y niños. Por eso los indios decidieron regresar a las praderas donde siempre habían cazado.

Los traficantes tenían otra razón para mentir. Si informaban que todos los indios que se suponía estaban en la reserva se encontraban efectivamente allí, recibían todos los suministros. Pero a medida que se reducía el número de indios en las reservas se reducían los suministros y, por lo tanto, los beneficios de los traficantes. En la primavera de 1876, los traficantes informaron al ejército que sólo habían salido de las reservas unos puñados de guerreros. Mintieron. Se habían marchado miles, todos hacia el oeste, al otro lado del río para cazar en los Territorios no Concedidos.

En cuanto adónde pudieran estar sólo había un medio de averiguarlo: enviar un contingente al sur de Montana para localizarlos. Por lo tanto, tuvieron que elaborar un plan. Enviarían tres columnas mixtas de infantería y caballería.

Desde Fort Lincoln, en Dakota del Norte, el general Alfred Terry marcharía hacia el oeste siguiendo el curso del río Yellowstone, que formaba el límite norte de los territorios de caza. Desde Fort Shaw en Montana, el general John Gibbon marcharía hacia el sur hasta Fort Ellis, y luego seguiría hacia el este a lo largo del Yellowstone hasta reunirse con la columna de Terry que llegaría en sentido contrario.

Desde Fort Fetterman, muy al sur de Wyoming, el general George Crook marcharía hacia al norte, cruzaría por la zona del nacimiento del Crazy Woman, luego a la otra orilla del Tongue y subiría por el valle de Big Horn hasta encontrarse con las otras dos columnas. Los soldados contaban con localizar el grueso del contingente siux en el sector delimitado por sus columnas. Y con este convencimiento se pusieron todos en marcha.

A primeros de junio, Gibbon y Terry se encontraron donde el Tongue, que discurre hacia el norte, desemboca en el Yellowstone. No habían visto ni un solo penacho de guerra. Todo lo que sabían era que los indios de las praderas estaban al sur de donde ellos se encontraban. Gibbon y Terry acordaron que éste seguiría hacia el oeste y que aquél reharía el camino hacia el oeste. Y así lo hicieron.

El 20 de junio, la columna combinada llegó al punto donde el Rosebud desemboca en el Yellowstone. Allí decidieron que, en caso de que los indios estuviesen curso arriba de aquel río, el 7.º de Caballería, que acompañó a Terry desde Fort Lincoln, debería desplazarse hasta el nacimiento del Rosebud. Podía encontrarse con indios o con el general Crook.

Nadie sabía que el día 17 Crook se había topado con una gran concentración de siux y cheyenes, que le inflingieron un duro castigo. Crook enfiló hacia el sur y se dedicó a cazar tranquilamente, como si nada hubiese ocurrido. No envió ninguna patrulla al norte para

encontrar y alertar a sus camaradas, que ignoraban que no iban a contar con apoyo por el sur. Tendrían que componérselas solos.

El cuarto día de marcha valle arriba del Rosebud regresó una de las patrullas, que contó lo de su ataque al poblado cheyene y que traían una prisionera.

El general George Armstrong Custer, cabalgando ufano al frente de su columna de caballería, tenía prisa. No quería detener a todo su contingente por una prisionera. Tras la explicación del sargento Braddock, el general asintió y le ordenó presentarse ante el comandante de su propia compañía. La información que pudiera darles la joven india podía aguardar hasta que acampasen por la noche.

La cheyene permaneció en el travois durante todo el día. El guía llevó el poni a la retaguardia y ató las riendas a uno de los carromatos de pertrechos. Como en aquellos momentos no lo necesitaban, el guía no se alejó de la muchacha. Tras el poco tiempo que llevaba en el 7.º de Caballería, había llegado a la conclusión de que no le gustaba lo que hacía, ni tampoco el sargento ni el comandante a cuyas órdenes estaba. Además, el famoso general Custer le parecía un imbécil grandilocuente. Carecía del léxico para expresarlo así, aparte de que prefería callarse lo que pensaba.

El guía se llamaba Ben Craig. Su padre, John Knox Craig, un emigrante procedente de Escocia expulsado de su pequeña granja por un codicioso terrateniente, era un hombre audaz y, en los años cuarenta, emigró a Estados Unidos. En el Este conoció a una chica escocesa con la que se casó, una joven de formación presbiteriana al igual que él; y, como en las ciudades del Este no se les brindaron muchas oportunidades, optó por marchar al Oeste, a la región de la frontera. En 1850 llegó al sur de Montana y decidió probar fortuna buscando oro al pie de la cordillera Pryor.

Fue uno de los pioneros. Su vida había sido desoladora y dura, con inviernos muy crudos, viviendo en una cabaña de madera junto a un bosque y a orillas de un río. Sólo los veranos habían sido idílicos, con el bosque rebosante de caza, los ríos de truchas y las praderas de flores silvestres. En 1852, Jennie Craig tuvo a su primer y único hijo. Dos años después concibió a una niña que murió a los pocos meses.

Ben Craig tenía diez años cuando una partida de guerreros crow mató a sus padres.

El pequeño se había criado en el bosque, junto a la frontera. Dos días después de que matasen a sus padres, un trampero llamado Donaldson encontró al muchacho, hambriento y desconsolado, entre las cenizas de la cabaña que los indios incendiaron. Juntos enterraron a Jennie y John Craig bajo dos cruces, a la orilla del río.

Ben no sabía si su padre llegó a acumular polvo de oro y, aunque así hubiese sido y los crow lo hubiesen encontrado, lo habrían desechado creyendo que aquel polvo amarillo no era más que arena.

Donaldson era ya mayor, un trampero que cazaba lobos, castores, osos y zorros. Todos los años iba al mercado más próximo para vender las pieles. El viejo solterón se apiadó del huérfano y lo crió como si de un hijo propio se tratase.

Mientras lo educó su madre, Ben sólo tuvo acceso a un único libro, la Biblia, y ella le había leído fragmentos enteros. Aunque Ben no era muy ducho en leer y escribir, había memorizado muchos pasajes de lo que él llamaba el Buen Libro. Su padre le enseñó a lavar la arena del río con la batea, para separar el oro. Pero fue Donaldson quien le enseñó a sobrevivir en los bosques, el canto de los pájaros, a localizar a los animales por su rastro, y también a montar y disparar.

Con el trampero fue con quien Ben conoció a cheyenes que también utilizaban trampas, y con quienes Donaldson comerciaba con los productos que, a cambio de sus pieles, obtenía en los mercados. Y los cheyenes le enseñaron su lengua y sus costumbres.

Dos años antes de la campaña del verano de 1876, Donaldson fue víctima de la misma vida salvaje que había llevado. Falló al dispararle a un viejo oso pardo, y el enfurecido animal la emprendió a zarpazos con él hasta matarlo.

Ben enterró a su padre adoptivo en el bosque, cerca de la cabaña, cogió lo que necesitaba y le prendió fuego al resto.

El viejo Donaldson siempre le había dicho: «Cuando yo falte, muchacho, llévate lo que necesites. Puedes considerarlo todo tuyo.» De modo que Ben se llevó el cuchillo Bowie, afilado como una navaja, con su funda adornada estilo cheyene y el rifle Sharps de 1852; los dos caballos, las sillas, las mantas, cecina y pan para el camino. No necesitaba nada más. Bajó hasta el llano y cabalgó hasta Fort Ellis.

Y allí trabajaba como cazador, trampero y domador de caballos cuando, en abril de 1876, el general Gibbon llegó al fuerte. El general necesitaba guías que conociesen bien los territorios al sur del Yellowstone. Como la paga que ofrecían era buena, Ben Craig se alistó. Y con un destacamento llegó a la desembocadura del Tongue, donde se encontraron con el general Terry; cabalgó con la columna combinada hasta la desembocadura del Rosebud. Allí, el 7.º de Caballería, al mando del general Custer, enfiló el sur río arriba después de reclutar a todo aquel que hablase cheyene. Custer tenía ya por lo menos a dos guías que hablaban siux; uno era un soldado negro, el único de todo el 7.º de Caballería. Se llamaba Isaías Dorman y había vivido con los siux; el otro era el jefe de exploradores, Mitch Bouyer, un mestizo, mitad francés mitad siux. Pero, aunque los cheyenes siempre habían sido considerados primos hermanos y aliados tradicionales de los siux, hablaban lenguas distintas. Craig dijo que él hablaba cheyene y el general Gibbon lo destinó al 7.º de Caballería.

Gibbon le ofreció también a Custer tres compañías adicionales de caballería al mando del teniente Brisbin, pero Custer las rechazó. Terry le ofreció ametralladoras Gatling, pero también las rechazó. Cuando emprendieron la marcha hacia el curso alto del Rosebud, el 7.º de Caballería estaba formado por doce compañías, seis exploradores blancos, más de treinta exploradores crow, una caravana de carromatos y tres civiles (675 hombres en total). Entre ellos habían herradores, herreros y muleros. Custer había dejado a la banda de su regimiento con Terry. De modo que cuando se lanzase a la carga final no sería a los acordes de su marcha favorita, Garryowen. Pero, a medida que avanzaban río abajo, con las teteras, los peroles, ollas y cazos entrechocando a los lados de las carretas de intendencia, Craig se preguntó a qué partida de indios pretendía Custer atrapar por sorpresa. Con el ruido y la polvareda que levantaba la columna de tres mil cascos de caballos, Ben Craig sabía que los iban a ver y oír desde muchas leguas a la redonda.

Craig había dispuesto de dos semanas durante el trayecto entre el Tongue y el Rosebud para observar al célebre 7.º de Caballería y a su célebre comandante, y cuanto más observaba más se descorazonaba. Confiaba en no toparse con un contingente numeroso de siux y de cheyenes dispuestos a luchar, pero temía que no iba a ser así. La columna cabalgó durante todo el día en dirección sur, siguiendo el curso del Rosebud pero sin ver indios. Sin embargo, en varias ocasiones, cuando el viento soplaba de la pradera hacia el oeste, los caballos se mostraban inquietos y asustados. Craig estaba seguro de que habían oído algo en la brisa. No tardarían mucho en descubrir el incendio del poblado cheyene. Una columna de humo que se eleva en la pradera era visible a muchas leguas de distancia. De modo que no iban a contar con el factor sorpresa.

Poco después de las cuatro de la tarde, el general Custer mandó acampar. El sol empezaba a ponerse por las lejanas e invisibles montañas Rocosas. Enseguida montaron las tiendas para los oficiales. Custer y sus más allegados utilizaron la tienda de la ambulancia de campaña, que era la más grande y espaciosa. Desplegaron sillas y mesas, llevaron a los caballos a beber al río, prepararon el rancho y encendieron los fuegos.

La chica cheyene yacía en silencio en el travois y miraba cómo iba oscureciéndose el cielo. Estaba preparada para morir. Craig llenó una cantimplora con agua del río y se la ofreció. Ella lo miró con sus grandes ojos oscuros.

—Bebe —le dijo él en cheyene.

La chica no se movió. Pero él dejó caer un chorrito del fresco líquido en su boca. Ella la abrió y tragó el agua, y Ben le dejó la cantimplora a su lado.

Al anochecer, un jinete de la compañía B llegó al campamento buscando a Craig, y cuando lo hubo encontrado volvió a su compañía para informar. Diez minutos después, llegó el capitán Acton acompañado por el sargento Braddock, un cabo y dos soldados. Desmontaron y rodearon el travois.

Todos los guías de la frontera destinados al 7.º, los seis blancos, el pequeño grupo de crows y los treinta y tantos aricaras, llamados también rees, formaban un grupo con un interés común, y todos conocían la frontera y las costumbres de aquellas regiones.

Al anochecer, alrededor de los fuegos del campamento, antes de que tocasen retreta, era costumbre sentarse a charlar. Hablaban de los oficiales, empezando por el general Custer y de los comandantes de sus compañías. A Craig le había sorprendido lo impopular que era el general entre sus hombres. Su hermano menor, Tom Custer, que mandaba la compañía C, estaba mucho mejor considerado, pero el más detestado era el capitán Acton. Y Craig sentía igual antipatía por él. Acton era un chusquero que se enroló poco después de la guerra civil, diez años atrás, y había ascendido en el 7.º de Caballería a la sombra de Custer. Pertenece a una familia de millonarios del Este. Era delgado, con un rostro cortado a pico y una boca cruel.

—Bien, sargento —dijo Acton—. Ésta es su prisionera. Veamos qué sabe.

—¿Habla usted la lengua de los salvajes? —le preguntó a Craig.

El guía asintió con la cabeza.

—Quiero saber quién es; con qué grupo estaba y dónde podemos encontrar el contingente principal de siux.

Craig se inclinó hacia la muchacha sobre la piel de búfalo. Le habló en cheyene, utilizando palabras y mucha gesticulación, porque los dialectos de los indios de las praderas tenían un vocabulario limitado y necesitaban de los ademanes para precisar el sentido de lo que decían.

—Dime cómo te llamas, muchacha. Eso no te causará ningún daño.

—Me llaman Brisa Susurrante —contestó.

Los soldados siguieron alrededor del travois y escucharon. No entendían una palabra, pero sí la expresión del rostro de la cheyene. Finalmente Craig se irguió.

—Capitán, dice que se llama Brisa Susurrante. Es de los cheyenes del norte. Pertenece a la familia Alto Wapití. Fueron sus tiendas las que el sargento arrasó esta mañana. Había diez hombres en el poblado, incluyendo a su padre. Los demás estaban cazando ciervos y antílopes al este del Rosebud.

—¿Y la principal concentración de siux?

—Dice que no ha visto siux. Su familia procede del sur, del río Tongue. Había algunos cheyenes más con ellos pero se marcharon hace una semana. La familia Alto Wapití prefiere cazar sola.

El capitán Acton miró el muslo vendado de la muchacha, se inclinó hacia ella y se lo apretó con fuerza. La muchacha contuvo la respiración y no gritó.

—Quizá haya que animarla un poco —dijo Acton sonriéndole al sargento.

Craig le sujetó la muñeca al capitán y se la apartó del muslo de la chica.

—Eso no funcionará, capitán —le dijo—. Ya me ha dicho lo que sabe. Si los siux no pueden estar en el norte, por donde han venido, y no están ni al sur ni al este, han de estar al oeste. Puede decírselo así al general. El capitán Acton apartó la mano que le había sujetado la muñeca como si estuviese infectada. Se irguió, sacó una saboneta de plata y miró la hora.

—Toca cenar en la tienda del general —dijo—. Debo marcharme —añadió, desinteresándose de la prisionera—. Sargento, cuando haya oscurecido del todo, llévela a la pradera y remátela.

—¿Le importaría que primero nos divirtiésemos un poco con ella, capitán? —preguntó el sargento Braddock.

El resto de los soldados soltaron una risotada de aprobación. El capitán Acton montó en su caballo.

—Con franqueza, sargento, me importa un bledo lo que hagan.

El capitán picó espuelas y fue en dirección a la tienda del general, que estaba en la entrada del campamento. Los demás montaron también. El sargento Braddock se inclinó hacia Craig con una mirada lasciva.

—Cuidala, muchacho, que volveremos.

Craig fue hasta el carromato de intendencia más cercano, preparó un plato con tocino, pan y alubias, y se sentó a comer en una caja de municiones. Pensó en su madre que, quince años antes, le leía la Biblia a la tenue luz de una vela. Pensó en su padre, lavando arena del río con la batea, de sol a sol, para encontrar el escurridizo metal amarillo en los ríos de la vertiente de los montes Pryor. Y pensó en el viejo Donaldson, que sólo una vez le pegó con el cinturón, y porque había tratado con crueldad a un animal capturado.

Poco antes de las ocho, con el campamento sumido ya en la oscuridad, se levantó, dejó plato y cuchara en el carromato y volvió al travois. No le dijo nada a la muchacha. Se limitó a desenganchar los dos postes que colgaban del poni y dejó el travois en el suelo. La aupó sin esfuerzo, la subió al lomo del animal y le dio las riendas. Luego señaló hacia la pradera.

—Cabalga —le dijo.

Ella lo miró unos momentos y él le dio una palmada al poni en la grupa. Al instante, el animal, fuerte, valiente, sin herrar, capaz de encontrar el camino a lo largo de muchas leguas, se adentró en la pradera en busca de sus congéneres. Varios guías ree lo observaron con curiosidad desde unos quince metros.

A las nueve, el sargento Braddock y sus hombres fueron por Craig. Dos soldados lo sujetaron, y el enfurecido sargento le propinó un puñetazo en el estómago. Al caer, lo arrastraron por el campamento hasta el general Custer, que, a la luz de varias lámparas de petróleo y rodeado por un grupo de oficiales, estaba sentado a una mesa en la entrada en su tienda.

George Armstrong Custer ha sido siempre un enigma. Pero está claro que era un hombre de dos personalidades; una buena y otra mala; una transparente y la otra oscura.

En su lado transparente podía ser una persona alegre, dada a gastar infantiles bromas pesadas y amante de la conversación. Era un hombre de energía y dinamismo inagotables. Siempre tenía algún proyecto; igual reunía animales salvajes de las praderas para enviarlos a los zoológicos del Este, como le daba por la taxidermia. Y, a pesar de los años de ausencia, era inquebrantablemente fiel a su esposa Elizabeth, a la que adoraba.

Después de que la bebida le hubiese costado más de un disgusto en su juventud, se convirtió en un completo abstemio. Ni siquiera un vaso de vino probaba en las comidas. No soltaba juramentos y tenía prohibido que se utilizase lenguaje procaz en su presencia.

Catorce años antes, durante la guerra civil, hizo gala de un valor tan temerario, de tanto arrojo, que ascendió rápidamente de teniente a general de división, aunque después de la guerra aceptó el grado de teniente coronel para poder seguir en el ejército, mucho más reducido en tiempos de paz. Había cargado al frente de sus hombres entre densas lluvias de balas, pero jamás lo hirieron. Para millones de civiles era un héroe y, sin embargo, no contaba con la confianza ni con la estima de sus hombres, a excepción de un reducido círculo de allegados.

Esto se debía a que también podía ser vengativo y cruel con quienes lo ofendiesen. Aunque él hubiese resultado siempre indemne, durante la guerra tuvo más bajas entre muertos y heridos que cualquier jefe militar. Y se lo achacaban a una temeridad casi propia de un loco. Y a los soldados no les gusta un jefe militar proclive a enviarlos a la muerte.

Durante la guerra había ordenado flagelaciones a modo de castigo en las praderas, y su ejército sufrió más deserciones que ningún otro en el oeste. El 7.º de Caballería, continuamente diezmado por las deserciones, se veía obligado a enrolar nuevas reclutas a quienes tenía escaso interés en formar para que se convirtiesen en soldados de caballería bien adiestrados y eficientes. A pesar de los largos meses de otoño e invierno en Fort Lincoln, en junio de 1876 el regimiento se hallaba en un estado deplorable. Custer era de una vanidad y ambición desmesuradas, perfectamente capaz de desatender sus obligaciones para avivar su glorificación personal a través de la prensa, siempre que

tenía ocasión. Sus poses, el uniforme de ante y sus rizos castaños no tenían más objeto que cultivar su imagen, al igual que el periodista Mark Kellogg que acompañaba al 7.º de Caballería en sus campañas. Pero como jefe militar tenía dos defectos que, dentro de pocas horas, le costaría la vida a él y a la mayoría de sus hombres. Uno era que siempre subestimaba al enemigo. Tenía fama de ser todo un adalid de la lucha contra los indios, y estaba convencido de serlo. Pero lo cierto era que, ocho años antes, había arrasado un poblado cheyene mientras todos los indios dormían. Fue el poblado del jefe Olla Negra, a orillas del Washita, en Kansas. Rodeó el poblado por la noche y los mató a casi todos al amanecer, hombres, mujeres y niños. Los cheyenes acababan de firmar un nuevo tratado de paz con los hombres blancos y, por lo tanto, no se consideraban en peligro.

Desde entonces el general Custer había intervenido en cuatro escaramuzas contra partidas de guerreros. Entre las cuatro escaramuzas el número de bajas no pasó de una docena; y, teniendo en cuenta la espantosa lista de muertos y heridos durante la guerra civil, aquellos choques contra grupos de indios dispersos apenas merecían mención. Pero los lectores de periódicos del Este estaban ávidos de héroes y, para ellos, el indio de la frontera con la cara pintada era un ser malvado y demoníaco. Los reportajes sensacionalistas de la prensa y su libro *Mi vida en las praderas* fraguaron su reputación y lo convirtieron en un ídolo.

El otro defecto del general Custer era que no escuchaba a nadie. Llevaba a varios guías y exploradores con experiencia durante su marcha curso abajo del Rosebud, pero ignoró todas las advertencias.

Así era el hombre ante quien llevaron a rastras a Ben Craig el 24 de junio.

El sargento Braddock explicó lo ocurrido y que había testigos. El general Custer, rodeado de seis de sus oficiales, lo miró escrutadoramente. Vio a un hombre doce años más joven que él, de casi metro ochenta, con traje de ante, de rizos castaños y ojos azules. Era blanco y no mestizo como la mayoría de sus guías y, sin embargo, calzaba botas de piel suave en lugar de las rígidas botas de cuero de la caballería, y llevaba una pluma blanca de águila en una trenza.

—Se trata de un delito grave —dijo Custer cuando el sargento hubo terminado de explicárselo—. ¿Es cierto?

—Sí, general.

—¿Y por qué lo ha hecho?

Craig le explicó que la joven había sido interrogada, y lo que se proponían hacer con ella los soldados aquella noche. El general Custer torció el gesto.

—No voy a tolerar nada semejante en las fuerzas bajo mi mando, ni siquiera con mujeres indias. ¿Es cierto lo que dice el guía, sargento?

El capitán Acton, sentado detrás de Custer, decidió entonces intervenir. Y lo hizo en tono reposado y persuasivo. Él había llevado a cabo personalmente el interrogatorio, que había sido totalmente verbal, a través del intérprete. No se le había causado el menor daño a la muchacha. Y añadió que sus últimas instrucciones fueron que la vigilaran durante la noche, pero sin tocarla, al objeto de que el general pudiese tomar una decisión por la mañana.

—Creo que el sargento a mi mando confirmará lo que digo —concluyó.

—Sí, señor. Así ha sido —aseguró Braddock.

—Caso cerrado —dijo Custer—. Que sea arrestado hasta que se celebre el consejo de guerra. Llamen al sargento primero. Al permitir la huida de una prisionera, Craig, ha propiciado que vaya a reunirse y alertar al grueso del enemigo. Esto es un delito de alta traición que se castiga con la horca.

—No ha ido hacia el oeste —dijo Craig—, sino hacia el este, a reunirse con lo que haya quedado de su familia.

—Pero igualmente puede alertar al enemigo y decirle dónde estamos —le espetó Custer.

—Ya saben dónde estamos, general.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Nos han estado siguiendo todo el día.

Se produjo un largo silencio de asombro. Entretanto llegó el sargento primero, un veterano alto, fornido y fanfarrón, llamado Lewis.

—Arreste a este hombre bajo estrecha vigilancia. Mañana a la salida del sol se celebrará un consejo de guerra sumarísimo.

Y la sentencia se ejecutará de inmediato. Eso es todo. —Mañana es el día del Señor —dijo Craig.

Custer reflexionó.

—Tiene razón. No haré que ahorquen a un hombre en domingo. Lo ahorcarán el lunes.

A un lado, el oficial asistente y actuario del regimiento, el capitán William Cooke, que era canadiense, había tomado notas del procedimiento seguido contra Craig, unas notas que luego guardaría en sus alforjas.

En aquel momento, uno de los guías, Bob Jackson, se acercó a caballo a la tienda. Le seguían cuatro rees y un explorador crow. Habían formado una avanzadilla a la puesta del sol y regresaban tarde. Jackson era medio blanco y medio pies negros. Su informe hizo que Custer se levantase entusiasmado de la silla.

Poco antes de anochecer, los guías nativos de Jackson habían encontrado señales de un gran campamento, muchas marcas circulares en la pradera, donde los indios habían levantado sus tipis. Desde el campamento el rastro se dirigía al oeste, alejándose del valle del Rosebud.

Custer se entusiasmó por dos razones. Las órdenes que tenía del general Terry eran subir hasta el nacimiento del Rosebud, para decidir de acuerdo a su criterio si recibía información que aconsejase otras medidas. Y ya tenía esa información. Custer quedaba ahora en libertad para formular su propia táctica y su propia estrategia, su propio plan de batalla, sin tener que ceñirse a las órdenes. La segunda razón era que al fin parecía haber localizado al grueso de los escurridizos siux. A unos treinta kilómetros al oeste había otro río y otro valle; el Little Big Horn, que fluía hacia el norte para desembocar en el Big Horn y este a su vez en el Yellowstone.

En dos o tres días, las fuerzas combinadas de Gibbon y de Terry llegarían a aquella confluencia y se dirigirían hacia el sur siguiendo el curso del Big Horn. De manera que los siux quedarían atrapados en una tenaza.

—Levanten el campo —ordenó Custer a sus oficiales—. Marcharemos durante la noche. —Miró al sargento primero y añadió—: Hágase cargo personalmente del prisionero, átelo a su caballo y vaya por detrás de mí, sargento Lewis. Ahora verá este guía lo que les sucede a sus amigos.

Marcharon durante la noche por un terreno escarpado, fuera del valle, siempre cuesta arriba por la vertiente. La fatiga empezó a hacer mella en hombres y caballos. Llegaron a la linde entre dos valles en la madrugada del domingo 25. La noche era oscura como boca de lobo pero brillaban las estrellas. Poco más allá encontraron un arroyo que Mitch Bouyer identificó como el Dense Ashwood. Fluía hacia el oeste hasta su confluencia con el Little Big Horn. La columna siguió el curso del arroyo.

Poco antes del amanecer Custer ordenó detenerse a la columna pero sin acampar. Los fatigados soldados tuvieron que pasar la noche al raso sin apenas dormir.

Craig y el sargento primero habían cabalgado a menos de cincuenta metros de Custer, junto a los miembros de la guarnición del cuartel general. Craig seguía montado en su caballo pero su rifle Sharps y su cuchillo Bowie los llevaba el sargento Lewis.

Craig tenía los tobillos atados con cuerdas de piel a la cincha de su silla y las manos a la espalda.

Durante una breve parada al alba, Lewis, que era un fanfarrón y muy estricto con el reglamento pese a que no era mala persona, dejó bajar del caballo a Craig. Craig tenía la manos atadas a la espalda, pero Lewis le dio de beber cuanto quiso de su cantimplora. Se avecinaba un día caluroso.

Entonces fue cuando Custer tomó la primera de las absurdas decisiones que tomaría durante aquel día. Llamó a su tercero en el mando, el capitán Frederick Benteen, y le ordenó hacerse cargo de tres compañías, las H, D y K y dirigirse hacia los páramos del sur a ver si había indios por allí. Desde sólo unos metros de distancia Craig vio a Benteen, a quien consideraba el más profesional de la unidad, y lo oyó protestar la orden. Si había una importante concentración de enemigos a orillas del curso alto del Little Big Horn, ¿era prudente dividir las fuerzas?

—Ya le he dado sus órdenes —le espetó Custer, que se volvió sin darle opción a más réplica.

Benteen se encogió de hombros y se dispuso a cumplir la orden. De modo que, de los seiscientos hombres de que disponía Custer en total, ciento cincuenta se alejaron hacia las interminables lomas y valles de los páramos, para dar palos de ciego, como quien dice.

Aunque Craig y el sargento Lewis nunca lo sabrían, Benteen y sus hombres y sus caballos exhaustos regresarían al valle del río varias horas más tarde, demasiado tarde para ayudar, pero también demasiado tarde para que los aniquilasen.

Después de dar sus órdenes, Custer y el 7.º de Caballería marcharon curso abajo del arroyo hacia el río.

Al alba regresaron varios guías crow y ree que se habían adelantado a la columna. Habían visto un montículo cerca de la confluencia del arroyo Dense Ashwood con el río. Y como estaban familiarizados con la zona conocían bien el promontorio. En la cima había pinos y, trepando a la copa de cualquiera de ellos, se podía ver todo el valle. Subieron dos rees y vieron lo que vieron. Y, al enterarse de que el general Custer, se proponía continuar se sentaron a entonar sus cánticos fúnebres.

Salió el sol y empezó a apretar el calor. Por delante de Craig, el general Custer, que llevaba su uniforme color crema, se quitó la guerrera, la enrolló y la remitió bajo la silla. Cabalgaba con su camisa azul de algodón. El sombrero de ala ancha, también de color crema, protegía sus ojos del resplandor.

La columna llegó al montículo.

Custer subió hasta la mitad de la ladera y trató de ver qué había delante con un catalejo. Estaban junto a la orilla del arroyo, a unos cinco kilómetros de la confluencia con el río. Cuando bajó de la loma y habló con los oficiales que seguían con él, el rumor recorrió la columna. Habían visto parte de un poblado siux con humo que se alzaba de los fuegos junto a los que cocinaban. Era media mañana.

Al otro lado del arroyo y al este del río había una cadena de lomas que impedían la visión de quienes estuviesen en el llano. Pero Custer había encontrado a sus siux. No sabía cuántos eran y no quiso escuchar las advertencias de sus guías. Decidió atacar, que era la única maniobra que figuraba en su léxico personal.

El plan de batalla que decidió fue un movimiento de tenaza. En lugar de bloquear el flanco sur de los indios y aguardar a que Terry y Gibbon los encerrasen por el norte, decidió formar las dos mitades de la tenaza con las fuerzas del 7.º de Caballería que seguían bajo su mando directo.

Atado a su caballo y aguardando al consejo de guerra que se celebraría después de la batalla, Ben Craig lo oyó ordenarle a su segundo, el comandante Marcus Reno, que se hiciese cargo de otras tres compañías, las A, M y B y siguiese hacia el oeste. Deberían llegar al río, vadearlo, girar a la derecha y cargar contra el poblado desde el sur.

El general dejaría una compañía para que vigilase al tren de mulas y los suministros. Con las cinco compañías restantes Custer galoparía hacia el norte, por detrás de la cadena de lomas, para aparecer por el extremo norte. Entonces descendería hacia el río, lo cruzaría y atacaría a los siux por el norte. Entre las cinco compañías de Marcus Reno y las cinco que irían bajo su mando los indios quedarían atrapados y serían aniquilados.

Craig no podía saber qué había al otro lado de la serie de lomas, pero sí observó las actitudes de los guías crow y ree, que sabían lo que les esperaba y se preparaban para morir. Porque jamás habían visto tan enorme concentración de siux y cheyenes. Seis grandes tribus se habían unido para cazar juntas y estaban ahora acampadas a lo largo de la orilla occidental del Little Big Horn. Eran entre mil y mil quinientos procedentes de todas las tribus de las praderas.

Craig sabía que, en la sociedad de los indios de las praderas, todo varón estaba destinado a ser un guerrero entre los quince y los treinta y cinco años. Y, por lo tanto, una sexta parte de cualquier tribu eran guerreros. De modo que calculó que debían de ser unos dos mil los que había junto al río, y no estarían ni mucho menos predispuestos a regresar dócilmente a ninguna reserva, sabedores de que el noroeste de las praderas rebosaba de ciervos y antílopes.

Aunque todos lo ignorasen, lo peor era que hacía una semana se habían topado con el general Crook, lo habían derrotado y no temían a los «guerreras azules», como los llamaban. Tampoco habían salido a cazar, como los hombres de la familia de Alto Wapití el día anterior. Lo que hicieron la noche del 24 de junio fue organizar una gran fiesta para celebrar la victoria sobre Crook.

La razón de que lo celebrasen con una semana de retraso era sencilla: una semana era el período de luto para sus propios muertos durante la batalla contra Crook el día 17, y la fiesta no podía celebrarse hasta transcurrida una semana. La mañana del 25 los guerreros estaba recobrándose de las danzas de la noche anterior. No habían salido a cazar y seguían con todo el cuerpo pintado.

Pese a ello, Craig reparó en que aquel no era un poblado adormecido como el de Olla Negra junto al Washita. Era poco más de mediodía cuando Custer decidió una última división de sus fuerzas, que resultaría fatal.

El guía vio partir al comandante Reno por el curso bajo del arroyo hacia la confluencia con el río. Al frente de la compañía B, Acton le echó una ojeada al guía a quien prácticamente había condenado a morir, se permitió un esbozo de sonrisa y siguió cabalgando. Por detrás de él, el sargento Braddock le dirigió una mirada desdeñosa a Craig al pasar junto a él. Al cabo de dos horas, ambos estarían muertos y los restos de las tres compañías de Marcus Reno copados en lo alto de una loma, tratando de resistir hasta que Custer pudiera regresar y auxiliarlos. Pero Custer no volvió. Sería el general Terry quien los rescataría dos días después.

Craig vio que otros ciento cincuenta hombres de las menguadas fuerzas descendían junto a la orilla del arroyo. Y aunque él no era un soldado tenía muy poca fe en ello. Más de un treinta por ciento de los hombres de Custer era novatos sin apenas instrucción. Algunos a duras penas sabían manejar a sus caballos cuando estaban tranquilos, y no podían controlarlos en combate; otros casi no sabían manejar sus rifles Springfield.

Aproximadamente un cuarenta por ciento, pese a tener más experiencia militar, jamás habían disparado contra un indio en combate, ni siquiera habían intervenido en escaramuzas, y muchos ni siquiera habían visto a más indios que aquellos que vivían acobardados y dóciles en las reservas.

Craig se preguntaba cómo reaccionarían cuando se vieses frente a una horda de guerreros aullantes y pintados, cargando sobre ellos para defender a sus mujeres e hijos. Albergaba los más negros presagios, y no se equivocó. Pero, para entonces, sería demasiado tarde.

Ben también sabía que había otro factor que Custer se había negado a tener en cuenta. En contra de la leyenda, los indios de las praderas consideraban que la vida era algo sagrado, no algo que pudiera arriesgarse alegremente. Incluso cuando combatían evitaban sufrir muchas bajas y, si perdían a dos o tres de sus mejores guerreros, solían retirarse. Pero Custer se proponía atacar a sus padres, esposas e hijos. Y sólo por su honor los hombres no cejarían en el combate hasta haber matado al último wasichu, como llamaban a los blancos. No tendrían piedad.

Cuando la polvareda que levantaban las tres compañías de Marcus Reno desapareció por el curso bajo del arroyo, Custer ordenó detener la caravana de carromatos con

pertrechos, custodiada por una de sus seis compañías; con las demás, E, C, L, I y F, giró hacia el norte, de manera que la cadena de lomas lo hacía invisible para los indios del valle del río. Pero tampoco él podía verlos.

Custer llamó entonces al sargento primero.

—Traiga al prisionero. Quiero que vea lo que les sucede a sus amigos cuando el 7.º cargue sobre ellos.

Y, sin más, dio media vuelta y continuó al trote hacia el norte, seguido de sus cinco compañías, unos doscientos diez hombres en total.

Craig comprendió que el general aún no era consciente del peligro, porque llevaba a tres civiles con él para que disfrutasen del espectáculo. Uno era el periodista Mark Kellogg, que era miope y llevaba gafas. Pero lo más grave era que los otros dos eran jóvenes parientes suyos por cuya seguridad debió de haber velado. Uno era su hermano menor, Boston Custer, que tenía diecinueve años; y el otro su sobrino Autie Reed, de dieciséis.

Las cinco compañías avanzaban en columna de a dos, formando una fila de casi un kilómetro. Detrás de Custer cabalgaba su asistente y actuario, el capitán Cooke, y detrás de este el asistente de guardia que tendría el general aquel día, el soldado John Martin, que era también el bugle del regimiento. En realidad se llamaba Giuseppe Martino, un inmigrante italiano que había sido bugle con Garibaldi y todavía no hablaba muy bien inglés. El sargento Lewis y Ben Craig, que seguía atado, iban a diez metros por detrás de Custer.

Mientras cabalgaban cuesta arriba por las laderas, lejos todavía de la cresta, vieron al comandante Marcus Reno y sus hombres cruzar el Little Big Horn antes de atacar por el sur. Al reparar Custer en los lúgubres semblantes de sus guías crow y ree los invitó a dar media vuelta y alejarse, una invitación que los guías aceptaron sin necesidad de que el general insistiese. Y sobrevivieron.

La columna ascendió a lo largo de cinco kilómetros hasta remontar la cresta de la cadena de lomas, que quedaban a su izquierda. Desde allí pudieron ver todo el valle.

Craig oyó al fornido sargento que sujetaba la brida de su caballo musitar «¡Dios santo!», y contener la respiración. La otra orilla del río era un mar de tipis.

Incluso a aquella distancia, Craig distinguió las formas de las tiendas y los colores con que estaban pintadas, que identificaban a las distintas tribus. La concentración de indios procedía de seis tribus.

Los indios de las praderas viajaban siempre en columna, una tribu tras otra. Cuando se detenían para acampar, se organizaban en campamentos diferenciados. De modo que el campamento conjunto era largo y estrecho, formado por seis círculos junto a la otra orilla del río.

Se dirigían hacia el norte cuando se detuvieron allí varios días antes. El honor de ir en vanguardia les había sido concedido a los cheyenes y su campamento era el situado más al norte. Junto a ellos estaba el campamento de sus más estrechos aliados, los siux oglala. Junto a los oglala estaban los siux sans arc y luego los pies negros. Los segundos por el sur eran los minneconjou, y los que se hallaban más al sur, que en esos momentos estaban siendo atacados por el comandante Marcus Reno, formaban la retaguardia, el campamento siux de los hunkpapa, cuyo jefe supremo y sanador era el veterano Toro Sentado.

También había otros indios en la concentración, acampados con sus parientes más próximos, miembros de las tribus siux santée, brulé y assiniboine.

Lo que el 7.º de Caballería no podía ver, porque se lo impedían las lomas, era que el ataque del comandante Reno en el lado sur del campamento de la tribu hunkpapa de Toro Sentado era una catástrofe. Los hunkpapa habían salido de sus tiendas, muchos a caballo y armados hasta los dientes para contraatacar.

Eran casi las dos de la tarde. Los hombres de Reno habían sido fácil y hábilmente desbordados por el flanco izquierdo por guerreros montados en ponis, que los rodearon en la pradera y, con el flanco izquierdo copado, se vieron obligados a retirarse a la chopera de la orilla que acababan de cruzar.

Muchos habían desmontado entre los árboles; algunos habían perdido el control de sus caballos y habían caído abatidos; otros habían perdido sus rifles, de los que los hunkpapa se apoderaron exultantes. En pocos minutos los restantes tendrían que volver a cruzar el río y tratar de resistir en lo alto de una loma, donde tuvieron que soportar un asedio de treinta y seis horas.

Custer observaba el panorama, y desde pocos metros de distancia Craig observaba al gran adalid de la lucha contra los indios. En los campamentos se veían mujeres y niños pero no guerreros. Custer pensó que aquella era una agradable sorpresa y Craig lo oyó llamar a los comandantes de las compañías que se habían acercado a él.

—Cargaremos y tomaremos el campamento —dijo el general.

Entonces llamó al capitán Cooke y le dictó un mensaje dirigido, nada menos, que al capitán Benteen, a quien había enviado a los páramos. El mensaje que Cooke garabateó decía: «Vengan. Gran campamento. Dense prisa. Traigan pertrechos.» Se refería a más municiones. Y el general le dio el mensaje al bugle Martino, que sobreviviría para contarlo.

Milagrosamente, el italiano localizó a Benteen porque el oficial, harto de dar palos de ciego en los páramos, había regresado junto al arroyo y terminado por reunirse con el comandante Reno en la sitiada loma. Pero, para entonces, era imposible abrirse paso para ir en apoyo de Custer.

Mientras Martino cabalgaba cuesta abajo, Craig se giró en su silla para seguirlo con la mirada. Vio que más de veinte hombres de la compañía del capitán Yates, la F, también se alejaban a caballo sin órdenes. Nadie trató de detenerlos. Craig miró a Custer, que iba en cabeza. ¿Es que no había nada que pudiera inyectar un poco de sensatez en aquella mente de chorlito?

El general se irguió apoyado en los estribos, alzó el ala de su sombrero y gritó a sus hombres:

—¡Hurra, muchachos! ¡Ya los tenemos!

Esas fueron las últimas palabras que oyó el mensajero Martino, que luego informaría de ellas durante la investigación que se llevaría a cabo.

Craig reparó en que, como muchos de los que tenían el pelo castaño y rizado, a Custer empezaba a clarearle la coronilla. Los indios lo apodaban Pelo Largo, pero el general había renunciado a la melena a causa del calor del verano, y llevaba el pelo corto. Puede que ésta fuese la razón de que las mujeres oglala no pudiesen reconocerlo después, cuando cayó, y de que a los guerreros no les mereciera la pena cortarles la cabellera.

Tras el saludo militar de rigor, Custer picó espuelas y se lanzó a la carga seguido de sus restantes doscientos diez hombres. El terreno que tenía por delante, que conducía a la orilla del río, era más liso y practicable que el de una ladera escarpada.

A un kilómetro la columna enfiló hacia la izquierda, compañía tras compañía, para descender por la pendiente, vadear el río y atacar. Y justo en aquel momento el campamento cheyene se convirtió en un clamor. Los guerreros salieron como una nube de avispones, con la cara cubierta con sus pinturas de guerra, casi desnudos de cintura para arriba, gritando su agudo yipyipyip mientras galopaban hacia el río y empezaban a vadearlo hacia la orilla oriental, donde estaban cinco compañías de guerreras azules del general Custer, que se detuvieron en seco.

Craig volvió a oír musitar « ¡Oh, Dios mío!» al tirar el sargento Lewis de las riendas. Sin haber llegado aún a vadear completamente el río, los cheyenes desmontaron y avanzaron a pie. Se agachaban entre las matas para ocultarse, se erguían, corrían unos pocos pasos y volvían a agacharse. Entonces empezó a caer la primera lluvia de flechas sobre el 7.º de Caballería. Una se hundió en el flanco de un caballo, que relinchó de dolor e hizo caer a su jinete.

—¡Desmonten! Los caballos a la retaguardia.

La orden era de Custer y no tuvo que repetirla. Craig vio que algunos soldados desenfundaban sus Colt 45, disparaban a sus propios caballos en la frente y utilizaban su cuerpo a modo de parapeto. Esos fueron los más listos.

No había donde ponerse a cubierto en aquella loma; ni una roca, ni una peña tras la que ocultarse. Al montar, algunos soldados se desgajaron de sus respectivas compañías, sujetaron a una docena de caballos por la brida y los condujeron hasta lo alto de la cadena de lomas.

El sargento Lewis hizo guiar su caballo y el de Craig para reunirse con la veintena de soldados que trataban de contener a los caballos para que no saliesen de estampida. Pero los animales no tardaron en oler a los indios. Empezaron a encabritarse, tirando de quienes los sujetaban. Lewis y Craig lo observaban. Tras la primera embestida, la batalla disminuyó en intensidad. Pero los indios no habían terminado, sino que preparaban una maniobra envolvente.

Luego se dijo que los siux fueron quienes destruyeron a Custer aquel día. Pero no ocurrió así. Fueron los cheyenes quienes, básicamente, realizaron el ataque frontal. Sus primos, los siux oglala, les cedieron el honor de defender su propio campamento, que habría sido el primero en ser atacado por Custer, y se limitaron a una misión de apoyo, situándose en los flancos para cortar toda retirada.

Desde su privilegiado mirador, Craig vio a los oglala dividirse entre los matorrales a izquierda y derecha. Al cabo de veinte minutos, no cabía ya la menor esperanza de retirada. Los silbidos de las balas y los siseos de las flechas se oían cada vez más cerca. Uno de los soldados que sujetaba a los caballos fue alcanzado por una flecha que le atravesó la garganta, y se desplomó gritando y dando boqueadas.

Los indios tenían algunos rifles y viejos fusiles de chispa. Pero a última hora de aquella tarde estaban considerablemente rearmados con Springfields y Colts arrebatados a los soldados. Sin embargo, básicamente utilizaban el arco, que para ellos tenía dos ventajas. El arco es un arma silenciosa que no delata la posición del atacante. Muchos guerreros azules murieron aquella tarde con el pecho atravesado por una flecha anónima. La otra ventaja era que la lluvia de flechas podía caer casi verticalmente sobre los hombres de la caballería. Esto causaba una gran mortandad, sobre todo entre los caballos.

Al cabo de poco rato una docena de monturas habían sido alcanzadas por las flechas. Los caballos se soltaron y emprendieron un enloquecido galope cuesta abajo. Los demás, aunque no habían sido heridos, siguieron su ejemplo. Mucho antes de que muriesen los soldados, los caballos habían desaparecido y, con ellos, toda esperanza de salvación. Empezó a cundir el pánico entre los soldados, que trataban en vano de ponerse a cubierto. Los pocos oficiales y suboficiales que tenían experiencia no pudieron controlar a sus hombres.

Los guerreros cheyene procedían del poblado del jefe Lobato, que no estaba allí. Cuando regresó, una hora demasiado tarde para participar en la batalla, fue abucheado. Pero, en realidad, había estado al frente de la partida de exploradores indios que siguió a Custer hacia el curso alto del Rosebud y luego hasta el Little Big Horn.

En su ausencia, dirigió las operaciones el segundo guerrero más experto, llamado Cojo Blanco, un hombre de unos treinta y cinco años, que ni era blanco ni cojo. Cuando un grupo de unos treinta soldados al mando de un oficial trató de abrirse paso hacia el río, cargó él solo contra ellos, con lo que consiguió desmoralizarlos y morir como un héroe. Pero ninguno de los treinta soldados pudo repeler el ataque subsiguiente y, al verlos morir, sus compañeros perdieron toda esperanza.

Desde lo alto, Lewis y Craig oían a los soldados rezar y llorar al verse frente a la muerte. Un soldado, apenas un muchacho, sollozando como un niño, rompió el círculo y subió hasta la cima de la loma para tratar de montar en uno de los dos últimos caballos. Al cabo de unos segundos cuatro flechas lo alcanzaron en la espalda y se desplomó entre estertores.

Lewis y Craig estaban ahora a tiro y varias flechas les pasaron rozando. Debían de quedar entre cincuenta y cien hombres aún vivos en la ladera, pero la mitad debían de estar heridos. De vez en vez, un guerrero, buscando la gloria personal, montaba y cargaba contra los agazapados soldados, desafiando a una lluvia de balas. Pero como los del 7.º hicieron en aquella batalla un alarde de mala puntería, el guerrero se alejaba indemne y cubierto de gloria.

Los yipyipyip no cesaban.

Todos los soldados creían que era un grito de guerra. Pero Craig sabía que no. No era un grito de guerra sino de muerte, una invocación a la propia muerte con la que los indios confiaban su alma a Manítú.

Pero lo que de verdad aniquiló al regimiento fue el pánico de los soldados a que los apresaran vivos y los torturasen. Les habían metido en la cabeza relatos de los espantosos métodos que utilizaban los indios para matar a sus prisioneros, algo que, en líneas generales, era falso.

Hacer prisioneros era algo ajeno a la cultura de los indios. No tenían instalaciones para albergarlos. Pero todo contingente enemigo podía rendirse con honor si perdía a la mitad de sus hombres.

Al cabo de una hora, Custer los había perdido con creces. Y puesto que siguió luchando, lo normal de acuerdo a las costumbres indias era que las fuerzas combinadas de siux y cheyenes aniquilasen hasta el último hombre.

Si los indios capturaban a un enemigo, sólo lo torturaban en dos casos: si era reconocido como alguien que había jurado no volver a atacarlos y había faltado a su palabra, o si había mostrado cobardía en el combate. En ambos casos era despreciado, lo consideraban deshonorado y podían torturarlo.

Pero en la cultura siux–cheyene el honor podía recuperarse soportando el dolor con fortaleza y estoicismo. Y tanto al mentiroso como al cobarde debían darles esa oportunidad, a través del dolor.

Custer era uno de los que juró a los cheyenes que jamás volvería a atacarlos. De ahí que dos mujeres cheyenes, que lo reconocieron entre los caídos, le perforasen los tímpanos con una lezna. Así oíría mejor, la próxima vez.

A medida que el cerco de siux y cheyenes se estrechaba, cundió el pánico entre los supervivientes.

En aquellos tiempos, las batallas nunca se libraban con buena visibilidad, porque no había municiones que no produjesen humo. Y, al cabo de una hora, la ladera estaba cubierta de una densa cortina de humo a través de la que irrumpían los salvajes.

La imaginación salta a veces sobre su propia sombra.

Años después, un poeta inglés escribiría:

Cuando te hieren en Afganistán y te dejan en las llanuras, y las mujeres vienen a descuartizarte, no tienes más que echar mano de tu rifle y saltarte la tapa de los sesos.

Y así compares ante tu Dios como un soldado.

Ninguno de los últimos supervivientes en aquella ladera viviría para leer a Kipling, pero eso es lo que hicieron. Craig oyó los primeros disparos de revólver de los heridos que quisieron ahorrarse la tortura.

Craig miró a Lewis.

El fornido sargento estaba lívido. Ambos caballos estaban incontrolables. No podían huir rehaciendo el camino, que era un hormiguero de siux oglala.

—No me deje morir como un cerdo atado, sargento —le suplicó el guía.

Lewis reflexionó rápidamente y optó por desentenderse de su sentido del deber. Bajó del caballo y cortó las cuerdas que ataban los tobillos de Craig a sus cinchas.

Entonces, en menos de un segundo ocurrieron dos cosas. Desde no más de treinta metros, dos flechas se clavaron en el pecho del sargento que, con el cuchillo en la mano, las miró sorprendido, se le doblaron las rodillas y cayó de bruces. Desde más cerca, un guerrero siux asomó por un alto matorral, apuntó a Craig con un viejo fusil de chispa y disparó. Pero había puesto demasiada pólvora y, además, olvidó quitar la baqueta. La recámara explotó con una llamarada y destrozó la mano del indio. De haber disparado con la culata apoyada en el hombro se habría quedado sin cabeza, pero disparó desde la altura de la cadera. La baqueta salió disparada como un arpón y se clavó en el pecho de sus

caballo, penetrándole hasta el corazón. Al desplomarse el animal, Craig, con las manos aún atadas, intento ponerse a cubierto, pero cayó de espaldas, se golpeó la cabeza con una pequeña roca y quedó inconsciente. Diez minutos después, el último soldado blanco que Custer tenía en la colina estaba muerto. Como el guía había perdido el conocimiento, no llegó a verlo, pero, por suerte, el final fue rápido. Los guerreros siux relatarían después que las últimas decenas de supervivientes que aún combatían, comparecieron ante Manitú en un visto y no visto. En realidad la mayoría echó mano de sus propios rifles o utilizó sus revólveres Colt. Algunos les hicieron el favor a sus camaradas heridos y otros a sí mismos.

Cuando Ben Craig recobró el conocimiento, la cabeza le daba vueltas a causa del golpe contra la roca. Abrió un ojo. Estaba de costado, con las manos atadas a la espalda y una mejilla en tierra. La hierba le ocultaba la cara. Oyó pasos en derredor, gritos de entusiasmo y victoria. También empezó a aclarársele la vista. Veía piernas desnudas y pies calzados con mocasines corriendo por la ladera: los guerreros siux buscaban algún botín y trofeos. Uno de ellos debió de ver que movía los ojos. Se oyó un grito triunfal y unos fuertes brazos lo levantaron. Cuatro guerreros lo rodeaban con la cara pintada y congestionada, todavía excitados por la frenética carnicería. Vio que la característica cachiporra de los hunkpapa se alzaba para aplastarle la cabeza. Por un instante, mientras aguardaba allí sentado la muerte, se preguntó vagamente qué habría en el más allá. Pero el guerrero no descargó el golpe.

—Detente! —oyó una voz.

Craig alzó la vista. El hombre que había dado la orden iba a lomos de un poni y estaba a unos tres metros de él. El sol descendente quedaba a la derecha del jinete, y el resplandor reducía la imagen del guerrero a una silueta. No llevaba ningún tocado en el pelo, que le caía como una capa oscura hasta la mitad de la espalda. No llevaba lanza ni hacha de guerra y, por lo tanto, no podía ser un cheyene. El poni que montaba se movió un paso hacia un lado y el resplandor desapareció. La sombra del jinete cayó sobre el rostro de Craig, que entonces pudo ver con mayor nitidez. El poni no era pío ni moteado como la mayoría de las monturas de los indios. Era de color gamuza pálido, o de ante dorado, como también lo expresaban.

Era una variedad de poni de la que Craig había oído hablar pero que nunca había visto.

El jinete iba prácticamente desnudo, sin más que un taparrabos y mocasines. Era la indumentaria de un simple guerrero, pero tenía la autoridad de un jefe. No llevaba escudo en el buzo izquierdo, como si desdeñase toda protección personal, pero de su mano izquierda colgaba una cachiporra de guerra hunkpapa. Era un siux.

La cachiporra de guerra que utilizaban los siux hunkpapa era un arma temible. Era un garrote de casi medio metro de largo, de empuñadura forrada de crin de caballo, rematado en forma de horquilla en la que incrustaban una piedra ovalada y alisada, del tamaño de un huevo grande de ganso, atada con tiras de piel que habrían destrozado a cualquiera si lo utilizaban como látigo. Las tiras que sujetaban la piedra se trenzaban a lo largo del garrote. Dejaban secar al sol la cachiporra, con lo que las tiras de piel se encogían y tensaban de tal modo que la piedra nunca caía. Un golpe con semejante arma aplastaba brazos, hombros o costillas y podía partir una cabeza como una nuez. Sólo podía utilizarse cuerpo a cuerpo, lo que conllevaba un gran honor.

Cuando volvió a hablar lo hizo en el dialecto siux oglala. Como era parecido al cheyene, el guía lo entendió.

—¿Por qué habéis atado al wasichu así?

—No lo hemos atado nosotros, Gran Jefe. Lo hemos encontrado atado así, por su propia gente.

La oscura mirada reparó en la cuerda que aún sujetaba los tobillos de Craig. Reparó en ello pero no dijo nada. Siguió erguido a lomos del poni, pensativo. Su pecho y sus hombros estaban pintados con círculos que representaban granizo, y del nacimiento del pelo partía un rayo negro hasta la herida de bala que tenía en el mentón. No llevaba más adornos, pero Craig lo reconoció por su reputación. Estaba ante el legendario Caballo Loco, el jefe de los siux oglala desde hacía doce años, desde que tenía veintiséis. Era un guerrero

reverenciado por su arrojo, misticismo y abnegación. La brisa del río hacía ondear el pelo del jefe, así como la hierba alta y la pluma que el guía llevaba en el pelo, que se posó en la hombrera de su cazadora de ante. Caballo Loco reparó en ello. Era una condecoración honorífica de los cheyenes.

—No debe morir —ordenó Caballo Loco—. Llévalo ante el jefe Toro Sentado para que lo juzgue.

A los guerreros los decepcionó perder la oportunidad de semejante botín pero obedecieron. Craig fue aupado y conducido cuesta abajo hasta el río. Al recorrer los casi mil metros que lo separaban de la orilla pudo ver el resultado de la matanza.

En la ladera, los doscientos diez hombres de las cinco compañías, salvo los guías y los desertores, yacían dispersos con las grotescas posturas de la muerte. Los indios los estaban despojando de todo en busca de trofeos y llevaban a cabo las mutilaciones rituales, diferentes según las tribus. Los cheyenes les cortaban las piernas para que el muerto no pudiera perseguirlos; los siux machacaban la cabeza y la cara con sus cachiporras hunkpapa. Otros cortaban brazos, piernas y cabezas.

A unos cincuenta metros cuesta abajo el guía vio el cuerpo de George Armstrong Custer, desnudo al sol, sin más que unos calcetines de algodón que le llegaban a los tobillos, blanco como la cera. No lo habían mutilado; sólo le habían perforado los tímpanos y así lo encontraron los hombres de Terry.

Los indios se lo llevaban todo; lo que contenían los bolsillos de los uniformes y las alforjas y, por supuesto, los rifles y los revólveres con la gran cantidad de munición que aún quedaba. También se llevaban las petacas de tabaco, los relojes de bolsillo, carteras con fotos familiares, todo aquello que pudieran considerar un trofeo, como gorras, botas y uniformes. La ladera era un hervidero de guerreros y de mujeres indias.

A orillas del río había un grupo de ponis. Subieron a Craig a uno de ellos y él y sus cuatro escoltas vadearon el Little Big Horn hasta la orilla occidental. Al cruzar el campamento cheyene las mujeres salieron a insultar al único wasichu que había sobrevivido pero callaron al ver la pluma de águila. ¿Era un amigo o un traidor?

El grupo cruzó al trote los campamentos de los sans ares y de los minneconjou hasta que llegaron al de los hunkpapa, que era un clamor. Aquellos guerreros no se habían enfrentado a Custer durante la batalla, sino a las tropas del comandante Marcus Reno, cuyos supervivientes seguían al otro lado del río, situado en lo alto de una colina, junto a Benteen y a las mulas, preguntándose por qué Custer no había dado media vuelta para acudir en su auxilio. Los guerreros pies negros, minneconjou y hunkpapa cabalgaban de un lado para otro enarbolando los trofeos arrebatados a los hombres de Reno, y Craig vio varias cabelleras rubias y pelirrojas. Rodeados por las vociferantes mujeres indias llegaron a la tienda del gran Toro Sentado.

Los escoltas oglala le transmitieron las órdenes de Caballo Loco, dejaron al prisionero allí y dieron media vuelta en busca de trofeos por la ladera.

Craig fue introducido con brusquedad en un tipis y dos indias ya mayores recibieron instrucciones para vigilarlo armadas con sendos cuchillos.

Después de anochecer una docena de guerreros lo sacó de la tienda a rastras. Habían encendido los fuegos del campamento y a la luz de los mismos los guerreros que seguían con la cara pintada intimidaban. Pero estaban más calmados, pese a que a dos kilómetros de allí, más allá de la chopera y al otro lado del río, fuera de su vista, intermitentes disparos indicaban que los siux aún seguían subiendo por la colina hacia el círculo defensivo de Reno.

Durante la batalla, a ambos lados del enorme campamento, los siux tuvieron treinta bajas, pese a que habían intervenido mil ochocientos guerreros y a que sus enemigos habían sido prácticamente aniquilados. Eran pocas bajas pero los indios estaban muy afectados. En los distintos campamentos, las viudas se inclinaban ante sus esposos e hijos y los preparaban para el Largo Viaje.

En el centro del campamento hunkpapa había un fuego mayor que los demás y, alrededor, una docena de jefes presididos por Toro Sentado. Tenía sólo cuarenta años pero

parecía mayor. Su tez de caoba y surcada de arrugas parecía aun más oscura con el resplandor del fuego. Al igual que Caballo Loco era reverenciado por haber tenido una vez una gran visión del futuro de su pueblo y del de los búfalos de las praderas. Era una visión desoladora. Había visto a su pueblo aniquilado por el hombre blanco. Su odio a los wasichu era proverbial.

Tiraron a Craig al suelo a unos siete metros de él, a su izquierda, para que el fuego no entorpeciese la visión. Durante unos momentos todas las miradas se concentraron en el guía.

Toro Sentado dio una orden que Craig no entendió. Un guerrero desenfundó su cuchillo y se situó detrás de Craig, que pensó que había llegado su hora.

El cuchillo cortó las ligaduras que ataban sus muñecas. Y por primera vez en veinticuatro horas pudo mover las manos hacia adelante. Pero ni siquiera las sentía. La sangre empezó a fluir de nuevo, causándole primero un cosquilleo y luego dolor. Su expresión permaneció imperturbable.

Toro Sentado volvió a hablar, y en esta ocasión se dirigió a él. Craig no lo entendió pero le contestó en cheyene. Se oyó un murmullo de sorpresa. Uno de los jefes cheyenes, Dos Lunas, habló entonces.

—El Gran Jefe pregunta por qué los wasichu te ataron los pies al caballo y las manos a la espalda.

—Porque cometí un delito —contestó el guía.

—¿Fue un delito grave?

Dos Lunas hizo de intérprete durante el resto del interrogatorio.

—El jefe de los guerreras azules quería ahorcarme. Mañana. —¿Qué habías hecho?

Craig reflexionó unos momentos. Justo la mañana anterior Braddock había arrasado el pequeño poblado de Alto Wapití. Craig empezó explicando lo ocurrido allí y concluyó con lo de su condena a muerte. Reparó en que Dos Lunas asentía al traducir lo del poblado de Alto Wapití. Ya se había enterado. A cada frase, Ben Craig hacía una pausa para dar tiempo a que Dos Lunas lo tradujese al siux. Cuando hubo terminado los jefes comentaron en voz baja. Dos Lunas llamó a uno de sus hombres.

—Vuelve a nuestro poblado. Trae a Alto Wapití y a su hija aquí.

El guerrero fue hasta donde tenía atado su poni, montó y se alejó. Toro Sentado prosiguió con su interrogatorio.

—¿Por qué habéis venido a guerrear con los pieles rojas?

—Me dijeron que porque los siux estaban abandonando sus reservas en las Dakotas. Nadie dijo nada de matar hasta que Pelo Largo enloqueció.

Los jefes volvieron a conferenciar entre sí.

—¿Estaba aquí Pelo Largo? —preguntó Dos Lunas. Ben Craig comprendió entonces que los indios ni siquiera sabían contra quién habían luchado.

—Está en la ladera, al otro lado del río. Muerto.

Los jefes volvieron a hablar durante un rato. Luego se hizo un silencio. Los consejos que celebraban entre ellos eran algo que se tomaba muy en serio y no se daban prisa. Al cabo de media hora Dos Lunas volvió a dirigirse a Craig.

—¿Por qué llevas la pluma blanca de águila?

Craig lo explicó.

Diez años antes, cuando tenía catorce años se unió a un grupo de jóvenes cheyenes y fueron a cazar a las montañas. Todos llevaban arcos y flechas, menos Craig, a quien le permitieron llevar el rifle Sharps de Donaldson. Los sorprendió un oso pardo viejo de muy mal carácter y al que apenas le quedaban dientes, pero que conservaba suficiente fuerza para matar a un hombre de un zarpazo. El oso había asomado de una fronda rugiendo y cargando furioso hacia ellos.

En aquel momento uno de los guerreros que estaba detrás de Dos Lunas interrumpió.

—Recuerdo haberlo oído contar —dijo—. Sucedió en el poblado de mi primo.

No hay nada como contar una buena historia alrededor del fuego. De modo que lo invitaron a acabar de contarla y los siux permanecieron muy atentos mientras Dos Lunas traducía:

—El oso era como una montaña y corría mucho. Los jóvenes cheyenes se dispersaron hacia los árboles. Pero el pequeño wasichu apuntó y disparó. La bala se incrustó en el pecho. El animal se irguió como un pino, agonizante, pero siguió avanzando. El chico blanco hizo saltar el cartucho vacío e introdujo otro. Volvió a disparar. La segunda bala le entró por la boca al oso y le saltó la tapa de los sesos. El oso dio un paso más y cayó de bruces. La cabeza golpeó el suelo tan cerca del muchacho que la saliva y la sangre le salpicaron las rodillas. Pero él no se movió. Entonces los muchachos enviaron un mensajero al poblado y volvió con guerreros y un travois para desollar al monstruo y hacerle una manta al padre de mi primo con la piel. Luego celebraron un festín y le dieron al wasichu un nuevo nombre: Mataosos Valiente y le concedieron la pluma de águila del cazador.

»Así lo contaron en mi poblado hace cien lunas, antes de que nos trasladásemos a las reservas.

Los jefes asintieron. Era una buena historia. Entonces llegó un grupo de indios por delante de un travois. Dos hombres a quienes Craig no conocía se acercaron al fuego. A juzgar por su indumentaria y sus trenzas eran cheyenes.

Uno era Lobato, que contó que había estado cazando al este del río cuando vio una humareda a orillas del Rosebud. Fue a ver y encontró a las mujeres y a los niños muertos. Mientras estaba allí oyó a los guerreros azules volver. Los siguió durante todo el día y toda la noche hasta que llegaron al valle del campamento. Pero llegó demasiado tarde para intervenir en la gran batalla.

El otro hombre que llegó con él era Alto Wapití. Había regresado de cazar después de que la columna principal hubiese pasado. Aún estaba llorando la muerte de las mujeres y los niños de su familia cuando regresó su hija. Estaba herida pero viva. Juntos con sus nueve guerreros cabalaron durante todo el día y la noche para encontrar el campamento cheyene. Llegaron poco antes de la batalla, en la que tomaron parte con decisión. El personalmente había buscado la muerte en la ladera de Custer y había matado a cinco soldados wasichu, pero Manitú no se lo había llevado.

La chica del travois fue la última en hablar. Estaba pálida. Su expresión era de dolor a causa de la herida y la larga cabalgada desde el Rosebud, pero se expresó con claridad.

Explicó lo de la matanza y lo del hombre alto con franjas en el brazo. No entendía su lengua pero sí entendió lo que quería hacer con ella antes de que muriese. Contó que el hombre vestido de ante le había dado agua y de su comida, y que luego la montó en un poni y la hizo volver con su familia.

Los jefes volvieron a consultar entre ellos. La decisión sería de Toro Sentado pero todos estaban de acuerdo. El wasichu podría vivir pero no volver con los suyos. Porque o lo matarían o lo obligarían a decirles dónde estaban los siux. Quedaría bajo la custodia de Alto Wapití, que podría tratarlo como a un prisionero o como a un invitado, a su criterio. Y en primavera sería libre de quedarse con los cheyenes o marcharse.

Alrededor del fuego se oyeron murmullos de aprobación de los guerreros. Era justo. Craig volvió con Alto Wapití al tipi que le asignaron y pasó la noche con dos guerreros que lo vigilaban.

Por la mañana, los indios levantaron el campamento. Pero los exploradores que llegaron al amanecer habían traído noticias de que había más guerreros azules hacia el norte. De modo que decidieron ir al sur, hacia los montes Big Horn y ver si los wasichu iban tras ellos.

Al haberlo aceptado en su clan, Alto Wapití fue generoso. Encontraron cuatro monturas de la caballería ilesas y Craig eligió una yegua. Los caballos no eran muy valorados por los indios de las praderas, que preferían a sus resistentes ponis. Esto se debía a que pocos caballos podían adaptarse a los crudos inviernos de las llanuras. Necesitaban heno, que los indios no recolectaban, y pocos podían subsistir como los ponis durante el invierno, a base de líquenes, musgo y corteza de sauce. La yegua que eligió

Craig, de color castaño, parecía fuerte y el guía consideró que podría adaptarse. La llamó Rosebud en honor al lugar donde conoció a Brisa Susurrante.

No fue difícil encontrar una buena silla porque los indios nunca las utilizaban, y cuando encontraron su rifle Sharps y su cuchillo Bowie se los devolvieron, aunque con cierto resquemor. En las alforjas de su caballo muerto en la parte alta de la ladera también encontró sus municiones. Ya no quedaba nada que los indios pudieran considerar botín o trofeo. Ya se habían llevado todo lo que les interesaba. No tenían ningún interés en los papeles del hombre blanco esparcidos por la hierba. Entre aquellos papeles se hallaban las notas del capitán William Cooke sobre el primer interrogatorio a Craig.

Tardaron toda la mañana en recoger sus bártulos. Desmontaron los tipis, empaquetaron los utensilios, subieron a las mujeres, los niños y todo su equipaje en los travois, y poco después del mediodía se dispusieron a partir.

Dejaron a sus muertos allí, en sus tipis, pintados para el más allá, vestidos con sus mejores prendas y con los penachos de plumas que indicaban su rango. Pero, de acuerdo a su tradición, todas sus pertenencias fueron esparcidas por el suelo.

Cuando los hombres de Terry, que llegaron valle arriba desde el norte, descubrieran aquello al día siguiente pensarían que los siux y los cheyenes se habían marchado a toda prisa. Pero no era así, sino que esparcir las pertenencias de los muertos era una costumbre india.

A partir de entonces, los indios de las praderas siempre asegurarían que no querían luchar sino sólo cazar, pero Craig sabía que los soldados se recobrarían de sus bajas y volverían para vengarse. No de inmediato, pero volverían.

El Gran Consejo de Toro Sentado opinaba lo mismo y, al cabo de unos días, decidieron que las tribus debían dividirse en grupos menores y dispersarse. Esto haría más difícil la búsqueda de los guerreros azules, y a los indios les daría más oportunidades de pasar el invierno en sus zonas y de no verse obligados a medio morir de hambre en las reservas de Dakota.

Craig fue con lo que quedaba del clan de Alto Wapití. De los diez cazadores que habían perdido a sus mujeres junto al Rosebud, dos murieron en la batalla de Little Big Horn y dos estaban heridos; uno con un ligero rasguño en el muslo optó por ir a caballo; el otro, que fue alcanzado por una bala de Springfield en el hombro, iba en un travois. Alto Wapití y los otros cinco buscarían nueva esposa. Y para facilitarlos se unieron con otras dos grandes familias, formando un clan de unos sesenta hombres, mujeres y niños.

Cuando se enteraron de la decisión de dividirse en pequeños grupos y dispersarse, se reunieron en consejo para decidir dónde ir. La mayoría se dirigían hacia el sur, a Wyoming para ocultarse en los montes Big Horn. Y le pidieron opinión a Craig.

—Los guerreros azules irán allí —les dijo él, y con un palo trazó el curso del Big Horn—. Os buscarán ahí en el sur y en el este. Pero conozco un lugar en el oeste llamado monte Pryor. Me crié allí. —Y les contó cómo era aquella zona—. En la parte baja de las laderas abunda la caza. Los bosques son espesos y las ramas de los árboles desdibujan el humo de los fuegos. En los ríos abunda la pesca y en las zonas altas hay lagos con muchos peces. Los wasichu nunca van por allí.

El clan aceptó la idea. El 1 de julio se separaron del grueso de los cheyenes y, guiados por Craig, se dirigieron hacia el noroeste, y al sur de Montana, evitando a las patrullas del general Terry que se habían desplegado en abanico desde el Big Horn pero sin adentrarse tan al oeste. A mediados de julio llegaron al pie del monte Pryor. Todo era como lo había descrito Craig.

A más de un kilómetro de distancia era imposible ver las tiendas levantadas bajo los árboles. Desde una peña cercana, que en la actualidad se llama Crown Butte, un vigía podía ver a muchas leguas a la redonda, pero nunca aparecía nadie. Los guerreros cazaban muchos ciervos y antílopes en los bosques y los niños pescaban truchas en los ríos.

Brisa Susurrante era joven y saludable.

Su herida cicatrizó pronto y pudo volver a correr, veloz como una gacela. Cada vez que Craig la veía llevar la comida a los hombres, el corazón le palpitaba. Ella no

exteriorizaba lo que sentía, y siempre bajaba la vista cuando lo sorprendía mirándola. Craig ignoraba que Brisa Susurrante sentía un intenso cosquilleo en su vientre, y que su pecho parecía querer estallar cada vez que la miraban aquellos ojos intensamente azules.

Y a principios del otoño se enamoraron.

Las mujeres del clan lo notaron en ella. Siempre que Brisa Susurrante regresaba de llevarles la comida a los hombres, la joven se sonrojaba, la pechera de su túnica de ante subía y bajaba y las mujeres mayores la miraban sin disimular su regocijo.

Brisa Susurrante no tenía madre ni le quedaba tía viva, de manera que ninguna de las mujeres indias del poblado eran familia directa suya. Pero todas tenían hijos, doce de ellos solteros y, por lo tanto, posibles pretendientes. Las mujeres se preguntaban de cuál de ellos se habría enamorado Brisa Susurrante. Le gastaban bromas para inducirla a que lo dijese, antes de que otra se lo quitase, pero ella les replicaba que no dijese tonterías.

Al caer las hojas de los árboles en septiembre, el poblado se trasladó a una zona más elevada para montar el campamento al amparo de las coníferas. En octubre, las noches empezaron a ser gélidas. Pero seguía abundando la caza y los ponis pastaban la última hierba de la estación antes de pasar a su dieta de líquenes, musgo y corteza de sauce.

El animal de Craig, Rosebud, se adaptó igual que los ponis con los que convivía, y Craig bajaba a la pradera y regresaba con un saco de hierba fresca que arrancaba con su cuchillo Bowie.

Si Brisa Susurrante no hubiese sido huérfana de madre, su madre hubiese hablado con Alto Wapití, pero como no la tenía ella misma se lo dijo. Su padre se enfureció.

¿Cómo podía habersele ocurrido semejante cosa? Los wasichu habían aniquilado a toda su familia. Aquel hombre volvería con los suyos, donde no habría lugar para ella. Además, el guerrero herido en el hombro en la batalla de Little Big Horn ya estaba casi recuperado. Los huesos se le habían soldado, aunque el hombro hubiese quedado algo deformado. Era Búho Andante, un guerrero diestro y valiente. Sería su prometido. Y la noticia se anunciaría al día siguiente. No había más que hablar.

Alto Wapití estaba enojado. Era posible que el hombre blanco sintiese lo mismo. En adelante, tendrían que vigilarlo día y noche. No podía dejar que volviese con los suyos porque sabía dónde estaban acampados. Se quedaría con ellos aquel invierno, pero vigilado. Y así se hizo.

De pronto trasladaron a Craig a la tienda de otra familia, donde debería permanecer y dormir. Había otros tres guerreros que compartían la misma tienda y estarían alerta para que Cazaosos Valiente no se escabuliese durante la noche.

Pero a finales de octubre, fue Brisa Susurrante quien fue a verlo. Estaba despierto, pensando en ella, cuando un cuchillo, lenta y sigilosamente, rasgó un lado de la tienda. Él se levantó en silencio y salió. Ella lo miró bajo la luna. Se besaron por primera vez, ardorosamente.

Ella se apartó y le indicó que la siguiera. Craig así lo hizo, a través de los árboles, hasta un lugar donde no podían verlos desde el campamento. Rosebud estaba ensillada y llevaba una piel de búfalo enrollada bajo la silla. El rifle colgaba en su larga funda. Las alforjas estaban repletas de comida y municiones. También estaba allí atado un poni pío. Se besaron y la fría noche pareció girar alrededor de él.

—Llévame a tus montañas, Ben Craig —le susurró ella al oído—, y hazme tu mujer.

—Sí, ahora y para siempre, Brisa Susurrante.

Montaron y condujeron los caballos sigilosamente por las frondas hasta que estuvieron a prudente distancia, y entonces cabalgaron hacia la pradera.

Al amanecer estaban de nuevo al pie de la cordillera. Una partida de crows los vio a lo lejos y se dirigió al norte, hacia Fort Ellis por la senda Bozeman.

Los cheyenes salieron en su persecución. Eran seis, cabalgando deprisa, viajando ligeros con sus rifles en bandolera, las hachas de guerra al cinto, y las mantas de viaje a lomos de sus ponis. Tenían órdenes concretas. A la prometida de Búho Andante debían traerla viva; el wasichu debía morir.

La partida de crows siguió hacia el norte a medio galope. Uno de ellos había estado con el ejército estadounidense en el verano, y sabía que los guerreros azules habían ofrecido una importante recompensa a quien detuviese al blanco renegado, una recompensa suficiente para comprar muchos caballos y mercancías.

Nunca llegarían a la senda Bozeman. A treinta kilómetros al sur del Yellowstone se toparon con una pequeña patrulla de caballería, diez hombres al mando de un teniente. El ex guía del ejército les explicó lo que habían visto, casi todo por señas, pero el teniente lo entendió. Hizo que la patrulla se dirigiese al sur hacia las montañas, con los crows como guía, tratando de salirles al paso.

Aquel verano, la noticia de la matanza de las tropas del general Custer y la muerte del propio general recorrió América como un viento helado. En el Este, los hombres más poderosos y de más alto rango de la nación se habían reunido en Filadelfia, que significa «ciudad del amor fraterno», para celebrar el primer centenario de la independencia, el 4 de julio de 1876. La noticia que llegaba de la frontera Oeste parecía increíble y se ordenó una inmediata investigación.

Después de la batalla, los soldados del general Terry recorrieron la fatal ladera en busca de una explicación para el desastre. Hacía veinticuatro horas que los siux y los cheyenes se habían marchado, y Terry no estaba de humor para ir en su persecución. Los supervivientes que lucharon al mando del comandante Marcus Reno no sabían nada de lo ocurrido después de que Custer y sus hombres se perdiesen de vista detrás de la cadena de lomas.

En la ladera recogieron todo aquello que pudiera aportar pistas y lo guardaron, incluso mientras los cuerpos ya en descomposición eran apresuradamente enterrados. Entre lo que recogieron de la hierba había muchos papeles, entre ellos las notas tomadas por el capitán Cooke.

Ninguno de los que estuvo con Custer cuando el general interrogó a Craig había salido con vida, pero las notas del asistente actuario eran bastante elocuentes. El ejército necesitaba una razón para justificar el desastre. Y ya la tenía: los salvajes habían sido alertados y estaban preparados. Custer fue traicionado y víctima de una salvaje emboscada. Además, el ejército tenía también un chivo expiatorio. No podían aceptar que se achacase el desastre a incompetencia, pero sí a traición. De modo que se ofreció una recompensa de mil dólares para quien apresara al guía, vivo o muerto.

No hubo pista alguna hasta que, a finales de octubre, una partida de crows vio al fugitivo con una joven india alejándose de los montes Pryor.

Los caballos del teniente habían descansado, comido y bebido durante la noche. Estaban frescos y el oficial los hizo avanzar a medio galope hacia el sur. Podía apuntarse un tanto extraordinario en su carrera militar.

Poco después de la salida del sol, Craig y Brisa Susurrante llegaron a Prior Gap, un desfiladero entre la cordillera principal y el pico West Pryor. Cruzaron el desfiladero a través de las estribaciones del West Prior y emergieron a los páramos, un terreno accidentado en el que abundaban promontorios cubiertos de hierba y barrancos, a lo largo de unos ochenta kilómetros en dirección oeste.

Craig no necesitaba orientarse por el sol. Podía ver su lugar de destino a lo lejos, reluciendo a la luz de la mañana bajo un cielo azul. Se dirigía hacia los Absaroka, donde había cazado con Donaldson cuando era un muchacho. Era una tierra terrible, una sucesión de bosques y pedregales que enlazaban con una altiplanicie rocosa que pocos podían cruzar, porque además enlazaba con una accidentada ladera muy empinada que se adentraba en los montes Beartooth.

A lo lejos podía ver los helados centinelas de la cordillera, los picos Thunder, Sacred, Medicine y Beartooth. Allí, un hombre con un buen rifle podía mantener a raya al ejército. Al llegar a un arroyo se detuvo para que las sudorosas monturas bebiesen y luego avivaron el paso hacia los picos que parecían clavar la tierra al cielo.

Treinta kilómetros por detrás, los seis guerreros inspeccionaban el suelo en busca de pisadas de caballos, mantenían un trote rápido que ahorraba energía a sus ponis y podía ser mantenido a lo largo de muchos kilómetros.

A unos cincuenta kilómetros al norte, la patrulla avivó el paso en dirección sur para dar con el rastro. Lo encontraron a mediodía, justo al oeste del pico West Pryor. Los guías crows tiraron de pronto de las riendas y describieron un círculo mirando a un rodal de tierra endurecida por el sol. Señalaron las marcas de las herraduras de un caballo y de los cascos de un poni. A poca distancia vieron rastros de otros ponis, unos cinco o seis.

—Bien —musitó el teniente—, parece que tenemos competencia. Pero no importa.

Ordenó seguir hacia el oeste, pese a que los caballos empezaban a dar muestras de cansancio. Media hora después, al remontar un promontorio de la llanura, oteó el horizonte con su catalejo. No había ni rastro de los fugitivos pero vio una polvareda y bajo la misma seis minúsculas figuras sobre ponies píos que iban hacia las montañas.

Los cheyenes sabían que sus ponies estaban cansados, pero también debían estarlo las monturas de los fugitivos. Los guerreros llevaron a sus caballos a beber en la orilla del Bridger, que queda justo un poco más abajo del moderno poblado del mismo nombre, y se concedieron media hora de descanso. Uno de ellos, con la oreja pegada al suelo, oyó la vibración que producía el galope de varias monturas por detrás. De modo que volvieron a montar y siguieron adelante. Al cabo de casi dos kilómetros su jefe se apartó a un lado y se detuvo, hizo señas para que todos se ocultasen detrás de un montículo y subió hasta lo alto a otear el horizonte.

Vio que la caballería estaba a unos cinco kilómetros. Los cheyenes no sabían nada de los papeles de la ladera ni de que se ofreciese ninguna recompensa por el wasichu huido. Dedujeron que los guerreras azules iban a atacarlos, o a apresarlos por estar fuera de la reserva. Optaron por observar y aguardar.

Cuando la patrulla de la caballería llegó al lugar donde el rastro se bifurcaba, los crows desmontaron e inspeccionaron el terreno. Los cheyenes vieron que los crows señalaban hacia el oeste y que la patrulla de la caballería seguía aquella dirección.

Los cheyenes mantuvieron la distancia por un camino paralelo, siguiendo a los guerreras azules igual que Lobato siguió a Custer hacia el curso alto del Rosebud. Pero a media tarde los crows los vieron.

—Cheyenes —dijo uno de los guías crows.

El teniente se encogió de hombros.

—No importa —dijo—. Dejémoslos cazar. Nosotros, a lo nuestro.

Los dos grupos de perseguidores avanzaron sin pausa hasta el anochecer. Los crows siguieron el rastro y los cheyenes siguieron a la patrulla. Al tocar el sol los picos más altos ambos grupos comprendieron que tenían que dejar descansar a los caballos. Si continuaban, reventarían a sus monturas. Además, el terreno era cada vez más escarpado y el rastro más difícil de seguir; en la oscuridad sería imposible, porque no llevaban faroles.

A unos quince kilómetros por delante Ben Craig pensó lo mismo. Rosebud era una yegua grande y fuerte, pero llevaba ochenta kilómetros cargada con un hombre y sus pertrechos, y por terreno irregular. Brisa Susurrante no era muy buena amazona y también ella estaba agotada. De modo que acamparon junto al arroyo Bear, al este de la moderna ciudad de Red Lodge, pero no encendieron fuego para no delatar su posición.

Como a medida que anochecía bajaba la temperatura, se envolvieron en la piel de búfalo y, al cabo de unos segundos, la joven se quedó dormida. Craig no durmió. Ya dormiría después. Dejó a Brisa Susurrante bien abrigada, se envolvió en su manta de viaje y veló el sueño de la joven a la que amaba.

No vino nadie, pero antes del alba Craig despertó a Brisa Susurrante. Volvieron a comer, aunque sin entretenerse, cecina de antílope y pan de trigo que ella había traído de su tipi y luego bebieron agua del río. Entonces se pusieron de nuevo en camino.

También sus perseguidores reanudaron la marcha en cuanto las primeras luces del alba les permitieron ver el rastro. Estaban a unos veinte kilómetros de ellos y cada vez más

cerca. Craig sabía que los cheyenes estarían allí, que no podían perdonar lo que él había hecho. Pero no sabía que también los perseguía la patrulla de caballería.

A medida que el terreno se escarpaba, la marcha se hacía más lenta. Craig sabía que sus perseguidores estaban acortando distancias y necesitaba obligarlos a perder tiempo camuflando su rastro.

Después de dos horas en la silla, los fugitivos llegaron a la confluencia de dos arroyos. A su izquierda, quedaban los rápidos del curso del Rock, que bajaba de las montañas. Craig comprendió que no era posible vadearlo para adentrarse en la espesura. Justo enfrente estaba el arroyo West, menos profundo y menos rocoso. De manera que desmontó, ató las riendas del poni a la silla de su yegua y condujo a Rosebud por la brida.

Se desvió de la orilla hacia el Rock, se adentró en el agua, luego dio media vuelta y enfiló hacia el West. El agua estaba tan fría que tenía los pies ateridos, pero siguió adelante a lo largo de unos tres kilómetros por la gravilla y los cantos rodados del fondo. Luego se dirigió hacia las montañas que quedaban a su izquierda, condujo a las monturas fuera del agua y se adentró en la espesura.

La pendiente era muy pronunciada y, bajo las frondas y sin sol, hacía mucho frío. Brisa Susurrante iba envuelta en su manta, montando a pelo y a paso de paseo.

Cinco kilómetros por detrás, la patrulla de la caballería había llegado a la confluencia de los arroyos y se había detenido. Los crows dijeron que el rastro parecía conducir al arroyo Rock y, después de comentarlo con su sargento, el teniente ordenó que la patrulla siguiese el rastro que Craig esperaba que siguiesen. Al marcharse la patrulla, llegaron los cheyenes. Ellos no necesitaban entrar en el agua para camuflar sus rastros. Pero eligieron el arroyo de la derecha y subieron la pendiente al trote, mirando hacia el otro lado por si veían rastro de caballos salir del agua y dirigirse hacia las tierras altas.

Al cabo de tres kilómetros encontraron señales en un rodal de tierra esponjosa, al otro lado del arroyo. Lo vadearon y se adentraron en el bosque.

A mediodía Craig llegó a lo que creyó recordar de una expedición de caza años atrás, una enorme superficie rocosa, la altiplanicie Silver Run, que conducía directamente a las montañas. Aunque no lo supiesen, se encontraban entonces a más de tres mil quinientos metros de altitud.

Desde el borde de las rocas podían escrutar el arroyo. A su derecha vio siluetas en la confluencia de los dos arroyos. No tenía catalejo pero con la limpidez del aire la visibilidad era extraordinaria. A cosa de un kilómetro no eran cheyenes lo que veía, sino diez soldados y cuatro guías crows. Era una patrulla que descendía por el curso del Rock, al haberse percatado de su error. Entonces Craig comprendió que el ejército seguía tras él por haber liberado a la joven india.

Ben cogió el rifle, introdujo una sola bala y se sentó en una roca. «Dispárales a los caballos —le había dicho siempre Donaldson—. En estas tierras un hombre sin caballo no tiene más remedio que dar media vuelta.»

Ben apuntó a la frente de la montura del oficial. La detonación retumbó en toda la montaña como un trueno. El disparo alcanzó al caballo del teniente justo en la cabeza. El animal se desplomó como un saco, el oficial cayó al suelo y se torció un tobillo.

Los soldados se dispersaron entre los árboles, salvo el sargento, que se parapetó tras el cuerpo del caballo y trató de ayudar al teniente. El caballo estaba gravemente herido pero no muerto y el sargento lo remató con su revólver para ahorrarle la agonía. Luego llevó al teniente a rastras a cubierto, entre los árboles.

No hubo más disparos.

En una pendiente del bosque los cheyenes bajaron de sus ponis a la alfombra de pinaza y se quedaron allí. Cuatro de ellos llevaban fusiles Springfield, parte del botín expoliado a los del 7.º de Caballería. Pero la mala puntería de los indios de las praderas era proverbial. Sabían lo que el joven wasichu era capaz de hacer con un Sharps y a qué distancia. Empezaron a reptar hacia arriba con la lógica lentitud debido a la fuerte pendiente. Uno de los seis se rezagó para tirar de los seis ponis.

Craig cortó la manta en cuatro trozos y vendó las herraduras de su yegua. La tela no resistiría mucho el roce, pero por lo menos durante unos quinientos metros camuflaría las huellas. Luego trotó al sudoeste a través de la altiplanicie hacia los picos de la cordillera.

La altiplanicie Silver Run tiene ocho kilómetros de anchura y no hay nada para ponerse a cubierto al cruzarla. Al cabo de tres kilómetros Craig miró hacia atrás y vio dos destellos en una cornisa de la montaña. Siguió al trote. A aquella distancia no podía acertarle con un disparo, ni alcanzarlo a pie ni a caballo. Al cabo de unos minutos vio más destellos. Los soldados de la patrulla habían conducido a sus monturas bosque arriba y estaban también en la roca, pero a casi dos kilómetros al este de los cheyenes. Entonces llegó a la grieta. Nunca había subido tan arriba e ignoraba que la grieta estuviese allí.

La grieta Lake Fork era estrecha y muy empinada, flanqueada de pinos y con un gélido arroyo al fondo. Craig lo bordeó y buscó un tramo vadeable. Lo encontró a la sombra del pico Thunder, pero había perdido media hora.

Forzando al límite a las monturas y su propia resistencia, las condujo cuesta abajo hasta la otra orilla, de la que partía un pedregal que llevaba a la altiplanicie Hellroaring. Al salir a descubierto oyó silbar una bala por encima de su cabeza. Desde el otro lado de la grieta, uno de los soldados había visto moverse algo en el llano. Su retraso de media hora no sólo había permitido que sus perseguidores estuviesen a su alcance sino que, además, Craig les había revelado involuntariamente por dónde se podía cruzar.

Por delante de él quedaban cinco kilómetros de terreno liso antes de llegar a las terribles paredes del monte Rearguard, en cuyo laberinto de peñas y cuevas nadie podría atraparlo. Debido a la altitud, Ben y Brisa Susurrante respiraban con tanta o más dificultad que sus monturas. Pero Ben seguía forzando la marcha. Pronto oscurecería y él desaparecería entre riscos y barrancos, en el sector limitado por los montes Rearguard, Sacred y Beartooth. Era imposible que nadie pudiera seguir un rastro por aquellas alturas. Más allá del pico Sacred empezaba la vertiente, una ladera que descendía hasta adentrarse en Wyoming. Allí podrían olvidarse de sus enemigos, casarse y vivir en el bosque para siempre.

Al atardecer, Ben Craig y Brisa Susurrante dejaron atrás a sus perseguidores y enfilaron las rampas del monte Rearguard.

En cuanto oscureció subieron por la pendiente de roca hasta llegar a las primeras nieves perpetuas. Allí encontraron una cornisa muy llana de unos veinte por cincuenta metros frente a una cueva profunda. Un pinar ocultaba la entrada.

Craig maniató las patas delanteras de sus monturas, fueron a recoger pinaza y les dieron de comer. Hacía mucho frío pero llevaban su piel de búfalo.

El guía desensilló su yegua y llevó la silla y la manta al interior de la cueva, cargó el rifle y lo dejó a su lado, luego extendió la piel de búfalo. Craig y Brisa Susurrante se echaron en un lado de la piel de búfalo y se taparon con la otra mitad. Dentro de aquel abrigo el calor natural de sus cuerpos los reconfortó enseguida. La muchacha empezó a arrimarsele.

—Ben —le susurró—, hazme tu mujer ahora.

El empezó a subirle la túnica por su cuerpo anhelante. —No está bien lo que hacéis.

El silencio era absoluto en aquella alta montaña y de pronto oyeron una voz. Aunque la voz era vieja y frágil, las palabras, en cheyene, eran bastante claras.

Craig se había despojado de su camisa de piel y tenía el pecho desnudo, pese al intenso frío. Fue a asomarse a la entrada de la cueva empuñando el rifle.

No se explicaba que no hubiese visto antes a aquel hombre que estaba sentado bajo los pinos con las piernas cruzadas al borde de la cornisa. Una melena de color gris colgaba sobre su pecho desnudo, su cara tenía más arrugas que una nuez. Era muy anciano y piadoso, un chamán tribal, un vidente que vivía en lugares solitarios para ayunar, meditar y buscar la guía del infinito.

—¿Eres tú quien nos habla, hombre santo? —preguntó Craig dedicándole el tratamiento reservado a los hombres sabios y ancianos.

Ben no tenía ni idea de dónde procedía ni tampoco de cómo había podido subir hasta allí. Le parecía inconcebible que pudiese sobrevivir desnudo con aquel frío. Lo único que sabía Craig era que algunos videntes podían desafiar todas las leyes de la naturaleza. Brisa Susurrante se acercó también a la entrada de la cueva.

—Está mal a ojos del hombre y a ojos de Manitú —dijo el anciano.

La luna aún no había salido pero las estrellas brillaban tanto en la despejada noche que la cornisa quedaba iluminada por un pálido resplandor. Craig vio brillar las estrellas en los ojos del anciano que lo miraba desde donde estaba sentado, bajo un pino.

—¿Por qué, hombre santo?

—Está prometida a otro. Y su prometido luchó con arrojo contra los wasichu. Se cubrió de gloria. No merece ser tratado así. —Pero ahora ella es mi mujer.

—Será tu mujer, hombre de las montañas. Pero todavía no. Palabra de Manitú. Ella debe volver a su poblado y con su prometido. Así, un día os reuniréis y será tu mujer y tu serás su hombre. Para siempre. Así lo dice Manitú.

El anciano cogió un palo que había a su lado y lo utilizó a modo de bastón para levantarse. Su cuerpo desnudo era oscuro y viejo, amoratado por el frío. Sólo llevaba un taparrabos y mocasines para protegerse. Dio media vuelta y desapareció entre los pinos.

Brisa Susurrante miró a Craig. Las lágrimas surcaban sus mejillas pero no llegaron a caer, porque se helaron antes de llegar a su mentón.

—He de volver con mi pueblo —dijo—. Es mi destino.

No cabía discutirlo. No habría servido de nada. Craig le preparó el poni mientras ella volvía a ponerse los mocasines y se envolvía en la manta. Ben la abrazó por última vez, la aupó a lomos del caballo y le entregó las riendas. Y en silencio ella se dirigió hacia el borde de la pendiente.

—Brisa Susurrante —la llamó él.

Ella volvió la cabeza y lo miró a la luz de las estrellas. —Estaremos juntos. Algún día. Así se ha dicho. Mientras crezca hierba y fluyan los ríos, te esperaré.

—Y yo te esperaré a ti, Ben Craig.

Brisa Susurrante se perdió de vista. Craig se quedó mirando al cielo hasta que el frío se hizo insoportable. Condujo a Rosebud al fondo de la cueva y le dio de comer un buen montón de pinaza. Luego fue con la piel de búfalo más al interior de la cueva y, en la oscuridad, se arrebujó y se quedó dormido.

Salió la luna. Los guerreros vieron a la joven india dirigirse hacia ellos por el pedregal de la llanura. Ella vio dos fuegos de campamento en el barranco junto a los pinos y oyó el tenue canto de un búho que procedía del fuego a su izquierda. Se dirigió hacia allí.

No le dijeron nada. Era su padre Alto Wapití quien debía hablar con ella. Pero se atenderían a sus órdenes. El wasichu debía morir.

Aguardarían hasta el amanecer.

A la una de la madrugada el cielo se encapotó por encima del pico Beartooth y la temperatura descendió. Los hombres que se encontraban alrededor de los fuegos del campamento empezaron a temblar y se ciñeron bien las mantas al cuerpo, pero no servía de nada. Pronto se despertaron todos y echaron más leña al fuego. Pero la temperatura seguía descendiendo.

Los cheyenes y los blancos habían pasado muchos inviernos en Dakota y sabían cómo las gastaba el tiempo en pleno invierno, pero estaban aún en el último día de octubre. Demasiado pronto para que hiciese tanto frío. A las dos empezó a caer una densa cortina de nieve. En el campamento de las patrullas de la caballería los guías cromos se levantaron.

—Nosotros nos marchamos —le dijeron al oficial.

Al teniente le dolía el tobillo, pero sabía que si apresaba a Ben Craig encarrilaría muy bien su carrera militar.

—Ya sé que hace frío, pero pronto amanecerá —les dijo.

—No es un frío normal —replicaron ellos—. Es el Frío del Largo Sueño. Ningún abrigo sirve de nada. El wasichu que buscan ya está muerto o morirá antes de que salga el sol.

—Pues marchaos si queréis.

Ya no había más rastros que seguir. Su presa estaba en la montaña que había visto resplandecer a la luz de la luna antes de que empezase a nevar.

Los crows montaron y se alejaron en dirección a la altiplanicie Silver Run y luego cuesta abajo hacia el valle. Al marcharse, uno de ellos imitó el ulular del búho.

Los cheyenes lo oyeron y se miraron. Era un grito de alerta. De modo que también ellos montaron, echaron nieve al fuego y se marcharon con Brisa Susurrante.

Le temperatura seguía descendiendo.

Serían las cuatro de la madrugada cuando se produjo el alud. Partió de las montañas y cubrió la altiplanicie con un manto de nieve. El avance del alud atronaba la ladera a medida que se deslizaba hacia Lake Fork y, al precipitarse por el torrente arrastró con todo. Los restantes hombres y sus monturas no pudieron moverse. El frío los había atrapado tal cual estaban, de pie o echados. La nieve llenó el arroyo hasta que a ambas orillas sólo asomaron las copas de los pinos.

Por la mañana clareó y salió el sol. El paisaje era totalmente blanco. En las oquedades, nidos y guaridas, los animales de las montañas y del bosque sabían que el invierno había llegado y que tendrían que invernar hasta la primavera.

En su alta cueva, envuelto en su piel de búfalo, Craig dormía.

Al despertar, como ocurre algunas veces, no pudo recordar dónde estaba. ¿En el poblado de Alto Wapití? Pero no oía que las mujeres estuviesen preparando el desayuno. Abrió los ojos y asomó la cabeza por encima de la piel de búfalo. Vio las rugosas paredes de la cueva y entonces lo recordó todo de golpe. Se incorporó y fue saliendo de la bruma del sueño.

Vio la cornisa cubierta de nieve que relucía al sol. Salió a pecho descubierto y aspiró el aire de la mañana. Fue vivificante.

Su yegua Rosebud salió a pastar brotes de pinos al borde de la cornisa. El sol quedaba a su derecha. Miró hacia el norte, hacia las lejanas llanuras de Montana.

Fue hacia el borde de la cornisa, se echó cuerpo a tierra y miró hacia la altiplanicie Hell Roaring. No se veía ni rastro de humo procedente de Lake Fork. Sus perseguidores parecían haberse marchado.

Craig volvió a la cueva, se puso su traje de ante y su cinturón. Fue junto a Rosebud y la yegua le rozó el hombro con su hocico, suave como el terciopelo. Y entonces notó algo raro.

Los tiernos brotes verdes que la yegua había comido eran propios de la primavera. Miró en derredor. Los pinos que lograban sobrevivir a aquella altitud empezaban a brotar. Se quedó perplejo al comprender que, al igual que algunos animales de la naturaleza, debía de haber hibernado a lo largo del invierno.

Había oído que era posible. El viejo Donaldson le habló una vez de un trampero que hibernó en la guarida de un oso y no murió, sino que simplemente durmió entre los oseznos hasta que pasó el invierno.

En sus alforjas encontró una última porción de cecina. Estaba tan dura que costaba masticarla pero consiguió comérsela. Luego hizo un montoncito con nieve, lo estrujó entre las palmas hasta fundirla y bebió lo que quedó en los huecos de las manos. Era mejor que comer nieve.

En las alforjas también llevaba su gorro de trampero, de piel de búfalo, y se lo puso. Después de ensillar a Rosebud comprobó su rifle Sharps y las veinte balas que le quedaban y lo metió en la funda. Luego enrolló la piel de búfalo que le había salvado la vida y la

remetió bajo la silla. Cuando hubo recogido todo lo que tenía en la cueva, cogió a la yegua por la brida y la condujo al paso por el sendero que conducía a la altiplanicie.

No estaba muy seguro de lo que debía hacer, pero sabía que iba a encontrar mucha caza en el bosque. Sólo colocando trampas un hombre podía subsistir allí perfectamente.

Cruzó el primer llano a paso lento, atento al menor movimiento y temiendo que de un momento a otro le disparasen desde el borde de la grieta. Pero no ocurrió nada. Cuando llegó a la grieta no vio señales de que sus perseguidores hubiesen reemprendido su búsqueda. No podía saber que los crows habían informado que todos los guerreros azules habían sido sepultados por el alud y que su presa también debía de haber muerto congelada bajo la ventisca.

Volvió a encontrar el sendero descendente que conducía hasta Lake Fork, desde donde subió hasta el otro lado. El sol estaba ya alto cuando cruzó la altiplanicie Silver Run. Craig empezó a entrar en calor.

Bajó por la ladera cubierta de pinos hasta llegar a los árboles de hoja ancha y allí montó su primer campamento.

Era mediodía.

Con tallos tiernos y un metro de cordel que llevaba en las alforjas hizo una trampa para conejos. Tardó una hora en que el confiado roedor quedase atrapado. Lo mató, lo desolló y utilizó su cajita de yesca y pedernal para encender fuego y darse un festín de carne asada.

Pasó una semana acampado al borde del bosque y recuperó energías. Abundaba la carne fresca; podía pescar truchas de los numerosos arroyos y para beber no necesitaba más que agua.

A finales de la semana, decidió partir hacia la pradera, viajando de noche a la luz de la luna y ocultándose durante el día, de regreso al monte Pryor, donde podría construir una cabaña y tener un hogar. Luego, indagaría para averiguar adónde habían ido los cheyenes y aguardar a que Brisa Susurrante quedase libre. No albergaba la menor duda de que así sería, pues así lo había dicho Manítú.

Al octavo día, ensilló a Rosebud y se alejó del bosque. Orientándose por las estrellas se dirigió hacia el norte. La luna llena proyectaba un tenue resplandor. Después de la primera noche de caminata, al clarear acampó en un arroyo seco donde nadie podría verlo. No volvió a encender fuego y comió la carne que había ahumado en el bosque.

La noche siguiente se dirigió al este, hacia el pie del monte Pryor, y no tardó en cruzar una larga franja de roca negra que discurría a ambos lados. Poco antes del amanecer cruzó otra similar, y no encontró más. Luego se adentró en los páramos. Un terreno difícil de cruzar pero bueno para ocultarse.

Vio ganado a la luz de la luna y le sorprendió que hubiese un colono tan estúpido para dejar su ganado sin vigilancia. Los crows se iban a dar un festín si los veían.

La cuarta mañana de viaje avistó el fuerte. Había acampado en un montículo y al salir el sol lo vio al pie del monte Pryor. Lo estuvo observando durante una hora, en busca de señales de vida: el sonido de un bugle al viento, humo que se elevase de la caserna donde los soldados comían el rancho. Pero no vio señal alguna. Al elevarse el sol Craig se retiró a la sombra de un matorral y se durmió.

Mientras cenaba pensó en sus siguientes pasos. Seguía estando en una tierra salvaje y viajar solo era muy peligroso. Parecía claro que el fuerte era de construcción reciente. El invierno anterior no estaba allí. De modo que eso significaba que el ejército ampliaba su control en las tierras de los crows. Un año antes, los fuertes más cercanos eran Fort Smith, al este y a orillas del Big Horn, y Fort Ellis, al noroeste, junto a la senda Bozeman. A este último no podía ir porque lo reconocerían.

Pero si el nuevo fuerte no estaba ocupado por el 7.º de Caballería o por hombres al mando de Gibbon, no había ninguna razón para que nadie lo conociese de vista, y si se presentaba con nombre falso...

Ben Craig ensilló a Rosebud y decidió inspeccionar el nuevo fuerte durante la noche sin dejarse ver.

Llegó a la luz de la luna. No había ninguna bandera izada en el mástil, no se veía atisbo de luz en el interior ni se oía el menor murmullo de voz humana. Alentado por el silencio, cabalgó hasta la entrada. En el dintel había escritas dos palabras. Reconoció la primera, «Fuerte», porque la había visto antes y conocía su dibujo. El dibujo de la segunda palabra no lo recordaba. Empezaba con una letra hecha con dos palos verticales y una especie de barra en el centro. La puerta, de doble hoja, estaba cerrada con candado.

Rodeó con Rosebud la empalizada de cuatro metros de altura. ¿Por qué iba el ejército a construir un fuerte allí y dejarlo vacío? ¿Había sido atacado y evacuado? A medianoche se puso de pie sobre la silla de la yegua, se aupó y se asió al borde de la empalizada. Al cabo de unos segundos estaba en una cornisa interior, a cosa de metro y medio del borde y a dos por encima del suelo. Miró hacia abajo.

Distinguió las casernas de los oficiales y los soldados, el establo, la cocina, el polvorín y la cisterna de agua, el almacén de intendencia y la forja. El fuerte tenía todo lo que era habitual en un fuerte pero estaba abandonado.

Bajó sigilosamente los escalones de la cornisa empuñando el rifle y empezó a inspeccionar. El fuerte era nuevo, sin duda. Se notaba por los ensamblajes de las tablazones y por las marcas de los cortes de sierra de las vigas. El despacho del comandante del puesto estaba cerrado con llave, pero en todas las demás dependencias se podía entrar sin obstáculos. Había un barracón dormitorio para los soldados y otro para los viajeros. No encontró letrinas, y le extrañó. Junto a la empalizada del fondo, justo en el lado opuesto a la entrada, había una pequeña capilla y al lado una puerta atrancada por dentro.

Quitó la tranca de madera y salió al exterior, rodeó la empalizada con Rosebud, entró y volvió a colocar la tranca. Era consciente de que nunca podría defender el fuerte él solo. Si una partida de indios lo atacaba, los guerreros saltarían la empalizada con la misma facilidad con que lo había hecho él. Pero le serviría de base durante una temporada, hasta que lograra averiguar adónde había ido el clan de Alto Wapití.

Con la luz del día inspeccionó el establo. Había cuadras para veinte caballos, pienso y agua fresca en el abrevadero. Desensilló a Rosebud y la cepilló bien con un cepillo de cerda mientras el animal se daba un festín con una batea de avena.

En la forja encontró una lata de grasa y limpió su rifle hasta dejar relucientes todas las piezas, la culata y el cañón. En el barracón de intendencia encontró trampas para cazar y mantas. Con las mantas se hizo un cómodo lecho en una litera del barracón reservado para los viajeros. Apenas había nada para comer, pero en el barracón de intendencia encontró caramelos y eso cenó.

La primera semana se le hizo cortísima. Por las mañanas salía a ver lo que había caído en sus trampas y a cazar. Por las tardes preparaba las pieles de los animales con vistas a venderlas o intercambiarlas más adelante. Tenía toda la carne fresca que necesitaba y conocía varias plantas silvestres con cuyas hojas podía prepararse una sopa nutritiva.

Encontró una pastilla de jabón en el almacén y se bañó desnudo en el arroyo cercano cuya gélida agua resultaba vivificante. Además, por las inmediaciones abundaba la hierba fresca para que Rosebud paciese hasta saciarse. En la cocina donde preparaban el rancho encontró cuencos y platos de latón. Fue por leña e hirvió agua para afeitarse. Una de las pertenencias de Donaldson que se quedó al abandonar la cabaña fue su navaja barbera, que guardaba en una funda de acero. Con jabón y agua caliente se sorprendió de lo fácil que resultaba afeitarse. En el bosque y durante las marchas con el ejército no había tenido más remedio que afeitarse sin jabón y con agua fría.

La primavera no tardó en convertirse en un verano adelantado y seguía sin aparecer nadie por allí. Empezó a preguntarse cómo averiguar el paradero de los cheyenes y adónde se habían llevado a Brisa Susurrante. Pero temía ir al fuerte Smith o al Ellis, donde sin duda lo reconocerían. Si se enteraba de que el ejército seguía queriendo ahorcarlo adoptaría el nombre de Donaldson, confiando en pasar inadvertido.

Llevaba allí un mes cuando llegaron los visitantes. Pero él estaba en las montañas colocando trampas y recogiendo lo que hubiese caído en ellas. Era un grupo de ocho que llegó en tres largos artilugios de metal; se deslizaban sobre unas ruedas negras con el centro plateado. Avanzaban deprisa pero sin caballos.

Uno de los ocho guiaba al resto. Era el catedrático Jun Ingles, rector de la facultad de historia del Oeste de la Universidad de Montana en Bozeman. Su invitado más importante era el senador más joven del estado, que se había desplazado allí desde Washington. También iban en el grupo tres diputados del Congreso de Helena y tres funcionarios del Departamento de Educación. El profesor Ingles abrió el candado y el grupo entró a pie, mirando en derredor con curiosidad e interés.

—Senador, caballeros, permítanme que les dé la bienvenida a Fort Heritage —dijo el profesor con una sonrisa radiante.

Era uno de esos afortunados mortales que poseen un inagotable buen humor, perdidamente enamorados de la actividad que desarrollan y de la que viven. Su trabajo era la obsesión de su vida, el estudio del Viejo Oeste y su historia. Era un gran conocedor de la Montana de los viejos tiempos, de las guerras indias, de las tribus americanas autóctonas que habían guerreado y cazado allí. El fuerte Heritage era un sueño que el profesor había alimentado durante una década, y hecho realidad tras centenares de reuniones con distintas comisiones. Y aquel día representaba la coronación de sus desvelos durante una década.

—Este fuerte y puesto comercial es una réplica exacta, hasta el mínimo detalle, de lo que este lugar debió de ser en tiempos del inmortal general Custer. He supervisado todos los detalles personalmente y puedo certificarlo.

Mientras el profesor conducía al grupo por los barracones de madera de las distintas dependencias e instalaciones explicó que el proyecto había nacido a propuesta suya y fue aceptado por la Sociedad de Historia y Fundación Cultural de Montana, y cómo se consiguió la financiación adicional necesaria.

El profesor explicó que el fuerte se había construido con madera de los bosques locales, como la utilizada para construir el original y que, para que todo fuese idéntico, incluso los clavos eran del mismo tipo que los utilizados entonces y que en ningún caso se habían usado tornillos de acero.

Con entusiasmo desbordante y contagioso para sus invitados, el profesor siguió hablando:

—Fort Heritage será una experiencia apasionante y de la mayor importancia educativa para los niños y jóvenes, no sólo de Montana, sino también de otros estados. Ya se han organizado viajes en autocares que partirán desde lugares tan lejanos como Wyoming y Dakota del Sur. En el límite de la reserva de los crows disponemos de diez hectáreas de prados para los caballos y sembraremos heno en la estación adecuada para alimentarlos. Y el heno será segado al viejo estilo. Así, los visitantes verán cómo era la vida en la frontera hace cien años. Les aseguro que este lugar es único en toda América.

—Me gusta, me gusta mucho —dijo el senador—. Lo que me preguntó es de dónde saldrá el personal.

—Ese es el mayor triunfo, senador. Esto no es un museo, sino un fuerte de los años setenta del siglo *xx* en plena actividad. Los fondos cubren el empleo de hasta sesenta jóvenes durante el verano, coincidiendo con el período de vacaciones en todo el país y, sobre todo, con las vacaciones escolares. El personal lo formarán básicamente jóvenes reclutados en las distintas escuelas de arte dramático de las principales ciudades de Montana. La respuesta de los estudiantes, deseosos de trabajar durante las vacaciones estivales y, al mismo tiempo, realizar una meritoria tarea ha sido impresionante. Ya contamos con nuestros primeros sesenta voluntarios. Yo representaré el papel del comandante Ingles del 2.º Regimiento de Caballería, comandante del puesto. Tendré a mis órdenes a un sargento, un cabo y ocho soldados, todos ellos estudiantes que saben montar. Las monturas han sido proporcionadas por rancheros de la zona. También habrá algunas jóvenes que harán el papel de cocineras y lavanderas. Vestirán exactamente igual que entonces. Nuestros estudiantes encarnarán a tramperos de las montañas, guías de las praderas, colonos que se trasladan al Oeste a través de las montañas Rocosas. Un herrero

profesional colaborará para que los visitantes vean cómo se hierran los caballos con herraduras nuevas. Como es natural, las chicas tendrán su propio dormitorio y mi adjunta en la cátedra, la doctora Charlotte Bevin, será su celadora. Los soldados dispondrán de un barracón y los civiles de otro. Les aseguro que no se ha descuidado detalle.

—Desde luego hay ciertas cosas sin las que la juventud actual no puede pasar. ¿Cómo se resolverá la cuestión de la higiene personal, de la fruta y las verduras frescas? —preguntó el congresista de Helena.

—Tiene razón —dijo con una sonrisa el catedrático—. ¿Ven aquella armería de allí? Contiene réplicas de Springfield, pero detrás de una falsa pared hay un moderno cuarto de baño con agua corriente caliente y fría, lavabos con grifos, bañeras y duchas. Y hay una enorme cisterna para recoger el agua de lluvia. En realidad, tenemos instalación subterránea. La cisterna tiene una entrada secreta en la parte trasera. En el interior hay una planta frigorífica que funciona con bombonas de gas y contiene carne, verduras y fruta. Pero eso es todo. No hay electricidad; sólo velas, quinqués y lámparas de aceite.

Estaban en la entrada del barracón de los visitantes. Uno de los funcionarios se asomó a mirar al interior.

—Parece que han tenido aquí a un okupa —comentó.

Todos miraron la litera en la que había una manta en un rincón. Luego repararon en otros rastros. Excrementos de caballo en el establo, las brasas de un fuego. El senador sonrió.

—A lo mejor tienen a un auténtico explorador como residente —dijo.

Todos se echaron a reír.

—La verdad, profesor, ha hecho una meritoria labor. Hemos de felicitarlo. Nuestro estado se apunta un gran tanto.

Y, sin más, se marcharon. El profesor cerró la puerta con el candado, intrigado por lo de la litera y los excrementos de caballo. Los tres vehículos rehicieron el camino por los accidentados senderos, hasta llegar a la larga franja negra, la autopista 310, y giraron hacia el norte en dirección a Billings y el aeropuerto.

Ben Craig regresó de cazar dos horas después. La primera señal de que su soledad había sido perturbada fue que la puerta de la empalizada principal, contigua a la capilla, había sido atrancada por dentro. Recordaba haberla cerrado por fuera, con una cuña, como solía hacer. Quienquiera que la hubiese atrancado tenía que haber salido por la entrada principal, o seguía aún en el interior.

Comprobó la puerta de la entrada pero seguía cerrada con candado. Había extrañas marcas en el exterior que no pudo interpretar. Parecían dejadas por ruedas de carromatos pero más anchas con un dibujo en zigzag.

Rifle en mano, saltó la empalizada y, tras inspeccionarlo todo, comprobó que dentro no había nadie. Desatrancó su puerta, condujo a Rosebud al establo para que comiese y luego volvió a inspeccionar los rastros dejados en el suelo del patio. Había huellas de zapatos, de pesadas botas y más marcas con dibujo de zigzag, pero no vio huellas de cascos de caballos ni de herraduras. Tampoco había huellas de zapatos más allá de la puerta. Era todo muy extraño.

Dos semanas después llegó el personal que se haría cargo del fuerte. Y de nuevo Craig estaba fuera colocando sus trampas al pie del monte Pryor.

Era una caravana en toda regla: tres autocares, cuatro automóviles y veinte caballos en grandes trailers plateados. Cuando hubieron descargado todo lo que llevaban, los vehículos se marcharon.

El personal había salido de Billings con la indumentaria adecuada para el papel a representar. Todos llevaban bolsas con ropa para cambiarse y efectos personales. El profesor lo había supervisado todo e insistido en que no llevasen nada «moderno». No estaba permitido tener nada que funcionase con electricidad o con pilas. Para algunos había sido un verdadero sacrificio olvidarse de sus transistores, pero no tuvieron más remedio porque era una de las cláusulas del contrato. Tampoco estaba permitido llevar libros

publicados después de la época que representaba el fuerte. El profesor Ingles insistió en que era vital retrotraerse plenamente a un siglo atrás, tanto desde el punto de vista de la autenticidad como por el aspecto psicológico.

«Con el tiempo llegarán a creer que son lo que representan, gente de la frontera viviendo en unos momentos cruciales de la historia de Montana», les dijo el catedrático.

Los estudiantes que se habían inscrito, no sólo lo habían hecho para tener un trabajo durante el verano, sino también para acceder a una experiencia que les sería útil a lo largo de su carrera, y de ahí que explorasen su nuevo entorno con creciente entusiasmo.

Los soldados de caballería condujeron sus monturas al establo y se instalaron en el barracón con literas que sería su dormitorio. Dos pósters de Raquel Welch y Ursula Andrews fueron inmediatamente confiscados. Pero nadie se enfadó, porque reinaba el buen humor y un entusiasmo creciente.

Los civiles, el herrador, los comerciantes, los cocineros, los guías y los colonos del Oeste, se instalaron en el segundo barracón. Las ocho chicas fueron conducidas a su propio dormitorio por su celadora, la señorita Bevin, ayudante del profesor Ingles. Dos carretas cubiertas, idénticas a los que surcaban las praderas un siglo atrás, y tiradas por fuertes caballos, llegaron y se estacionaron frente a la entrada principal. Serían un aliciente adicional para los futuros visitantes.

Era media tarde cuando Ben Craig detuvo a Rosebud y miró alarmado el fuerte. La puerta estaba abierta de par en par. Desde aquella distancia vio dos carretas estacionadas en el patio y gente que iba de un lado para otro. La bandera estadounidense ondeaba en el mástil del dintel. Vio dos uniformes azules. Había estado esperando durante semanas poder preguntar a alguien adónde habían ido los cheyenes, o adónde los habían llevado. Pero ahora no estaba muy seguro de atreverse a preguntarlo.

Tras reflexionar un buen rato, decidió entrar en el fuerte a lomos de Rosebud, justo cuando dos soldados iban a cerrar la puerta. Lo miraron con curiosidad pero no le dijeron nada.

Ben Craig desmontó y fue con Rosebud hacia el establo. A mitad de camino lo saludaron.

La señorita Charlotte Bevin era una persona amable y de buen carácter. Era rubia, dinámica y muy directa. Tenía la nariz pecosa y una sonrisa franca. Y esa sonrisa le dirigió a Ben Craig.

—Hola, ¿qué tal?

Hacía demasiado calor para llevar sombrero y el guía se limitó a saludarla con una inclinación de la cabeza.

—Señora...

—¿Forma usted parte del grupo?

Como ayudante del catedrático y estudiante, había participado en el proyecto desde el principio, y había estado presente en las numerosas entrevistas para hacer la selección definitiva. Pero nunca había visto a aquel joven.

—Pues sí, señora —dijo el extraño.

—¿Quiere decir que le gustaría formar parte?

—Sí, claro.

—Bueno... la verdad es que esto es un poco irregular. Pero ya es un poco tarde para que pase la noche en la pradera. Podemos darle alojamiento por esta noche. Puede llevar su yegua al establo y yo hablaré con el comandante Ingles. ¿Le importaría presentarse en el puesto de mando dentro de media hora?

Ella cruzó el patio hasta el puesto de mando y llamó a la puerta. El profesor, con su uniforme de comandante del 2.º de Caballería, estaba en su mesa inmerso en despachar papeleo.

—Siéntese, Charlotte. ¿Están ya instalados todos los jóvenes?

—Sí, y tenemos uno más.

—¿Uno más?

—Un joven con una yegua. Debe de tener unos veinticinco años. Ha llegado desde la pradera. Parece un voluntario local de última hora. Le gustaría quedarse con nosotros.

—No sé si podemos aceptar a nadie más. Estamos al completo.

—La verdad es que viene muy bien equipado. La yegua, un traje de ante, buen calzado, la silla de montar. Incluso lleva cinco pieles de animales enrolladas bajo la silla. Desde luego se ha esforzado para dar el tipo.

—¿Dónde está?

—En el establo. Le he dicho que se presente aquí dentro de unos minutos. Así podrá usted echarle un vistazo.

—Muy bien.

Como Craig no tenía reloj se orientaba por la posición del sol. Pero llegó con sólo cinco minutos de retraso sobre la media hora que le dijo la señorita Bevin.

John Ingles se había abrochado la guerrera hasta arriba y estaba sentado a su mesa. Charlotte Bevin estaba a su lado.

—¿Quería usted verme, comandante?

El profesor quedó impresionado por la autenticidad que irradiaba aquel joven. Llevaba en la mano un sombrero de piel de zorro. Era un hombre de piel cetrina y ojos azules, de mirada franca, de persona honesta. Era obvio que hacía semanas que no iba a la peluquería. Llevaba una media melena recogida por detrás en una trenza sujeta con una tira de piel, de la que colgaba una pluma blanca de águila. El traje de ante incluso tenía las desiguales puntadas que él había visto en auténticos trajes de época.

—Bien, joven, la señorita Bevin me ha dicho que desearía usted unirse a nosotros durante una temporada, ¿no es así?

—Sí, comandante, ése sería mi deseo.

El profesor tomó una decisión. En el presupuesto había una partida para cubrir «imprevistos». Y se dijo que aquel joven podía considerarse un imprevisto. Cogió una pluma de plumín de acero y la mojó en el tintero.

—Deme sus datos. ¿Nombre?

Craig titubeó. No parecía que lo hubiesen reconocido, pero su nombre podía sonarles. El comandante estaba gordito y pálido. Daba la impresión de recién llegado a la frontera. Puede que en el Este ni siquiera se hubiesen enterado de lo ocurrido el verano anterior.

—Craig, señor. Ben Craig.

Aguardó expectante. No parecía que aquel nombre les dijese nada especial a ninguno de los dos. La rolliza mano del comandante escribió el nombre con meticulosidad de escribano: Benjamín Craig.

—¿Dirección?

Craig puso cara de extrañeza.

—¿Dónde vives, hijo? ¿De dónde eres?

—Pues de por ahí, señor.

—Por ahí no hay más que la pradera y los bosques. —Sí, señor. Nací y me crié en las montañas.

—¡Dios santo!

El profesor había oído hablar de familias que vivían en chozas de techumbre alquitranada y en plena naturaleza, pero eso se daba más en los bosques de las montañas Rocosas, en Utah, Wyoming e Idaho.

«Sin domicilio fijo», escribió el profesor.

—¿Nombre de los padres?

—Ambos han muerto, señor.

—Lo siento, muchacho.

—Murieron hace quince años.

—¿Y con quien se crió?

—Con el señor Donaldson, señor.

—¿Y dónde vive el señor Donaldson?

—También ha muerto. Lo mató un oso.

El profesor dejó la pluma a un lado. Nunca había oído hablar de que un oso hubiese matado a un hombre, aunque algunos turistas podían ser muy descuidados e imprudentes con los restos de su picnic. Había que conocer bien la naturaleza. Lo que estaba claro era que aquel apuesto joven no tenía familia.

—¿No tienes ningún pariente cercano?

—No, comandante.

—¿A quién deberíamos informar en caso de que... sucediese algo?

—A nadie, señor.

—Entiendo. ¿Fecha de nacimiento?

—El 52. Creo que el 31 de diciembre.

—De modo que tienes veinticinco años.

—Sí, señor.

—Bien. ¿Número de la Seguridad Social?

Craig se quedó perplejo y el profesor suspiró.

—¡Por Dios...! Está visto que has vivido totalmente al margen. Da igual. Firma aquí.

El profesor le acercó el impreso a Craig y le tendió la pluma. Craig la tomó. No sabía qué significaba aquel dibujo que en realidad decía «firma del solicitante» pero estaba claro dónde tenía que firmar. Se inclinó y trazó su señal. El profesor cogió el impreso y lo miró con incredulidad.

—Pero, muchacho, mi querido muchacho... —dijo a la vez que ladeaba el cuerpo y le mostraba a Charlotte la cruz hecha por Craig a modo de firma.

—Me parece, Charlotte, que como educadora va a tener trabajo extra este verano.

Ella sonrió abiertamente.

—Sí, comandante, así lo parece.

Charlotte Bevin, de treinta y cinco años, tuvo un matrimonio desafortunado y no tenía hijos. Aquel joven semisalvaje le pareció un niño grande, ingenuo, inocente y vulnerable. Necesitaría de su protección.

—De acuerdo —dijo el profesor Ingles—. Puedes ir a instalarte, Ben, si no lo estás ya, y reúnete con nosotros a la hora de la cena.

Al guía le gustó la cena y comió hasta saciarse. Se la sirvieron en platos esmaltados. Comió ayudándose con su cuchillo Bowie, una cuchara y una rebanada de pan. Varios compañeros se dirigieron risitas disimuladas pero Craig no reparó en ello.

Los jóvenes con quienes compartiría el dormitorio eran simpáticos. Todos parecían de ciudad, de poblaciones de las que él no había oído mencionar y supuso que eran del Este.

El día había sido muy fatigoso para todos y, como no podían leer porque no había más luz que la de las velas, no tardaron en apagarlas y disponerse a dormir.

Ben Craig nunca había estado muy pendiente de los demás, pero reparó en que los jóvenes del barracón eran raros en muchos aspectos. Decían ser exploradores, guías, domadores de caballos o tramperos pero parecían saber muy poco de sus respectivos oficios. Aunque recordó cómo eran los reclutas que enrolaba Custer, y lo poco que sabían también de caballos, de armas y de los indios de las praderas. Dedujo que las cosas habían cambiado muy poco durante el año transcurrido.

Dedicaron dos semanas a instalarse y a ensayar el programa antes de que empezaran a llegar visitantes. La mayor parte de ese tiempo lo dedicaron a que todo estuviese en

perfecto orden en el fuerte, a practicar los ejercicios dirigidos por el comandante Ingles, ejercicios que en su mayoría se realizaban al aire libre.

Craig no sabía nada de todo aquello y una mañana se disponía a salir a cazar de nuevo. Cuando cruzaba el patio en dirección a la entrada principal, que estaba siempre abierta de par en par, un joven vaquero llamado Brad lo saludó.

—¿Qué llevas ahí, Ben? —le preguntó señalando la funda de piel de oveja que colgaba del hombro de Craig.

—El rifle —contestó Ben.

—¿Puedo verlo? Soy aficionado a las armas.

Craig desenfundó su Sharps y se lo tendió. Brad se quedó maravillado.

—¡Pero qué preciosidad! Una verdadera antigüedad. ¿Cuál es? —Un Sharps 52.

—¡Es increíble! No sabía que hiciesen réplicas de estos modelos.

Brad apuntó con el rifle a la campana que coronaba el dintel de la puerta principal. La hacían tañer si avistaban enemigos, para alertar de su presencia a quienes estuviesen en el fuerte, y a quienes estuvieran fuera para que regresasen.

Brad apretó el gatillo.

Fue a decir «bang» pero el rifle lo dijo por él. Cayó al suelo a causa de la fuerza de retroceso. Si la bala hubiese impactado en la campana de lleno la habría partido. Pero la alcanzó en un lado y se desvió. Pese a ello la campana sonó de al manera que detuvo toda la actividad del fuerte. El profesor salió en estampida de su despacho.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclamó. Vio a Brad sentado en el suelo y empuñando el pesado rifle—. ¿Pero qué puñeta has hecho, Brad?

El joven se levantó azorado y se lo explicó. Ingles miró compungido a Craig.

—Me parece que olvidé decírselo, Ben, pero no está permitido utilizar armas de fuego. Tendré que requisarle el fusil y guardarlo en la armería.

—¿Que no pueden utilizarse armas de fuego, comandante? —No. Por lo menos, no armas de verdad.

—¿Y los siux?

—¿Los siux? Que yo sepa están en las reservas de Dakota del Norte y Dakota del Sur.

—Pero comandante.., pueden volver.

El profesor entendió entonces la humorada y le sonrió con indulgencia.

—Claro que pueden volver. Pero este verano creo que no. Y entretanto esta arma quedará en la armería bajo llave.

El cuarto día era domingo y todo el personal asistió al oficio religioso en la capilla. Como no había ningún ministro de la Iglesia, ofició el comandante Ingles. A mitad del servicio se dirigió al atril y se dispuso a leer la lección. Una Biblia grande estaba abierta por la página apropiada.

—Nuestra lección de hoy procede del libro de Isaías, capítulo séptimo, sexto versículo. Aquí el profeta habla del tiempo en que la paz del Señor reinará en la tierra: «El lobo yacerá junto al cordero y el leopardo con el niño y la ternera y el joven león y el cebón yacerán juntos. Y un niño los guiará. Y la vaca y el oso pacerán juntos; sus crías yacerán juntas y el león...»

En aquel momento el profesor pasó la página, pero el fino papel biblia lo hizo pasar dos inadvertidamente, y se detuvo al ver que el texto que seguía no tenía sentido. Mientras porfiaba con su confusión una voz joven se alzó desde el centro del tercer banco.

y el león comerá paja como el buey; y el niño de pecho jugará en el nido de las víboras, y el niño introducirá la mano en la guarida del basilisco. No se harán daño ni destruirán en toda mi montaña santa, porque la tierra estará llena de la sabiduría del Señor igual que las aguas cubren el mar».

Se hizo un silencio mientras los presentes miraban boquiabiertos a aquel joven del traje de ante sucio y una pluma blanca de águila prendida en su coleta. Entonces John Ingles descubrió dónde enlazaba el pasaje.

—Sí, exactamente así es. Aquí termina la primera lección. Y, sin más, los presentes salieron de la capilla.

—La verdad es que no entiendo a ese joven —le dijo el profesor a Charlotte en su despacho después del almuerzo—. No sabe leer ni escribir pero puede recitar de memoria pasajes de la Biblia.

—No se preocupe. Creo que ya sé qué le ocurre —dijo ella—. Debe de ser hijo de una pareja que vivía en el bosque, al margen del mundo, en las montañas. Y cuando murieron lo adoptaron, probablemente de modo irregular e ilegal, porque quien lo adoptó era un hombre mayor, aunque lo criase como a un hijo propio. De modo que no tiene una formación adecuada. Pero conoce tres cosas muy a fondo: la Biblia, que le enseñó su madre, la naturaleza de estos parajes, y la historia del Viejo Oeste.

—¿Y dónde ha aprendido todo eso?

—Posiblemente se lo enseñó quien lo adoptó. Al fin y al cabo, si un hombre muere, pongamos que a los ochenta años, es decir hace sólo tres años, habría nacido antes de finales del pasado siglo. Y por entonces la vida en esta zona era muy primitiva. Debió de contarle al muchacho lo que recordaba o lo que le contaron a él los pioneros.

—¿Y cómo es que interpreta tan bien el papel? ¿No podría ser peligroso?

—No —repuso Charlotte—, en absoluto. Sólo fantasea. Cree tener derecho a cazar con su rifle como los antiguos tramperos. —O sea que finge.

—Exactamente. ¿No es eso lo que hacemos todos aquí? El profesor rió y se dio una palmada en el muslo.

—Desde luego, sólo que él interpreta su papel a las mil maravillas.

Charlotte Bevin se levantó.

—Porque se lo cree —dijo la ayudante del profesor—. Es el mejor actor que tenemos. Déjelo de mi cuenta. Velaré por que no se produzca ningún incidente. De momento, ya me he fijado en que dos chicas lo miran con ojos de cordero degollado.

En el barracón de los hombres, a Ben Craig seguía pareciéndole extraño que sus compañeros, cuando se desnudaban por la noche, se lo quitasen todo menos unas calcillas cortas de algodón mientras que él prefería dormir con la habitual ropa interior hasta los tobillos. Al cabo de una semana esto condujo a un problema y varios de los jóvenes hablaron con Charlotte.

Ella encontró a Ben con un grupo que partía leña con un hacha para la cocina económica del fuerte.

—¿Podría preguntarte una cosa, Ben?

—Claro, señora.

—Por favor... llámame, Charlotte.

—De acuerdo, señorita Charlotte.

—No te bañas nunca?

—¿Bañarme?

—Me refiero a... despojarse de todas las ropas y lavarse todo el cuerpo, no sólo las manos y la cara.

—Pues claro, señora. Lo hago regularmente.

—Me alegra, Ben. ¿Cuándo te bañaste por última vez? Ben Craig reflexionó. El viejo Donaldson le había enseñado que era necesario bañarse regularmente, pero en arroyos de nieve fundida no era cuestión de excederse.

—Creo que el mes pasado.

—Me lo temía. ¿Qué tal si volvieses a bañarte? Ahora mismo, por ejemplo.

Al cabo de diez minutos Charlotte lo vio conduciendo a Rosebud ensillada fuera del establo.

—¿Adónde vas, Ben?

—A bañarme, señorita Charlotte, tal como usted me ha dicho.

—¿Pero adónde?

—En el arroyo. ¿Dónde sino?

Todos los días Ben Craig se había adentrado en la pradera para hacer sus necesidades entre los matorrales. Se lavaba la cara y las manos en el abrevadero. Sus dientes los mantenía blancos frotándose los con una ramita de sauce mientras cabalgaba.

—Ven conmigo.

Charlotte Bevin lo condujo hasta la armería, abrió la puerta con la llave que llevaba colgada del cinturón y lo hizo entrar. Más allá de los compartimientos de los Springfields estaba la falsa pared. Pulsó un botón disimulado como si fuese un nudo de la madera y abrió la puerta. Allí estaba el cuarto de baño equipado con lavabos y bañeras.

Craig ya había visto bañeras durante los dos años que pasó en Fort Ellis, pero eran de madera. Aquéllas eran de hierro esmaltado. Sabía que las bañeras había que llenarlas con barreños de agua caliente traídos de la cocina, pero Charlotte hizo girar un extraño pomo y empezó a fluir agua humeante.

—Volveré dentro de dos minutos y quiero encontrar toda tu ropa, excepto el traje de ante, que necesita ir a la lavandería, fuera de esta puerta. Luego quiero que te metas ahí dentro y te frotes bien por todas partes con cepillo y jabón. Y luego quiero que utilices esto para lavarte la cabeza. —Le pasó un frasco con un líquido verde que olía a brotes de pino—. Y por último —concluyó—, quiero que vuelvas a vestirte con la ropa interior y las camisas de tu talla que encuentres en esas estanterías. Cuando hayas terminado, vuelve a salir. ¿De acuerdo?

Ben hizo todo lo que ella le indicó. Nunca se había bañado con agua caliente. Le resultó agradable, aunque se hacía un lío con el funcionamiento de los grifos y estuvo a punto de inundar el suelo. Cuando hubo terminado y se enjabonó el pelo, el agua que rezumaba era de color gris. Descubrió el orificio del desagüe del fondo de la bañera y observó cómo desaparecía el turbio líquido.

Eligió unos calzoncillos de algodón, una camiseta blanca y una camisa a cuadros de invierno. Luego se vistió, se prendió la pluma de águila en la coleta y salió.

Charlotte lo estaba aguardando en un sillón. Sostenía unas tijeras y un peine.

—No soy peluquera, pero creo que algo podré hacer —le dijo ella—. Siéntate.

Se limitó a retocárselo sin tocarle la coleta ni quitarle la pluma.

—Así estás mucho mejor —le dijo cuando hubo terminado—. Y hueles muy bien.

Charlotte volvió a cerrar la armería con llave, esperando que él se deshiciese en palabras de agradecimiento. Pero, por el contrario, vio que ponía cara de circunstancias, incluso de contrariedad.

—Señorita Charlotte, ¿le importaría que diésemos un paseo?

—En absoluto, Ben. ¿De qué quieres hablarme?

En su fuero interno, Charlotte estuvo encantada de la invitación. Podría empezar a entender a aquel extraño y enigmático producto de la naturaleza salvaje. Salieron por la puerta principal del fuerte y él la condujo por la pradera hacia el arroyo. Ben iba en silencio, pensativo. Ella dominó su deseo de interrumpir su ensimismamiento. El arroyo estaba a casi dos kilómetros y tardaron veinte minutos en llegar.

La pradera olía a heno y en varias ocasiones el joven alzó la vista hacia la cordillera de los Pryor.

—Es hermoso estar al pie de la cordillera, mirando hacia los picos —dijo ella.

—Ése es mi hogar —dijo él, y volvió a sumirse en el silencio. Al llegar al arroyo, Ben se sentó junto a la orilla y ella se recogió la falda de algodón plisada y se sentó frente a él. —¿De qué querías hablarme, Ben?

—¿Puedo preguntarle una cosa, señorita?

—Ya te he dicho que me llames Charlotte. Pero sí, puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Y no me mentirá?

—No te mentaré, Ben. Te lo prometo.

—¿En qué año estamos?

Charlotte Bevin se quedó perpleja. Confiaba en que la pregunta de Ben fuese algo acerca de su relación con los otros jóvenes del grupo. Lo miró a los ojos intensamente azules y por un momento pensó, Pero no... Era diez años mayor que él.

—Pues en 1977, Ben.

Si Charlotte supuso que era una pregunta retórica para exponerle algo se equivocó. El joven inclinó la cabeza hacia las rodillas y se llevó las manos a la cara. Le temblaron los hombros.

Sólo en otra ocasión había visto Charlotte llorar a un hombre. Fue en un accidente de automóvil en la autopista de Bozeman a Billings. Se acercó a él y posó las manos en sus hombros.

—¿Qué ocurre, Ben? ¿Qué pasa con este año?

No era la primera vez que Ben Craig sentía miedo. Lo tuvo al hacer frente al oso pardo en aquella fronda cercana al Little Big Horn. Pero nunca había sentido tanto miedo como en aquellos momentos. Más que miedo sintió terror.

—Es que... yo nací en 1852.

Charlotte Bevin no se sorprendió. Estaba segura de que allí había un problema. Lo rodeó con sus brazos, lo atrajo hacia sí y le acarició la nuca.

Era una mujer joven y moderna, una joven de su tiempo. Había leído mucho sobre aquellas cosas. La mitad de la juventud del Oeste se sentía atraída por la filosofía mística oriental. Creía en la teoría de la reencarnación. Sabía que muchas personas creían haber estado en otros tiempos, haber tenido otra existencia mucho tiempo atrás.

Era un problema; un fenómeno estudiado por la psiquiatría. Y existían técnicas y terapias para afrontarlo.

—No importa, Ben —le susurró ella mientras lo acunaba como a un bebé—. No importa. Todo irá bien. Si tú lo crees así, no importa. Pasa el verano aquí con nosotros en el fuerte viviendo como se vivía hace cien años. En otoño puedes regresar a Bozeman conmigo y encontraré personas que puedan ayudarte. Te irá muy bien todo, Ben. Confía en mí.

Charlotte sacó un pañuelo y le secó las lágrimas, abrumaba por la compasión que le inspiraba aquel joven montañés.

Regresaron al fuerte. A Charlotte le gustaba poder seguir llevando ropa interior moderna, disponer de medicamentos modernos, en caso de lesiones o enfermedades, y del hospital Billings Memorial, que estaba a unos minutos en helicóptero. Pero empezaba a gustarle llevar aquel vestido de algodón, la vida sencilla y la rutina de vivir en un fuerte de la frontera. Y ahora estaba segura de que conseguiría hacer su tesis doctoral.

Las lecciones o conferencias del comandante Ingles eran obligatorias para todos. Debido al calor de finales de junio, las daba en el patio y sus discípulos se sentaban en bancos frente a él, que utilizaba un caballete para mostrar algunas ilustraciones. En cuanto empezaba a hablar de la historia del Viejo Oeste se encontraba en su elemento.

Al cabo de diez días, llegó al período de las guerras indias. Detrás de él tenía fotografías a gran escala de los principales jefes siux. Ben Craig se vio a dos pasos de una fotografía de Toro Sentado, aunque tomada en sus últimos años. El sanador y jefe hunkpapa se había refugiado en Canadá, pero había regresado para ponerse, con el resto de sus hombres, a disposición del ejército. La fotografía del caballete había sido tomada poco antes de que fuese asesinado.

—Pero uno de los más curiosos fue el jefe oglala Caballo Loco —dijo el profesor—. Nunca dejó que lo fotografiase el hombre blanco, creía que la cámara se quedaría con una parte de su alma. De modo que es el único de quien no tenemos fotografía. Nunca sabremos qué aspecto tenía.

Craig fue a decir algo pero se abstuvo.

En otra de sus lecciones el profesor describió con detalle la campaña que condujo a la batalla del Little Big Horn. De esa manera Craig se enteró de la suerte corrida por el comandante Marcus Reno y sus tres compañías, y de que el capitán Benteen regresó de los páramos para unirse a ellos en la sitiada loma. Se alegró de que la mayoría hubiese sido rescatada por el general Terry.

Durante su última charla el profesor habló de la maniobra llevada a cabo en 1877 para rodear a los grupos dispersos de siux y cheyenes y escoltarlos hasta sus reservas. Cuando Ingles se ofreció a contestar preguntas a modo de coloquio, Craig alzó la mano.

—Sí, Ben —dijo el profesor, encantado de que fuese precisamente un oyente que jamás había puesto el pie en un colegio quien se decidiese a preguntar.

—¿Se sabe algo del jefe de un clan, llamado Alto Wapití, o de un guerrero llamado Búho Andante?

El profesor se quedó desconcertado. Tenía libros de consulta para llenar un camión, y se los sabía casi todos. Había contado con que le hiciese una pregunta sencilla.

—No; me parece que no los citan en ninguna parte; no creo que ninguno de los indios de las praderas que presencié la batalla lo mencionase. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque he oído decir que Alto Wapití se separó del grupo principal, eludió a las patrullas de Terry y fue a pasar el invierno en la cordillera de los Pryor, señor.

—Pues nunca he oído tal cosa. Si así fue, debieron de encontrarlos en primavera. Tendrías que preguntarlo en Lame Deer, que es en la actualidad el centro de la reserva cheyene del norte. Puede que alguien de la facultad Knife Memorial sepa algo sobre el particular.

Ben Craig memorizó el nombre. En otoño iría a Lame Deer, dondequiera que estuviese, y preguntaría.

Aquel fin de semana llegó el primer grupo de visitantes y, a partir de entonces, recibieron grupos casi a diario. La mayoría llegaba en autocares y el resto en coches. Algunos eran grupos dirigidos por sus profesores; y otros simplemente familias. Pero todos aparcaban a un kilómetro del fuerte y llegaban en carretas cubiertas. Era parte de la técnica del profesor Ingles para «ponerse en situación».

Y funcionaba. Los niños —porque la mayoría eran niños— se entusiasmaban con el trayecto en carreta, algo insólito para ellos, y en los últimos doscientos metros de trayecto hasta Fort Heritage podían imaginar que eran auténticos colonos de la frontera. Bajaban exultantes de las carretas.

A Craig le encargaron trabajar en las pieles de sus animales, tensadas al sol en bastidores mientras las cepillaba y salaba, preparándolas para ablandarlas y curtirlas. Los soldados hacían la instrucción; el herrero accionaba el fuelle en la forja; las chicas, con sus largos vestidos de algodón, lavaban la ropa en grandes barreños de madera, y el comandante Ingles dirigía las actividades de los distintos grupos, explicando cada una de las tareas y por qué eran necesarias en la vida en las praderas.

Dos estudiantes americanas nativas representaban el papel de indias no hostiles, que vivían en el fuerte como rastreadoras y guías en caso de que la dotación militar tuviese que acudir en auxilio de algún grupo de colonos atacado por una partida de indios salidos de sus reservas. Llevaban pantalones de algodón, camisa azul de lona, la cintura ceñida por una faja y pelucas de largas melenas negras bajo la chistera. Lo que más llamaba la atención de los visitantes era la herrería y ver a Ben Craig trabajar las pieles.

—¿Las ha cazado usted? —le preguntó un muchacho de un colegio de Helena.

—Sí.

—¿Tiene permiso?

—¿Que si tengo qué?

—¿Por qué lleva una pluma prendida en la coleta si no es indio?

—Me la regaló un cheyene.

—¿Por qué?

—Por matar a un oso pardo.

—¡Qué guai! —exclamó el chico.

—Es un actor igual que todos los demás —le explicó su profesor.

A medida que las carretas traían nuevos visitantes, Craig buscaba en el grupo una larga melena negra, un par de grandes ojos oscuros que lo mirasen. Pero no la vio.

Julio dejó paso a agosto.

Craig pidió tres días de permiso para volver a las montañas. Salió con su yegua al amanecer. En las montañas encontró una fronda de cerezos, echó mano del hacha que le había prestado el herrero y se puso a trabajar. Cuando hubo cortado y pulido una rama para hacerse un arco, lo tensó con cordel del fuerte porque no tenía tendones de animales.

Las flechas las hizo con ramas rígidas de álamo. Las plumas de un pavo silvestre despistado le sirvieron para acabarlas. Junto a un arroyo encontró pedernal con el que cinceló y alisó la punta de las flechas. Tanto los cheyenes como los siux habían utilizado siempre puntas de flecha de pedernal o hierro, incrustada en una grieta del extremo de la flecha y sujeta con tiras de piel sumamente finas.

Las flechas que más temían los hombres de las llanuras eran las de pedernal. Las puntas de hierro podían extraerse con la flecha, pero las de pedernal solían romperse, lo que obligaba a operar al herido a vida o muerte y sin anestesia. Craig hizo cuatro flechas de pedernal. Y a la tercera mañana abatió a un corzo.

Al regresar llevaba al animal colgado de la grupa, con la flecha clavada en el corazón. Llevó la pieza a la cocina, la colgó de un gancho, la desolló, la descuartizó y luego le ofreció al cocinero treinta kilos de carne de corzo fresca ante la mirada atónita del personal de la cocina.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta cómo cocino? —preguntó el cocinero.

—Sí que me gusta. Me gusta esa torta de queso que hace con colorines.

—Se llama pizza.

—Pero he pensado que no vendría mal un poco de carne fresca.

Mientras el guía se lavaba las manos y los brazos en el abrevadero, el cocinero agarró la flecha ensangrentada y fue derecho al puesto de mando.

—Es un artilugio estupendo —dijo el profesor Ingles al pasárselo el cocinero—. Las he visto en museos. Incluso las plumas de pavo están colocadas al estilo de los cheyenes. ¿De dónde lo ha sacado Ben?

—Dice que la ha hecho él —repuso el cocinero.

—Es imposible. Ya no hay nadie que sepa trabajar el pedernal así.

—Pues ha hecho cuatro, profesor —dijo el cocinero—. Y ésta estaba clavada justo en el corazón del animal. Esta noche cenaremos corzo.

El personal del fuerte comió corzo a la brasa al aire libre y lo disfrutó.

Al otro lado del fuego, el profesor observaba a Craig mientras éste troceaba una pierna del corzo con su cuchillo Bowie, afilado como una navaja barbera. Pero recordó las tranquilizadoras palabras de Charlotte sobre el comportamiento del joven. Puede que su ayudante tuviese razón, pero tenía sus dudas. ¿Y si en un momento dado aquel joven se tornaba peligroso? Había notado que cuatro chicas trataban de atraer la atención de Ben, que, sin embargo, siempre parecía estar pensando en otra cosa.

A mediados de mes Ben empezó a desmoralizarse. Trataba de convencerse de que Manítú no le había mentado y no iba a traicionarlo. Pero ¿dónde estaba Brisa Susurrante? Ninguno de los animosos jóvenes que estaban con él sabían que había tomado una decisión. Si al final del verano no había recuperado el amor por el que había obedecido al

hombre sabio, volvería a las montañas y, por su propia mano, iría a reunirse con ella en el más allá.

Una semana después, dos carretas entraron en el fuerte y los cocheros detuvieron a los sudorosos caballos. De la primera bajó un grupo de niños muy entusiasmados. Ben enfundó el cuchillo que estaba afilando en una piedra y se acercó al grupo. Una de las profesoras de los muchachos estaba de espaldas a él. Tenía una melena negra azabache que le llegaba a la cintura.

La joven profesora se dio la vuelta. Parecía americana de origen japonés o mestiza, con una cara muy redondita. El guía dio media vuelta y se alejó. Estaba furioso. De pronto se detuvo, alzó los puños al cielo y empezó a gritar.

—¡Me has mentado, Manitú! Y también tú me mentiste, viejo. Me dijiste que esperase, pero me has sumido en esta desolación, proscrito por el hombre y por Dios.

Todos los que estaban en el patio lo miraron. Delante de él había uno de los indios «no hostiles», que se dio la vuelta hacia él y lo miró. Aquel rostro marchito, quemado por el sol y con más arrugas que una castaña, viejo como las rocas de la cordillera Beartooth, enmarcado en mechones de pelo blanco como la nieve, que asomaban bajo la chistera, lo miraba con infinita tristeza. El hombre sabio meneó la cabeza lentamente. Luego alzó la vista y asintió en silencio, mirando más allá del joven guía.

Craig se dio la vuelta de nuevo, pero no vio nada y volvió a girarse. Su compañero Brian Heavyshield lo observaba como si creyese que había enloquecido y miró hacia la entrada.

De la segunda carreta bajaron otros niños que se arremolinaron junto a su maestra, que llevaba vaqueros, camisa a cuadros y gorra de béisbol. La joven se inclinó para separar a dos chicos que se peleaban. Luego se pasó la manga de la camisa por la frente. El ala de la gorra se interpuso en la visión de Craig hasta que ella se la quitó. Un torrente de pelo oscuro cayó hasta su cintura. Notó que alguien la miraba con fijeza y alzó la vista. Tenía la cara ovalada y los ojos grandes, de color castaño oscuro. Era Brisa Susurrante.

Ben Craig se quedó paralizado, sin habla. Sabía que debía decir algo, ir hacia ella, hacer algo. Pero no pudo. Sólo podía mirarla. Ella se ruborizó, azorada, desvió la mirada y agrupó a sus alumnos para empezar la visita. Una hora después llegaron al establo, dirigidos por Charlotte, que ejercía de guía. Ben estaba aseando a Rosebud. Sabía que el grupo iría allí. Formaba parte de la visita.

—Aquí es donde tenemos los caballos —dijo Charlotte—. Unos son de la caballería; otros pertenecen a hombres de la frontera que viven aquí o que están de paso. Como podéis ver, este joven, Ben, cuida muy bien de su yegua. Es cazador, trampero y guía, un auténtico montañés.

—¡Quiero ver todos los caballos! —gritó uno de los niños.

—De acuerdo, los veremos todos. Pero no os acerquéis demasiado a las patas traseras, porque podrían dar alguna coz —advirtió Charlotte mientras pasaba con los jóvenes frente a las cuadras.

Craig y la joven maestra se rezagaron y se miraron.

—Perdone que la mire tanto, señorita —dijo—. Me llamo Ben Craig.

—Hola. Yo me llamo Linda Pickett —dijo ella tendiéndole la mano. Ben se la estrechó. Era una mano cálida y menuda, tal como él la recordaba.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señorita?

—¿Llama a todas las chicas señorita?

—Pues sí. Así me lo enseñaron. ¿Le parece mal?

—Es demasiado formal, un poco anticuado. ¿Qué quería preguntarme?

—¿Me recuerda?

Linda Pickett frunció el ceño.

—Creo que no. ¿Nos hemos visto antes?

—Hace mucho tiempo.

Ella se echó a reír. Era una risa que Ben recordaba haber oído junto al fuego del campamento de Alto Wapití.

—Pues entonces yo debía de ser muy pequeña. ¿Dónde fue?

—Venga, que se lo enseñaré.

Ben Craig condujo a la perpleja chica al otro lado de las empalizadas. Señaló los montes Pryor, que se alzaban al sur.

—¿Conoce esas montañas?

—¿La cordillera Beartooth?

—No, los Beartooth están más al oeste. Ésos son los montes Pryor. Allí fue donde nos conocimos.

—Pero yo nunca he estado en los montes Pryor. Mis hermanos solían llevarme de acampada cuando era pequeña, pero nunca allí.

Ben ladeó la cabeza y miró a aquel amado rostro.

—Ahora es usted profesora, ¿no?

—Bueno... soy maestra del colegio estatal de Billings. ¿Por qué?

—¿Volverá otra vez por aquí?

—No lo sé. Hay programadas excursiones de otros grupos. Quizá me manden acompañarlos. ¿Por qué?

—Quiero que vuelva. Por favor. Tengo que verla otra vez. Dígame que volverá.

Ella volvió a ruborizarse. Era demasiado bonita para no estar acostumbrada a que se le insinuasen los hombres. Por lo general solía quitárselos de encima con una sonrisa, que resultaba eficaz para ahuyentarlos pero sin ofenderlos. Era una joven rara. El no la piropó, ni le sonrió insinuante. La actitud de Ben Craig era seria, sincera, ingenua. Ella miró a aquellos ojos azul cobalto de mirada franca y se estremeció por dentro.

Charlotte salió en aquel momento del establo con los niños. —No sé —dijo la joven—, lo pensaré.

Al cabo de una hora Linda Pickett y su grupo de niños se habían marchado.

Pero al cabo de una semana volvió. Una de sus compañeras del colegio había tenido que acudir a cuidar de un familiar enfermo. Faltaba una maestra para acompañar al grupo y Linda se ofreció.

Hacía mucho calor y Linda Pickett sólo llevaba una bata de algodón rosa.

Craig le había preguntado a Charlotte por la lista de visitantes que esperaban aquel día, confiando en que llegase un grupo del colegio de Billings.

—¿Le has echado el ojo a alguna, Ben? —le pregunto con una sonrisa pícaro.

No le hubiese parecido nada mal. Porque, una relación con una chica sensata podía ayudar a Ben a adaptarse al mundo real. Y estaba muy contenta con los rápidos progresos que hacía Ben aprendiendo a leer y escribir. Le había dejado dos libros sencillos, similares a los que utilizan los niños. Confiaba además en que, en otoño, pudiese encontrarle un trabajo de dependiente en alguna tienda o de camarero. Así, de paso, ella escribiría su tesis sobre la readaptación al mundo real, partiendo del caso de Ben Craig.

Ben estaba aguardando cuando los niños y sus maestras bajaron de la carreta.

—¿Quiere dar un paseo conmigo, señorita Linda?

—¿Un paseo? ¿Por dónde?

—Por la pradera. Para hablar.

Ella dijo que tenía que cuidar de los niños, pero una de sus compañeras, algo mayor que ella, le guiñó el ojo y le susurró que podía tomarse el tiempo que quisiera con su nuevo admirador. Y la verdad es que eso era precisamente lo que Linda Pickett deseaba.

Salieron del fuerte y llegaron hasta unas rocas a la sombra de un árbol. El parecía incapaz de hablar.

—¿De dónde eres, Ben? —preguntó ella para romper el hielo. Le gustaba su timidez.

Ben señaló las montañas a lo lejos.

—¿Te criaste allí, en aquellas montañas?

—Sí.

—¿Y dónde fuiste al colegio?

—No fui al colegio.

Ella trató de digerirlo. Pasar toda la niñez cazando en las montañas sin ir al colegio... Era demasiado raro.

—La vida ha de ser muy tranquila en las montañas; sin tráfico, sin radio ni televisión.

Ben Craig no sabía a qué se refería Linda, pero dedujo que se trataba de cosas que hacían ruidos menos agradables que el rumor de los árboles y el canto de los pájaros.

—En las montañas sólo se oye el sonido de la libertad —dijo—. Dígame, señorita Linda, ¿ha oído hablar de los cheyenes del norte?

A Linda Pickett le sorprendió la pregunta pero se alegró del cambio de tema.

—Pues claro. Tanto es así que mi bisabuela materna era cheyene.

Ben Craig ladeó la cabeza para que Linda se fijase bien en la pluma de águila de su coleta. Sus ojos azules la miraban implorantes.

—Hábleme de su bisabuela, por favor.

Linda recordaba que, cuando era niña, su abuela le mostró una fotografía de su madre. Pese al paso de los años, los grandes ojos, la fina nariz y los pómulos salientes indicaban que la anciana que aparecía en la descolorida fotografía sepia en su juventud debió de haber sido muy bonita. Ella le contó lo que sabía, lo que su ya difunta abuela le había contado de pequeña.

La mujer cheyene estuvo casada con un guerrero con quien tuvo un hijo. Pero, hacia 1880, se declaró una epidemia de cólera en la reserva y murieron el padre y el hijo. Dos años después, un predicador se casó con la joven viuda, afrontando las críticas de sus vecinos blancos. Era de origen sueco, alto y rubio. Tuvieron tres hijas y la menor, nacida en 1890, fue la abuela de Linda.

A su vez, la abuela se casó con un blanco, con quien tuvo un hijo y dos hijas. La segunda nació en 1925; y, con 18 o 19 años, fue esta segunda hija, Mary, la que fue a Billings en busca de trabajo. Lo encontró como empleada de una agencia del Banco Agrícola. El cajero era un hombre muy serio y trabajador, llamado Michael Pickett. Se enamoraron y en 1945 se casaron. El no fue a la guerra debido a su acusada miopía. Tuvieron cuatro hijos varones, todos altos y rubios, y luego a ella, en 1959. De modo que Linda acababa de cumplir los dieciocho años.

—No sé por qué, pero nací con el pelo negro como el azabache y los ojos castaño oscuro, sin el menor parecido con mi padre ni con mi madre. Bueno... ya lo sabes todo. Ahora te toca a ti.

Pero Ben Craig hizo caso omiso de la invitación.

—Tiene dos cicatrices en la pierna derecha, ¿verdad?

—¿Mis marcas de nacimiento? ¿Cómo demonios lo sabes?

—Déjeme verlas, por favor.

—¿Por qué? Eso es muy íntimo.

293

—Por favor...

Ella vaciló un momento. Luego se levantó la falda y le dejó ver su bronceado muslo. Allí seguían las cicatrices de los orificios de entrada y salida de la bala del soldado que le disparó a orillas del Rosebud. Linda se bajó la falda algo incómoda.

—¿Algo más? —preguntó ella con tono sarcástico.

—Sólo una cosa más. ¿Sabe lo que significa en cheyene Emosesteshaa'e?

—No, por Dios, ¿cómo voy a saberlo?

—Significa Brisa Susurrante. ¿Puedo llamarla Brisa Susurrante? —Pues... bueno, si quieres. Aunque no sé por qué. —Porque así es como se llamaba antes. Porque la he soñado.

Porque la he estado esperando. Porque la amo.

Ella se ruborizó y se levantó.

—Esto es una locura —dijo—. No sabes nada de mí, ni yo nada de ti. Además, estoy prometida.

Linda se alejó sin querer hablar más.

Volvió al fuerte. Se debatía interiormente con sentimientos encontrados. Se repetía una y mil veces que se estaba comportando como una chiflada, como una estúpida insensata. Pero no podía quitarse de la cabeza aquellos ojos intensamente azules que la miraban con fijeza. Trataba de convencerse de que debía decirle a aquel enamoradizo joven que no tenía sentido volver a verse. Eso le diría en cuanto volviese a verlo.

Y un domingo, una semana antes de que se reanudase el curso escolar, Linda Pickett regresó al fuerte. El parecía saber que iba a venir. La estaba esperando en el patio, como hacía todos los días, con Rosebud ensillada.

La subió a la grupa de la yegua y cabalgó hacia la pradera. Rosebud conocía el camino hasta el arroyo. Y junto al agua espejeante desmontaron. Entonces él le contó que sus padres murieron cuando él era pequeño y que un montañés lo adoptó y lo crió. Le explicó que, en lugar de libros y mapas, había aprendido a distinguir el rastro de todos los animales, el canto de los pájaros, la forma y la utilidad de todos los árboles.

Por su parte, ella le dijo que su vida había sido muy distinta, ortodoxa y convencional, programada. Que su prometido era un joven de una familia respetable y rica, que podría darle todo lo que una mujer pudiese desear, tal como su madre le había dicho. De modo que no tenía sentido seguir...

Y entonces él la besó. Linda trató de rechazarlo pero, cuando sus labios se encontraron, ella rodeó su cuello.

El aliento de Ben no olía a tabaco ni a alcohol como el de su prometido. No la sobaba. Ben desprendía un olor muy distinto, a piel de ante, a leña quemada, a resina de pino.

Pero Linda estaba tan desconcertada que se apartó de él y echó a andar hacia el fuerte. El la siguió pero no volvió a tocarla. Rosebud dejó de pacer y fue tras ellos.

—Quédate conmigo, Brisa Susurrante.

—No puedo.

—Estamos destinados el uno para el otro. Así se profetizó hace mucho tiempo.

—No puedo contestarte ahora. Tengo que pensar. Esto es una locura. Estoy prometida.

—Dile que tendrá que esperar.

—Imposible.

En aquellos momentos, una carreta salía del fuerte en dirección al camuflado aparcamiento. Ella avivó el paso y llegó a tiempo para subir. Ben Craig montó en Rosebud y fue tras la carreta.

En el aparcamiento los pasajeros bajaron de la carreta y subieron al autocar.

—¿Volverás, Brisa Susurrante? —le gritó él.

—No puedo. Voy a casarme con otro.

Varias mujeres mayores dirigieron una mirada de reproche al joven jinete con aspecto de patán, que al parecer estaba importunando a una joven. Las puertas del autocar se cerraron y el conductor puso el motor en marcha.

Rosebud relinchó asustada y se encabrió. El autocar arrancó y enfiló el camino vecinal que conducía hasta la autopista. Craig azuzó a Rosebud y siguió al autocar, a un medio galope que pasó a galope tendido en cuanto el vehículo aceleró.

La yegua estaba aterrorizada al ver el monstruo que corría a su lado y que le rugía. La fuerza del viento se incrementaba. Dentro del autocar los pasajeros oyeron gritar.

—¡Brisa Susurrante, ven conmigo a las montañas y sé mi mujer!

El conductor miró por el retrovisor, y al ver que lo seguía un jinete enloquecido pisó el acelerador. El autocar traqueteaba y daba bandazos para esquivar los baches. Varias mujeres gritaron asustadas abrazando a sus hijos. Linda abrió la ventanilla.

Poco a poco, el autocar fue dejando atrás a Rosebud que, a pesar de estar aterrorizada seguía confiando en el firme taloneo que notaba en las costillas y en la mano que sujetaba las riendas. Una cabeza se asomó por la ventanilla y, casi cegada por el polvo, le dio su respuesta:

—Sí, Ben Craig, volveré.

El jinete tiró de las riendas y se detuvo en medio de la polvareda.

Linda Pickett escribió una carta a su prometido con sumo tacto, para no provocar un estallido de ira como los que ya había tenido que soportarle, pero dejando muy claro que, aunque lo sentía, había tomado una decisión. Cuando hubo terminado el cuarto borrador, firmó la carta y fue a echarla al correo.

No supo nada hasta al cabo de una semana. Pero, como era de esperar, cuando se vieron, la entrevista fue tan corta como brutal.

Michael Pickett era una personalidad en Billings, presidente y gerente del Banco Agrícola. Tras empezar como simple cajero, poco antes del ataque japonés a Pearl Harbor, fue ascendiendo hasta subdirector. Su dedicación al trabajo, su respeto a las normas y su meticulosidad llamaron la atención del fundador y propietario de la entidad, un solterón empedernido que no tenía hijos.

Al jubilarse, el fundador le ofreció venderle el banco. Quería que dirigiese la entidad alguien que continuase con los mismos principios que él había sentado. Y mediante unos préstamos preferenciales y otros recursos el ex cajero pudo comprar el banco. Fue pagando la mayoría de los préstamos pero, a finales de los sesenta, tuvo problemas: excesivas renovaciones de créditos, quiebras, morosos... Pickett se vio obligado a vender acciones para obtener más liquidez, y logró superar la crisis.

Una semana después de recibir la carta de su hija, el señor Pickett no fue invitado, sino instado a verse con el padre del prometido de su hija en su casa, un rancho impresionante situado a orillas del Yellowstone, al sudoeste de Billings. Ya se habían visto antes, con ocasión de la formalización del compromiso de sus hijos, pero en el restaurante del club Cattlemen.

Acompañaron al banquero a un amplio despacho, con parquet muy pulido, carísimos paneles que revestían las paredes y adornado con trofeos, diplomas enmarcados y varias cabezas de toro disecadas. El hombre que estaba tras el escritorio no se levantó ni lo saludó. Se limitó a señalar el sillón que había delante del escritorio.

Cuando su visitante se hubo sentado, lo miró con fijeza sin decir palabra. El señor Pickett estaba hundido. Creía saber de qué se trataba. El ranchero y magnate se lo tomó con calma. Desenfundó un Cohiba de grandes dimensiones, lo encendió y luego le tendió a Pickett una hoja de papel. Pickett la leyó. Era la carta de su hija.

—Lo siento —comentó—. Me lo dijo. Ya sabía que le había escrito. Aunque no había visto la carta.

El ranchero se inclinó con el índice en gesto admonitorio. Lo fulminaba con la mirada y los ojos inyectados en sangre, bajo el sombrero que siempre llevaba, incluso en su despacho.

—Ni hablar —le espetó el magnate—. Ni hablar, ¿me entiende? De ninguna manera su hija va a humillar así a mi hijo.

El banquero se encogió de hombros.

—Yo estoy tan disgustado como usted —dijo—. Pero, los jóvenes... a veces cambian de opinión. Ambos lo son. Quizá se hayan precipitado.

—Hable con ella. Dígale que está cometiendo un grave error.

—Ya he hablado con ella. Y también su madre. Pero insiste en romper el compromiso.

El magnate se reclinó en el sillón y miró en derredor, pensando en lo alto que había llegado desde sus comienzos como simple vaquero.

—Mi hijo no lo ha roto —replicó. Cogió la carta de manos de Pickett y le pasó un montón de papeles—. Le aconsejo que lea esto.

La verdad era que William Big Bill Braddock había prosperado mucho. Su abuelo llegó al Oeste desde Bismark, Dakota del Norte, donde nació, hijo ilegítimo de un soldado de caballería que murió luchando en las guerras indias. El abuelo se empleó como dependiente de una tienda y allí trabajó durante toda su vida, sin que lo ascendiesen ni lo despidieran. Su padre había seguido unos pasos igualmente humildes, pero el nieto entró a trabajar en un rancho.

Era un chico alto y fornido, pendenciero por naturaleza, muy dado a zanjar cualquier disputa a puñetazos, y casi siempre logrando imponerse. Pero también era listo. Después de la guerra vio que se presentaría una buena oportunidad: en camiones frigoríficos, capaces de transportar ternera fresca de Montana a miles de kilómetros. Se estableció por su cuenta. Empezó con los camiones frigoríficos, luego instaló mataderos y carnicerías. Creó su propia marca de carne, Ternera Big Bill's, de primera calidad, tierna, fresca y que podía comprarse en cualquier mercado local. Cuando volvió a un rancho fue como dueño y señor.

El rancho BarT, comprado diez años antes, era una formidable restauración de la mansión más impresionante a orillas del Yellowstone. Su esposa, una mujer dócil y sumisa, le había dado un hijo que no había heredado ninguna de las cualidades de su padre. Kevin tenía veinticinco años y estaba tan mimado como consentido. Le tenía terror a su padre. Pero Big Bill estaba embobado con él; nada la parecía demasiado bueno para su único hijo.

Michael Pickett terminó de leer los papeles pálido y desencajado.

—No lo entiendo —dijo.

—Pues está bastante claro, Pickett. He comprado hasta la última parcela que usted poseía en este estado. Eso significa que ahora soy el accionista mayoritario de su banco. Y me ha costado una fortuna, la verdad. Y todo por su hija. Bonita es, lo reconozco, pero estúpida también. No sé quién es, ni me importa, ese otro chico a quien ha conocido, pero usted va a ordenarle que lo deje. Ella volverá a escribirle a mi hijo, reconocerá que ha cometido un error y se respetará el compromiso.

—¿Y si no consigo convencerla?

—Pues le advierte que ella será la responsable de su ruina. Me quedaré con su banco y con su casa; me quedaré con todo lo que usted posee. Y adviértale también que en este condado no le fiarán ni un café. ¿Me ha entendido?

Mientras bajaba con el coche por la rampa de acceso de la mansión en dirección a la autopista, Michael Pickett se sintió acabado. Sabía que Braddock no bromeaba. Había procedido de manera similar con otros que se habían cruzado en su camino. También le había advertido que los esponsales se adelantarían y se celebrarían a mediados de octubre, o sea, dentro de un mes.

La reunión familiar fue desagradable. Su madre alternaba reproches con gimoteos. ¿Se daba cuenta su hija de lo que hacía? ¿Tenía idea de lo que había hecho? Casarse con Kevin Braddock equivalía a conseguir de un plumazo todo aquello que la mayoría tarda una vida en conseguir: una espléndida mansión donde criar a sus hijos, los mejores colegios, y una envidiable posición social. ¿Cómo podía echarlo todo por la borda por un loco enamoramiento con un actor del tres al cuarto?

Dos de los hermanos de Linda, que vivían y trabajaban en la ciudad, habían sido convocados a la reunión familiar. Uno se ofreció para ir a Fort Heritage y tener una conversación de hombre a hombre con el entrometido. Ambos hermanos de Linda temían que la venganza de Braddock pudiera llegar al extremo de dejarlos sin trabajo también a ellos. El hermano que se ofreció a hablar con Ben era funcionario del gobierno y Braddock tenía amigos poderosos en Helena.

Su atribulado padre limpió los gruesos cristales de sus gafas con abatimiento. Y fue este abatimiento lo que consiguió convencer a Linda Pickett, que asintió con la cabeza, se levantó y fue a su habitación. En esta ocasión escribió dos cartas.

La primera era para Kevin Braddock, en la que reconocía que se había enamorado como una colegiala de un joven vaquero, pero que ya se había terminado todo. Le decía que había sido una estúpida escribiéndole anteriormente como lo hizo y le pedía que la perdonase. Añadía que deseaba que su compromiso siguiese en pie, y que esperaba ser su esposa antes de finales de octubre. La segunda era para Ben Craig, c/o Fort Heritage, condado de Bighorn, Montana. Echó al correo ambas cartas al día siguiente.

A pesar de su obsesión por la autenticidad, el profesor Ingles había hecho dos concesiones a la modernidad. Aunque en el fuerte no tenían línea telefónica, él tenía en su despacho un radioteléfono con pilas recargables. Y también tenían servicio postal.

La estafeta de correos de Billings había accedido a enviar toda la correspondencia dirigida al personal del fuerte, a la oficina de la principal agencia de autocares de la ciudad que, a su vez, había aceptado enviar las sacas de correo en el siguiente autocar que saliese con destino a Fort Heritage.

Ben Craig recibió la carta cuatro días después.

Intentó leerla pero le costaba mucho. Gracias a las lecciones de Charlotte se había acostumbrado a las letras mayúsculas e incluso a las minúsculas, pero la letra caligráfica de la joven era una tortura para él. De modo que le pidió a Charlotte que se la leyese.

—Lo siento, Ben —dijo Charlotte, apenada tras leer la carta—. Es de la chica de la que te enamoraste. Se llama Linda, ¿verdad?

—Léamela, por favor, Charlotte.

Y así lo hizo la profesora.

—«Querido Ben: Hace dos semanas hice una solemne tontería. Cuando me gritaste desde el caballo y yo te grité desde el autocar, creo que dije que podríamos casarnos. Pero al volver a casa he comprendido lo estúpida que fui. La verdad es que estoy prometida a un buen chico y no puedo romper mi compromiso. Nos casaremos el mes que viene. Por favor, deséame suerte y felicidad, como yo te la deseo a ti. Con un beso de despedida, Linda Pickett.»

Charlotte dobló la carta y se la devolvió. Ben contempló las montañas, ensimismado. Ella le cogió una mano.

—Lo siento, Ben. Son cosas que pasan; como un tren que se nos escapa. Está claro que la chica tuvo un flechazo contigo y le entiendo perfectamente. Pero ha decidido seguir con su prometido.

Craig no veía muy claro eso de que un tren se le escapase. Volvió a mirar las montañas.

—¿Quién es su prometido?

—No lo sé. No lo dice.

—¿Podría usted averiguarlo.

—Pero... no irás a causar problemas, ¿verdad, Ben?

Tiempo atrás Charlotte se vio en la embarazosa situación de que dos jóvenes se peleasen por ella. Le resultó halagador. Pero eso fue entonces. No quería que su joven pupilo, todavía por pulir, se liase a tortazos por una chica que había estado tres veces en el fuerte, hecha un lío con sus volubles sentimientos.

—No, Charlotte, ningún problema. Es sólo por curiosidad.

—¿Seguro que no irás a Billings a pegarte con tu rival?

—No, Charlotte, sólo quiero lo que es mío, a ojos del hombre y de Manítú; lo que se profetizó hace tiempo.

Como Ben volvía a hablar en un lenguaje tan críptico, Charlotte insistió.

—Pero lo que se te profetizó no fue Linda Pickett, ¿verdad? Ben reflexionó mascando un tallo de hierba.

—No, no fue Linda Pickett.

—¿Me lo prometes, Ben?

—Se lo prometo.

—Bueno, pues veré qué puedo hacer.

En la facultad de Bozeman, Charlotte Bevin había tenido una amiga que en la actualidad era periodista de la Billings Gazette. La llamó y le pidió que consultase los anuncios de la sección Ecos de Sociedad, por si se anunciaba el enlace de una joven llamada Linda Pickett.

La periodista no tardó en averiguarlo. Cuatro días después la saca del correo le trajo un recorte del periódico de principios del verano. Los señores Pickett y los señores Braddock tenían el placer de anunciar el compromiso de su hija Linda y su hijo Kevin.

Charlotte resopló. No era de extrañar que la chica no quisiera romper el compromiso.

—Es el hijo de Big Bill Braddock —le dijo Charlotte a Craig—. Sabes quién es «el rey del filete», ¿no?

El meneó la cabeza.

—No, claro —dijo Charlotte con cara de resignación—. Tú cazas la carne que comes. Y sin permiso de armas. Bueno... el suegro es un hombre muy rico. Vive en un gran rancho al norte de aquí, cerca del Yellowstone. ¿Conoces el río?

Craig asintió con la cabeza. No había palmo de la orilla sur que no hubiese recorrido a caballo con el general Gibbon, desde Fort Ellis hasta la confluencia con el Tongue, al este del Rosebud.

—¿Podría averiguar cuándo será la boda?

—¿Recuerdas lo que me has prometido?

—No se preocupe. Nada de Linda Pickett.

—Eso espero. ¿Qué te propones hacer entonces? ¿Darle una sorpresita?

—Más o menos.

Charlotte hizo otra llamada telefónica para averiguar la fecha.

Septiembre dejó paso a octubre. El tiempo seguía excelente y los pronósticos mencionaban el veranillo de San Martín, que allí llaman «verano indio», con tiempo soleado hasta finales del mes.

El día 10 el autocar trajo un ejemplar de la Billings Gazette y, como el curso escolar ya había empezado, el número de visitantes cayó en picado.

En el periódico de su amiga, Charlotte buscó la columna Ecos de Sociedad y le leyó a Craig.

Con una prosa sin puntos ni comas, de esas que dejan sin respiración, la reportera daba noticia de los próximos esponsales de Kevin Braddock y Linda Pickett. La ceremonia se celebraría en el fantástico rancho BarT al sur de Laurel Town, el 20 de octubre. Como parecía que el tiempo seguía siendo bueno la ceremonia tendría lugar en el amplio jardín de la mansión, a las dos de la tarde, ante una concurrencia en la que estaría la elite social y del mundo de los negocios de Montana.

Ben memorizó lo que leyó Charlotte.

Al día siguiente el comandante del puesto se dirigió a todo el personal en el patio. La experiencia de aquel verano en Fort Heritage se interrumpiría el 21 de octubre, y el fuerte permanecería inactivo y cerrado durante los meses de invierno. Había constituido un notable éxito y habían recibido muchos mensajes de felicitación de educadores y autoridades de todo el estado.

—Habrà mucho trabajo durante los cuatro días previos al cierre —les dijo Ingles a los jóvenes—. Los salarios se pagarán el día antes. Tenemos que limpiar las instalaciones, almacenar y dejarlo todo listo para el duro invierno antes de marcharnos.

Cuando el profesor hubo terminado de hablar Charlotte hizo un aparte con Craig.

—Bueno, Ben, ya hemos llegado casi al final —le dijo—. Y cuando se haya terminado todos volveremos a vestir como siempre. Aunque... supongo que tú siempre vestes igual. Pero ahora cobrarás unos buenos dólares y, si te parece, podemos ir a Billings para que te compres ropa apropiada para el invierno. Luego quiero que vengas conmigo a Bozeman. Te encontraré un buen alojamiento y te presentaré a algunas personas que pueden ayudarte.

—De acuerdo, Charlotte —asintió él.

A última hora de la tarde, Ben llamó a la puerta del despacho del profesor.

John Ingles estaba sentado tras su mesa. Una estufa de leña proyectaba un tenue resplandor desde un rincón. El profesor lo recibió con cordialidad. Estaba impresionado con aquel joven; por su conocimiento de la naturaleza de la zona y de la antigua frontera, y porque en ningún momento había dejado de interpretar su papel. Con su planta y su traje de ante daba el tipo a la perfección.

—Mi querido amigo, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó el profesor, que suponía que Craig quería pedirle algún consejo de cara al futuro.

—¿Tiene usted un mapa, comandante?

—¿Un mapa? ¡Dios santo! ¡Pues claro que tengo un mapa! ¿De qué zona?

—De aquí, del fuerte, y del norte del Yellowstone. Por favor, señor.

—Buena idea. Siempre es útil saber dónde está uno y conocer los alrededores. Mira.

El profesor extendió un mapa encima de la mesa y se lo explicó. Craig ya había visto mapas de campaña durante su etapa en el ejército, pero eran mapas en los que apenas había nada más que puntos de referencia anotados por algunos tramperos y guías. En cambio, el que el profesor le mostraba estaba lleno de líneas y señales.

—Aquí está el fuerte, casi al pie del monte West Pryor; al norte está el Yellowstone y al sur los Pryor. Aquí está Billings y aquí mi ciudad natal, Bozeman.

Craig deslizó el índice a lo largo de los ciento cincuenta kilómetros que separaban ambas ciudades.

—¿Es ésta la senda Bozeman? —preguntó.

—Exacto. Así es como la llamaban antes. Aunque ahora, claro, es una autopista.

Craig no sabía qué era una autopista pero pensó que podía ser la larga franja negra que había visto a la luz de la luna. Había docenas de poblaciones menores señaladas en el mapa y, en la orilla sur del Yellowstone, en la confluencia del río con el arroyo Clark, estaba señalizada una hacienda llamada rancho BarT. Supuso que estaba un poco al oeste de una línea que seguía hacia el fuerte y que, a campo traviesa, debía de haber unos treinta kilómetros. Le dio las gracias y le devolvió el mapa.

La noche del 19 de octubre, Ben Craig se acostó muy temprano, nada más cenar. A nadie le extrañó, porque todos los jóvenes habían pasado el día limpiando, engrasando las piezas metálicas para protegerlas de las heladas del invierno y almacenando herramientas en los cobertizos para que no se oxidasen o deteriorasen. Los otros ocupantes del barracón fueron a acostarse sobre las diez y enseguida se quedaron dormidos. Nadie reparó en que su compañero, bajo su manta estaba completamente vestido.

Ben se levantó a medianoche, se puso su gorro de piel de zorro, dobló dos mantas y se marchó sigilosamente. Nadie lo vio dirigirse al establo y ensillar a Rosebud. Se había asegurado de que su yegua tuviese una ración doble de avena pues la iba a necesitar.

Cuando tuvo a Rosebud preparada, entró en la herrería y recogió los utensilios que el día anterior había anotado que iba a necesitar: un hacha con funda y cinturón, una cizalla y unos alicates.

Con los alicates arrancó de cuajo el candado de la armería y, una vez en el interior, cortó con la cizalla la cadena que pasaba por las guardas de los gatillos de los rifles. Todos eran réplicas menos uno, su Sharps 52.

Luego condujo a Rosebud hasta la pequeña puerta trasera contigua a la capilla y salió. Llevaba las dos mantas bajo la silla y la piel de búfalo detrás. El rifle y su funda colgaban junto a su rodilla izquierda, y junto a la derecha colgaba un carcaj de piel con cuatro flechas.

El arco lo llevaba en bandolera. Cuando se hubo alejado casi un kilómetro del fuerte, llevando a Rosebud de la brida, montó.

Durante aquel verano, Ben Craig, montañés y guía, el único superviviente de la matanza de Little Big Horn, se alejó a lomos de su yegua del año de gracia de 1877 para adentrarse en el último cuarto del siglo xx.

Al ocultarse la luna calculó que eran las dos de la madrugada. Le daba tiempo para recorrer a pie treinta kilómetros, hasta el rancho BarT, y ahorrarle energía a Rosebud. Localizó la estrella Polar en el cielo y se desvió unos grados hacia el oeste de la línea que la estrella le indica hacia el norte.

La pradera enlazaba con campos de cultivo y, de vez en cuando, encontraba en su camino puestos avanzados, cercados con alambradas. Las cortaba con la cizalla y entraba. Cruzó la línea desde el Big Horn y se adentró en el condado de Yellowstone, sin tener la menor idea de ello. Al amanecer llegó a orillas del Clark y siguió el sinuoso curso que discurría hacia el norte. Al asomar el sol tras las lomas que se alzaban al este, vio una larga empalizada blanca y brillante y una cartel que anunciaba «Rancho BarT. Prohibido el paso». Consiguió descifrar las letras y siguió adelante hasta llegar a la carretera privada que conducía a la verja de entrada.

A un kilómetro vio la verja y, más allá, una enorme mansión rodeada de magníficos establos. Delante de la verja había un poste pintado con franjas de colores que cruzaba la carretera, y la garita de un centinela, a través de cuyo ventanuco se veía una tenue luz. Se retiró hacia una arboleda, desensilló a Rosebud y la dejó descansar y pacer la hierba fresca del otoño. También él descansó durante toda la mañana, pero no durmió sino que permaneció alerta por si se acercaba algún animal salvaje. En realidad, la reportera del periódico había subestimado el esplendor que Big Bill Braddock se proponía que tuviese la boda de su hijo.

Big Bill había puesto especial interés en que la prometida de su hijo pasase por un completo reconocimiento médico hecho por el doctor de los Braddock. La humillada joven no tuvo más remedio que acceder. Al leer el informe Big Bill frunció el ceño.

—¿Que es virgen? —exclamó Big Bill.

El médico siguió con la mirada el dedo índice del magnate que se posaba en unas líneas del informe.

—Sí, señor Braddock. Sin la menor duda. Es virgen. Braddock sonrió exultante.

—Vaya con Kevin; a eso se le llama tener suerte. ¿Y lo demás?

—No puede estar más sana. Además de bonita es una joven con una salud de hierro.

La mansión había sido remozada por caros decoradores que la convirtieron casi en un castillo de cuento de hadas. En un césped de media hectárea habían instalado el altar, a unos veinte metros de la empalizada que daba a la pradera. Frente al altar fueron colocadas filas y filas de cómodas sillas para los mil invitados, con un pasillo de separación por el que pasarían los encantadores novios; primero Kevin con su padrino; ella y su desolado padre se les unirían a los acordes de la Marcha nupcial de Mendelssohn.

El bufé del banquete se instalaría en mesas de caballete detrás de las sillas. No se había reparado en gastos. Había pirámides de copas de champán de cristal Stuart, mares de champán francés inasequible para la mayoría de los mortales, y vinos de las marcas más prestigiosas. Braddock quería que sus elegantes invitados no pudieran poner ningún pero. Había hecho traer en avión desde Seattle langostas del Artico, cangrejos y ostras perfectamente conservados en hielo. Para quienes prefiriesen algo más fuerte que el champán había cajas de Chivas Regal.

Al acostarse en su cama de dosel la noche anterior, lo único que preocupaba a Big Bill era su hijo. El muchacho había vuelto a emborracharse y necesitaría pasar una hora bajo la ducha para estar en condiciones por la mañana.

Para mayor disfrute de sus invitados, mientras los recién casados se cambiasen de ropa para partir en viaje de luna de miel a la isla que los Braddock poseían en las Bahamas, Braddock había organizado un rodeo al estilo del Viejo Oeste en un cercado contiguo a los jardines. Los participantes, al igual que los camareros y sus ayudantes, habían sido

especialmente contratados para la ocasión. El único personal que Braddock no tuvo que contratar fue el asignado a su servicio de seguridad. Tenía cuatro guardaespaldas que no se despegaban de él en ningún momento, y el resto, vaqueros de un rancho, eran expertos en el manejo de las armas de fuego, tenían experiencia de combate y le obedecían a rajatabla. Y Braddock les pagaba muy bien.

Para la boda había dispuesto que los treinta hombres de que constaba su pequeño ejército estuviesen de guardia en las inmediaciones de la mansión. Dos de ellos estaban encargados de vigilar la verja de la entrada principal. Sus guardaespaldas personales, dirigidos por un ex boina verde, lo seguirían allá donde fuese. El resto iría camuflado como camareros y ayudantes.

Durante toda la mañana un río de limusinas y microbuses de lujo fue a recoger a los invitados que llegaban al aeropuerto de Billings. Una vez en el rancho, cruzaban la verja, pasaban por el control de seguridad y entraban. Craig lo observaba todo a prudente distancia. Poco después del mediodía llegó el pastor que officiaría la boda seguido por los músicos.

Otra columna, formada por las furgonetas del servicio de catering y de la troupe que actuaría en el rodeo, entró por otras puertas de la finca que Craig no podía ver desde donde se encontraba.

Poco después de la una, los músicos empezaron a afinar sus instrumentos. Craig lo oyó y ensilló a su yegua.

Condujo a Rosebud y rodeó el perímetro vallado hasta avistar la empalizada pintada de blanco. Al verla, Rosebud adecuó el paso y la saltó. El guía se encontró frente a un espacioso cercado, a casi un kilómetro de los establos. Una manada de purasangres pacía a su aire.

Al otro lado del cercado Craig vio la verja de entrada al complejo de establos, la abrió y la dejó abierta. Mientras pasaba frente a las cuadras y cruzaba por los patios de losas, dos miembros del servicio de seguridad que patrullaban por allí lo saludaron.

—Eres del espectáculo, ¿no?

Craig los miró y se limitó a asentir con la cabeza.

—Pues entonces te has equivocado de sitio. Ve allá abajo y verás a los demás en la parte trasera de la casa.

Craig enfiló hacia allí, aguardó hasta que los dos se hubieron perdido de vista y dio media vuelta hacia la dirección por donde llegaba la música. No sabía qué era la marcha nupcial.

Kevin Braddock se encontraba frente al altar con su padrino. Iba hecho un maniquí, con esmoquin. Veinte centímetros más bajo que su padre y con veinticinco kilos menos, era estrecho de hombros y ancho de caderas. Su madre le había disimulado con polvos varias rojeces y erupciones en las mejillas, a las que era propenso.

La señora Pickett y los parientes de los Braddock estaban sentados en la primera fila, separados por el pasillo. Al principio del pasillo apareció Linda Pickett del brazo de su padre. Llevaba un traje de novia de cola, confeccionado especialmente para ella por Balenciaga. Estaba pálida y muy seria. Miraba hacia adelante sin sonreír.

Mil cabezas se giraron para mirarla cuando empezó a avanzar por el pasillo hacia el altar. Detrás de las filas de sillas que ocupaban los invitados, un nutrido grupo de camareros observaba de pie la ceremonia. Por detrás de ellos apareció un jinete.

Michael Pickett condujo a su hija hasta Kevin Braddock y luego se sentó al lado de su esposa, que se frotaba los ojos. El pastor alzó la vista y se dispuso a dirigirse a la concurrencia.

—Amados hermanos, os habéis reunido aquí en este día para asistir al sacramento que unirá a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio —dijo cuando los acordes de la Marcha nupcial hubieron cesado.

Si el pastor vio al jinete que estaba frente a él, aunque a unos cincuenta metros, quizá se sorprendió pero no lo exteriorizó. Una docena de camareros se apartaron a un lado ante

el avance de la yegua. Incluso la docena de guardaespaldas que vigilaban el perímetro estaban pendientes de la pareja y el pastor, que prosiguió con su ritual.

—... cuyo sagrado vínculo los unirá...

La señora Pickett sollozaba audiblemente. El señor Braddock la fulminó con la mirada. Al pastor le sorprendió ver asomar dos lágrimas en los ojos de la novia que resbalaron por sus mejillas. Pero dedujo que eran de alegría.

—Por lo tanto —continuó el pastor—, si alguien puede aducir una causa justa por la que este hombre y esta mujer no puedan unirse en santo matrimonio, debe hablar ahora o callar para siempre.

El pastor alzó la vista y dirigió una sonrisa a los congregados. —Ella es mi prometida —se oyó una fuerte voz que llegó a todos los rincones.

Y la yegua avanzó decididamente hacia el altar embistiendo a varios camareros, que cayeron al suelo.

Los guardaespaldas intentaban abalanzarse sobre el jinete, pero recibieron sendas coces en la cara y cayeron sobre las dos últimas filas de invitados. Los hombres gritaron, las mujeres chillaron y el pastor se quedó boquiabierto.

En cuestión de segundos, Rosebud pasó del trote al medio galope. El jinete tiró de las riendas con la mano izquierda y con la derecha rodeó la cintura de la novia y la aupó a la grupa de la yegua. Ella quedó en precario equilibrio, pero enseguida ciñó las piernas a los flancos de Rosebud y se aferró al torso del jinete.

Rosebud arremetió contra las filas de sillas, saltó la empalizada y se alejó al galope por la pradera.

Fue un caos. Los invitados gritaban, la manada de purasangres empezó a relinchar, uno de los cuatro guardaespaldas de Braddock desenfundó una pistola y apuntó a la yegua. Michael Pickett gritó «¡No!», se abalanzó sobre su guardaespaldas, le sujetó el brazo y dirigió hacia arriba el cañón del arma, que se disparó tres veces durante el forcejeo.

Eso bastó para que los congregados y los purasangres salieran de estampida. Las sillas y las cajas de langostas y cangrejos se volcaron y los mariscos quedaron esparcidos por el césped. El alcalde de una población cercana cayó sobre una pirámide de copas Stuart y quedó cubierto de una lluvia de añicos de cristal. El pastor se parapetó bajo el altar donde se le unió el novio.

En el acceso asfaltado había aparcados dos coches de la policía local. Estaban allí para ordenar el tráfico y los agentes habían sido invitados a un lunch. Al oír los disparos, se miraron, dejaron sus hamburguesas y corrieron hacia el césped.

El ayudante del sheriff chocó con un camarero que huía y lo agarró de la chaquetilla blanca.

—¿Qué demonios ocurre? —lo instó a contestar.

Los otros tres policías miraban boquiabiertos el desbarajuste producido. El ayudante del sheriff escuchó al camarero y miró a uno de sus colegas.

—Vuelve al coche y dile al sheriff que tenemos problemas.

Normalmente, los sábados por la tarde el sheriff Paul Lewis no estaba en su oficina, pero tenía papeleo que despachar y quería dejarlo todo al día para la semana siguiente. Eran las dos y veinte cuando su ayudante contestó al teléfono.

—Hay problemas en el rancho BarT —dijo el agente con el auricular en la mano—. En la boda de Braddock. Ed está al teléfono. Dice que acaban de secuestrar a la novia.

—¿Que acaban de qué? Pásamelo.

La luz roja del aparato del sheriff parpadeó y Paul Lewis cogió el auricular.

—Soy Paul, Ed. ¿Qué puñeta dices que ha pasado?

El sheriff escuchó el relato de su subalterno, que le hablaba desde el rancho.

Al igual que todo agente del orden, Paul Lewis detestaba los secuestros. En principio porque era un delito repugnante, del que por lo general eran víctimas las esposas y los hijos de los millonarios; y además porque era un delito federal y eso significaba que enseguida

aparecerían agentes del FBI a darle órdenes. En los treinta años que llevaba en el condado de Carbon, diez de ellos como sheriff, habían tenido tres incidentes de toma de rehenes, los tres resueltos sin muertos, pero nunca habían tenido un caso de secuestro. Temía que fuese una banda organizada que dispusiera incluso de un helicóptero.

—¿Un hombre a caballo? ¿Y solo? ¿Es que te has vuelto loco? ¿Y adónde ha ido?... Pues si ha saltado la empalizada y se ha adentrado en la pradera debe de haber ocultado un coche en algún sitio. Avisaré a los condados vecinos, y que bloqueen las carreteras principales. Tómales declaración a todos los testigos. Y me llamas para contarme los detalles.

Estuvo media hora llamando a sus hombres que no estaban de servicio, disponiendo coches patrulla en las principales autopistas que salían del condado de Carbon por los cuatro puntos cardinales. La patrulla de carreteras recibió órdenes de inspeccionar a todos los vehículos y abrir los maleteros. Tenían que encontrar a una preciosa morenita vestida con traje de novia. Eran poco más de las tres cuando Ed llamó desde el coche al rancho BarT.

—Esto es rarísimo, jefe. Tenemos casi veinte declaraciones de testigos presenciales. El jinete pudo entrar en el rancho porque todos creyeron que formaba parte del espectáculo de rodeo programado. Va vestido con un traje de ante y monta una yegua de color castaño. Llevaba un gorro de piel de zorro, de los que usaban los tramperos, y una pluma de águila prendida en una trenza, como una coleta, y lleva un arco.

—¿Un arco? ¿Qué clase de arco? ¿Para hacer señales?

—No, jefe. Un arco para disparar flechas, y un carcaj. Es todo muy raro.

—Desde luego. Pero prosiga.

—Según todos los testigos, galopó hasta el altar y cogió a la chica por la cintura, que tendió los brazos hacia él. Aseguran que parecía conocerlo y se abrazó a él al saltar la empalizada. De no haberse abrazado habría caído y ahora estaría aquí.

El sheriff se sintió como si le hubiesen quitado un gran peso de encima. Con un poco de suerte no se trataría de un secuestro sino, en todo caso, de una fuga de enamorados. Y empezó a sonreír.

—¿Todos los testigos están seguros de haber visto lo que dicen? ¿No ha pegado a la chica? ¿No se la llevó contra su voluntad?

—Parece que no. Lo que sí provocó fueron grandes destrozos. El banquete ha quedado hecho una mierda, y el hijo de Braddock se ha quedado sin novia.

El sheriff volvió a sonreír.

—Todo un desastre, ¿eh? —dijo—. ¿Se sabe quién es él?

—El padre de la novia dice que su hija tuvo un flechazo con uno de los jóvenes actores que ambientaron Fort Heritage durante el verano, y que él hacía el papel de montañés. Sabe donde está el fuerte, ¿no?

Lewis lo sabía todo acerca de Fort Heritage, porque su hija había llevado a sus nietos a pasar un día allí y les había encantado.

—El caso es que la chica rompió el compromiso con Kevin Braddock debido a él. Pero sus padres la convencieron de que era una locura y reanudó las relaciones con Kevin. Parece que el galán se llama Ben Craig.

Mientras el ayudante del sheriff volvía a tomar declaraciones y el sheriff intentaba contactar con Fort Heritage, el profesor Ingles llamó por teléfono.

—Puede que no tenga importancia —dijo el profesor—, pero uno de los muchachos del personal se ha marchado sin despedirse durante la noche.

—¿Ha robado algo?

—En realidad no. La yegua y la indumentaria son de su propiedad. Y también un rifle. Se lo confisqué durante la temporada. Pero entró en la armería y se lo llevó.

—¿Tiene permiso de armas?

—Dudo que sepa siquiera qué es eso. Es un buen chico pero un poco... asilvestrado. Nació y se crió en los montes Pryor. No parece haber tenido más parientes que montañeses. Y no ha pisado jamás una escuela.

—Mire, profesor, esto podría ser grave. ¿Considera peligroso a ese joven?

—No, creo que no.

—¿Qué más lleva?

—Pues... un cuchillo Bowie, y hemos echado en falta un hacha pequeña. También lleva un arco cheyene y cuatro flechas con punta de pedernal.

—Entonces es que les ha robado antigüedades.

—No, qué va. Lo hizo todo él.

El sheriff contó hasta diez lentamente.

—¿No se tratará por casualidad de Ben Craig?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Espere, profesor, siga contestándome. ¿Tuvo un romance con una bonita maestra de Billings que visitó el fuerte?

El sheriff oyó que el profesor hablaba un momento con una mujer llamada Charlotte.

—Parece que se enamoró perdidamente de la joven. Y él cree que ella le correspondió, pero tengo entendido que ella le escribió una carta para dejarlo. Y, por lo visto, él no lo encajó bien. Incluso preguntó por aquí dónde y cuándo tendría lugar la boda. Espero que no haya causado problemas.

—Sólo se ha llevado a la chica del pie del altar.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Cree que ha podido dejar el caballo y que vaya ahora en coche?

—Ni hablar. No sabe conducir. Es más, nunca ha subido a un coche. Seguirá con su amada yegua y acampará al raso.

—¿Hacia dónde cree que se dirigirá?

—Al sur, al monte Pryor. Ha pasado toda su vida allí cazando.

—Gracias, profesor, me ha sido de gran ayuda.

El sheriff ordenó a sus hombres que dejaran de bloquear las carreteras y llamó al piloto del helicóptero del condado de Carbon para pedirle que acudiese sin demora. Luego aguardó la inevitable llamada de Big Bill Braddock.

Paul Lewis tenía el talante de un juez de paz, impasible y firme pero amable. Prefería ayudar a las personas que encerrarlas, pero la ley era la ley y no vacilaba cuando de aplicarla se trataba.

Su abuelo había sido un soldado de caballería muerto en las guerras indias, dejando mujer y un hijo de pocos meses en Fort Lincoln. La viuda se casó con otro soldado destinado al oeste de Montana. Su padre creció en el estado y se casó dos veces. De su primer matrimonio, que contrajo en 1900, tuvo dos hijas. Y tras la muerte de su esposa volvió a casarse a los cuarenta y cinco años y tuvo su único hijo en 1920.

El sheriff Lewis tenía cincuenta y ocho años y le faltaban dos para jubilarse y poder dedicarse a pescar las impresionantes truchas de los lagos de Montana y Wyoming.

Lewis no había sido invitado a la boda. Eso no le extrañaba y no le importaba. Durante los años que llevaba en el cargo había intervenido en trifulcas en las que Kevin Braddock se había visto involucrado, borracho. Y, en todos los casos, los dueños de los bares habían sido compensados con creces por los destrozos y habían optado por no presentar ninguna denuncia. Al sheriff no le preocupaba demasiado que en los bares se produjesen peleas a puñetazo limpio, pero sí se sulfuró al saber que Kevin Braddock le había pegado a una camarera por haber rechazado unas proposiciones un tanto peculiares.

El sheriff lo había metido en el calabozo y lo habría denunciado de oficio, pero la chica cambió de pronto de opinión y declaró que simplemente se había caído por las escaleras. Además, Paul Lewis tenía otra información que nunca había comentado con nadie. Tres

años atrás recibió una llamada de un amigo de la policía de Helena, que le contó que habían hecho una redada en un club donde se consumían drogas. Se tomaron los nombres y direcciones de todos los presentes y uno de ellos era Kevin Braddock. Si llevaba droga encima debió de darle tiempo a deshacerse de ella y tuvieron que dejarlo en libertad. Pero lo más llamativo era que se trataba de un club exclusivamente gay.

Sonó el teléfono. Era Valentino, el abogado de Big Bill Braddock.

—Ya ha debido de enterarse de lo ocurrido aquí este mediodía, sheriff. Sus agentes acudieron al cabo de unos minutos.

—Sí, tengo entendido que las cosas se han torcido un poco.

—No me venga con bromitas, sheriff Lewis. Lo que ha ocurrido ha sido un secuestro en toda regla y el responsable debe ser detenido.

—Lo tengo en cuenta, abogado. Pero las declaraciones de los testigos presenciales, así como del personal de servicio, aseguran que la joven subió al caballo por voluntad propia. Además, parece que había mantenido un romance con el joven jinete. Más que de un secuestro parece tratarse de una fuga de enamorados.

—Vamos, sheriff. Si la chica hubiese querido romper el compromiso nada se lo habría impedido. Esta chica ha sido secuestrada a viva fuerza. Además, el secuestrador ha cometido los delitos de allanamiento de morada y de lesiones (porque su caballo le propinó sendas coces a dos miembros del personal del señor Braddock) y ha provocado, deliberadamente, graves destrozos en una propiedad privada. El señor Braddock va a presentar denuncia. ¿Detendrá usted a ese delincuente? ¿O tendremos que hacerlo nosotros?

Al sheriff Lewis no le gustaba que lo amenazasen.

—Confío en que usted y su cliente no estén pensando en tomarse la justicia por su mano, abogado. Eso sería una grave imprudencia.

El abogado ignoró aquella amenaza velada.

—El señor Braddock está muy preocupado por la seguridad de su nuera. Y está en su derecho de buscarla.

—¿Ha llegado a completarse la ceremonia?

—No entiendo.

—Me refiero a si el hijo del señor Braddock y la señorita Pickett están casados.

—Pues... no.

—En tal caso, su cliente no tiene ninguna nuera. No es pariente suya.

—Mientras no se demuestre lo contrario es la prometida del hijo de mi cliente. Y, por lo tanto, Braddock podría actuar como persona afectada. ¿Va a detener a ese delincuente, sí o no? De lo contrario tendremos que recurrir a las autoridades de Helena.

El sheriff Lewis suspiró. Sabía cuánta influencia tenía Braddock entre los diputados en la capital del estado. Pero tampoco eso lo asustaba. Aunque de lo que no cabía duda era de que Ben Craig había cometido varios delitos.

—En cuanto lo localicemos se las verá conmigo —dijo el sheriff.

Tras colgar pensó que era mejor que fuese él quien diese con la pareja de tortolitos antes de que lo hiciesen los matones de Braddock. Justo en aquel momento lo llamó el piloto del helicóptero de la policía. Eran casi las cuatro, lo que significaba que faltaban dos horas para que se pusiera el sol y tuviesen que realizar la búsqueda a oscuras.

—Primero vaya al rancho BarT, Larry —le dijo al piloto—. Luego vaya en dirección a los Pryor. Y tenga los ojos bien abiertos.

—Pero ¿qué tengo que buscar? —preguntó el piloto.

—A un jinete que se dirige al sur, probablemente hacia las montañas. Lleva consigo a una chica montada en la grupa vestida con traje de novia.

—¿Me toma el pelo, jefe?

—Ya puede usted jurar que no. Un tipo a caballo acaba de secuestrar a la prometida de Bill Braddock al pie del altar.

—Pues, ¿sabe qué le digo, jefe?, que ese secuestrador empieza a caerme bien.

—Haga todo lo posible por encontrarlo, Larry.

—No se preocupe, que si ronda por ahí lo encontraré. Corto.

El piloto sobrevoló el rancho BarT al cabo de cinco minutos y puso rumbo sur. Se mantuvo a doscientos metros, lo bastante bajo para tener buena visibilidad de cualquier jinete y a suficiente altura para ver unos quince kilómetros de terreno.

A su derecha veía la autopista 310 y la vía férrea, que, hacia el sur, conducía a la población de Warren y a Wyoming a través de un terreno llano. Por delante veía los picos de los montes Pryor.

Por si el jinete trataba de despistar a sus perseguidores, yendo hacia el oeste, el sheriff pidió a la patrulla de carreteras que vigilase la 310 y estuviese alerta por si veía cabalgar a alguien por la pradera.

Big Bill Braddock no se había quedado de brazos cruzados. Dejando que sus hombres se encargasen de poner orden en el caos formado en su rancho, había ido directamente a su despacho seguido por sus guardaespaldas.

Pese a que nunca había sido un hombre de buen carácter, sus más allegados no recordaban haberlo visto tan furioso. Permaneció un rato sentado en silencio frente a la mesa de su despacho. Una docena de hombres a su servicio aguardaban órdenes.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó uno de ellos.

—Pensar —le espetó el ranchero—. Pensar. Tenemos a un hombre que cabalga solo y con bastante peso en su montura. Por lo tanto, no puede ir muy lejos. ¿Adónde podría ir?

El ex boina verde, Max, estudió el mapa del condado que Braddock tenía adosado a la pared.

—Al norte no. Porque tendría que cruzar el Yellowstone; demasiado profundo. De modo que al sur. Quizá a la réplica de Fort Heritage.

—Bien pensado. Quiero que diez hombres a caballo y armados se dirijan hacia el sur y se desplieguen en un frente de ocho kilómetros; que cabalguen deprisa, que lo rebasen y lo rodeen.

Cuando los diez vaqueros hubieron ensillado Braddock salió para dirigirse al grupo.

—Todos llevan radio. Estén en contacto. Si lo ven, llamen y pidan refuerzos. Cuando lo tengan rodeado, liberen a la chica. Si él intenta amenazarla o amenazarlos a ustedes, ya saben qué hacer. Quiero que liberen a la chica; lo demás..., ya ha quedado claro, ¿no? Adelante, pues.

Los diez jinetes fueron a medio galope hacia la verja de la entrada principal, luego se abrieron en abanico y se lanzaron al galope. El fugitivo les llevaba cuarenta minutos de ventaja pero su montura transportaba a dos personas, además un rifle y una pesada piel de búfalo.

Dentro del rancho el abogado Valentino volvió a informar:

—El sheriff no parece muy interesado en el tema. No obstante, me ha asegurado que ordenará la búsqueda del jinete y la muchacha y que situará coches patrulla en puntos estratégicos de las carreteras y probablemente contará con el apoyo de un helicóptero.

—No quiero que lo atrape él antes que nosotros —le espetó Braddock—. Pero sí me interesa la información que pueda proporcionarnos, Max. De modo que quiero que esté a la escucha de todos los canales que utiliza la policía del condado. Quiero una escucha permanente. Y que mi helicóptero vaya por delante de nuestros hombres a caballo. Que encuentre a ese desgraciado del caballo y que los guíe hasta él. Necesitaremos más de uno, de modo que alquile dos helicópteros en el aeropuerto. Vamos, muévase.

El profesor, el sheriff y Braddock se equivocaban. Ben no se dirigía a los Pryor, porque se dijo que lo primero que supondrían sus perseguidores era que se dirigía hacia allí.

Se había detenido a ocho kilómetros al sur del rancho y arropado a Brisa Susurrante con una de las mantas que llevaba a la grupa, una roja, menos llamativa a lo lejos que el blanco traje de novia. Pero Ben Craig nunca había oído hablar de helicópteros. Y tras rebasar la pradera se desvió al sudoeste, hacia donde recordaba haber cruzado una larga franja negra la primavera anterior.

Después de reanudar el camino, a menos de dos kilómetros de donde se habían detenido, vio una hilera de postes unidos por cables; una hilera que se prolongaba hasta perderse de vista. Eran los cables de las líneas telefónicas, cuyo tendido cruzaba la línea férrea de Burlington, que discurría paralelamente a la autopista.

A las tres y media Larry llamó desde el helicóptero.

—Sheriff, ¿no me había dicho que era sólo un jinete? Lo que yo veo ahí abajo parece un destacamento.

El sheriff dedujo que Braddock había enviado a sus hombres en persecución del secuestrador.

—¿Qué ve exactamente, Larry?

—Por lo menos ocho jinetes —repuso el piloto con la voz distorsionada por la línea—; galopan en abanico hacia el sur. Tienen pinta de vaqueros del rancho. Y van muy ligeros. Además, veo un helicóptero, por encima de mí, que sobrevuela las colinas, cerca de la réplica de Fort Heritage.

Lewis juró por lo bajo. Habría preferido ir en el helicóptero en lugar de quedarse en su despacho.

—Si los fugitivos van muy por delante, intente alcanzarlos usted primero. Si los tipos de Braddock alcanzan al muchacho no podrá contarlos.

—Descuide, Paul. Estaré alerta.

En la mansión del rancho la cabeza del operador de radio asomó por la puerta del despacho.

—Señor Braddock, el helicóptero del sheriff está sobrevolando a nuestros hombres.

—Eso significa que habrá un testigo presencial —advirtió Max.

—Dígales a mis muchachos que mantengan los ojos bien abiertos —le espetó Braddock—Ya sabremos componérselas en los juzgados... llegado el caso.

El sheriff Lewis se alegró de haberse quedado en su despacho coordinando y dirigiendo la operación cuando, a las cinco menos cinco, recibió una llamada.

—Ya los tengo —anunció una voz muy excitada.

—Identifíquese.

—Coche uno. En la 310. Acaban de cruzar la autopista a caballo hacia el sudoeste. Los he visto justo antes de que se adentrasen en una fronda.

—¿A qué altura de la 310?

—A siete kilómetros al norte de Bridger.

—Confírmeme que el objetivo se encuentra ahora al oeste de la autopista —pidió Lewis.

—Afirmativo, sheriff.

—Permanezca en la autopista por si acaso volviera sobre sus pasos.

—Recibido.

El sheriff estudió el mapa de la pared. Si el jinete seguía en la misma dirección, encontraría otra línea férrea y la autopista 212, bastante más ancha, que comunicaba con el condado de Park, en Wyoming.

Dos coches patrulla vigilaban la autopista. Les pidió que se dirigieran más al sur y estuviesen muy pendientes de cualquiera que cruzase desde el este al oeste. Luego llamó al piloto de su helicóptero.

—Lo han visto, Larry. Muy al oeste de tu posición. Acaba de cruzar la 310 en dirección sudoeste. ¿Puedes llegar hasta allí? Está a unos siete kilómetros al norte de Bridger. Vuelve a estar en campo abierto.

—Me queda muy poco combustible, sheriff, y empieza oscurecer.

Lewis volvió a mirar la situación en el mapa de la pequeña población de Bridger.

—En Bridger hay una pista de aterrizaje. Apura cuanto puedas el combustible y aterriza. Quizá tengas que pernoctar allí mismo. Avisaré a Janey para que no esté preocupada.

En el rancho, Max estudiaba el mapa.

—No iré a los Pryor. Es demasiado obvio. Iré a campo traviesa hasta la cordillera Beartooth, y trataré de cruzarla hasta Wyoming. Es listo. Es lo que yo haría.

El operador de radio de Braddock les dijo a los diez jinetes que girasen hacia el oeste, cruzasen la autopista y siguiesen la búsqueda. Ellos le advirtieron que sus monturas llevaban ochenta kilómetros cabalgando y que se arriesgaban a reventarlas. Y que, además, estaba oscureciendo.

—Necesitaríamos un par de coches en la interestatal —dijo Max—. Tendrá que cruzarla si quiere llegar al bajomonte.

De inmediato enviaron dos furgonetas con una dotación de ocho hombres.

Al avistar la interestatal, Ben Craig desmontó, trepó a un árbol de un montículo y estudió la barrera de asfalto. Se alzaba sobre la llanura y de un tramo de la vía férrea de la línea de Burlington. De vez en cuando pasaba un vehículo. En derredor todo eran páramos, un terreno accidentado surcado por arroyos, en el que abundaban roquedales, y prados en los que ningún animal pacía. La hierba estaba tan alta que le llegaba a Rosebud a la panza.

Ben Craig sacó de sus alforjas un paquete con sendos trozos de hierro y pedernal.

Soplaba una ligera brisa y en cuanto prendieron unas hierbas, el fuego se extendió en un frente de casi dos kilómetros en dirección a la autopista. Se elevó una cortina de humo que oscureció el cielo. La brisa lo empujaba hacia el oeste más deprisa que el propio fuego y la carretera desapareció de la vista.

La dotación del coche patrulla, que se encontraba a ocho kilómetros al norte, vio el humo y se dirigió al sur a inspeccionar. A medida que el humo se adensaba y se oscurecía, los agentes aminoraron la velocidad y al poco detuvieron el vehículo, aunque demasiado tarde. Porque al cabo de unos segundos se vieron envueltos por el humo, de modo que tuvieron que retroceder.

El camión trailer que se dirigía a Wyoming hizo lo que pudo para no chocar. Los frenos funcionaron perfectamente y el vehículo se detuvo. Pero el que iba detrás no tuvo tanta suerte.

Los camiones articulados son muy manejables, salvo que coleen. El segundo camión embistió al primero y ambos realizaron la misma maniobra: rebasar la mediana y bloquear la autopista en ambos sentidos. Y, debido a lo escarpado del terreno que flanqueaba la autopista, conducir por el arcén era imposible.

Los agentes de la patrulla hicieron una llamada por radio, antes de tener que abandonar el vehículo y unirse a los conductores de los camiones un poco más adelante, alejados de la cortina de humo, lo bastante visible a gran distancia para que la reacción fuese inmediata.

Cinco coches de bomberos con potentes grúas enfilaron hacia el sur para hacer frente a la emergencia. Tardaron toda la noche pero, al amanecer, consiguieron dejar la autopista expedita. Se enviaron mensajes a Wyoming para que cortasen el tráfico al sur de las montañas. Aunque quienes ya estaban en la autopista quedaron bloqueados durante toda la noche.

Con la confusión, invisible entre el humo, un caballo cruzó la autopista al trote y se adentró en los páramos por el oeste. El se protegía la boca con un pañuelo y ella se abrigaba con una manta.

Al oeste de la autopista el jinete desmontó. A Rosebud le brillaba el cuerpo a causa del sudor y le temblaban los músculos a causa del agotamiento. Y aún faltaban quince kilómetros para llegar al bosque. Brisa Susurrante estaba temblorosa y pálida. La melena le llegaba a la cintura.

—¿Adónde vamos, Ben?

El se limitó a señalar hacia el sur. Con los últimos rayos del sol los picos de la cordillera Beartooth se alzaban como llamas por encima de las boscosas laderas, centinelas de un mundo distinto y mejor.

—Cruzaremos por las montañas hasta Wyoming. Nadie nos encontrará allí. Te construiré una cabaña y cazaré y pescaré para ti. Viviremos allí libres para siempre.

Ella le sonrió, porque lo amaba, creía en él y volvía a sentirse feliz.

El piloto del helicóptero de Braddock no tuvo más alternativa que dar media vuelta. Le quedaba poco combustible y estaba ya tan oscuro que no se veía nada. Tuvo que volver al rancho con la reserva casi agotada y aterrizar.

Los diez jinetes llegaron a la pequeña población de Bridger con sus agotados caballos y pidieron alojamiento en un hostal. Cenaron y se acostaron en sendos camastros.

Larry aterrizó con el helicóptero de la policía en la pista de Bridger, cuyo jefe le ofreció cama para la noche.

En el rancho fue el ex boina verde quien se hizo cargo de las operaciones. Diez de los miembros del pequeño ejército de Braddock se habían quedado empantanados en Bridger con los caballos exhaustos; y otros ocho bloqueados en la autopista. Ambos grupos tendrían que pasar la noche donde se encontraban. Max se dispuso a exponer su plan a Braddock y a los doce hombres que seguían en el rancho. Estaba en su elemento, planeando una operación como cuando estuvo en Vietnam. Un gran mapa del condado casi cubría por entero una pared.

—El plan A consiste en cortarle el paso, literalmente —dijo—. Aquí hay un profundo desfiladero que cruza la cordillera hasta Wyoming. Lo llaman Rock Creek. Junto al desfiladero discurre la autopista, que es muy sinuosa hasta que llega a la ladera sur. Ese tipo puede intentar cabalgar a través de la hierba alta para evitar el terreno abrupto de ambos lados. En cuanto la autopista deje de estar bloqueada, nuestros muchachos deberán ir allí y bloquear la carretera antes del límite del estado. Si el jinete aparece, ya saben lo que tienen que hacer.

—De acuerdo —dijo Braddock con voz ronca—. ¿Y si intenta cruzar durante la noche?

—No puede, señor Braddock. Su montura debe de estar a punto de reventar. Supongo que cruzó la autopista para tratar de internarse en los bosques y luego en las montañas. Pero, como puede ver, tiene que adentrarse en el Parque Nacional Custer, siempre cuesta arriba, cruzar el desfiladero West Fork y seguir hasta la altiplanicie, la Silver Run. De ahí el plan B. Utilizaremos los dos helicópteros alquilados para sobrevolarlo que de camino recogerán a los diez hombres que hay en Bridger. Estos diez hombres se apostarán en lugares estratégicos del llano. Y cuando ese Craig asome de una fronda y se adentre en el pedregal de la llanura, será un blanco fácil para nuestros hombres apostados en las peñas.

—De acuerdo —asintió Braddock—. ¿Qué más?

—El plan C, señor. Al alba, el resto de nosotros se adentrará en el bosque a caballo y lo obligaremos a subir hasta la altiplanicie. Haga lo que haga, quedará atrapado.

—¿Y si una vez en el bosque nos ataca?

Max le dirigió una sonrisa condescendiente.

—Verá, señor Braddock, tuve ocasión de familiarizarme con el combate en la selva. Y entre nuestros hombres hay tres o cuatro que también estuvieron allí. Si tratase de hacernos frente en el bosque, estaría perdido.

—¿Y cómo vamos a trasladar a los caballos hasta allí, si la autopista está bloqueada? —preguntó uno de los hombres de Max.

Max trazó una línea imaginaria en el mapa.

—Por aquí pasa una pequeña carretera secundaria, que parte de la autopista de Billings, a veinticinco kilómetros al oeste de aquí, cruza los páramos y llega hasta Red Lodge, justo en la boca del desfiladero Rock Creek. De modo que podemos trasladarlos en trailers por la noche, montar al amanecer e ir tras él. Por eso sugiero que durmamos ahora cuatro horas y nos levantemos a medianoche.

—De acuerdo —asintió Braddock—. Pero... una cosa más. Mi hijo Kevin y yo vamos a ir también. Creo que ya es hora de que ambos veamos el final del hombre que me ha ofendido hoy de manera tan imperdonable.

El sheriff Lewis también tenía mapas, claro. Y había llegado a conclusiones similares. Pidió ayuda a compañeros de Red Lodge, que le prometieron que podría contar con doce caballos, frescos y ensillados, en cuanto saliese el sol. Larry repostaría al mismo tiempo y se dispondría a despegar.

Lewis llamó también al equipo de emergencia que había acudido a la interestatal. Le dijeron que a las cuatro de la madrugada la autopista quedaría desbloqueada. Lewis les pidió que, en cuanto la desbloqueasen, dejaran pasar primero a sus dos coches patrulla. Esto le permitiría estar en Red Lodge a las cuatro y media.

Pese a ser domingo, el sheriff no tuvo dificultades para encontrar voluntarios. En un condado tan apacible como aquel casi nunca ocurría nada, y la perspectiva de ir a la caza de un fugitivo animó a muchos. Aparte del helicóptero que pilotaba Larry, el sheriff había pedido una avioneta de reconocimiento, y tendría a diez hombres con él para reforzar la búsqueda por tierra. Eso debería bastar para dar con un jinete.

Lewis permaneció unos momentos estudiando el mapa.

—Por favor, muchacho, no se te ocurra adentrarte en el bosque —musitó—. Me lo pondrías muy difícil para que te encuentre yo primero.

Mientras el sheriff musitaba estas palabras, Ben Craig y Brisa Susurrante llegaron al monte bajo y desaparecieron entre los árboles. Estaba oscuro como boca de lobo bajo las copas de los pinos. Cuando se hubieron adentrado casi dos kilómetros, acamparon. Ben liberó a la cansada Rosebud de la silla, de la chica, del rifle y las mantas. Entre los árboles Rosebud encontró un reguerillo de agua fresca y jugosa pinaza. Esto le permitió descansar y recuperarse.

Ben no encendió fuego pero Brisa Susurrante no lo necesitaba, porque se abrigó con la piel de búfalo, se acurrucó y se quedó dormida casi al instante. Craig cogió el hacha y se alejó.

Estuvo ausente seis horas. Al regresar echó una cabezada de una hora y luego levantaron el campamento. Recordaba que, un poco más arriba, estaba el arroyo donde había conseguido retrasar a los del 7.º de Caballería y a los cheyenes mucho tiempo atrás. Se proponía cruzarlo y llegar a la otra orilla antes de que sus perseguidores lo tuviesen al alcance de sus armas.

Aunque no del todo recuperada de su maratón del día anterior, Rosebud estaba más fresca. Pero Ben optó por no montarla y llevarla al paso por la brida. Las fuerzas empezaban a flaquearle a la yegua y aún faltaban muchas leguas para llegar a ponerse a salvo en el laberinto de peñas de las cumbres.

Caminaron durante una hora orientándose por la posición de las estrellas que asomaban por las copas de los árboles. Muy lejos aún, hacia el este, por encima de las sagradas Colinas Negras de Dakota, el sol teñía el cielo de rosa. Se encontró con el primer desfiladero, una profundísima garganta surcada por el West Fork.

Se acordaba de haber estado antes allí y que se podía cruzar. Sólo tenía que recordar por dónde. Tardó una hora en localizar el lugar. Rosebud bebió agua fresca y, aunque tropezó y resbaló varias veces en los cantos rodados, logró cruzar al otro lado.

Craig dejó que la yegua descansase un poco más y localizó un escondrijo con muy buena visibilidad del río. Estaba seguro de que sus perseguidores llevarían caballos de refresco. Pero lo que más le preocupaba era otra cosa, algo muy extraño. Sus perseguidores tenían una especie de bolsas metálicas que volaban como águilas rugiendo

como toros en celo. Ya había visto aquellos artefactos sobrevolar los páramos el día anterior.

Fiel a su palabra, el servicio de emergencia dejó la autopista expedita poco después de las cuatro de la madrugada. Ayudados por un agente de la patrulla de carreteras, los dos coches del sheriff Lewis fueron sorteando vehículos hasta la barrera policial y, en cuanto la levantaron, fueron los primeros en cruzarla en dirección a Red Lodge, que se encontraba a veinticinco kilómetros al sur.

Ocho minutos después los rebasaron dos furgonetas a una velocidad temeraria.

—¿Quiere que los adelantemos? —preguntó el policía que conducía.

—No, déjelos —repuso el sheriff.

Las furgonetas cruzaron la todavía adormilada población de Red Lodge atronando las calles, y se adentraron en el cañón que daba a la autopista que bordeaba el Rock Creek.

La garganta se estrechaba y las pendientes se hacían más pronunciadas, con un marcado desnivel sobre el río a la derecha y una ladera boscosa casi perpendicular a la izquierda. Las curvas eran cada vez más cerradas. El vehículo que iba delante tomó una curva a excesiva velocidad, y demasiado tarde para ver un pino caído atravesado en la carretera. La parte delantera de la furgoneta logró esquivarlo, pero la trasera chocó contra él. De las diez piernas que iban dentro cuatro se rompieron, y lo mismo les ocurrió a tres brazos, dos clavículas y una pelvis.

El conductor de la segunda furgoneta sólo podía girar a la derecha y caer por el precipicio, o girar a la izquierda montaña arriba. Optó por la izquierda, pero ganó la montaña.

El sheriff Lewis y su grupo de siete hombres habían llegado a Red Lodge, donde los aguardaba un agente con varios caballos. También iban con él dos rangers. Uno de ellos extendió un mapa en el capó de un coche y fue señalando los puntos principales del Parque Nacional Custer.

—Este río, el West Fork, cruza el bosque de este a oeste —explicó—. Y en este lado hay senderos y explanadas donde acampan los visitantes en verano. Pero al otro lado todo es terreno abrupto. Si el hombre al que buscan ha cruzado, tendremos que perseguirlo a caballo porque es un terreno impracticable para los vehículos.

—¿Es muy frondosa esa zona? —preguntó el sheriff.

—Mucho —contestó el ranger—. Más allá empieza un bosque de pinos que llega hasta la altiplanicie que, a su vez, enlaza con las cumbres a través de paredes muy escarpadas. ¿Cree que el hombre que buscan puede sobrevivir ahí?

—Nació y se crió en las montañas —suspiró el sheriff. —No es problema. Contamos con tecnología punta —dijo el otro ranger—. Lo encontraremos, sheriff.

El grupo estaba a punto de bajar de los coches y disponerse a cruzar cuando recibieron una llamada desde la oficina del sheriff. Llamaban desde la torre de control de tráfico aéreo del aeropuerto de Billings.

—Tengo aquí dos helicópteros aguardando para despegar —dijo el controlador, que conocía al sheriff Lewis desde hacía años. Iban a pescar truchas juntos, y hay pocas cosas que estrechen más la amistad que ir juntos de pesca.

»Tendré que autorizarlos a despegar, pero te advierto que los ha alquilado Bill Braddock. En los planes de vuelo que han entregado indican que se dirigen a Bridger. Y según me ha dicho Larry tenéis un problema allí. ¿Tiene algo que ver con lo ocurrido en la boda del rancho BarT? Los boletines de noticias no han parado de comentarlo en toda la mañana.

—Retrásalos. Dame diez minutos.

—Cuenta con ello. —Abrió la comunicación con los pilotos que aguardaban y añadió—: Deberán aguardar unos minutos. Un aparato está realizando maniobras de aproximación para aterrizar.

El sheriff volvió a llamar a Larry para decirle que un grupo de jinetes armados se dirigía al sur desde el rancho en persecución de los fugitivos. Lógicamente la oscuridad los

habría pillado muy lejos de casa y tendrían que haber pasado la noche al raso en la pradera o en Bridger. Pero si volvían a llamarlos al rancho, ¿por qué no hacerlo con caballos de refresco y permitir que descansaran sus monturas? Entonces llamó a un amigo de la FAA (Administración Federal de Aviación) de Helena. El funcionario contestó pese a que estaba durmiendo en su casa.

—Espero que sea por una buena causa, Paul. Para mí los domingos son sagrados.

—Tengo un problemilla con dos fugitivos que han decidido ocultarse en los páramos de Absaroka. Yo iré con un grupo de mis hombres y dos rangers para hacerlos regresar. Porque determinados ciudadanos, afectados por el problema, parecen haber decidido convertirlo en un ejercicio de tiro al blanco. Y no tardarán en aparecer los periodistas. ¿Podrías declarar Absaroka zona de exclusión aérea por todo el día de hoy?

—Por supuesto.

—Hay dos helicópteros en el aeropuerto de Billings que aguardan autorización para despegar.

—¿Quién está en la torre de control de Billings?

—Chip Anderson.

—Déjalo de mi cuenta.

Diez minutos después, los pilotos de los dos helicópteros recibieron una llamada desde la torre de control.

—Disculpen por el retraso, pero el aparato que esperábamos ha tomado tierra en otro aeródromo. Se los autoriza a despegar respetando la zona de exclusión aérea de Absaroka.

En cuestiones que afectan al espacio aéreo y a la seguridad en el aire la palabra de la Administración Federal de Aviación es ley.

Los pilotos contratados no tenían la menor intención de perder sus licencias. De modo que apagaron los motores y los rotores dejaron poco a poco de girar.

Big Bill Braddock y sus diez hombres restantes habían llegado, poco antes del alba, por la carretera secundaria que iba hasta Red Lodge por el noroeste. A ocho kilómetros de la población, junto a las primeras hileras de árboles del bosque, bajaron los caballos de los trailers, examinaron sus armas, montaron y se adentraron en la espesura.

Braddock llevaba también transmisiones y estaba en contacto con su sala de comunicaciones del rancho. En cuanto el amanecer empezó a iluminar los árboles que ocultaban a los jinetes, le comunicaron que diez de sus hombres habían tenido que abandonar la autopista a la altura de Rock Creek, y que otros diez se habían quedado varados en Bridger, sin transporte aéreo que pudiera llevarlos hasta los fugitivos a la altiplanicie de roca. De modo que los planes A y B ya se habían ido al traste.

—Lo atraparemos nosotros —bramó el magnate.

Su hijo, que a duras penas se mantenía erguido en la silla, echó un trago de su petaca de whisky. El pelotón se internó a caballo en el bosque en un frente de cuatrocientos metros, inspeccionando el terreno en busca de pisadas de caballo. Al cabo de media hora uno de ellos encontró el rastro. Las huellas de los cascos de Rosebud, junto a lo que parecían huellas de mocasines. Con su radio llamó a los demás, que acudieron enseguida y volvieron a marchar en grupo. A poco menos de dos kilómetros por detrás los seguían el sheriff Lewis y su grupo.

—¿Cuántos caballos llevan los fugitivos? —preguntó un ranger.

—Sólo uno —contestó Lewis.

—Pues aquí hay huellas de bastantes más —dijo el ranger—. He contado cuatro.

—¡El muy condenado! —exclamó el sheriff, y a través de su radio llamó a su oficina y pidió hablar con el domicilio del abogado Valentino.

—Mi cliente está muy preocupado por la seguridad de la joven, sheriff —dijo Valentino—. Es posible que haya organizado una batida para localizarla. Le aseguro que tiene pleno derecho a hacerlo.

—Mire usted, abogado, si se le causa el menor daño a cualquiera de esos jóvenes, si alguno de ellos resultase muerto, emprenderé una investigación por asesinato. Dígaselo así a su cliente.

El sheriff colgó sin darle opción de réplica al abogado.

—Mira, sheriff, ese chico ha secuestrado a una muchacha y lleva un rifle —musitó el ayudante Tom Barrow—. De modo que no tendremos más remedio que disparar primero y luego preguntar.

—Tenemos declaraciones de muchos testigos presenciales que afirman que la chica saltó voluntariamente a la grupa de la yegua —le espetó Lewis—. Y no voy a permitir que maten a un chico por una cristalería rota.

—Y dos coces en pleno rostro.

—Y dos coces en pleno rostro.

—Y un incendio provocado en la pradera, y el bloqueo de la autopista.

—De acuerdo, de acuerdo. La lista de cargos es larga. Pero anda por ahí con una preciosa muchacha, con una yegua agotada y un rifle de 1852 y un arco con flechas. Nosotros contamos con toda la parafernalia moderna y él no tiene nada. De modo que no saquemos las cosas de quicio. Procede una respuesta proporcionada, como dicen ahora. De momento sigamos ese rastro.

Ben Craig estaba camuflado en el monte bajo y vio llegar a los primeros jinetes al río. Avistó la imponente silueta de Big Bill Braddock y la de su hijo, mucho menor, que porfiaba en la silla por no caerse de espaldas. Uno de los hombres que iba junto a Braddock no vestía como era habitual en el Oeste sino que llevaba uniforme de camuflaje, botas para la selva y boina.

No tuvieron que rastrear para encontrar el sendero que iba por la pronunciada pendiente hasta el agua, ni el que conducía al otro lado. Se limitaron a seguir las huellas de Rosebud. Brisa Susurrante no podría caminar con sus zapatos de seda y Rosebud no podría disimular sus huellas por terreno blando.

Los observó mientras descendían hacia el agua, que corría clara y burbujeante. En la orilla, se detuvieron a beber y a darse unos chapuzones para refrescarse.

Nadie oyó las flechas ni de dónde procedían. Cuando hubieron vaciado los cargadores de sus rifles disparándoles a los árboles de la otra orilla, el arquero había desaparecido.

Con sigilo y sin dejar rastro, Ben Craig se internó en el bosque hasta donde esperaban la chica y Rosebud y las condujo cuesta arriba hacia las cumbres.

Las flechas penetraron hasta el hueso, donde la punta de pedernal se partió. Dos hombres yacían heridos gritando de dolor. El ex combatiente de Vietnam, Max, corrió cuesta arriba por la orilla sur, se echó cuerpo a tierra y escudriñó el monte bajo por donde el atacante había desaparecido. No vio nada. Pero si el hombre seguía allí su fuego de cobertura protegería al grupo del río.

Los hombres de Braddock ayudaron a los heridos a volver por donde habían venido. No pararon de gritar durante todo el camino.

—Tendremos que evacuarlos, jefe —dijo uno de sus guardaespaldas—. Hay que hospitalizarlos.

—De acuerdo, que monten y se marchen —dijo Braddock. —Pero jefe, no pueden montar ni andar.

No tuvieron más remedio que ponerse a cortar ramas e improvisar dos camillas. Cuando las tuvieron dispuestas necesitaron que cuatro hombres portasen las dos camillas. Después de haber perdido una hora y de haberse quedado sin seis hombres, el grupo de Braddock volvió a concentrarse en la otra orilla, mientras Max los cubría.

Los cuatro portadores de las camillas empezaron a rehacer el camino con paso cansino a través del bosque. Ignoraban que con un travois la evacuación hubiese sido más fácil. Y no habrían necesitado tantos hombres.

El sheriff había oído los disparos y se temió lo peor. Pero en aquella espesura habría sido una temeridad lanzarse al galope, pues corrían el riesgo de que los alcanzase una bala del otro grupo. Se toparon con los portadores de las camillas, que habían seguido el claro rastro dejado por los caballos.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó el sheriff. Los hombres de Braddock se lo explicaron.

—¿Y ha huido?

—Pues sí, sheriff. El jefe Max ha cruzado a la otra orilla pero ese cabrón ya se había esfumado.

Los improvisados camilleros siguieron desandando el camino hacia la civilización, mientras el grupo del sheriff avivaba el paso hacia el arroyo.

—Y vosotros... ¡haced el puñetero favor de no reíros! —les espetó a sus hombres el sheriff, que empezaba a perder la paciencia con aquel montañés a quien perseguía. En el fondo quería dejar de perseguirlo—. No iréis a imaginar que va a ganar la batalla a flechazo limpio. ¡Por el amor de Dios, que estamos en 1977!

Los dos heridos que había visto yacían con flechas estilo cheyene, con plumas de pavo, clavadas en las nalgas.

Cruzaron el arroyo a duras penas. Tropezaban y resbalaban de continuo mientras llevaban sus monturas por la brida. En la otra orilla no iban a encontrar excursionistas. Las laderas de aquellas cumbres estaban tal como Dios las trajo al mundo.

Pero Larry seguía volando en su helicóptero, a unos doscientos metros por encima de los árboles. Escudriñó los páramos y el monte bajo hasta que avistó al grupo de jinetes que cruzaba el arroyo. Esto redujo las dimensiones de la franja por la que tenía que buscar. Los fugitivos debían de haberles sacado bastante ventaja cuesta arriba a sus perseguidores. No debían de estar muy lejos de llegar al pie de las cumbres.

El piloto tenía un problema: debido a la frondosidad de la vegetación había interferencias y el sheriff no entendía una palabra de lo que le decía.

Pero lo que Larry le decía era: «Ya lo tengo. Lo he visto.»

En realidad lo que había atisbado era a un caballo tirado de la brida, y la silueta de una chica montada. Los fugitivos habían cruzado un pequeño claro del bosque cuando el helicóptero, que sobrevolaba aquel sector, los vio. Pero fue sólo un segundo y enseguida volvieron a perderse de vista en la espesura.

A través de las copas de los árboles, Ben Craig miraba hacia el monstruo que rugía en el cielo.

—El hombre que va en ese aparato les dirá a nuestros perseguidores dónde estamos —advirtió Brisa Susurrante.

—¿Cómo van a oírlo con ese ruido? —exclamó Ben. —Tienen sus sistemas para que los oigan.

Pero Ben también tenía los suyos. Desenfundó su Sharps. Para tener mejor visibilidad, Larry había descendido hasta los cien metros. Siguió sobrevolando en círculo con el morro ligeramente inclinado hacia abajo, tratando de localizar otro claro por el que pudiesen cruzar los fugitivos. Ben apuntó con pulso firme y disparó. La bala perforó el suelo del aparato, pasó entre los muslos del piloto y agujereó el techo después de casi rozarle la cara.

El helicóptero describió un círculo y luego zumbó hacia un lado y hacia arriba. No redujo la velocidad hasta que se hubo alejado un par de kilómetros y ascendido.

Larry se desgañitaba frente al micrófono.

—Ese cabrón acaba de agujerearme el helicóptero, Paul. Yo me largo. He de volver a Bridger para que revisen el aparato. Si ha dañado el rotor principal, la palmo. Así que me largo.

Pero el sheriff no oyó nada de todo esto. Sólo había oído la detonación del viejo rifle, visto que el helicóptero realizaba unos movimientos de ballet bajo el cielo azul, y que luego se alejaba.

—Tenemos la tecnología de nuestra parte —musitó un ranger.

—¡Cállese! —le espeto Lewis—. Ese chico va a pasar varios años entre rejas. Sigán adelante con los rifles a punto y los ojos y los oídos bien abiertos. Tenemos que detenerlo.

Otro de los perseguidores también había oído el disparo y estaba mucho más cerca. Max había propuesto ir por delante del grupo principal.

—El lleva al caballo por la brida, a pie, señor Braddock, de modo que yo puedo avanzar mucho más deprisa. No me oírás acercarme. Cómo la chica va a un par de metros a su lado, si llevo a tenerlo a tiro me lo cargo.

Braddock asintió. Max se alejó, avanzando con prudencia, parapetándose tras las rocas que iba encontrando, alerta hacia el frente y a ambos lados, atento al menor movimiento. Al oír el disparo, la detonación le dio una clara pista a seguir. Calculó que el autor del disparo estaba a un kilómetro de allí, y ligeramente hacia la derecha del sendero que él seguía. Empezaba a ganarle terreno.

Por su parte, Ben Craig había vuelto a enfundar el rifle y reanudado la marcha. Aún le faltaban un par de kilómetros cuesta arriba por la boscosa ladera para llegar a la altiplanicie Silver Run. Era consciente de haberles hecho perder tiempo a sus perseguidores, pero también de que no habían cejado en su empeño.

Oyó el canto de un pájaro en la copa de un árbol. Sabía de qué pájaro se trataba y conocía su canto. Otro pájaro le contestó con la misma melodía. Era un canto de advertencia.

Ben dejó que Rosebud paciese un poco, se desvió unos veinte metros del rastro dejado por sus cascos y se internó entre los pinos.

Max iba de parapeto en parapeto, siguiendo las huellas de los cascos, hasta que llegó al claro. Con su uniforme de camuflaje y la cara untada de grasa negra resultaba invisible a la sombra de los árboles. Estudió el claro y sonrió al ver el destello de un casquillo en el centro del claro. Qué truco más tonto. No era tan estúpido para ir a examinarlo y caer abatido por el tirador apostado. Sabía que el fugitivo estaba por allí. Y ese burdo cebo no hacía sino delatarlo. Escudriñó el follaje por ambos lados, y entonces vio una rama que se movía. Era un arbusto, un ancho y frondoso arbusto a un lado del claro. La suave brisa agitaba las hojas, pero aquella rama se había movido en sentido contrario. Al mirar atentamente al arbusto vio un tenue reflejo. Recordaba haber visto el día anterior ese mismo gorro de piel de zorro.

Max llevaba su arma preferida, un fusil M16, ligero y muy preciso. Su pulgar derecho accionó el automático y disparó. Vacío la mitad del cargador en el arbusto, pero el tenue reflejo se esfumó y reapareció en el claro. Sólo entonces salió Ben al descubierto.

A diferencia de los siux, los cheyenes nunca utilizaban cachiporras como los hunkpapa, preferían las hachas.

El hacha lanzada alcanzó a Max en el bíceps derecho, rajándole el músculo y destrozándole el hueso. El M16 cayó de la mano inerte. Max miró hacia abajo, pálido. Se arrancó el hacha del brazo y, al brotar la sangre, con la mano intentó contener la hemorragia. Luego dio media vuelta y echó a correr por donde había venido.

Ben soltó el cordel de más de cinco metros que había atado a la rama para moverla, recuperó su hacha y su gorro y corrió junto a su yegua.

Braddock, su hijo y los otros tres hombres encontraron a Max recostado contra un árbol, jadeante.

El sheriff Lewis y su grupo habían oído los disparos del M16, muy distintos del único disparo de rifle hecho por el fugitivo, y siguieron cabalgando a medio galope hasta llegar junto a Max. Un ranger miró su brazo herido.

—Hay que hacerle un torniquete —dijo a la vez que cogía su botiquín.

Mientras el ranger vendaba el brazo de Max, el sheriff Lewis escuchaba. Mientras tanto, Braddock contó lo que había ocurrido.

—Debería detenerlos a todos ustedes —le espetó Paul Lewis con desprecio—. Y de no ser porque estamos muy lejos de la civilización, los detendría. En cualquier caso, ahora mismo están dando media vuelta, señor Braddock, y no vuelva a acercarse por aquí.

—¡Pienso seguir hasta el final! —le gritó Braddock—. Ese bruto ha secuestrado a la prometida de mi hijo y ha herido a tres de mis hombres.

—Que no tenían por qué haber estado aquí. Voy a detener a ese chico y a llevarlo ante los tribunales, pero no hay motivo para que haya violencia. De modo que entréguenme todas sus armas. Ahora.

Mientras varios de los ayudantes del sheriff apuntaban a Braddock y sus hombres, otros les arrebataron los rifles y pistolas. El sheriff miró al ranger que había asistido a Max.

—¿Qué aconseja usted?

—Evacuarlo, y cuanto antes —contestó el ranger—. Podría volver con alguien a Red Lodge, pero está a más de treinta kilómetros de terreno accidentado y con el West Fork de por medio. Es una cabalgada muy dura y quizá no la resista. Más arriba está la altiplanicie Silver Run y allí las radios deben funcionar. Podríamos pedir un helicóptero para evacuarlo.

—¿Qué considera más apropiado?

—Pedir el helicóptero —repuso el ranger—. Este hombre necesita una intervención quirúrgica sin demora. De lo contrario, se quedará manco.

Siguieron cabalgando. En el claro encontraron el M16 y el hacha. El ranger la examinó.

—Flechas con punta de pedernal, un hacha y un rifle de los que se utilizaban para cazar búfalos. ¿Quién coño es ese tío, sheriff?

—Hasta ahora creía saberlo. Pero ya no estoy tan seguro.

—Pues desde luego no es un actor en paro —contestó el ranger.

Ben Craig estaba en el linde del bosque y miró hacia la luz que reflejaba la altiplanicie de roca. El último y oculto arroyo distaba ocho kilómetros. Faltaban otros tres para llegar a la altiplanicie Hellroaring, y luego un kilómetro y medio montaña arriba hasta las cumbres.

Acarició la cabeza de Rosebud y su morro suave como el terciopelo.

—Sólo un esfuerzo más antes de que se ponga el sol —le dijo—. Un rato más y seremos libres.

Ben montó y azuzó la yegua para que subiese a medio galope por la pendiente rocosa.

Diez minutos después sus perseguidores llegaron al llano, donde los fugitivos, que estaban a casi dos kilómetros, se confundían con los reflejos de las rocas.

Libres del obstáculo de los árboles, las radios volvieron a funcionar. El sheriff volvió a comunicar con Larry y se enteró de la suerte corrida por el helicóptero. Larry había regresado al aeródromo de Billings y había cogido un helicóptero más grande.

—Aterrizo aquí, Larry. No te preocupes por el fugitivo. Está a dos kilómetros, fuera de alcance. Tenemos una evacuación urgente. ¿Y ese civil voluntario que tiene un Piper Club? Dile que le necesito. Quiero que vaya a la Silver Run. Advértele que esa altiplanicie está a más de mil setecientos metros de altitud. Y debe buscar un jinete que cabalga montaña arriba con una chica.

Eran más de las tres y el sol se movía hacia las cumbres que se alzaban al oeste. En cuanto se ocultase detrás de los montes Spirit y Beartooth no tardaría en oscurecer.

Larry y su helicóptero llegaron primero, atronando bajo el cielo azul para aterrizar sobre la superficie rocosa. Max fue ayudado a subir a bordo y uno de los hombres del sheriff le acompañó. El piloto despegó y habló por radio con el hospital Billings Memorial, pidiendo autorización para aterrizar y que tuviesen preparados equipos de cirugía y traumatología.

Los demás hombres cruzaron la llanura a caballo.

—Hay un arroyo oculto que probablemente él no conozca —dijo un ranger, acercándose al sheriff—. Se llama Lake Fork. Es profundo, estrecho y ambas orillas tienen

pendientes muy pronunciadas. Sólo se puede bajar, vadear y pasar a la otra orilla a caballo por un punto. Puede tardar siglos en encontrarlo. Podríamos acercarnos allí y atraparlo.

—¿Y si está apostado con el rifle? No quisiera que nadie resultase muerto o herido para probar una hipótesis.

—¿Pues qué hacemos entonces?

—Estar a la expectativa —dijo Lewis—. Una vez en la montaña no tiene por dónde huir; ni siquiera puede descender hasta Wyoming, disponiendo como disponemos de vigilancia aérea.

—A no ser que opte por seguir viaje de noche.

—Su yegua tiene que estar agotada y la chica lleva unos zapatos de seda que no son muy aptos para caminar. El debe de saber que se le acaba el tiempo. Basta con tenerlo a la vista a menos de un kilómetro y aguardar a la avioneta de reconocimiento.

Siguieron cabalgando, con la pequeña silueta a la vista a lo lejos. La avioneta de reconocimiento apareció poco antes de las cuatro. Habían tenido que llamar al joven piloto a Billings, donde trabajaba en un cámping. Al poco de despegar, avistó las copas de los árboles que cubrían las pronunciadas pendientes de Lake Fork.

La voz del piloto se oyó distorsionada a través de la radio del sheriff.

—¿Qué quiere saber?

—Hay un jinete por delante de nosotros, con una chica cubierta por una manta a la grupa. ¿Los ve?

La avioneta maniobró hacia el arroyo.

—Sí. Se están adentrando en la espesura.

—Manténgase a distancia. Tiene un rifle y una puntería temible.

Vieron la avioneta ascender y virar sobrevolando el arroyo.

—Se desvían hacia la derecha. Pero aún puedo verlos. El ha bajado del caballo y lo lleva por la brida para vadear hasta la otra orilla.

—No podrá llegar —musitó el ranger—. Ahora podríamos acercarnos.

Se lanzaron a un medio galope, seguidos por Braddock, su hijo y sus tres matones.

—Manténgase fuera del alcance de su rifle —volvió a advertir el sheriff al piloto de la avioneta—. Puede dispararle entre los árboles si se acerca demasiado. Es lo que le hizo a Larry.

—Larry volaba a cien metros de altura. Yo lo hago a mil metros y a doscientos kilómetros por hora. Además parece haber encontrado un sendero para subir hasta la altiplanicie de Hellroaring.

El sheriff miró al ranger y resopló.

—Cualquiera diría que conoce el terreno muy bien —dijo el ranger perplejo—. Como si ya hubiese estado aquí.

—Pues a lo mejor ha estado —dijo Lewis.

—Imposible. Conocemos a todos los que van por ahí. El grupo llegó al borde del cañón, pero las frondas de pinos obstaculizaban la visión.

El ranger conocía el único paso por donde se podía vadear, pero las huellas de Rosebud mostraban que Ben también lo conocía. Cuando llegaron al segundo llano los fugitivos volvieron a verse como diminutas siluetas a lo lejos.

—Está oscureciendo y me queda poco combustible —dijo el piloto—. Tendré que volver.

—Sobrevuele la zona una vez más —lo instó el sheriff—. ¿Dónde están ahora?

—Han llegado a la montaña. Él ha descabalgado y vuelve a llevar al caballo por la brida. Ascende por la cara norte. Pero da la impresión de que su montura desfallece. Tropezaba continuamente. Supongo que en cuanto amanezca podrán atraparlos. Buena suerte, sheriff.

El Piper dio media vuelta en el oscurecido cielo y se dirigió hacia Billings.

—¿Quiere que sigamos adelante, sheriff? —preguntó uno de los hombres.

Lewis meneó la cabeza. Empezaba a faltarles el aire y ya anocheecía.

—No, no podemos seguir a oscuras. Acamparemos aquí hasta el amanecer.

Acamparon bajo un árbol de un ribazo, a poca distancia del arroyo, frente a las montañas que quedaban al sur; se veían tan cerca a la luz del crepúsculo que parecían estar justo encima de las minúsculas siluetas de hombres y monturas.

Sacaron gruesos chaquetones de piel y se los pusieron. Bajo los árboles encontraron ramas secas con que hacer un fuego reconfortante. A sugerencia del sheriff, Braddock, su hijo y sus tres hombres acamparon a cien metros de donde ellos se encontraban.

No habían contado con tener que pernoctar en aquel llano a semejante altitud. Por lo tanto, no llevaban sacos de dormir ni comida. Se sentaron en las mantas de sus monturas alrededor del fuego y apoyaron la espalda en sus sillas de montar. Tuvieron que cenar chocolatinas. El sheriff Lewis miraba el fuego, ensimismado.

—¿Qué va a hacer mañana, Paul? —preguntó Tom Barrow.

—Pues subir a la montaña solo. Sin armas. Llevaré el megáfono e intentaré convencerlo de que desista.

—Será un gran riesgo. Es un salvaje peligroso —dijo el ranger.

—Hoy habría podido matar a tres hombres —musitó el sheriff—. Pero no lo hizo. Lo que debe comprender es que no podrá proteger a la chica allá arriba si se ve rodeado. Dudo que le dispare a un sheriff en son de paz que enarbola bandera blanca. Estoy seguro de que me escuchará. Merece la pena intentarlo.

Una gélida oscuridad envolvió la montaña.

Ben Craig tiraba de Rosebud por la última pendiente; la urgía a seguir, rogándole que no desfalleciese. Faltaba muy poco para llegar a la cornisa delante de la cueva.

La yegua llegó temblorosa, con los ojos en blanco. Ben la liberó enseguida del peso de la chica.

Craig miró a Brisa Susurrante y señaló la cueva. Cogió la piel de búfalo y la extendió en el suelo. Se desprendió del arco y el carcaj con las dos flechas que le quedaban. También desenganchó la funda del rifle con el arma y la dejó junto al arco. Finalmente le quitó a Rosebud la silla y las alforjas.

Liberada de toda su carga, la yegua dio unos pasos hacia los arbustos. Pero se le doblaron las patas traseras y se echó.

Craig se arrodilló junto a su cabeza y le acarició el morro. La yegua gimió quedamente al notar el tacto del amo y luego su valeroso corazón dejó de latir.

También Craig estaba exhausto. Llevaba dos días y dos noches sin dormir, apenas había comido y, a pie y a caballo, había recorrido ciento setenta kilómetros. Pero aún tenía cosas que hacer y trató de sacar fuerzas de flaqueza.

Se acercó al borde de la cornisa, miró abajo y vio los fuegos de los campamentos de sus perseguidores. Cortó ramas, las amontonó donde el hombre sabio se había sentado y encendió un fuego. Las llamas iluminaron la cornisa, la cueva y la figura vestida de blanco de la mujer que amaba.

Abrió las alforjas y preparó un poco de comida que se había traído del fuerte. Se sentaron en la piel de búfalo y comieron juntos por primera y única vez. Craig era consciente de que al haberse quedado sin montura estaba perdido. Pero el hombre sabio le había prometido que la chica sería su esposa, porque así había hablado Manítú.

En el llano, la conversación entre los agotados hombres languideció hasta cesar. Siguieron sentados en silencio, con los rostros iluminados por las temblorosas llamas, mirando al fuego.

Con la tenue atmósfera de las altas cumbres el silencio era total. Un suave viento sopló entre los picos pero no perturbó el silencio. Luego sí oyeron algo, un sonido que les llegó a través de la noche, de la ventolina de la montaña. Fue un grito prolongado y claro, de

una mujer joven, no de dolor ni de angustia sino el grito trémulo y desmayado de un éxtasis indecible.

Los hombres del sheriff se miraron. Luego bajaron la cabeza y Lewis vio que encogían los hombros, estremecidos.

A cien metros de allí, Bill Braddock se levantó junto al fuego y sus hombres evitaron su mirada. El alzó la vista hacia la montaña con la rabia y el odio reflejados en su rostro.

A medianoche la temperatura empezó a descender. Al principio, pensaron que el frío se acentuaba debido a la altitud. Temblando, se ciñeron más sus chaquetones de piel de oveja. Pero el frío traspasaba sus vaqueros y se arrimaron más al fuego.

Estaban bajo cero y la temperatura seguía descendiendo. Los hombres del sheriff miraron el cielo y vieron densas nubes que empezaba a ocultar las cumbres. En la parte alta de la ladera del monte Rearguard vieron un fuego que enseguida desapareció.

Eran hombres de Montana, acostumbrados a inviernos muy crudos, pero hacía demasiado frío para los diez últimos días de octubre. A la una de la madrugada los rangers calcularon que estaban a veinte grados bajo cero, y la temperatura seguía descendiendo. A las dos se levantaron todos, renunciando a seguir durmiendo. Pateando el suelo para activar la circulación, se echaron aliento en las manos y amontonaron más ramas en el fuego, pero sin conseguir entrar en calor. Y entonces empezó a nevar. Los copos cayeron sobre el fuego hasta extinguirlo.

El ranger de mayor edad se acercó al sheriff. Le castañeteaban los dientes.

—Cal y yo opinamos que deberíamos ir a refugiarnos al Parque Nacional Custer —le dijo.

—¿Cree que allí hará menos frío? —repuso el sheriff. —Es posible.

—¿Qué puñeta sucede aquí?

—Tal vez creería que me he vuelto loco si se lo digo, sheriff. —Pruebe.

La nevada arreciaba. Las estrellas habían desaparecido y una cortina blanca empezaba a envolverlos.

—Este lugar es el límite entre las tierras de los crows y las de la nación shoshone. Hace muchos años, ellos lucharon y murieron aquí, antes de que llegase el hombre blanco. Y los indios creen que sus espíritus todavía vagan por estas montañas. Creen que es un lugar mágico.

—Un bonita leyenda. Pero ¿qué tiene que ver con este tiempo infernal?

—Ya dije que creería que estoy loco. Pero aseguran que a veces el espíritu de Manítú viene aquí y trae consigo el frío del Largo Sueño, que ningún hombre puede resistir. Por supuesto sólo se trata de un extraño fenómeno climático, pero creo que deberíamos largarnos. Si nos quedamos, antes de que salga al sol nos habremos congelado.

El sheriff Lewis reflexionó y luego asintió con la cabeza. —Ensille —dijo Lewis—. Nos marchamos. Vaya a advertir a Braddock y sus hombres.

El ranger regresó al cabo de unos minutos bajo una fuerte ventisca.

—Dice que irá hasta el refugio cercano al arroyo, pero no más allá.

El sheriff, los rangers y los hombres de Lewis, temblando de frío, volvieron a vadear el arroyo y luego cruzaron la llanura hasta un denso bosque de pinos. Allí la temperatura ascendió rápidamente hasta los cero grados. Encendieron más fuegos y sobrevivieron.

A las cuatro y media el blanco manto de la montaña empezó a desprenderse y a descender hacia el llano, como una marea alta que fuese cubriendo las rocas, hasta precipitarse en el estrecho arroyo y llenarlo por completo. Y, a un kilómetro del principio de la altiplanicie se detuvo. El cielo empezó a despejarse.

Dos horas después, el sheriff Lewis estaba al borde del bosque mirando hacia el sur. Las montañas estaban cubiertas de nieve. Por el este asomaba un color sonrosado que prometía un día soleado. Por encima, el cielo tenía un color añil que tendía a azul huevo de pato.

Paul Lewis no se había separado de su radio en toda la noche y el calor de su cuerpo había servido para que siguiese funcionando.

—Larry —llamó el sheriff—, necesitamos que vengas aquí con el helicóptero lo antes posible. Nos ha pillado la ventisca y la cosa pinta mal... Estamos en la linde del bosque. Nos encontrará a todos aquí.

El helicóptero llegó atronando al salir el sol y se posó en la roca, fría pero sin nieve. Lewis hizo que dos de sus hombres se sentasen atrás y él subió junto al piloto.

—Vuelva a la montaña.

—¿Y el del rifle?

—Dudo que vaya a dispararnos ahora. Puede considerarse afortunado si sigue con vida.

El helicóptero rehízo el camino por el que el grupo había cabalgado el día anterior. El arroyo Lake Fork estaba marcado por las copas de pinos y alerces. No había ni rastro de los Braddock ni de sus matones.

Ascendieron hacia la montaña. El sheriff buscaba el sitio donde había visto llamear el fuego de un campamento. El piloto estaba nervioso. Volaba alto y describiendo amplios círculos, en lugar de sobrevolar la zona a cien metros de altura.

Lewis fue quien primero la vio: la mancha negra en la ladera de la montaña, la entrada de la cueva y, frente a la entrada, una cornisa cubierta de nieve lo bastante ancha para aterrizar.

—Baja allí, Larry.

El piloto realizó una maniobra de aproximación, alerta al menor movimiento que viese entre las rocas, a un hombre que los apuntase con un rifle que aún utilizaba la anticuada pólvora negra. Pero no vio nada. El helicóptero se posó en la cornisa, con el rotor girando por si tenía que elevarse súbitamente.

El sheriff saltó a tierra empuñando el revólver. Sus hombres bajaron también esgrimiendo sus armas y se echaron cuerpo a tierra para cubrir la entrada de la cueva. Pero nada se movía.

—¡Salgan! —exclamó Lewis—. Las manos en alto. No sufrirán ningún daño.

No hubo respuesta. Nada se movía. El sheriff avanzó en zigzag hasta un lado de la entrada de la cueva. Asomó la cabeza.

Sólo vio un fardo en el suelo. Se acercó con precaución. Fuese lo que fuese, probablemente el manto de un animal, estaba podrido, sin pelo; sólo el pellejo mantenía la forma del fardo. Lewis separó unas tiras de piel y lo abrió con cuidado.

Estaba con su blanco traje de novia, con la melena negra, helada, bajo los hombros, como si durmiese en su lecho nupcial. Pero, al tocarla, Lewis la notó fría como el mármol.

El sheriff enfundó el revólver, la aupó en brazos y salió de la cueva.

—¡Envolvedla con chaquetones! —les gritó a sus hombres—. Subidla a la parte de atrás y dadle calor con vuestros propios cuerpos.

Los hombres del sheriff se despojaron de sus chaquetones y envolvieron el cuerpo de la muchacha. Uno la subió a los asientos de atrás y empezó a frotarle manos y piernas. El sheriff hizo subir a su otro ayudante al asiento delantero.

—Llévala a la clínica de Red Lodge —ordenó a Larry—. Rápido. Avísales que vas a llegar con un caso de hipotermia casi terminal. Mantén la calefacción al máximo durante todo el trayecto. Quizá consigamos salvarla. Luego vuelve a buscarme.

El sheriff miró al helicóptero sobrevolar la altiplanicie rocosa hacia los bosques que se prolongaban hasta los páramos. Luego fue a inspeccionar la cueva y la cornisa. Se sentó en una roca y contempló la impresionante vista que se prolongaba hacia el norte.

En la clínica de Red Lodge, un médico y una enfermera atendieron a la muchacha. La despojaron de su congelado traje de novia, le frotaron manos, pies, brazos, piernas y torso. La temperatura externa estaba bajo cero y la temperatura basal en el umbral de peligro:

Al cabo de veinte minutos el médico captó un tenue latido, el latido de un corazón joven que luchaba por su vida. Pero el latido se detuvo por dos veces. El médico le dio masaje cardíaco y el corazón volvió a latir. La temperatura corporal empezó a ascender.

Por unos momentos la joven dejó de respirar y el médico le aplicó el boca a boca para insuflarle aire. La temperatura del quirófano estaba a nivel de sauna y la manta eléctrica que envolvía sus piernas al máximo.

Al cabo de una hora, un párpado de la chica tembló y el morado empezó a desaparecer de sus labios. La enfermera le tomó la temperatura basal: estaba por encima del umbral de peligro y ascendía. Los latidos del corazón se regularizaron y fortalecieron.

Media hora después Brisa Susurrante abrió sus grandes ojos.

—¿Ben? —susurró.

El médico elevó una corta plegaria de agradecimiento al viejo Hipócrates y a todos los médicos que lo emularon.

—Me llamo Luke, pero da igual. Creí que te perderíamos, muchacha.

Entretanto, aún sentado en la roca, el sheriff vio que el helicóptero regresaba. Lo vio cuando aún estaba muy lejos, a través de la límpida atmósfera, y oyó atronar su rotor.

Cuando Larry posó el aparato en tierra el sheriff le hizo una seña a su ayudante, sentado junto al piloto.

—¡Trae dos mantas y ven! —le gritó.

Cuando su ayudante llegó junto a él lo miró.

—Súbelo a él también.

El joven ayudante arrugó la nariz con expresión de repugnancia.

—Pero sheriff...

—Haz lo que te digo. Fue un hombre. Merece ser enterrado cristianamente.

A su lado estaba el esqueleto de Rosebud. No le quedaba ni rastro de piel o de carne. Incluso la crin y la cola habían desaparecido, probablemente convertidos en material para nidos. Pero los dientes, firmemente asentados por el duro forraje de las praderas, seguían en las mandíbulas. La brida estaba tan enmohecida que era casi puro polvo, pero el bocado de acero aún brillaba entre sus dientes. Los cascos estaban intactos, cubiertos por las cuatro herraduras clavadas un siglo atrás.

El esqueleto del hombre estaba unos metros más allá, boca arriba, como si hubiese muerto mientras dormía. Apenas quedaba nada de sus ropas, jirones de ante pegados a las costillas. El ayudante del sheriff extendió una manta en el suelo y empezó a colocar los huesos encima. El sheriff examinó las pertenencias del jinete.

El viento y la intemperie de incontables estaciones habían reducido la silla y las cinchas a un montón de cuero podrido, igual que las alforjas. Pero entre aquel amasijo brillaban los casquillos de bala de rifle. El sheriff los recogió. También había un cuchillo Bowie, oxidado, entre los restos de una vaina que se deshizo al tocarla. Lo que fue la funda de piel de oveja de un rifle antiguo había sido picoteada por las aves, pero el rifle, entre la escarcha, muy oxidado, seguía siendo un rifle.

Lo que causó al sheriff mayor perplejidad fueron las dos flechas del carcaj, el arco hecho con una rama de cerezo con sendas muescas en ambos extremos para pasar el cordel, y el hacha. Todo ello parecía nuevo. Había una hebilla de cinturón con un trozo de grueso cuero que había sobrevivido a los elementos.

El sheriff lo recogió todo, lo envolvió en la otra manta, echó una última mirada en derredor para asegurarse de que no quedaba nada y subió al helicóptero. Su ayudante iba atrás con el otro fardo.

El aparato se elevó de nuevo, sobrevoló las dos altiplanicies y la densa vegetación del parque nacional bajo el sol de la mañana.

Lewis miró hacia Lake Fork, cubierto de nieve. Enviarían una expedición para recuperar los cadáveres, pero nadie podía haber sobrevivido. Miró hacia abajo, hacia las rocas y los árboles, y pensó en el joven al que había estado persiguiendo por tierras tan inmisericordes.

Desde mil setecientos metros de altura podía ver Rock Creek a su derecha y que el tráfico fluía normalmente por la autopista. Sobrevolaron Red Lodge y Larry habló con el ayudante del sheriff, que se había quedado allí y que le dijo que la joven estaba en la UCI pero que su corazón aún latía.

A siete kilómetros al norte de Bridger, en dirección a la autopista que conducía a casa, vio unas cincuenta hectáreas de pradera ennegrecidas por el incendio y, más allá, el césped y los cercados de los purasangres del rancho BarT.

El helicóptero cruzó el Yellowstone y la autopista que conducía a Bozeman. El piloto inclinó el morro y empezó a descender para aterrizar en el aeródromo de Billings.

—Corta es la vida del hombre nacido de mujer...

A finales de febrero el frío era muy intenso. En un rincón del pequeño cementerio de Red Lodge había una tumba recién cavada y, al lado, encima de dos listones cruzados, un sencillo ataúd de madera de pino.

El sacerdote se protegía del frío con una bufanda y los dos sepultureros se palmeaban las manos enguantadas mientras aguardaban. Junto a la tumba había una sola persona, con botas de nieve y un abrigo acolchado, pero con la cabeza descubierta. Una larga melena negra le llegaba hasta los hombros.

Bajo un tejo, a unos metros de la tumba, un hombre alto y fornido observaba el entierro sin acercarse. Se protegía del frío con un grueso chaquetón en el que llevaba prendida la insignia de su cargo. Había sido un extraño invierno, se dijo el hombre.

La viuda de Braddock, más aliviada que triste, había salido de su aislamiento y se había hecho con la presidencia de la sociedad Braddock Beef. Se había hecho un lifting, se peinaba a la moda, llevaba ropa elegante y asistía a fiestas. Había ido al hospital a visitar a la joven que estuvo a punto de casarse con su hijo, le cayó bien y le ofreció una casita gratuita en el rancho y el empleo de secretaria particular. La joven había aceptado los dos ofrecimientos. Y, sin mediar compensación alguna, como un regalo puro y simple, la viuda de Braddock le había devuelto al señor Pickett el control de su banco y todas las acciones compradas por su difunto esposo.

—Polvo eres y en polvo te convertirás... —entonó el sacerdote.

Los sepultureros asieron las sogas, retiraron con el pie los listones sobre los que reposaba el ataúd y lo bajaron al fondo de la fosa. Luego se apartaron a un lado y aguardaron mirando sus palas hundidas en el montón de tierra fresca.

En Bozeman los forenses no habían regateado tiempo y habían realizado un trabajo exhaustivo. Comprobaron que los huesos pertenecían a un hombre de poco menos de metro ochenta y seguramente de gran fortaleza física.

No presentaba fracturas ni fisuras, ni señales de heridas que hubiesen podido causar su muerte, que atribuyeron simplemente a haber permanecido a la intemperie en plena ventisca. A los dentistas les intrigó su dentadura: perfecta, de dientes blancos, no le faltaba ninguna pieza ni tenía caries. Calcularon que el joven tendría unos veinticinco años.

Por su parte, los forenses analizaron los restos no humanos. Las pruebas del carbono 14 revelaron que la materia orgánica, el ante, el cuero, la piel de zorro, databan de un período en torno a 1875. El mayor enigma lo constituían el carcaj, las flechas, el arco y el hacha, porque las mismas pruebas demostraron que eran muy recientes. La explicación a

que llegaron fue que un grupo de indios debía de haber visitado la cueva hacía poco y dejado sus trofeos para algún hombre que habría muerto mucho tiempo atrás.

El cuchillo Bowie fue limpiado y restaurado, fechado por el mango de hueso y donado al profesor Ingles, que lo colgó en su despacho. El sheriff quiso conservar el rifle, que también fue restaurado y colgado en la pared detrás de su mesa. Se lo llevaría a casa cuando se jubilase.

—... la resurrección de la carne, la vida perdurable. Amén. Los sepultureros volvieron a ejercitar sus ateridos músculos paleando tierra al interior de la fosa. El sacerdote le dedicó unas palabras a la joven, le dio una palmadita en el brazo y se alejó a toda prisa a refugiarse en su presbiterio. La joven permaneció inmóvil.

Tras un parte médico, que apenas revelaba nada acerca de la joven, la historia de la caza de aquel fugitivo había acaparado los titulares de la prensa, que conjeturaba que debió de cabalgar durante la noche hacia la montaña y desaparecer en las montañas dejando a la chica morir en la cueva.

Los sepultureros llenaron la tumba, la rodearon con rocas y llenaron el espacio interior con cuatro sacos de gravilla. Luego se tocaron sus gorros de piel a modo de saludo mirando a la joven, recogieron las palas y se marcharon.

Entonces, el hombre que estaba bajo el tejo avanzó hasta situarse detrás de la joven, que seguía inmóvil. Ella sabía que lo tenía detrás y quién era. El se quitó el sombrero y lo sujetó por el ala.

—No conseguimos encontrar a su amigo, señorita Pickett —dijo.

—Lo sé.

La chica llevaba una flor en la mano, una rosa roja que sujetaba por el tallo.

—Creo que nunca lo encontraremos.

—Lo sé.

Él tomó la rosa de su mano, se adelantó un paso, se agachó y la depositó encima de la gravilla.

En la cabecera de la tumba había un cruz de madera, donada por los vecinos de Red Lodge. Un artesano de la localidad había grabado unas palabras antes de barnizarla. Decían:

AQUÍ YACE UN MONTAÑÉS
MUERTO EN LAS CUMBRES
HACIA 1877,
CUYA IDENTIDAD
SÓLO DIOS CONOCE.
R.I.P.

El hombre se irguió.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le dijo a la joven—. ¿Quiere que la lleve a casa en mi coche?

—No, gracias, tengo el mío.

Él volvió a ponerse el sombrero, y se tocó el ala mirándola.

—Buena suerte, señorita Pickett.

El hombre se alejó. Frente al cementerio estaba aparcado el coche de la oficina del sheriff. Alzó la vista. Hacia el sudoeste resplandecían con el sol las cumbres de los montes Beartooth.

La chica se quedó allí unos momentos más. Luego se volvió y se encaminó hacia la verja.

Una ligera brisa, procedente de las cumbres, le abrió el largo abrigo acolchado con que se protegía del frío y dejó ver un abultamiento de su vientre que revelaba cuatro meses de estado de buena esperanza.

FIN